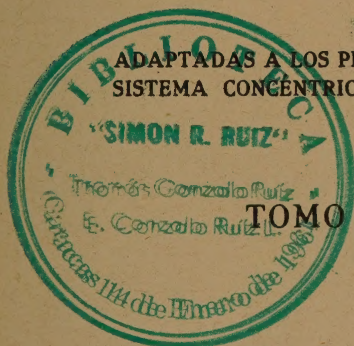
Juan C. Zorrilla de San Martín, S. J

Antología Escolar Hispano-Americana e Iniciación Literaria

ADAPTADAS A LOS PROGRAMAS DEL SISTEMA CONCÉNTRICO REFORMADO



TOMO II



MODELOS DE NARRACION Y DISERTACION

NASCIMENTO

SANTIAGO 1931 CHILE

N,o 1060

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
= Ahumada 125 =
Santiago de Chile. 1931,

Imprimi potest

Aloisius Parola, S. J.
Praep. Prov. Chil-Argent.
Cordubae, 28 Nov. 1929.

Imprimatur

Ernestus Palacios, Vic. Gen.
Jacobopoli, 28 Dec. 1929.



NOCIONES Y EJERCICIOS DE COMPOSICION (1)

(DE «LECCIONES DE LITERATURA ESCOLAR»)

Antes de entrar en el estudio minucioso de cada género y ;pecie literaria es conveniente para facilitar los primeros pasos ə la composición, reducirlos a tres formas generales: *descripción, ırración y disertación,* a las que en rigor se pueden referir todas quellas divisiones.

Descripción es exponer objetos, cosas vistas o imaginadas; ırración, exponer hechos, especialmente acciones humanas reas o ficticias; disertación, exponer a los demás los propios pensaientos.

El *diálogo*, al que se reduce la poesía dramática, puede ›nsiderarse como una parte de la narración, y, en efecto, hay ırraciones en que el diálogo o conversación, constituye una ːan parte del hecho narrado.

Cada una de estas formas, para que sea más o menos percta, debe ser *completa*, esto es, que tenga las partes esenciales ə un todo: *principio, medio y fin.*

En la descripción sus tres elementos, y aun su orden, es al› indefinido, pero ordinariamente el principio y el fin, más o .enos cortos, expresan el conjunto, ya de las cosas, ya de las

---

(1) Además de las nociones de narración y disertación, propias de este mo, hemos creído conveniente, para utilidad de los alumnos, repetir alınas otras incluídas en el primero.

ideas que las cosas sugieren; el medio las diferentes partes de mismo conjunto; de ahí que en tales casos se le llame propiamente enumeración de partes.

En la narración el principio, medio y fin se llaman *exposición, nudo y desenlace.* En la exposición se manifiesta en líneas generales el hecho de que se va a tratar y a veces las circunstancias preliminares; en el nudo, que es la parte principal y de s y con mucho la más larga, se pone de manifiesto con la mayor viveza posible lo esencial y más importante del hecho, que será tanto más *interesante* cuanto más excite la atención con lo vari o inesperado de las *peripecias* o cambios de fortuna, y con l bien caracterizados que estén los personajes y que, por consiguiente, más exciten nuestra simpatía, nuestra compasión nuestra repulsión o antipatía.

En la disertación: especialmente cuando presenta un aspecto de controversia o disputa, como en la oratoria, el principio llamado exordio, prepara y atrae el ánimo del público hacia e escritor y hacia la materia, el *medio* prueba o al menos expon sólidamente las ideas que el autor pretende comunicar e inculca en los demás: es parte que supone claridad de entendimiento lógica en el raciocinio o argumentación; en la oratoria se llam *confirmación*; el fin o *epílogo* es una recapitulación o resumen d lo dicho, que cuando es oratorio va muy a menudo seguido d una vehemente conmoción de afectos, llamada *peroración*.

El lenguaje artístico

El lenguaje artístico o estilo, indispensable en toda obr literaria para que sea verdadera obra de arte, debe ser *oportuno* esto es, acomodado al tema de que se trata, y al tono en que s expone: sencillo sin dejar de ser expresivo, correcto y animad en la narración y disertación familiar; grandioso en los grande discursos y en las narraciones heroicas; gracioso en los cuento cómicos y en las fábulas; solemne y sobrio en las parábolas vehemente en la peroración de los discursos...

Hay que evitar la *difusión* o exceso de palabras y más d ideas inútiles para lo que se pretende, por muy bellas que sean es defecto muy común en los principiantes; hay que acostum

›rarse desde los principios a la *precisión* del estilo, tachando y ›uprimiendo sin compasión toda idea o palabra que no venga ›l caso. La precisión se llama *concisión*, cuando ese lenguaje ›reciso encierra mucha doctrina, lo cual tiene sobre todo lugar ›n la disertación; conciso en la literatura es lo equivalente a ›nacizo en las cosas materiales. Esa precisión y concisión llevan ›aturalmente a otra gran cualidad: la *fuerza* o energía, consis›ente en que (tan fuerte), tan hondamente penetran los pensa›nientos en el ánimo del lector u oyente, que dejan en él su hue›la profundamente grabada, de modo que difícilmente se olvidan. ›Esta cualidad va de sí unida a la *originalidad*, al sello personal › característico que saben imprimir a la expresión de sus ideas ›os hombres superiores. La originalidad supone, pues, la *nove›ad*, el expresar las cosas de un modo distinto del comúnmente ›sado, pues lo hace así en virtud de lo recio y vivo de su propia ›ndividualidad.

De ahí que esta originalidad haya de ser *natural*, esto es, ›ue parezca brotar espontáneamente del alma conmovida del ›utor. De otro modo se caería en la extravagancia, vicio por des›racia muy común en nuestros días.

Advertencia sobre la imitación de los modelos

En los modelos literarios de este libro, seleccionados cuida›osamente, entran los mejores de los más insignes autores de ›España y la América latina, encontrarán los escolares ejemplos ›cabadísimos de todas las formas y géneros. Es de notar que en ›os autores antiguos es *ordinariamente* más perfecto el orden, › simetría, la profundidad y solidez de los pensamientos, así ›omo la riqueza del lenguaje, y la armonía del estilo. Entre los ›nodernos, aunque hay muchos que imitan dignamente a los ›nteriores en las cualidades indicadas, *generalmente* es más co›nún cierta ligereza y rapidez en el pensamiento, cierta tendencia › cortar más la frase y cuidar menos de la pureza y armonía; ›n cambio, cultivan más la originalidad y el brillo y colorido ›e la expresión; los antiguos gustaban más de cuadros genera›es aplicables a muchos particulares; en los modernos, de un si›lo a esta parte, se nota el esmero de hacer ver clara y brillan-

temente, tal cual es, sin confundirla con sus similares, aquella cosa o hecho de que se escribe o narra. Y como la descripción y narración son también un notable recurso y adorno de la disertación, también en este género de composiciones didácticas y oratorias se deja sentir esa originalidad, o *colorido local*, como suele a veces llamarse.

Guárdense con todo los principiantes de tomar estas consideraciones en un sentido absoluto; son no pocos los autores antiguos y modernos que reunen todas las cualidades dichas.

Conviene, pues, para la perfecta formación literaria, estudiar los unos y los otros: la pureza, riqueza y armonía de expresión, la claridad y solidez del raciocinio, en los antiguos; el colorido o brillo y la sinceridad individual y originalidad en los modernos. Unos y otros, en lo que tienen de perfecto, merecen llamarse *clásicos*, en el sentido etimológico (clase) y primordial esto es, en el de llenar las condiciones que a las obras de arte *suponen* la naturaleza y el buen gusto.

Los modelos escogidos van a veces agrupados por temas semejantes, para que los principiantes puedan estudiar cómo diferentes autores tratan el mismo asunto de diversas maneras tanto en la concepción interna, como en el estilo, debido lo uno y lo otro o al fin que pretenden, o al género de lector a que se dirigen, o sobre todo a la manera peculiar, a la personalidad de cada uno, que imprime a lo que escribe su modo de ver y de pensar, su sello individual, su originalidad, en una palabra *su estilo propio.*

Advertencias sobre el trabajo literario

En toda composición, el trabajo o elaboración de la mism para que produzca todo el resultado de que es capaz el escritor convendría, según enseña la naturaleza y la experiencia, que sig el siguiente desarrollo:

1.° *Consideración atenta del asunto* (*fondo*): ver, recorda o imaginar vivamente en la descripción y en la narración fic ticia; inquirir seriamente en la narración histórica; reflexionar estudiar la materia en la disertación. Esa claridad del pensa miento se transmitirá sin esfuerzo al plan y a la elocución.

2.º *Disposición de las partes* (*forma interna*): seleccionar inicamente lo que es oportuno a la materia, al tono, al fin que e propone; ordenar las ideas de manera que produzcan el efecto ue más conduce a ese propósito. Ese *plan* es muy útil escribiro brevemente en un croquis, y tenerlo ante los ojos mientras e compone.

3.º *Redacción* (*forma externa*): la que será tanto más fácil, uanto más se haya estudiado y reflexionado el tema. En ese aso, si hay calor de inspiración, conviene dejar correr la pluma, in detenerse demasiado en pormenores.

4.º *Corrección:* analizar prácticamente lo escrito: faltas de ramática, faltas de claridad, tachar sin compasión todo lo superfluo (precisión), sea en la fraseología, sea en la repetición le ideas; observar si hay faltas de armonía, sobre todo asoancias cercanas, y notable falta de simetría en los incisos, esecialmente al fin de las cláusulas periódicas.

5.º Si hay tiempo, *encarpetar* la composición, y volverla leer y corregir más tarde, imaginándose el efecto que produciía en la clase de personas a quienes va dirigida.

N. B.—Estas reglas no son absolutas, sino meramente diectivas. Cada cual, según su modo de ser, las seguirá en mayor menor grado, según se lo vaya enseñando la experiencia.

LA NARRACION

La narración es la exposición de un hecho, sobre todo de una acción humana, esto es, de un hecho en que intervienen las actividades libres del hombre.

Como en toda composición, lo primero es ver claramente, imaginar, sentir, *vivir* el asunto.

Procúrese que la *exposición* sea muy *clara* y ordinariamente *breve;* el nudo *interesante*, y lo será tanto más cuanto más al vivo y con más arte se expongan *conflictos internos* provocados por *peripecias* o cambios de fortuna, y cuanto mejor caracterizados estén y más variados sean los personajes que intervienen; *el desenlace* ha de ser *verosímil*, conforme a la naturaleza de las cosas, pero a ello no se opone el que sea, antes conviene que sea, inesperado, lo que sostiene más el interés hasta el fin.

En los diálogos hay que cuidar que el lenguaje sea acomodado al carácter del que habla y evitar los coloquios que no se relacionen con el fin de la narración.

Respecto de la *trama* o enlace de la acción hay que tener en cuenta que el fin a que va dirigida una narración suele ser especialmente en los grandes poemas, novelas o dramas, una empresa que quiere llevar a cabo el protagonista o personaje principal, y a la cual se opone el antagonista y la serie de contradicciones o peripecias que infunden interés en el encadenamiento de los hechos.

Otras veces, sobre todo en las narraciones cortas, el fin está en la intención del autor y va encarnada en la misma fuerza de los hechos relatados. Esto se manifiesta de un modo especial en las fábulas, que prueban prácticamente la verdad de la moraleja.

Las peripecias son los acontecimientos inesperados que traban o facilitan el desarrollo de este fin. Esos cambios pueden provenir:

---

(1) Véase en el tomo I todo lo referente a la descripción..

De causas físicas: salud, enfermedad, vida, muerte, frío, calor, lluvia, nieve, incendio, terremoto, naufragio..........

De causas fortuitas: riqueza o pobreza heredada, buena o mala suerte, nobleza u origen humilde, prosperidad o adversidad, victoria o derrota, esclavitud, servidumbre, cautividad.

De causas morales: virtud o vicio, pasiones, amor u odio, esperanza o desesperación, perdón o venganza, entusiasmo o abatimiento, carácter firme o frivolidad, ilusión o desengaño, crueldad o compasión, consejo, engaño, seducción, experiencia o inexperiencia, simpatía o antipatía, interés o generosidad, sacrificio, inmolación, crimen, traición, robo, valor, osadía, justicia o injusticia, mentira, calumnia, adulación, desdén, etc., etc.

Los conflictos imaginables pueden reducirse a cierto número, que casi fueron agotados por los dramáticos griegos y los españoles. Lo que puede variar y varía hasta lo infinito es el *colorido local*, el lugar, el tiempo, tipos, costumbres, utensilios, muebles, habitaciones, armas, inventos y conflictos nuevos, indumentaria, ciencias, artes, viajes, ceremonias, etc., etc.

Cuando la acción se verifica en varios lugares, hay que ir narrando por partes los hechos que se desarrollan en cada uno de ellos; en ese caso conviene interrumpir la acción de un punto en algo que empalme bien con la escena en que quedó el hilo en otro lugar, o en el que va a empezar en el siguiente.

El desenlace, además de ser *verosímil*, debe ser *moral*, de manera que resulte de algún modo triunfante la virtud y escarnecido el vicio; que se manifieste el influjo de la Providencia, aun cuando sea el fin materialmente desgraciado para un héroe virtuoso. Esto es lo que llama Aristóteles *Kátharsis*, o purificación de pasiones, conveniente sobre todo en las tragedias: las emociones experimentadas al ver sufrir los héroes, deben recibir un emoliente suave que deje satisfecha la inquietud del alma.

Asuntos de narraciones

—Autobiografía, esto es, la historia de sí mismo.

—Anécdotas de la vida del hogar, de colegio, experimentadas por sí o por los compañeros.

—Cuentos oídos o leídos desde niños.

—Leyendas, tradiciones y supersticiones oídas a la gente del pueblo, especialmente en el campo.

—Argumentos de poemas, dramas, novelas, representaciones de biógrafos.

—Argumentos que suponen o sugieren las láminas.

—Hechos históricos: batallas, escaramuzas, estratagemas, anécdotas, actos heroicos...

—*Inventar nuevos argumentos:* 1.° *Cambiando* en uno conocido el ambiente, lugar, tiempo, tipos, costumbres, alguna peripecia...

2.° *Imaginando* un conflicto (v. la serie de las principales causas de peripecias), encarnándolo en tipos que se hayan visto o imaginado vivamente, y encuadrándolos en un ambiente, escenario, tiempo... bien determinado en la realidad o en la fantasía.

Para facilitar este trabajo, damos a continuación algunos croquis de narraciones, que cualquier alumno puede desarrollar sin dificultad, por tratar de materias que están al alcance de sus conocimientos.

Temas de narración

El perro salvador.—Niño y niña pequeños, hermanitos—casita de campo—paseo—persiguen mariposas—descripción—la niñita cae al estero—desesperación del hermano—se tira al agua—son ambos arrastrados—gritan—acude la madre: cuadro—llega el perro—los salva.

Una apuesta bien ganada.—X. apuesta que él pescará, que traerá al menos veinte pescados—expedición—sin éxito—apenas cangrejos y ranas—¿cómo ganar la apuesta?—en un charco con un saco pescan centenares de pececitos microscópicos—gana la apuesta: mucho más de veinte—no habían fijado el tamaño.

Ir por lana y volver trasquilado.—En clase X. estudia poco—pero aparece saber—tiene el libro abierto oculto tras otros—

l profesor sospecha—pregunta difícil—no contesta—«Abra l libro y lea»—hubiese mostrado el libro abierto—«No he traío el libro»—«Bueno, pague Ud. diez puntos por no traer a lase el libro»—y el pobre X., por holgazán y por mentiroso, iene que pagar.—Hipotiposis de la cara que pone X. y de la ue ponen el profesor y los condiscípulos.

Incendio.—Descripción del incendio de una casa.—X. iene allí un hermano—llega azorado—observa—quiere él misno penetrar antes que los bomberos—pide medios a gritos—le npiden arrojarse a las llamas—desesperación—reza, hace una nanda, se desmaya—al despertar se ve auxiliado por su propio ermano, que logró salvarse por el fondo en una escala de cuerla. Los dos se proponen cumplir fielmente la manda.

Terremoto.—Descripción material.—id. de las personas—uimos—recordamos que quedaba mi hermanito en cama—me ncomiendo a Dios y vuelvo—entro en la casa—se hunde un echo ante mí—retrocedo—entro por otro lado—llego a la cuna ha desaparecido el niño!—busco, oigo un grito—lo recojo debajo de una cama—al ir a salir nuevo peligro—huyo por otro ado—quedo aislado—sin salida ¡perdidos! pero bajo a una bolega subterránea y allí nos salvamos.

Naufragio.—Descríbase el interior del vapor—algo de la ida de a bordo—hermosura del mar en calma—cambio de iempo—aumenta el movimiento—las olas barren las cubiertas —se cierran escotillas y lumbreras—terror de los pasajeros—escena—choque—conmoción—salvamento de noche—escenas desgarradoras—separación de seres queridos—mujeres y niños en os primeros botes—pero en una familia no se quieren separar, prefieren quedarse y morir todos juntos—oración—promesas —no hay más botes—pasa la tempestad—amanece—el barco está fijo y seguro por el momento, clavado entre rocas—llegan otros dos vapores al llamado de la telegrafía inalámbrica—salvamento fácil—en cambio en el mar flotan restos de los otros botes.

El forzudo pedante.—Hipotiposis de un alumno grandote forzudo, fanfarrón, el último en clase, a quien llaman Herculón Paseo de los alumnos: uno se enferma y no puede continuar.—«¿Qué hace Herculón?», gritan los compañeros—«¿Qué?, ¡venga acá el inválido!»—y se lo lleva a cuestas en la última terna—aplausos—a poco gritos ¿qué pasa? cayeron ambos en un pozo salieron maltrechos—comentarios—burlas—hipotiposis de la vergüenza y de la cara de Herculón.

Pescadores afortunados.—Pesca, el bote, el río—un pescador dice que es mala hora—no pescan más que sol, desesperación y un buen almuerzo—vuelta triste ¿qué dirán? ¡cómo se reirán las hermanitas!—Al llegar al desembarcadero llegan también barcas de pescadores llenas de pescado—¡feliz idea!—compran, y... para no mentir cada uno pesca con la mano las mejores piezas—y llegan a la casa triunfantes.—Sólo más tarde declaran la verdad.

El robo en el melonar.—Dos niñitos, hermano y hermana sueñan con los melones del vecino—un día, en tiempo de siesta organizan el asalto—descripción de pormenores—llegan—escogen uno ideal—están bien ocultos—lo prueban ¡delicioso!——¡ruido! ¡¡un perro fenomenal!!—huyen a todo correr—el caballero abandona a la dama—ésta deja un pedazo de manga en las mandíbulas del perro—... nada más... llegan sanos y salvos... pero pronto se averigua todo—y la mamá les hace pasar otro mal rato.

El cazador fanfarrón.—Un amigo de colegio alardea de ser gran cazador—se le invita al fundo—salen a cazar perdices—descripción—primeros tiros errados—al fin mata, no una perdiz, sino al perro predilecto de la casa—descripción del perro moribundo—de la vuelta de X. cabizbajo, avergonzado.—Escena de la llegada: lloran las niñitas.—Se excusa fríamente al forastero antipático.—Escarmiento de sus fanfarronadas.

Cacería de zorros.—Mañanita de verano—caballos—peones—escopetas—no encuentran piezas—se sientan a refrescar—

ıdridos—¡el zorro!—persecución—vueltas y revueltas, *pero* esaparece—una cueva—tratan de entrar—nuevos gritos—llá lejos huye el zorro, que salió por otra abertura—nueva per-ecución—vuelve a desaparecer—perdido—vuelven desanima-os—cae la tarde—puesta de sol—nuevo alboroto, otro zorro—) cazan los perros—alegría—hurras—vuelta triunfal.

La isla de la laguna.—Sueños fantásticos—¿cómo llegar?—ote improvisado—dos troncos como Robinson—preparan, tan—perchas—vela—expedición—una mañana, salen—dificul-ıades—por fin avanzan... *pero* se enmarañan—quedan enre-ados en las plantas acuáticas—desesperación—acuden gua-ɔs a los gritos—uno entra a caballo en el agua—enlaza la al-ıadía—y salva los osados tripulantes, que han fracasado en la mpresa.—Esta se realiza más tarde en una verdadera barca ue regala el papá.

Nido de águilas.—Muy arriba en un cerro—rocas—arbus-ɔs, precipicios—no pueden llegar—otro día examinan terreno, ando una vuelta—al fin van a llegar—*pero* nueva quebrada, recipicio—nueva vuelta—llegan—pero el águila defiende los olluelos—éstos saltan del nido, *pero* imposible perseguirlos ıtre la maleza y al borde del precipicio—vuelven tristes y lle-ɔs de rasguños.—Felizmente el hijo del capataz logra traer n aguilucho cazado de noche con linterna.

Caza de leones.—Se han visto—se dice—se comenta—se repara una batida.—X. irá con todos, aunque aún niño—expe-ición—caballos, perros, armas—él al frente—al llegar al valle recauciones—él junto a un peón amigo—olor extraño—caballos y perros olfatean—ladran los perros—temblor del caballo y de .—gritos lejanos—nada se ve—gritan allá hacia acá—¿vendrá n león perseguido?—X. quiere bajar del caballo y huír—el eón a pie espera rifle en mano—tras una roca aparece el león—escripción—¡fuego!—cae la presa—avanza X.—lo remata—ɔne el pie encima cuando está bien muerto.

Cacería de tigres.—Cuentan en el galpón los peones que han ɔarecido reses muertas y rastros de dos tigres—debe haber

una familia en la selva virgen de aquel potrero—batida—atraviesan llanura con paja brava—dejan los caballos—avanzan a pie, armados, a gatas—cansancio—espesura de la selva... en un claro aparece la hembra con los cachorros—nada hacen, esperan al macho—aparece éste—tiros, flechas—muere la hembra—un gaucho presenta al macho el poncho arrollado en el brazo izquierdo: el tigre lo ataca, y él le hunde el facón en el vientre—cae la fiera—últimos tiros—se recogen los cachorros.—La piel de los tigres.

LA DISERTACION

Disertación es la exposición literaria de una o varias verdades. Puede presentar dos matices principales:

1.° *La mera amplificación de una verdad,* manifestación de los propios conocimientos y sentimientos, comunicación de la propia ciencia y raciocinio.

2.° *La prueba de una tesis controvertida.*

En una y otra, una vez comprendida y dominada la materia se ha de poner bien en claro el sentido de lo que se afirma, el estado de la cuestión. En una tesis se debe precisar bien y amplificar dignamente las razones o argumentos por los cuales admitimos esa opinión, y a menudo conviene también de un modo semejante explanar por qué no admitimos las pruebas que aducen en contra los adversarios: lo primero se llama *confirmación,* lo segundo *refutación.*

La amplificación brotará espontáneamente, si se domina el asunto. Pero para facilitarla será muchas veces útil el ejercicio llamado *Kría* (en griego cosa *útil*), que consiste en la aplicación de los llamados *tópicos o lugares oratorios,* que son ciertos puntos de consideración adaptables a toda clase de asuntos. Son éstos *la definición, la etimología, la enumeración, las circunstancias, la causa, el efecto, la comparación, lo contrario, el ejemplo y el testimonio.*

Supongamos que el tema sea el *amor patrio: definiremos* lo que es, presentándolo no sólo en su esencia, sino también en sus varios matices, para añadir esplendor:

De su etimología (*pater,* padre), amplificaremos la idea de

que es una extensión y complemento del amor a los propios padres y familia;

Enumeraremos lo que encierra la idea de patria, la tierra, la raza, la tradición, las leyes, los héroes, etc.

Las circunstancias posibles pueden recordarse con estos versos:

¿Quién? ¿qué? ¿dónde? ¿por qué medios?
¿Por qué? ¿de qué modo? ¿cuándo?

o con estos otros, que indican las mismas ideas:

Autor, sentido, lugar, medio,
la razón, la manera, el tiempo.

No todas son aplicables a todos los temas, pero ayudan a suscitar nuevas consideraciones: *el autor* de una expresión célebre, *el sentido* o explicación misma: *el lugar* o ambiente en que se desarrolla, *los medios* de que se valen los que lo realizan (en nuestro caso los hijos fieles de la patria); la razón de ser, el *por qué* del verdadero amor patrio; la *manera* digna y, si es necesario, heroica, como hemos de servir a la patria; *el tiempo*, siempre y sobre todo cuando esté en peligro la independencia o el honor nacional.

La causa del amor patrio es la naturaleza misma que Dios ha dado al hombre, naturaleza social que lo hace amar lo que lo rodea y que le es necesario para el desarrollo de sus energías.

El efecto del amor patrio es crear hombres de carácter, de sacrificio, de nobles ideales.

Comparación con el amor de los padres, de la familia, de la propia casa, del huerto familiar, de los amigos, etc.

Lo contrario: cuán indigno, infame y despreciado ante Dios, ante la razón y ante la conciencia pública el caso de los traidores a la patria.

Ejemplos de los héroes que se sacrificaron y hasta murieron por la patria.

Testimonios de autores célebres, de dichos populares, de santos, y sobre todo de Jesucristo.

En el estilo de una disertación hay que evitar de un modo especial la aridez y la monotonía: las formas *admirativa, interrogativa e imperativa* oportunamente añadidas a la expositiva, añaden variedad y vigor.

En las frases periódicas procúrese también la variedad: fácilmente, sin alterar esencialmente la idea, de un período *causal* se puede pasar a un *condicional, temporal, ilativo,* etc.

Las figuras, especialmente los *tropos*, la *comparación* y la *antítesis*, las *sentencias*, y si la disertación toma la forma oratoria, las figuras *patéticas*, contribuyen poderosamente a añadir vida y esplendor a la disertación. Evítese, sin embargo, el uso inmoderado y artificial de esos elementos, que de sí son naturales, y brotan espontáneamente cuando se escribe bajo el calor de la inspiración.

Temas de disertaciones

Los temas o asuntos para ejercitarse en la disertación deben tomarse preferentemente sobre materias que el alumno conozca mejor y a las que se sienta naturalmente inclinado: habiendo de antemano pensamiento y afecto, brotarán más fácilmente la expresión interna y externa, el plan y la elocución.

Los asuntos del día, de que oyen a menudo hablar a personas ilustradas y *las materias de sus estudios* que bajo mil formas les explican y repiten sus profesores, son ordinariamente los temas más apropiados para los principiantes. ¡Con qué espontánea y legítima elocuencia disputan a veces nuestros discípulos sobre tales tópicos, dejando de lado sus mismos juegos! ¡Qué convicción, qué calor, que variedad y fuerza de expresión en sus infantiles controversias! Logremos que expresen por escrito esas espontáneas manifestaciones de su modo de ver y sentir, precisando más sus conceptos y puliendo más el lenguaje, y obtendremos verdaderos escritores, cuyo estilo sea el reflejo de su propia personalidad.

Aunque tales asuntos sean innumerables, la experiencia enseña que es de gran utilidad para sugerir ideas y despertar iniciativas personales, el presentar a los alumnos brevemente alguno de los puntos principales de sus conocimientos que más

se prestan a ser desarrollados artísticamente. Pero nunca se insistirá bastante en la conveniencia de que cada uno escoja aquellos que para él ofrezcan mayores atractivos.

De ahí que difícilmente podrá darse mejor consejo a un alumno que desee adquirir estilo verdaderamente personal, que el habituarse a escribir un *diario íntimo*, en que vaya consignando con gran sinceridad los acontecimientos que ve u oye cada día, las consideraciones que en él despiertan, y, en general, los pensamientos y sentimientos que él va experimentando en la vida.

Para mayor brevedad indicamos por grupos los temas, seguidos de algunas ideas que sugieran el desarrollo.

Temas morales

Felicidad del buen estudiante: conciencia—Dios—padres—ejemplo—alabanzas—porvenir.

Desdicha del mal alumno: conciencia—Dios—castigos—reprensiones—porvenir.

Necesidad de tener carácter: ¿qué es carácter?—un hombre de voluntad firme en medio de las dificultades—ejemplos históricos—lucha—valor.

Sin carácter: hombre inútil—para nada grande—incapaz de triunfar en la lucha—necesidad de hombres de carácter para el porvenir de la patria—para grandes empresas—a veces un solo hombre de carácter basta para determinar una gran reacción, que salva un país.

Felicidad del estudio: cuesta—pero satisfacción—conciencia—clase—examen—sabiduría adquirida—notoria—darse cuenta de muchas cosas—aplicación a lo que se ve—un tesoro que acompaña siempre—conciencia—Dios.

Utilidad del juego y deportes físicos: la vida sedentaria—poca salud—el movimiento, la actividad del organismo da buena

salud, alegría, deseo y facilidad de trabajar—virtud—armonía de todas las fuerzas humanas.

Pero peligro de exceso; sea medio para cumplir mejor con el fin del hombre.

Amor a los padres: justicia—el ser—educación física, intelectual, moral—amor natural hasta en los animales—racional—caballerosidad—caridad—amor con amor—lo que hacen de más—todo por nosotros—aun hasta la muerte.

Correspondencia: amor, obediencia, veneración, ayuda, sacrificio igualmente hasta la muerte.

Amor de hermanos: los mismos padres—la misma vida—casa—educación—dichas y tristezas—el corazón—parte de sí mismo.

Amor, ayuda, consejo, consuelo en las aflicciones; unión y concordia, que haga perdurar la del hogar paterno.

Amor de compañeros: unidos para un mismo fin—comunidad de alegrías y penas—ayuda mutua—preparar en ellos cooperadores para el porvenir—base de la futura sociedad—mismos ideales.

Respeto al prójimo: como hombre es imagen de Dios—imagen mía—las mismas miserias que yo—conocer—reconocer su dignidad en palabras y acciones—disimular, excusar sus debilidades—acordarme de las mías: él me excusará a su vez.

Así ganaré amigos, evitaré enemigos—seré feliz en la sociedad y en mi conciencia: caridad, Dios.

Alegría, optimismo: hace bien a sí mismo—da ánimo, actividad—hace bien a los demás—hace agradable la compañía, ayuda a los otros—lo contrario—tristeza—pesimismo.

Razonable: vida corta para ganar la otra—todo por Dios—suprema alegría—levantarse en los fracasos, caídas, debilidades—nunca derrotado, aun vencido levantarse—propio de hombres, de grandes, de héroes, de santos.

Piedad: Dios todo lo merece—cuanto se pueda—infunde

uerza—lucha necesaria—fuerza contraria—gracia de Dios para rencerla—infunde felicidad—nadie tan feliz acomo el joven piadoso, todo iluminado y fortalecido por Dios.

Paz: tranquilidad de espíritu—originada por el orden de la vida—única felicidad posible en el mundo—contento con su uerte (contenido en los límites propios)—deseo contenido—iene lo que quiere—quiere lo que puede tener y no más (*contento* n latín significa *contenido*)—no molesta a los demás—al contrario, derrama su paz sobre los otros.

Paciencia: sobrellevar con paz (tranquilidad) las contradiciones—¿por qué irritarse?—la ira nace de soberbia—creerse y quererse más de lo que se es y de lo que se vale en realidad—la ra proviene de un deseo excesivo no realizado—efecto de la ira: mpeorar la situación—lo razonable es mejorar lo mejor posible o que ofende.

Moralidad: la conciencia—Dios—el vicio—falta de salud—nfermedades—horrores—falta de energía—de memoria, entendimiento, voluntad—locos o al menos sin carácter—porvenir létrico—cada día peor por el hábito—tristeza y desesperación propia—id. de los padres, hermanos y amigos—deshonra y ruina—escándalos—desdichas de la familia.

Alegría, nobleza, grandeza, dignidad, del joven puro y morigerado.

Amor a la patria: justo es amar a la patria (en general)—puedo estar orgulloso de mi patria: territorio, raza, historia, eyes, religión, lengua, cultura—¿qué es sacrificarse por la patria?—en tiempo de paz: trabajo, honradez, política—en tiempo de guerra: la vida hasta la muerte—lo que puede un hombre de carácter, de iniciativa y constancia para el engrandecimiento de la patria.

La concordia: la unión hace la fuerza—en política como en oda sociedad, cada uno renuncia a algo personal para obtener para todos un bien mayor general.

La paz, felicidad de una nación: descripción de los efectos

de la paz: pero, dada la debilidad humana y la dignidad de l patria, hay que vivir preparado para cualquier conflicto: nece sidad del ejército, noble, valiente, bien preparado y pertrecha do para ese fin.

Ciencias naturales

El cielo estrellado: belleza de lo que se ve—placidez que su giere—inmensidad—grandeza de lo que es: datos de erudición— armonía—personificación del cielo por los griegos.

Monografías (belleza, datos y consideraciones): sobre e sol—luna—estrellas—nebulosas—cometas.

El agua: estados—aspectos—cuadros de la naturaleza— aplicaciones.

Atmósfera: estado—*¿qué se ve?*—diferentes aspectos, horas aurora crepúsculo... —belleza—*¿qué es?*—datos científicos— providencia—fenómenos.

Monografías sobre cada fenómeno—lluvia, nieve, rocío nubes, viento, tempestades, huracanes.

Temblores: describir uno—oído o presenciado—escenas pa téticas—destrozos—causas científicas—opiniones—datos—Dio sobre todo—precauciones—edificios—aparatos registradores.

Tempestades: descripciones—en tierra o en mar—escena en tierra o a bordo.

Naufragios: descripción—escenas—causas—precauciones— salvamento—salvavidas.

Armonía del cuerpo humano: admirable disposición de cad órgano para su función: de todo entre sí.

Circulación y respiración: descripción—comparación co

un sistema de ríos y canales por donde se navega—carga y descarga.

Asimilación: descripción—comparación con barcos cargados, cuyas, mercancías se reparten—se lastran con residuos inútiles—se eliminan—vuelven a cargarse para recomenzar...

Descripción artística de un órgano: ojo, oído, nariz, pulmón, corazón... haciendo ver la relación de su estructura con su función—armonía—Providencia.

Instinto de los animales: suple la inteligencia del hombre: ellos siempre lo mismo—por naturaleza—pero ¡qué admirablemente!—alimentación—cuidado de la prole—nidos de las aves—transmigración al cambiar de estación...

Monografías de algunos: perro, gato, caballo, asno, castor, abeja, hormiga...

Belleza y utilidad de los árboles: descripción—selvas, bosques, parques, árboles aislados—en la ciudad—variedad de formas, colores, hojas, flores, frutos... —utilidad en sí mismos: sombra, clima, lluvia, retiene el agua... —utilidad en sus productos: madera, raíces, papel, carbón, fibras, tejidos y cordeles, hojas, frutos...

Las flores: sonrisa de la creación—belleza—variedad—descripción de sus elementos, razón de ser—vida de la planta—la flor y el fruto—ornato—jardines—jarrones y macetas en ventanas, balcones, azoteas, comedor, en los altares—mes de las flores—Mes de María, Reina de las Flores.
Utilidad: aromas, infusiones, alimentos, remedios—conservación de las flores.

Los frutos: v. flores.
Aplicaciones: alimentos, remedios—conservación industrial —riqueza de su cultivo—importancia—conveniencia de promoverlo—siempre tendrá mercado...

Ciencias físico-químicas

Electricidad: fenómenos—explicación—teorías—aplicaciones

Pila eléctrica: ¿qué es?—historia—evolución—variedades—aplicaciones—cuadros pintorescos de su uso.

Monografías semejantes sobre las *máquinas eléctricas, teléfonos, telégrafo, radiografía, rayos X, acumuladores.*

El fuego: aspecto—natural—artificial—efectos: destructores, bienhechores—aplicaciones—¿qué es científicamente?—teorías.

Vapor: ¿qué se ve?—¿qué es científicamente?—leyes—*máquinas de vapor:* historia, evolución, escenas... —transatlánticos modernos—turbinas—motor a gas—evolución de la marina de guerra...

Microscopio: en sí: descripción y explicación—aplicaciones el mundo inferior, maravillas—Providencia: grandeza de Dios en lo infinitamente pequeño.

Telescopio: en sí: aplicaciones: por los mundos siderales—descripción, consideración, sueños—inmensidad—grandeza, poder y Providencia de Dios.

El sonido: fenómenos, descripción pintoresca—propagación: escenas, el leñador, el cañón... —aplicación—el teléfono—la música—el lenguaje.

La música: melodía, armonía—escenas—instrumentos de cuerda, de viento, metálicos, de percusión—variedad de intensidad, tono y timbre—orquesta—imitación de la naturaleza—comparar: paralelo.—La melodía infinita de Wagner.

Monografías sobre la *llama*, los *combustibles*, los *colorantes explosivos, abonos...*

Temas filosóficos

N. B.—En disertaciones literarias no siempre se ha de seguir orden más rigurosamente lógico, ni siempre acudir a los argu-ntos de sí más sólidos, sino a los más acomodados a la índole y pacidad de los lectores.

Grandeza del hombre: mundo espiritual y material reunidos—erpo admirablemente dispuesto—alma espiritual—inteligen-, que a todo se extiende—voluntad libre, que domina lo in-rior—escenas del poder del espíritu—escenas de la historia: roes y santos.

El hombre rey de la creación: llega hasta Dios por la razón y r la gracia—domina el mundo espiritual con su inteligencia—mina el mundo animal, vegetal, mineral, elementos—apro-cha para sí mismo las fuerzas de la naturaleza.

El alma espiritual: existe una causa espiritual (no material) efectos no materiales: lo universal, lo abstracto... —casos rticulares descritos artísticamente.

Alma inmortal: argumento moral: sed infinita de felicidad—tural—luego puesta por Dios, autor de la naturaleza—des-pción pintoresca—no puede ser saciada en este mundo—luego os la ha puesto para saciarla después—sin fin—pues con la a de que tendría fin, nunca podría saciarse plenamente.
Brevemente otros argumentos.

El hombre es libre: creencia de todos los pueblos—la histo-—premios y castigos, alabanzas y vituperios—descripciones rticulares: el niño bueno o malo—los héroes y los criminales—inión pública y privada en la sociedad—la propia conciencia—sde niño—cada uno lo que todos en todas partes y en todos mpos...

La posesión cierta de la verdad: lo absurdo del escepticismo.

Cuadro de la belleza del hombre que ve y conoce con cert cosas, verdades y consecuencias—hay quien niega lo evident descripciones jocosas de sus consecuencias—facultades con jetos propios—acomodadas a ellos—absurdo del escepticismo.

Los sentidos pueden percibir con certeza el objeto prop cuadros descriptivos de varios sentidos—escenas—razones —¿ilusiones? a veces por ciertas causas cognoscibles—en ot ninguna causa posible; si no, faltaría la Providencia.

Providencia: cuadro del Universo—el hombre en la his ria—el Cristianismo—hay males físicos y morales: Dios s puede pretender el bien: si no, no sería Dios: el mal físico por bien moral—permite, no impide, pero no pretende, el mal mo para no impedir la libertad del hombre—bienes morales su riores.

Existe un orden moral: el bien y el mal. Desde el Paraíso en todos los pueblos—mal uso de la libertad castigado, lue idea del mal—conciencia propia: lo conforme a lo que la raz enseña, lo que exige la naturaleza bien ordenada—y su au Dios—consecuencia de la libertad (puede querer o no quer lo uno o lo otro) y de las órdenes de Dios—obedecidas (bi virtud) o quebrantadas (mal, pecado).

. . . .

. . . .

Temas de Teodicea y Apologética

De un modo semejante pueden explanarse las demás te de la filosofía y de la apologética, v. gr.:

Existe Dios—Dios es personal, distinto del mundo—existe religión natural obligatoria—la revelación es posible—si existe obligatoria.

El milagro y la profecía—existe en el Cristianismo—el Cr tianismo sólo en la Iglesia Católica se conserva como lo institu Jesucristo.

La Religión y la prosperidad de las naciones.

La Iglesia Católica, madre de la civilización europeo-ameri- .

La América latina debe a España la base de su existencia y u cultura (sangre, religión, lengua, leyes, costumbres, vir- s y defectos, etc.).

América debe a la Iglesia y a sus misioneros gran parte de lo es y de lo que tiene.

PROVERBIOS Y REFRANES

Las sentencias populares suelen encerrar profundas verda- en pocas palabras; de ahí que sean muy aptas para temas de rtación, o al menos, para confirmar doctrinas morales y prác- s.

A Dios rogando, y con el mazo dando.
Allégate a los buenos, y serás uno de ellos.
Amor con amor se paga.
A quien madruga, Dios le ayuda.
Cada oveja con su pareja.
Con esos polvos se hicieron esos lodos.
Cría cuervos, y te sacarán los ojos.
Dime con quién andas, y te diré quién eres.
El hombre propone y Dios dispone.
Haz el bien, y no mires a quién.
Las paredes oyen.
No hay peor sordo que el que no quiere oír.
Obras son amores, y no buenas razones.
Quien bien te quiere, te hará llorar.
Siembra vientos y recogerás tempestades.
Si quieres empobrecer, compra lo que (no) has menester.
A buey muerto, cebada al rabo.
A buen entendedor pocas palabras.
¿A do irá el buey que no are?
Agua pasada no corre molino.

A falta de pan buenas son tortas.
A la vejez viruelas.
Al que Dios se la da, San Pedro se la bendiga.
A pan duro, buena cara.
A otro perro con ese hueso.
A río revuelto ganancia de pescadores.
Cada cual dice de la feria como le va en ella.
Cada loco con su tema.
Comer y rascar, todo es empezar.
Dádivas quebrantan peñas.
De luengas vías, luengas mentiras.
Del agua mansa me libre Dios, que de la brava me gua
daré yo.
De tal palo tal astilla.
En boca cerrada no entran moscas.
En casa del herrero, cuchillos de palo.
Gato maullador mal cazador.
Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma.
Mal de muchos, consuelo de tontos.
Más vale un toma que dos te daré.
Más vale pájaro en mano que buitre volando.
Más sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena.
Muchas candelillas forman un cirio pascual.
Nadie diga: de esta agua no beberé.
No es tan bravo el león como lo pintan.
Ojos que no ven, corazón que no siente.
Palabras y plumas, el viento las lleva.
Perro que ladra no muerde.
Piedra movediza no cría moho.
Poco a poco hila la vieja el copo.
Por dinero baila el perro.
Quien da pan a perro ajeno, pierde el pan y pierde el perr
Quien mucho abarca, poco aprieta.
Quien más mira, menos ve.
Si te he visto, no me acuerdo.
Tantas veces va el cántaro a la fuente, que al fin se romp
Una golondrina no hace verano.
Zapatero, a tus zapatos.

Cartas familiares

La carta o comunicación por escrito entre personas ausentes, la forma en que de ordinario todos tienen ocasión y aun nece-dad de iniciarse en la composición literaria. Ahora bien, a carta familiar, cual la que escribe un niño a su padre, her-ano o amigo, se reduce ordinariamente a una serie de *des-ipciones* de lo que se ha visto y de *narraciones* de lo que se ha esenciado u oído; y a veces de *disertaciones,* expresando los opios pensamientos y sentimientos, o queriendo convencer y rsuadir de una cosa. Eso es el medio y lo principal de la carta. ello se añade un principio y un fin, que como en la oratoria, ede llamarse *exordio* y *epílogo.*

El exordio suele encerrar la causa u ocasión de escribir: *abiendo recibido carta... Debiendo darle cuenta... Cumpliendo prometido... Recordando mi promesa... No pudiendo olvidarlo. . esde que llegué me propuse... Ya que tengo tiempo y humor... omo hace tanto tiempo...*

Conviene alterar esas frases hechas, dando novedad, vida espontaneidad a la frase: *¡Cuánto tiempo!... ¡Qué pensará d. de mí!... ¡Válgame Dios y cuánto tiempo!... ¡Cuán olvidadizo . ¡Cuán ingrato... ¿Qué dirá Ud. de... ¡Bendito sea Dios! y ıán poco...*

¡Loado sea Dios que me acuerdo por fin!

Mucho, mucho me he acordado de Ud.

No piense que mi silencio signifique olvido... ¿Se acuerda d. de mi promesa?...

¡Manos a la obra, que la ocasión se presenta...

Heme aquí resuelto ya a romper mi silencio...

Mucho te equivocas si piensas que he olvidado... Paréceme ue te estoy oyendo decir «¡Qué ingrato!»... ¿Esperabas, verdad, sta carta? ¡No faltaba más!... Sobrada razón tienes para quejarte e mí. ....

....

Lo mismo hay que advertir sobre el *epílogo.* De ordinario se educe a dar recuerdos a otros y a mandar saludos, abrazos, esos, según el grado de familiaridad, a quien se escribe.

—Saluda de mi parte... Recibe un fuerte abrazo de tu amig que te quiere...

Trátese de variar:

No te olvides de saludar... Con mis cordiales saludos a.. mis respetos a... Ruégote presentes mis... Vaya con mis afecto a... un estrecho abrazo para ti... Díle a X. que no lo olvido y es dero verlo; a X. que pronto...

No olvides en la lista a X. ni a X a quienes... A X. que lo echo de menos y espero ir pronto.............................

....

Con toda el alma... con todo afecto... de lo íntimo del corazón... Créeme tu mejor amigo... que te quiere... que mucho te quiere... que tánto te quiere... que no te olvida... que confía verte pronto... que te abraza cariñosamente.

....

En las cartas familiares, sobre todo las dirigidas a los padres, hay que evitar la frialdad de quien cumple por ceremonia. Hay que saber expresar los afectos, el amor y cariño que debe profesar todo niño a sus padres y otros seres queridos:

—Querida mamá: ¡Cuánto la echo de menos!... ¡Cómo me acuerdo de Ud.!... Su imagen me sigue por doquiera... Parécem que veo constantemente sus ojos clavados cariñosamente en mí... Mi alegría se turba cuando pienso que estoy ausente de Ud.... ¿Cuándo vendrá Ud. por acá? Ojalá sea pronto. Apresure el viaje mamá querida, yo no puedo estar sin su compañía... La única pena en medio de mis vacaciones es no estar a su lado...........

Teniendo en cuenta estos tres puntos, el resto de la carta no ofrece más dificultad que la de cualquier ejercicio, advirtiendo que tanto será más perfecta la carta familiar, cuanto más natural sea el estilo, cuanto más espontáneamente brote del propio corazón. Recuérdese que es una conversación por escrito.

NOCIONES DE VERSIFICACION

Cielos azules,
nubes de nácar,
puros celajes
de oro y de grana,
. . . .

. . . .
esa, hijo mío,
flor de mi alma,
esa es tu vida,
esa es la infancia.—(*Selgas*).

Por poco oído que tenga una persona, advertirá, al leer los sos citados, que la expresión está dividida con cierta sime-, cierto paralelismo; la frase se detiene ligeramente, hace *pausa,* cada cierto *número de sílabas,* y esa pausa coincide el fin del verso.

Pero nótese que esa medida depende del oído, del sonido, *únicamente* del número de sílabas: los tres primeros versos nen cinco sílabas que corresponden a los cinco sonidos, como eros golpes, de que constan los versos. Pero el cuarto verso *oro y de grana*», aunque suena como los anteriores con cinco pes, tiene gramaticalmente siete sílabas. Es que al pronunr las vocales *e* y *o*, *o* é *y*, se emiten de una sola vez (*deo-roy*); lo que se llama la *sinalefa,* que, por consiguiente, hay que er siempre en cuenta al medir los versos. Así pasa en los últimos versos: «*e—saes*»*:* se cuentan dos sílabas, aunque maticalmente sean tres.

En un mismo verso se nota que cada dos hay un sonido nejante desde la sílaba acentuada: *nácar, grana, alma, infan-*: es lo que se llama *rima:* es *imperfecta* o *asonante,* como en e caso, cuando sólo las vocales son las mismas, *perfecta* o *sonante* cuando todas las letras son iguales, v. gr., *grana* y *a, infancia y jactancia, alma y calma.*

La rima es un mero adorno del verso: hay versos muy hersos sin rima.

Lo que, además de la medida, llama la atención en los ver- citados, es la simetría de los acentos tónicos: todos ellos llen acento en la primera y en la cuarta sílaba—' — —|—'—

Esta cadencia tan sonora es lo que se llama *ritmo y* divide sie pre al verso en partecillas de dos o tres sílabas, llamadas *cláu las rítmicas*, cuya forma es fácil de recordar por las siguien palabras: *canto* (trocaico), *cantó* (yambico), *cántara* (dactílic *cantara* (anfibráquico), *cantará* (anapéstico).

La pausa con que termina un verso hace que el sentido q de ligeramente en suspenso, con lo cual ocurre que el sonido la última vocal acentuada parezca prolongarse, de modo que la palabra es aguda, la última vocal suena casi como dos, y en realidad se cuenta para la medida del verso. En cambio es esdrújula, la detención en la vocal acentuada hace que suen muy poco las dos vocales que siguen, y, por consiguiente, cuentan como una sola. Por eso los siguientes versos son to de siete sílabas:

El triste penitente
hallaba en penas ásperas
dulzuras de perdón.—(*Costa Ll.*)

En este otro ejemplo:

Tantas idas
y venidas,
tantas vueltas
y revueltas
quiero, amiga,
que me diga:
¿son de alguna
utilidad?—(*Iriarte*).

se advierte que la combinación de rima es constante: es c siempre la misma cada dos versos: esa combinación simétric regular de la rima es lo que se llama *estrofa*, sea cada dos, t o más versos. Según el número de versos de que constan, *principales* estrofas se llaman *pareados*, *tercetos*, *cuartetos*, *qu tetos*, *sextinas*, *octavas*, *décimas*, etc.

Los versos de muchas sílabas, como los siguientes:

¿Qué quieren esas nubes—que con furor se agrupan
del aire transparente—por la región azul?

equivalen siempre a dos o más versos cortos separados en me por una detención más ligera aún que la pausa final, y que su llamarse *cesura*.



CUADROS Y ESCENAS DEL HOGAR

Ya dijimos que CUADRO O HIPOTIPOSIS *es una descripción vida y animada.*

Bajo el nombre de escenas comprenderemos la descripción sucesos en que intervieren seres humanos, y que no pueden llarse con propiedad narraciones por no encerrar directamente que en literatura se llama una acción, esto es, una serie de sucesos e dependen de la voluntad de una persona, o que influyen en deternados actos o empresas de la misma.

Es indudable que entre estos cuadros y escenas hay muchos e al menos parcialmente, podrían incluirse en los grupos anterios: topografías, retratos, etnografías...

El hogar paterno

(Sarmiento, argentino)

La casa de mi madre, obra de su industria, cuyos adobes y pias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus anos para pagar su construcción, ha recibido en el transcurso

de estos últimos años algunas adiciones que la confunden h con las demás casas de cierta medianía. Su forma original, e pero, es aquella a que se apega la poesía del corazón, la imag indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu cuan recuerdo los placeres y pasatiempos infantiles, las horas de r creo después de vuelto de la escuela, los lugares apartados do de he pasado horas enteras y semanas sucesivas en inefab beatitud haciendo santos de barro para rendirles culto en seguid o ejércitos de soldados de la misma pasta para engreírme de eje cer tanto poder.

Hacia la parte sur del sitio, de treinta varas de fren por cuarenta de fondo, estaba la habitación única de la cas dividida en dos departamentos: uno sirviendo de dormitor a nuestros padres, y el mayor de sala de recibo, con un estra alto y cojines, restos de las tradiciones del diván árabe que ha conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrob indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde l tiempos en que no había otra madera en San Juan que los alg rrobos de los campos, y algunas sillas de estructura desigu flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grand cuadros al óleo de Santo Domingo y San Vicente Ferrer, malísimo pincel, pero devotísimos y heredados a causa del hábi dominico. A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba copa verdinegra la patriarcal higuera, que sombreaba aún mi infancia aquel telar de mi madre cuyos golpes y traquet de husos, pedales y lanzadera, nos despertaban antes de salir sol para anunciarnos que un nuevo día llegaba, y con él, la nec sidad de hacer, por el trabajo, frente a las necesidades. Algun ramas de higueras iban a frotarse contra las murallas de la ca y, calentadas allí por la reverberación del sol, sus frutos anticipaban a la estación ofreciendo para el 23 de Noviemb cumpleaños de mi padre, su contribución de sazonadas brev para aumentar el regocijo de la familia.........................

Tal ha sido el hogar doméstico en que me he criado, y imposible que, a no tener una naturaleza rebelde, no haya deja en el alma de sus moradores impresiones indelebles de mora dad, de trabajo y de virtud tomadas en aquella sublime escue en que la industria más laboriosa, la moralidad más pura,

ıidad mantenida en medio de la pobreza, la constancia, la gnación, se dividían todas las horas. Mis hermanas gozaron a merecida reputación de las más hacendosas niñas que tenía provincia entera, y en cuanta fabricación femenil requería ilidad consumada, siempre fué encomendado a estas artífices hacer todo lo que pide paciencia y destreza y deja poquísimo ero.

Nuestra habitación permaneció tal como la he descrito ta el momento en que mis dos hermanas mayores llegaron edad núbil: entonces hubo una revolución interior que cos- los años de debates, y a mi madre gruesas lágrimas, al dejarse cer por un mundo nuevo de ideas, hábitos y gustos que no n aquellos de la existencia colonial de que ella era el último más acabado tipo..............................

....

Las murallas de la común habitación fueron aseadas y blan- adas de nuevo, cosa a que no había razón de oponer resisten- alguna. Entró la manía de destruir la tarima que ocupa- todo un costado de la sala, con su chuse y cojines, diván, no he dicho antes, que nos ha venido de los árabes; lugar vilegiado en que sólo era permitido sentarse a las mujeres, y cuyo espacioso ámbito, reclinados sobre almohadones (pa- ra árabe), trataban, visitas y dueños de casa, aquella bulli- sa charla que hacía de ellos un almácigo parlante.

....

El estrado cedió su lugar en casa a las sillas, no obstante débil resistencia de mi madre, que gustaba de sentarse en un remo a tomar mate por las mañanas, con su brasero y cal- o de agua puestos enfrente en el piso inferior, o a deva- sus madejas, o bien llenar de noche sus canillas para la a del día siguiente. No pudiendo habituarse a trabajar sen- la en alto, hubo de adoptar el uso de la alfombra para suplir irremediable falta del estrado, de que se lamentó largos os.

El espíritu de innovación de mis hermanas atacó en seguida jetos sagrados.

Protesto que yo no tuve parte en este sacrilegio, que ellas netían, las pobrecitas, obedeciendo al espíritu de la época.

Aquellos dos santos, tan grandes, tan viejos, Santo Domin
y San Vicente Ferrer, afeaban decididamente la muralla. Si
madre consintiera en que los descolgasen y fuesen puestos
un dormitorio, la casita tomaba un aspecto nuevo y modern
una elegancia refinada; porque era bajo la seductora forma
buen gusto que se introducía en casa la impiedad iconocla
del siglo XVIII.

La lucha se trabó, pues, en casa entre mi pobre madre, q
amaba a sus dos santos dominicos como a miembros de la fam
lia, y mis hermanas, jóvenes que no comprendían el santo orig
de estas afecciones y querían sacrificar los lares de la casa al bi
parecer y a las preocupaciones de la época. Todos los días, a ca
hora, con todo pretexto, el debate se renovaba. Alguna amen
za iba a los santos como si quisieran decirles: «han de salir pa
afuera»; mientras que mi madre, contemplándolos con ternu
exclamaba: «¡pobres santos! ¿qué mal les hacen donde a na
estorban?» Pero en este continuo embate, los oídos se acostu
braban al reproche, la resistencia era más débil cada día; porq
vista bien la cosa, como objetos de religión, no era indispensab
que estuviesen en la sala, siendo mucho más adecuado lug
de veneración el dormitorio, cerca de la cama para encomendar
a ellos; como legado de familia, militaban las mismas razon
como adorno, eran de pésimo gusto; y de una concesión en ot
el espíritu de mi madre se fué ablandando poco a poco, y cuan
creyeron mis hermanas que la resistencia se prolongaba no m
que por no dar el brazo a torcer, una mañana que el guardi
de aquella fortaleza salió a misa o a una diligencia, cuando v
vió, sus ojos quedaron espantados al ver lisa la muralla don
había dejado poco antes dos grandes parches negros. Mis sant
estaban ya alojados en el dormitorio, y a juzgar por sus car
no les había hecho impresión ninguna el desaire. Mi madre
hincó llorando en presencia de ellos para pedirles perdón con s
oraciones, permaneció de mal humor y quejumbrosa todo el d
triste el subsiguiente, más resignada al otro día, hasta que
fin el tiempo y el hábito trajeron el bálsamo que nos hace toler
bles las más grandes desgracias.



IDILIO

(Vicente Riva Palacio, mejicano)

Una casita
sobre una alfombra
blancas flores y verde grama,
nde recuestan su fresca sombra
s arrayanes y la retama.

Entre las juncias
y carrizales
arroyito que corre puro,
ariciando con sus cristales
madreselva que escala el muro.

Blancas ovejas
sobre las lomas,
todos parleros por los sembrados,
y en dulce arrullo blancas palomas
en los aleros de los tejados.

Cabe las puertas
y en las ventanas
de roja hiedra fresca cortina,
y por los patios cruzando ufana
en raudo vuelo la golondrina.

Entre los frescos
aves cantando,
junto al estanque lirios y rosas,
y por las flores, ledas buscando
el dulce néctar las mariposas.



Mi pueblo

(Muñoz Seca)

Este es un artículo humorístico, modelo de estilo festivo

El Puerto de Santa María, mi pueblo natal, sobre ser e pueblo más bonito de España, es también el pueblo más gracios del mundo. No quito ni una coma.

Lo de la gracia, tiene su explicación. Está en la provinci de Cádiz, que ya es un dato; se cría en él un vino que quita l cabeza y hasta la volatiliza, y por si fuera poco, posee una de la salinas más ricas de Europa.

Andalucía, vino, sol... ¿Hay quién pida más? Cuand alguien pretende discutir conmigo sobre este punto, contest siempre con esta copla, que me saqué yo de la cabeza cuand tenía doce años:

De la provincia de Cádiz,
El Puerto es lo más bonito;
tiene salinas y viñas
y puede «echar sal al vino».

Creo que, para los doce años, no está del todo mal la copla.

Las bromas que se dan en mi pueblo todos los días, ofre-
en la particularidad de que, para darlas, no se ponen los portuen-
es de acuerdo. El espíritu «chungón», flota de tal modo en el
ire, que basta un guiño imperceptible o una risita socarrona,
ara que toda la población tome parte en la «chunga» sin que
adie cambie impresiones con nadie acerca del particular.

Y como para muestra basta un botón, allá va éste, que es
acarino y que no deja de tener sombra.

Llegó al puerto a tomar baños de mar un notario de España,
lgo grueso, como casi todos los notarios, y persona tan simpática
omo afable. El hombre, que era de tierra adentro y que no había
isto en su vida otras aguas que las de Marmolejo, se enamoró
el mar, hasta el punto de querer hacerse pescador.

Consultó el caso en el Casino, pidió consejos, le dijeron que
mejor que «le iba» a un notario, era la pesca con caña kilo-
étrica, un aparejo magnífico, un lindo cesto para llevar la car-
aza, otro monísimo y bastante grande para transportar lo
ue pescara, un termo para el desayuno, otro para el agua
resca, un catrecillo para sentarse cómodamente, un gran quita-
ol para no achicharrarse, una veleta de bolsillo, una brújula
no sé cuántas cosas más.

Por fin, una mañana, mucho antes de clarear, el notario,
argado como un burro con todos aquellos trebejos, se lanzó
la playa dispuesto a debutar como pescador; se trasladó a
nas lejanas rocas, y allí estuvo pescando hasta las doce del día,
cuya hora y con un sol que le derretía los termos, emprendió
a vuelta, trayendo por toda pesca, un pececillo que, a buen
irar, pesaría sus veinte gramos.

Jadeante y con la lengua seca, entró al paso, y se dejó caer
asi sin fuerza sobre una silla. El dependiente de la taberna
iró sonriente al amo, el amo guiñó a dos marineros que junto al
ostrador bebían unas copas, y todos entornaron picarescamen-

te los párpados, como diciendo: ¡Chavó, y qué tío más gracioso!

—¿Qué va usted a tomar?

—Hombre, tráigame algo fresco, que vengo hecho pedazos.

—De «pescá», ¿eh?

—De «pescá».

—¿Y se ha «pescao» mucho?

—Un pescadito nada más: éste que no sé ni cómo se llama.

Y el notario colocó sobre la mesa una «mojarrilla» desmedrada y tuberculosa. Hay que advertir que las «mojarras» son unos peces tan vulgares como poco apreciados.

—¡Jesú! ¿Qué «usté» ha «pescao» esto?... ¡Chavó!

—¿Eh?—exclamó el notario, asombrado del estupor que manifestaba el dependiente de la taberna.

—¡Pero, «señó», si yo creo que esto es una «mojarra!»

—Mírelo «usté».

—¡¡Virgen Santísima!! ¡Una «mojarra» es! Sarvaó, y tú, Sebastián, que aquí este amigo ha «pescao» una «mojarra».

—¡Vamos, quita!—añadió muy seriamente uno de los marineros.—¡Qué va a «sé» una «mojarra»! ¿Sabes tú lo que estás diciendo?

—Acércate y mírala: yo creo que es una «mojarra».

—«¡Maresita!» «¡Po és» una «mojarra!» ¡Jesú!...

—Valiente suerte, Virgen del Carmen! Esto es «menesté» que lo sepa «to er» mundo.

—«¡Aspérate!»... ¡Valentín!,—y llamó a un zapatero de portal que había en la esquina—Ven, por la «salú», que hay aquí un forastero que ha «pescao» una «mojarra».

—¿Una «mojarra?».—Y el zapatero tiró la lezna y corrió a la taberna.—¡No «pue sé»!

—¡Ojú! «¡mojarra!» y «mu» «mojarra! «Pos» es la segunda que se pesca en lo que va de siglo. ¡Chavó y qué suerte!

—Señores, ¡esto hay que mojarlo!

—Ya lo creo—dijo el notario orgullosísimo.—Tomen ustedes lo que quieran.

—Niño: tráete dos botellas de la Jota y unas «aceitunitas».

—Ya ustedes ven—dijo el notario candorosamente,—y yo que creía que esto no valía nada.

—Se quiere «usté callá» ¡¡Una mojarra!!

—Hombre, espérate, que va por ahí don Manuel Picó y e lo voy a «decí»... ¡¡Don Manuel!!

—¿Qué pasa, caballeros?

—¡Asómbrese usté! Aquí este amigo que ha «pescao» una mojarra».

—¿Una «mojarra»? ¿Usted? ¡Hombre, deme usted un ıbrazo!.. Ahora mismo lo voy a decir en el Casino, para que vengan a verla. ¡Qué cosa tan rara! Y decías tú que ya no quelaba ninguna.

—Tome «usté» una copa, don Manué».

—Ya lo creo; venga; y trae dos botellas más por mi cuenta, que esto de pescar una «mojarra», no se ve todos los días. La última que pescó aqu l inglés... ¿No fué cuando lo del Submarino Peral?

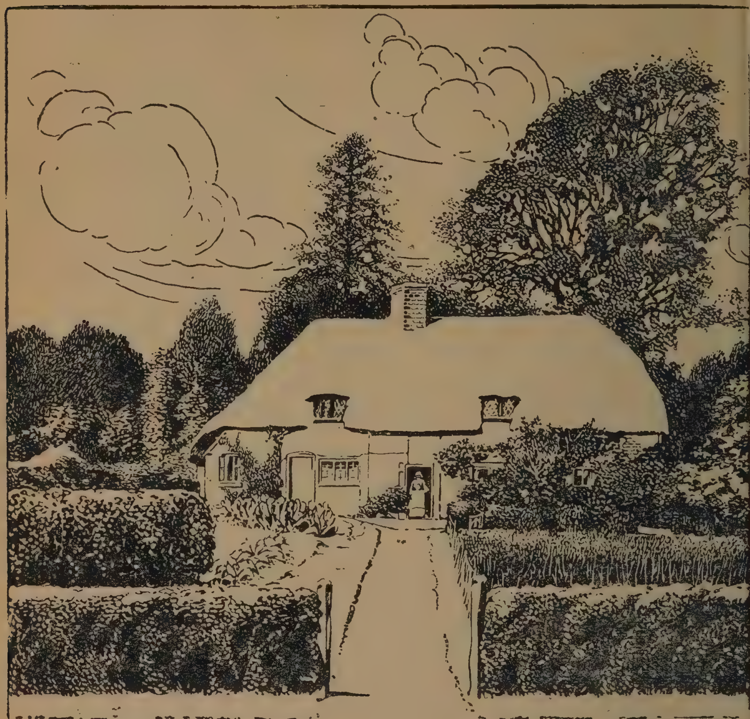
—No «señó» aquell fué que se asustó y la vieron; pero no la llegaron a coger.

Una hora más tarde había en la taberna cuarenta personas tomando vino y mirando con la boca abierta, primero a la «mojarra», y luego al notario de Estepa; a las seis horas había desfilado por allí la población sin que nadie hiciera comprender al pobre notario que era objeto de la más pesada de las bromas, y a las tres de la mañana del día siguiente se habían consumido doscientas ochenta botellas; el buen notario, con una borrachera descomunal, abrazaba a todo el mundo; la «mojarra», ya putrefacta, olía a demonios

¡Mi pueblo de mi alma!

Y, es que hay vino y hay sal, y hay quien sabe echarle sal a vino.





AURES

(*Elegía*)

(Gregorio Gutiérrez González, colombiano)

De peñón en peñón turbias sal-
[tando
las aguas de Aures descender se ven;
la roca de granito socavando
con sus bombas haciendo estremecer.

Los helechos y juncos de su orilla,
temblorosos, condensan el vapor;
y en sus columpios trémulas vacilan
las gotas de agua que abrillanta el
[sol.

Se ve colgando en sus abismos
[hondos,
ntretejido, el verde carrizal,
omo de un cofre en el obscuro fondo
os hilos enredados de un collar.

Sus cintillos en arco de esmeralda
orman grutas do no penetra el sol
omo el toldo de mimbres y de
[palmas
ue Lucina tejió para Endimión.

Reclinado a su sombra, ¡cuántas
[veces
í mi casa a lo lejos blanquear,
aloma oculta entre el ramaje verde,
veja solitaria en el gramal!

Del techo bronceado se elevaba
l humo tenue en espiral azul...
La dicha que aforjaba entonce el alma
resca la guarda la memoria aún.

Allí, a la sombra de esos verdes
[bosques,
orrer los años de mi infancia ví;
os poblé de ilusiones cuando joven,
y cerca de ellos aspiré a morir.

Soñé que allí mis hijos y mi Julia..
¡Basta! las penas tienen su pudor,
y nombres hay que nunca se pro-
[nuncian
sin que tiemble con lágrimas la voz.

Hoy también de ese techo se le-
[vanta
blanco-azulado el humo del hogar;
ya ese fuego lo enciende mano ex-
[traña,
ya es ajena la casa paternal.

La miro cual proscrito que se aleja,
ve de la tarde la rosada luz,
la amarilla vereda que serpea
de su montaña en el lejano azul.

Son un prisma las lágrimas que
[prestan
al pasado su mágico color;
al través de la lluvia son más bellas
esas colinas que ilumina el sol.

Infancia, juventud, tiempos tran-
[quilos,
visiones de placer, sueños de amor,
heredad de mis padres, hondo río,
casita blanca... y esperanza, ¡adiós!



El recuerdo

(Diego Dublé Urrutia, chileno)

Esta poesía, como la anterior, es lírica porque la descripción de lo que se imagina sólo sirve para expresar los sentimientos íntimos del autor. Está escrita en versos sueltos o sin rima, lo cual en nada mengua el gran mérito de esta inspiradísima composición.

¡Oh! me parece recordarlo todo:
Mi pueblo, con sus calles coloniales,
arboladas de acacias; las crujientes
carretas de los indios arrastradas
por bueyes taciturnos; el misterio
de las tardes de Arauco, silenciosas,
cargadas de recuerdo y de tristeza;
a lo lejos, surgiendo de la bruma
los volcanes andinos; al poniente
las cordilleras donde en otros tiempos
anidaron los hombres y los leones!...
¡Todo postrado en oración!...
Y aquellas
oscuras alamedas, empolvadas
por los vientos australes, y los frescos
follajes de culenes aromáticos

ídos, dulcemente, sobre el río,
nde iban a beber por las mañanas
s bueyes campesinos, y a bañarse
r la tarde los chicos de la escuela...
aquellas tibias horas de crepúsculo
que sólo se oían, vagamente,
són del esquilón, las soñolientas
rnetas del cuartel y las lejanas
cturnas melopeas de las ranas...

. . . .

¡Oh! me parece renovarlo todo,
quí en mi joven corazón!... En- [tonces
vida bajo el sol se deslizaba
ansparente, magnífica, sin ruido:
mo las olas de las mares altas...

La niñez con sus vírgenes fres- [curas
erramaba en mi espíritu en capullo
plateada y serena transparencia
e las fuentes heladas de los bosques,
en él se reflejaban, dulcemente,
as agrestes bellezas de aquel suelo
ue amó el abuelo Ercilla...

Por entonces
las mujeres de Arauco, todavía
llevaban sus chicuelos a la espalda,
y en los días de duelo y de tristeza
escuchaban aún los viejos robles
las enfermas, llorosas melopeas
de una raza muriente...

En aquel tiempo,
donde hoy se tienden amarillos cam- [pos
de mieses ondulantes, susurraban
bosques sombríos de gigantes ro- [bles...

Hoy nada existe ya; todo ha [caído:
los gigantes escuetos, solitarios,
parecen despedirse desde lejos,
moviendo lentamente sus ramajes;
y en las cálidas tardes del estío,
cuando bajan las aves de los montes,
aquellos solitarios de los valles
escuchan misteriosas narraciones
de selvas seculares incendiadas
y de nidos perdidos en la selva...





LA MADRE

(Selgas)

He aquí un rincón obscuro donde ha de haber escondido algo el corazón humano.

Acerquémonos un momento a este arcano, pero no debemos pasar del umbrar de este misterio.

Todo el mundo sabe lo que es una hermana, lo que es una esposa, pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño: «Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias».

¿Sabéis lo que quiere decir? que no tiene madre.

¿Queréis comprender la profunda soledad de un huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Veis dos niños jugar alegres a la puerta de una casa, los dos tropiezan, caen a un mismo tiempo y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante alrededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido, una boca impaciente que le besa sus mejillas.

Ese tiene madre.
El otro espera en vano: se levanta poco a poco, él mismo ude con tristeza el polvo de su vestidito, y va a reanudar a la red más cercana sus ahogados sollozos.
Ese no tiene madre.
El que no siente humedecerse sus ojos ante ese cuadro, es n más infeliz que el niño desamparado, porque es señal de e no tiene lágrimas.
Yo no sé cómo las mujeres que tienen hijos pequeños se eden morir; y si se mueren no sé como no se los llevan consigo.
¡Las madres! Pensadlo bien: ellas son las que cubren de geles la tierra.
No sería difícil conocer a los hombres que se han criado sin dre, como se conocen las plantas que no reciben la luz del sol.
Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón la madre un relámpago de su amor.
El niño se va alejando del cielo en la proporción que se va ale- ndo de su madre.
No le pidáis a ninguna madre el bárbaro sacrificio de Guz- n el Bueno. Para ella no hay más patria que sus hijos.
Que un hijo sacrifique a su madre, dejándose matar por su tria es un heroísmo que está dentro de la naturaleza; pero que a madre arrastre a su hijo a la muerte, es la barbaridad del roísmo.
¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del pa- e y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida ima de la familia.
El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso, o al más evido, o al más inquieto. La madre al más débil, al más de- tuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás.
Esa es la madre.
Semejante sentimiento no puede ser humano.
Hay un abismo que el hombre no mide jamás, y es el amor la madre.
Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende camino de los astros y fija el rumbo de los cometas, pero el cielo nde todo eso brilla y se mueve, es para él insondable: no sabe nde empieza y dónde concluye.



El amor de la madre es una inmensidad donde el corazón mismo de la mujer se pierde.

Viene en este momento a mezclarse entre mis reflexiones un extraño contraste, que se dibuja ante mis ojos de esta manera.

El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo descifra. Sabe que dos líneas oblícuas que se juntan en un punto forman un ángulo. Sabe que el carbón cristalizado se hace diamante: sabe que el sol tiene manchas y que hay otro planeta que posee un anillo; mide las distancias y sondea los abismos; sabe lo que pasa en la tierra; anuncia la revolución de los astros y hace la de los pueblos; conoce todos los idionas y explica todos los misterios.

No podemos negar nuestro asombro a este cúmulo de maravillas...

¿Qué es una madre?

Una cosa que el niño ama y el hombre olvida.

Un amor hecho a prueba de toda clase de dolores y de todo género de ingratitudes.

Un corazón que no se cansa nunca de sufrir.

Un alma que no deja ni un momento de querer.

EL PROTECTOR DE SU MADRE

(Eduardo Barrios, chileno)

Cuando pequeño, mi madre me conducía de la mano, me iaba por todos los caminos. Un día partí a estudiar lejos va-s años, y hube de valerme ya solo. Sin embargo, durante uella separación, Señor, aún pensaba yo en mi madre como niño; mis cartas llamábanla «mamá», «mamacita», y las suyas acariciaban, cubrían de besos a su muchachuelo.

Pasó tiempo, otros años pasaron, y la vida tornó a reunirnos. é allá en una ciudad del Norte, donde ciertas ambiciones me varan en busca de fortuna, y en la cual ella sentíase extran-a entre las gentes y las costumbres.

Entonces, de repente, nos hallamos con que había llegado camino por el cual debía conducirla yo a ella. Esa mañana émula y dorada hubo en mi corazón una fiesta bella de orgullo: igía yo a mi madre ahora; yo la imponía de cuanto era dis-eto y conveniente hacer, porque, además de no conocer aquella rra, parecía ignorar la marcha de los tiempos nuevos; yo, el erte, la guiaba; y ella, la débil, la remisa, entregábase a mi sa-r y mi prudencia.

Un día llega siempre, Señor, en nuestra vida, a partir del al, como empieza el árbol a dar sombra y abrigo a sus raíces, s hijos comenzamos a cobijar a nuestra madre.

En esa mañana trémula y dorada, siempre hay una fiesta nuestro corazón, bella de orgullo; pero también perdemos supremo bien de una madre que nos besa, nos cubre y nos otege cuando estamos desarmados. Desde entonces mi vieje-a es una criatura que yo conduzco de la mano.

Y ahora no sé, madre, qué dicha vale más: si aquella, cuando me amparabas porque yo permanecía el más débil, o ésta en e mi alma pone un brazo alrededor de tus hombros, y te lleva mo a una hija.



La loca de Bequeló

(Ramón de Santiago, uruguayo)

En la enramada de un rancho
[viejo,
nido de gauchos cerca del Yi,
guitarra antigua tierna cantaba,
más bien lloraba,
la triste historia que escribo aquí.
—¿Sabéis, paisanos, por qué ando
[errante
bajo estos bosques de Bequeló?
Me llaman loca; pero es mentira:
es que no tengo ya corazón...

Venid, paisanos, venid conmigo
diré mi historia junto al fogón.
¿Veis mis cabellos? Eran muy negr
más que las alas del cuervo, má
están muy secos... tan blancos
[blancos
como las flores del arrayán.
¿Véis estos ojos? ¿No tienen vi
Pues antes puros como el cristal
fueron dos luces que se encendie
en una aurora del Uruguay.

stes mis labios son amarillos
no el pellejo de butyhá;
! los tenía rojos y alegres
no el penacho del cardenal.

llá en la loma como un calvario
éis ruinas y un triste ombú;
fueron mi cuna, fueron mi estancia,
fueron mi nido verde y azul.
Cuando yo muera, clavad, paisanos,
bajo aquel árbol mi humilde cruz;
que allí murieron mis dichas todas;
allí he perdido mi juventud.



Tenía un esposo que ardiente [amaba
y un hijo bello que era mi Dios.
¡Ah qué contenta perdiera el cielo
si yo pudiera ver a los dos!
Una mañana... ¡Maldita sea!
cuando esta guerra se pronunció,
mi esposo tierno me dió un abrazo,
llorando mucho su hijo besó,
pálido el rostro tomó su lanza,
montó a caballo triste, y partió.
Aún me parece lo ven mis ojos
de lejas lomas haciendo ¡adiós!
¡Ay! mis paisanos, en ese día
perdí un pedazo del corazón...

Pasaron meses, pasaron años,
llorando siempre, siempre peor,
cuando una tarde que al hijo amado
de mis entrañas contaba yo
del pobre padre, que no volvía,
la ausencia larga, su último adiós,
cruzando campos llegó un sargento,
de su caballo se desmontó,
y al solo rayo de mi esperanza
estas palabras le dirigió:
¿«Ves esta lanza? Fué de tu padre;
por su divisa bravo murió:
tómala y vamos, no te demores,
que en las cuchillas se duerme el [sol.»
Llorando mi hijo me dió un abrazo,
montó a caballo triste, y partió.
¡Ay! mis paisanos, en esa tarde
quedó mi pecho sin corazón.

Ya van dos veces que las torcaces
dulces arrullan en el sauzal,
y los boyeros, cantando alegres,
cuelgan sus nidos del ñandubay;
pero no he visto más a mi hijo
desde esa tarde negra y fatal.

Allá en la loma como un calvario
veréis ruinas y un triste ombú:
cuando yo muera, clavad, paisanos,
bajo aquél árbol mi humilde cruz.

Esta es la historia que una gui- [tarra
de un rancho viejo triste lloró.
¡Ay! cuántas locas habrá en mi patria
como la loca de Bequeló!



Reyerta infantil

(Juan de Dios Peza, mejicano)

Quieres averiguar, lector paciente
iene la niñez principios fijos?
1 a escuchar el diálogo siguiente
aquí sostienen con calor mis [hijos.

Concha tiene seis años; Margarita
cinco va a cumplir; Juan tres [apenas;
o ninguno de ellos necesita
go en el pensamiento ni en las [venas.

Lo tienen y de sobra: su lenguaje
lo hallarás infantil, mas nunca [hueco;
hoy discuten los tres, porque les [traje
un fusil, un canario y un muñeco.

A Juan, que quiere ser soldado [grave,
armé al fin con un rifle en miniatura;
a mi ambiciosa Concha le dí el ave,
y el muñeco a Margot, toda ternura.

Que Juan dispare en su ilusión más
[grata,
Margot arrulle mientras Concha
[cuida,
ni el canario es verdad, ni el rifle
[mata;
¡La ilusión es el alma de la vida!

Como florece el campo en prima-
[vera
desborda la niñez en ambiciones;
rifles de zinc y pájaros de cera,
muñecos de cartón: todo ilusiones...

Un niño con un arma entre las
[manos
y risas de bondad en el semblante,
me recuerda a esos ángeles enanos
que dibujó Doré leyendo el Dante.

Si vierais a mi Juan con su pe-
[nacho,
con barboquejo de belludo cuero,
semejante en lo erizo a su mostacho
de infatigable y tosco granadero;

creyerais que labrada por el arte
era una estatua de arrogancia llena:
un soldado que ha visto a Bonaparte
cruzar los Alpes o triunfar en Jena.

Yo, mirándolo así, lo aplaudo y
[callo:
en sus hermanas ve gente guerrera;
convierte cada caña en un caballo;
cada silla le sirve de trinchera.

Entra por las alcobas victorioso.
¿quién lo va a detener? Marte lo
[inflama;
es la estera su puente, salva el foso
y rinde una ciudad sobre una cama.

Hoy se llena de arrojo y valentía
Margot de compasión, Concha de
[celo
¡Qué venturosa edad! Despunta el
[día
verde es el campo y transparente el
[cielo
—Mira, le dice Concha a Marga-
[rita
con la expresión de un celo extraor-
[dinario
esa muñeca tuya tan bonita
no vale lo que vale mi canario.

—Mi muñeca es mejor, cierra los
[ojos
se duerme entre mis brazos, va a la
[escuela
tiene cabellos rubios, labios rojos.
—Sí, todo lo tendrá, pero no vuela.

—Cambiaremos juguetes...
—No, yo juego
nada más con mi niña todo el día.
—Me la das o te pego...
—¿Qué? ¿Te pego?
—No es tuya nada más.—Sí; sólo es
[mía
—La quiero.—No me importa.—
[Te la quito
—Yo la defenderé.—Voy a tomarla
—Ven, —Allá voy.—¿Me pegas?
[doy un grito.
—Déjamela, Margot...—No he de
[dejarla.

Ya tiene Concha el rostro colorado,
ahoga Margot su llanto en un suspiro,
y entonces Juan, el rifle preparado,
sale y grita a las dos:—Cállense, o tiro.

Callàn ambas a un tiempo, como puede
callar cualquiera ante su faz bravía,
y él agrega muy serio:—¿Qué sucede?
¡Yo soy un coronel de artillería!

Con esta frase que su audacia encierra
vuelve a las niñas bienestar profundo;
que, aunque inicuo, el derecho de la guerra
aplaca muchas riñas en el mundo.

La silla que ahora nadie ocupa

(Evaristo Carriego, argentino)

Con la vista clavada sobre la copa
se halla abstraído el padre desde hace rato:
pocos momentos hace rechazó el plato,
del cual apenas quiso probar la sopa.

De tiempo en tiempo, casi furtivamente,
llega en silencio alguna que otra mirada
hasta la vieja silla desocupada
que alguien, de olvidadizo, colocó en frente.

Y, mientras se ensombrecen todas las caras,
cesa de pronto el ruido de las cucharas,
porque, insistentemente, como empujado

por esa idea fija que no se va,
el menor de los chicos ha preguntado
cuándo será el regreso de la mamá.



El espejo

(Pedro Prado, chileno)

Cada vez que me observaba en un espejo, recibía una impresión extraña.

—«Ahí te tienes»—me decía.

—«Pero, ¿acaso soy tan sencillo como todo eso?»—me preguntaba.

Aquella imagen opaca, imperceptible, parecía tan ajena a mí mismo, como si fuera la figura de otro.

Por fin, una noche, descubrí el verdadero espejo.

Sobre el jardín, envuelto en sombras, bajaba el pálido fulgor de las estrellas. En los cristales de la ventana veía reflejada la luz de la lámpara y mi actitud pensativa. Pero, a través de mi imagen, pude observar la arena de los senderos, los macizos de las rosas, que florecían en mitad de mi pecho; las estrellas lejanas, que brillaban en mi cabeza.

Pensé haber encontrado un buen espejo. Aquella mi sombra, atravesada por franjas de arena, por rosales florecidos, por astros distantes, hablaba con extraordinaria claridad del origen de nuestro cuerpo y de las tendencias que llenan el espíritu humano.



La oración en el campo

(Sarmiento, argentino)

Yo he presenciado una escena campestre, digna de los npos primitivos del mundo anteriores a la institución del erdocio. Hallábame en 1838 en la sierra de San Luis, en casa un estanciero cuyas dos ocupaciones favoritas eran rezar ugar. Había edificado una capilla en la que los domingos la tarde rezaba él mismo el rosario, para suplir al sacerdote l oficio divino de que por años habían carecido. Era aquél cuadro homérico; el sol llegaba al ocaso; las majadas que vían al redil hendían el aire con sus confusos balidos; el eño de casa, hombre de sesenta años, de una fisonomía no-, en que la raza europea pura se ostentaba por la blancura cutis, los ojos azules, la frente espaciosa y despejada, hacía o, a que contestaban una docena de mujeres y algunos moceto-

nes, cuyos caballos, no bien domados aún, estaban amarrad cerca de la puerta de la capilla. Concluído el rosario, hizo ı fervoroso ofrecimiento. Jamás he oído voz más llena de u ción, fervor más puro, fe más firme, ni oración más bella, m adecuada a las circunstancias que la que recitó. Pedía en ella Dios, lluvia para los campos, fecundidad para los ganad paz para la República, seguridad para los caminantes... soy muy propenso a llorar, y aquella vez lloré hasta solloz porque el sentimiento religioso se había despertado en mi alm con exaltación y como una sensación desconocida, porq nunca he visto escena más religiosa; creía estar en tiemp de Abraham, en su presencia, en la de Dios y de la naturale que lo revela: la voz de aquel hombre candoroso e inocen me hacía vibrar todas las fibras y me penetraba hasta la médu de los huesos.



ANDRESILLO

(Carlos Roxlo, uruguayo)

. . . .
. . . .

Una noche de invierno, triste y fría
che de lluvia sepulcral y opaca,
idrés, enfermo, pero alegre y ágil,
lviendo a su prisión cruza una plaza.
es fácil que le peguen; ha vendido
anto quiso vender, y aun cuando
[se halla
n fiebre y muy cansado, sólo el frío
la lluviosa noche le acobarda.

De pronto oye un sollozo; es una
[niña
ıérfana como él; como él oleada
l fango, de la sombra y compañera
oficio y correrías.—¿Qué te pasa?
’or qué lloras?—le dice, y sollozando
la pequeñuela exclama:
¡Que no pude vender todos los
[números,
me van a matar!—¡Mi pobre Paula!
También a tí te pegan?—¡Es por eso
ue tengo miedo de volver a casa!—
-¿Cuántos números tienes?—Andrés
[dijo.
-¡Ocho!—responde la pequeña. ¡Oh
[santa
mpasión del insecto por el átomo!
ndresillo infeliz la frente baja,
ompra los ocho números, y sigue
l camino que lleva a su morada,
alculando los golpes que le esperan,
llena de angustia el alma,
mientras que de rodillas en la noche,
sobre las nubes pardas,
la madre de la niña sin ventura
de gratitud y de dolor lloraba!

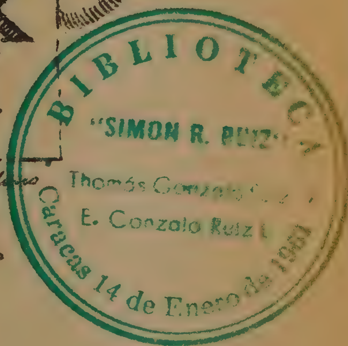
Llegó Andrés a su cueva; vió en lo
[obscuro
el gastado jergón de húmeda paja,
y sobre tosca fuente, junto al fuego
el humo de las viandas.

—¡Si te queda algún número, a la
[calle!—
la mujer le gritó.—¡La noche es mala
y no pude vender!—con ronco es-
[fuerzo
del niño balbucea la garganta
ya llena de sollozos.—¡A la calle!
¡A dormir en los bancos de la plaza!—
—¡Estoy enfermo y la ventisca so-
[pla!—
—¡A la calle, repito!—Y la giganta,
hecha una furia de cabellos rojos,
dejó al niño y la sombra cara a cara.

Lo que el niño y la noche se dijeron
es un misterio aún; tal vez el alma
enternecida de la pobre madre
sobre el niño tendió las leves alas.
Lo cierto es que al venir el nuevo día
los quinteros que entraban
en la ciudad, rigiendo adormecidos
con mano floja, las carretas tardas,
¡le vieron con asombro
en el umbral obscuro de la casa,
lívido, inmóvil, azulado, muerto,
a la confusa claridad del alba!







SCENAS RELIGIOSAS CAMPESTRES Y POPULARES

FIESTAS RELIGIOSAS

El esplendor de Salomón

(Juan Zorrilla de San Martín, uruguayo)

El templo fabuloso que erigió Salomón, cumpliendo la vo-ntad de David, su padre, en honor de Jehová, está descrito la Biblia. Nada puede concebirse de igual magnificencia: oro, el marfil, las piedras preciosas traídas por Hiram, el ey de Ophir; los cedros del Líbano, cortados a millares y por illares de obreros fenicios unidos a los hebreos para la obra losal; los metales fundidos o repujados que ocupan las fra-

guas y resuenan como timbales al golpe de los martillos; la fá
brica que se va levantando de la tierra como a la voz de un con
juro omnipotente, con sus columnas torsas de chapiteles en for
ma de azucena, y sus atrios y sus pórticos, y sus artesonado
de cedro, y sus planchas de oro que las revisten, y sus humilla
dos querubines de alas desplegadas; la consagración, por fin
de aquel templo al verdadero Dios, todo es como el pedesta
y el teatro sobre que se levanta la figura del rey, cubierta d
su manto blanco, como fantasma luminoso...

El pueblo hebreo cree vivir envuelto en la cauda luminos
de un astro aparecido en su cielo; los otros pueblos miran asom
brados hacia aquella parte del horizonte, encendida por ta
peregrino resplandor.

Cuando en Jerusalén las puertas del gran palacio se abre
para dar paso al rey que, con su séquito, va a la fiesta de los ta
bernáculos, no parece sino que la luz del poniente se ha de
garrado y derrama en la ciudad santa sus internos arrebole

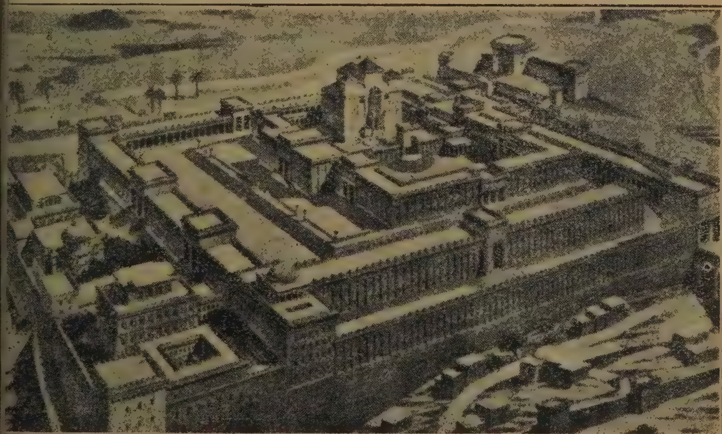
Arde la luz en los palacios laminados de cobre bruñido
cuelgan de los balaustres las lunas doradas, los largos cendale
de púrpura, las telas orientales de colores vivos. Las terraza
cuadradas y los rebordes de las pequeñas cúpulas blancas qu
se alzan sobre su base cúbica, están cuajados de gentes que ag
tan ramos de almendros en flor; sus hosannas se mezclan a la
notas de la charanga real que se acerca lentamente. El séquit
viene envuelto en una nube perfumada; chispean entre el hum
las tiaras de los sacerdotes, los rubíes y las esmeraldas pect
rales, las luces de los turíbulos oscilantes, los instrument
musicales en forma de serpientes aladas o de monstruos fantá
ticos, los metales de las picas y de los arcos, las corazas esc
madas de metal brillante, las rodelas de oro, los cascos alad
de pedrería; ondean, movidas por el viento del desierto, la
plúmulas y gallardetes de los heraldos, que, por centenare
hacen sonar sus largas trompetas de plata; cuando éstas calla
lo hacen para dar espacio en el aire a las notas metálicas qu
saltan de los laúdes y de las liras, al restallar de los címbal
que se chocan sostenidos en alto por centenares de brazos cu
biertos de ajorcas de oro.

Y sobre la nube que se acerca, aparece por fin la hieráti

ura del rey, sentado, como un mito, en su trono portátil de ırfil; se ve acercarse su manto de lino de singular blancura, mitra real de corte asirio, su cara color de cera virgen, sus ındes ojos llenos de luz negra, su nariz recta, su barba rizada, e se recorta sobre el manto blanco; y de éste emerge, cual si estuviera unida a un cuerpo, la morena cabeza pensativa hijo de David, que pasea por el aire una mirada lívida ebrisciente como una llama.

Los viejos hebreos, arrodillados en el polvo blanquizco la calle, orlada de plátanos, alzan con esfuerzo los brazos mulos o los dejan caer en tierra, ocultando entre ellos las bezas de largas barbas; las mujeres levantan a sus hijos desdos en sus brazos morenos cubiertos de brazaletes de oro; a lluvia de flores, de polvo de plata y de perfumes sutiles, sciende, como una nieve de colores de lo alto de las terrazas, las copas de las palmeras.

Pasa por fin la nube esplendente; el pueblo la sigue con la itud y con los ojos; la ve subir lentamente la triple serie de ıdas del templo, y cae de bruces en el polvo cuando ve la ınca forma del rey cruzar sola el umbral sagrado, y hundirse las oscuras profundidas en que llamaean, ante el Santo de Santos, las luces misteriosas del candelabro de los siete ızos de oro...





ROMA.—LA BENDICIÓN *urbi et orbi.*

(Severo Catalina)

Es un día del mes de Abril, sereno y apacible; apen flota una nube por el inmenso espacio azul del firmamento, sol envía raudales de luz sobre las siete colinas, y el viento tr en sus alas todo el perfume de las flores con que la opulen primavera corona las alturas del Janículo. Sobre la mole Adri na ondea libre una bandera de paz, y las voces de cuatrocient campanarios, uniéndose a las del Vaticano, entonan un him que jamás oyó la Roma de los Césares. Cien mil personas oc pan la plaza de San Pedro y sus avenidas; un sentimiento viva curiosidad se pinta en todos los semblantes; allí están Oriente y el Occidente, los pueblos y las religiones; la ra latina, impresionable y vivaz; la raza sajona, reposada y m ditabunda; allí están las clases sociales y los sistemas polític el habitante de los castillos de Escocia y el pobre pescador Tíber; allí se ven las líneas solemnes y sombrías del húnga

lancólico, y el traje florido y pintoresco del pastor de los Abru-o de la albanesa angelical; el republicano de las Améri- y el súbdito del Czar de las Rusias, los que creen y los que creen, los que saben y los que no saben, hállanse congrega- en apretada muchedumbre; diríase que de la basílica de n Pedro se abren como dos inmensos brazos de mármol las erías curvas de Bernini, para estrechar en el seno amoroso una idea las familias y los pueblos y las razas. De pronto a el tañer de las campanas y el sonido de las músicas, el re-blar de los tambores y el eco variado de los mil dialectos, n silencio profundo reina en el espacio. ¿Qué misteriosa dis-lina, sujeta y vence en un solo instante aquel ejército formado el azar, cuyos soldados vienen de todas las tierras del mundo, hablan todas las lenguas, y ni se han visto juntos otra vez volverán acaso a encontrarse en los días de su vida? Un ruido do y prolongado, semejante al murmullo del mar, y un mo-miento rápido, informe, que en vano intentaría ensayar con legiones el capitán más famoso de la Roma conquistadora, uncian algo de extraordinario hacia la parte del templo.

Aquél es un momento indescriptible de silencio: el canto un pajarillo, volando alrededor de las fuentes de la plaza, dula melodioso y dulce sobre el aliento de cien mil personas. espíritu se complace en recordar aquel momento, que con ser momento de silencio absoluto, es el rasgo más soberano de cuencia que ofrece la humanidad.

En el gran balcón de la Basílica, aparece el Pontífice re-stido con los supremos atributos del sacerdocio. No es el unfador de otros siglos, que desde la cumbre del Capitolio sea su mirada vanidosa sobre millares de cabezas que llevan la frente la marca de la esclavitud; no es el emperador, que sde las altas galerías de la casa de oro recrea sus instintos ferocidad, mirando al Norte y al Mediodía, y a las regiones r donde sale el sol y a las cumbres del monte Mario, por donde pone; hay en la majestad sencilla de un anciano sin armas y la voz inspirada de un padre que bendice, más encantos que la pompa de los triunfos y más armonía que en la voz de ando de los guerreros.

Cuando el Pontífice en el balcón alza los brazos al cielo,

la muchedumbre, de la plaza cae de rodillas, y entonces ni canto siquiera del pajarillo que revolotea alrededor de las fue tes, interrumpe el eco vibrante de aquellas palabras, que ll gan a todos los ámbitos y penetran en todos los oídos. l bendición a la ciudad y al orbe tiene algo de misterioso que su yuga. Todos los soberanos han aparecido alguna vez en el balc de sus alcázares para saludar a la multitud entusiasmad cónsules, y generales, y tribunos y dictadores han electrizado pueblo con su palabra y aun con su sola presencia, en días popular regocijo o de victorias insignes. La multitud ha si siempre lo mismo; quien haya presenciado este suceso, por ejer plo, en las Tullerías cuando el árbitro de los destinos de Euro celebraba el nacimiento de un heredero de su nombre, y lo con pare con la gran escena de la bendición en la plaza de San P dro, luego al punto comprenderá que las alegrías y los arrebat y las lágrimas que produce el capricho de la fortuna o el hala pasajero de la gloria, distan mucho de aquella sensación pr funda y sublime a la vez, que en el alma dejan la señal de cruz trazada por un brazo tembloroso, sobre la masa inmóv de cien mil personas, unas palabras en latín, pronunciadas p los labios de un anciano, que van, sin embargo, a salvar las mo tañas y los mares, y a repercutir con eco poderoso en los co fines de la tierra. Para formar cabal idea del espectáculo de plaza del Vaticano en día de bendición, hay que presenciar dos veces: la primera, entre la multitud, estudiando los grup de extranjeros y sus diferentes hablas y opiniones; sorprendie do las señales de admiración o quizá alguna lágrima furtiv en el impasible marmóreo semblante de tal cual hijo de la A bión nebulosa, de tal cual soñador de las orillas del Dan bio, viendo de frente la fachada de la Basílica y espiando el in tante en que aparece en el balcón la primera mitra de las m chas que forman la comitiva del Papa.

Quien así hubiese visto y sentido la bendición del Juev Santo, bien hará en presenciar la de Pascua desde la puert de la Basílica, bajo el toldo de la *Loggia;* desde allí se domin un cuadro que en vano han querido reproducir los pintor más famosos y la misma fotografía: un fondo inmenso de ser vivientes, cuyas cabezas se mueven y balancean como las i

ntables espigas de un campo frondoso, acariciadas por el
ento blando de la mañana; un océano en calma, en cuya su-
rficie se perciben, sin embargo, las ondulaciones de las aguas,
mo palpitación de la vida que se esconde vigorosa en el seno
l abismo; tales son las imágenes que trae y los efectos que pro-
ce la vista de aquella masa compacta, donde ni hay dos
mblantes que en su mirada se parezcan, ni dos corazones que
su latido no se confundan. ¡Qué gran cátedra es esta expla-
da del Vaticano en día de bendición! Aquí, mejor que en
rte alguna, pudieran los utopistas de todos los tiempos es-
diar lo que llaman el poder de la idea... Yo confieso que en
ta plaza de San Pedro, y en los días de la bendición *urbe et*
bi, he comprendido lo eficaz y saludable que sería el sufragio
iversal, si hubiera siempre para contener e impresionar a
s muchedumbres, un abrazo como el de la columnata de
rnini, una voz como la del Pontífice, y un pensamiento del
elo como la bendición.





La misa de León XIII

(J. Zorrilla de San Martín, uruguayo)

Todas las grandes impresiones de la vida se borran, encenderse en mi mente el recuerdo de esa impresión:

León XIII, alto, pero algo agobiado y muy delgado, m fino, se alzó del reclinatorio en que oraba, vestido de su sota blanca y su esclavina, preparándose a reproducir el Eterno S crificio. Se lavó las manos al pie del altar, y, revestido de l rojas vestiduras de nuestro rito, comenzó la misa. Yo oía p primera vez su voz.

Es clara, enérgica y solemne. Su invocación a la Santísin Trinidad, al alzar la mano hacia la frente para santiguarse, difundió en medio del mayor silencio. Veinticinco o trein

rsonas estábamos en el oratorio, y todas como yo, esperaban guramente, ansiosas, el sonido de su oración.

Siempre he hallado una belleza incomparable, aun artíscamente apreciadas, en las fórmulas de la misa, *alma-mater* e las bellezas inagotables de los libros sagrados.

La solemnidad de sus primeras palabras, introducción como nguna del gran poema eternamente vivo, siempre me eleva espíritu y me conmueve.

«*Entraré en el altar de Dios*» dice el sacerdote al pie del a santa, con serenidad de cielo sin nubes sobre el mar. ¡Enará en el altar de Dios!

Y el pueblo contesta llamando a Dios «*alegría de su juvend*»: Al Dios que alegra mi juventud.

¡Cómo se definen los dos espectadores del gran sacrificio! El sacerdote que lo anuncia, que avisa al pueblo que va a ıbir al altar; el pueblo que reconoce al Dios que espera, y lo conoce como soberano autor de la alegría pura y santa, de la egría juvenil!

Eso, que siempre es grande y hermoso, dicho por León III, resonó en mis oídos como el toque a silencio de un ejérto invisible. Sus primeras palabras sonaron como seres vios: agitaban las alas.

El Papa dice las oraciones lentamente y vocalizando con laridad; su voz tiene ciertas inflexiones, cierto ritmo caractestico: fatiga de vigorosa ancianidad, solemnidad del sumo acerdote, dulce amargura, quejido de espíritu agobiado que se esahoga, expresiones enérgicas de consuelo y de esperanza. Parece que, cuando le va a faltar el aliento para terminar una rase, arroja una gran cantidad que tiene comprimido en el echo, para renovarlo en una fuerte inspiración que le hace lzar la cabeza con movimiento casi convulsivo.

Estoy buscando en vano cómo interpretar con fidelidad, ómo hacerte oír el sonido de la voz del Papa en ese *Introibo d altare Dei*, en ese *lavabo inter innocentes manus meas*, en ese Evangelio, en ese *sanctificetur nomen tuum* que oí ayer de sus abios, y, sobre todo, en el *Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccata nundi*, con el pan de vida en las manos, que, con haber extre-

mecido tantas veces mi alma, jamás había tenido una resonancia igual en el fondo de mi sér.

¡Si yo pudiera hacerte sentir el momento de la consagración y de la elevación; su silencio de tempestad que se acerca!

Cuando León XIII separa los pies del altar para inclinarse apoyado de codos sobre él, y arrojar el aliento de las palabras omnipotentes sobre la cándida substancia que va a aniquilarse; cuando, después de realizado el portento, más grande que el de la creación del mundo, cae el Papa de rodillas, sosteniendo en sus manos la nueva substancia divina; cuando por fin, el viejo augusto, como haciendo un supremo esfuerzo; eleva lentamente la hostia blanca que tiembla entre sus dedos pálidos y la sigue con los ojos en el aire, inclinando hacia atrás la cabeza cana, y cae de nuevo de rodillas, apoyando la frente en el altar como aniquilado por el peso de la víctima divina caída entre sus manos, entonces parece que el silencio se concentra en el aire y se hunde en las almas. La voz de la campanilla, que ha sonado tres veces, se apaga, dejando ecos de paraíso perdido; se perciben los ruidos más débiles. Y oí algunos sollozos, el sonido de la campanilla de la que se desgranaron de nuevo algunas gotas sonoras, el crujido de las ropas del Papa al arrodillarse... y, dentro de mí, las palabras del libro de Job, que resonaban: *descendieron los cielos; y El bajó.*

¿Pero cómo hablar del sublime silencio sin turbarlo? Lee, pues, aquí lo que no está escrito, y así me entenderás.

El Papa abre los brazos hacia el pueblo, repitiendo el sereno saludo del Divino Maestro: *La paz sea con vosotros,* y difunde la paz; alza el brazo derecho algo tembloroso, mientras inclina un tanto la cabeza sobre el brazo que levanta, diciendo: *caigan la indulgencia y el perdón sobre vosotros,* y parece que aquel brazo trémulo derrama sobre el mundo el perdón y la indulgencia. Arrodillado, por fin, al pie del altar, reza clara y lentamente las tres *Ave María* que él mismo ha agregado a la misa universal, pidiendo a la Madre de Dios que venga en auxilio de la Iglesia hoy perseguida y atribulada; ruega e insiste; invoca al jefe de la milicia angélica, que un día arrojó al arcángel rebelde del cielo, pidiéndole que hoy lo arroje de la tierra y de las almas, en cuyo torno vaga como el lobo alrededor del aislado

erío, y su voz cobra nuevo fervor, nuevo y especial ritmo de plica acongojada. Dios no puede menos de atender el clamor ese anciano sacerdote; este no le pide su triunfo personal, rque ya se inclina al sepulcro, sino el de su Iglesia, el de sus os redimidos, esparcidos por el mundo.

Ya te lo he dicho: de todo eso casi no tengo idea precisa. ser, hundido en sí mismo, adoraba a su Dios que circulaba él como el calor y la vida; que fundía su sangre con la mía, ando en mi cuerpo simiente de resurrección y de inmortaad: mi acción de gracias se elevaba sin forma, como el incienso sde el áscua.

Después de la misa del Pontífice, uno de sus prelados dosticos celebra otra que León XIII oye desde su reclinatorio, n la cabeza entre las manos.

Todos oyen en silencio esa misa, unidos al Papa. De vez cuando, un suspiro hondo, que brota de entre los dedos de e, le hace alzar los hombros que bajan después lentamente. os suspiros suenan como rugidos ahogados que repercuten el cielo. Todos miran entonces hacia aquel reclinatorio; tos sienten que algo grande pasa allí. ¿Se queja a Dios aquel jo del peso que ha puesto sobre sus flacas espaldas?

. . . .

Salí del Vaticano, y encontré pequeño el mundo real. El , sin embargo, bañaba la Plaza de San Pedro y la columnata Bernini. El contacto con Dios y con el Papa, parecía que bía hecho nacer en mi espíritu la necesidad de algo más granque el mundo.

¿Dónde encontrarlo dentro de lo material?

¡Hay tantos sitios para ello en Roma!

Frente a mí se ofrecía la basílica de San Pedro, coronada r la cúpula colosal de Miguel Angel; el cielo me parecía sólo aureola espléndida de aquella cúpula sumergida en la transrencia azul.

A ella me acogí. Entré por quinta o sexta vez a la gran aravilla del arte cristiano, y oí tranquilo bajo su bóveda doda, la misa de acción de gracias. Casi no ví sin embargo a n Pedro esa vez; era que había entrado dentro de mí mismo

y sentía que, en la capacidad de mi alma, se movía con holgu la cúpula de la basílica.

Sólo Dios es grande.

Y busqué en seguida asilo para mi día y mi tarde, y i noche. Y las catacumbas, y la vía Apia, y la cárcel Mamerti me lo ofrecieron para el primero; y la ruina del gran colo pagano, del anfiteatro consagrado por la sangre de los már res, satisfizo, al caer la noche, mi anhelo de grandeza y m jestad.





El viático

(Andaluza)

(José María Pemán)

En jamás podré olvidarlo mientras
[viva,
e estas cosas se nos meten en el
[alma,
como manos que la ajogan,
como espinas que la arañan...

Entoavía recordándolo parece
que me viene a las entrañas
aquel frío que esa noche
jasta dentro me calaba...
ese frío de los cuerpos derrengaos
al llegá la madrugada;

ese frío que se mete por los guesos;
ese frío del que está junto a una
[cama
una noche y otra noche
sin descanso ni esperanza
y mirando que se va de entre las
[manos
un pedazo de su alma;
ese frío que es cansancio y que es
[disgusto,
que nos jiela y que nos mata...
¡ese frío de las penas
que parece que es del cuerpo, y es
[del alma!

Me parece que lo veo: aquella
[noche
tós andaban
de puntillas, como sombras miste-
[riosas,
y venían y volvían, y la casa
era toda un jervidero de murmurios
y de pasos de fantasmas,
y de llantos y sollozos contenidos,
y de avisos y atropellos y mudanzas,
y ún run-run de cuchicheos
en voz baja...

Y entre tós los cuchicheos y mur-
[murios
las mesmísimas palabras,
el mesmísimo estribillo,
la mesmísima cantata;
unas voces que decían por lo bajo:
«Se nos muere... se nos muere...
[está mu mala!»
Y de pronto un rebullicio
que se arma

y una voces: «¡Qué ya vienen por
[esquin
¡En jamás podré olvidar esas p
[labr

Y al llegar Su Majestá... ¡si r
[pare
que lo veo con los ojos de la ca
Era noche sin estrellas y sin lum
era el viento de tormenta; llovi
naba.
y de pronto todo el mundo se arr
[di
y se escucha... ¡daba miedo de e
[cuchar
el tilín de la campana del mona
que decía que llegaba
y, al par de ello, como el rezo de l
[frail
un murmurio de latines y plegari
y el bullir de toa la gente que ven
y el sonar de las pisadas
en los charcos de la calle
sobre el agua...

Y se empieza a colá gente
dentro e casa...
¡qué de gente la quería!
¡jasta entonces yo no ví que era u
[sant

¡Qué momento inorvidable!
¡parecía que soñaba!
¡y aún agora me parece que lo sueñ
cada vez que mi consencia lo r
[pasa!...

El bullir y arrempujarse de la
[gente,
rezar entre suspiros las beatas,
oló de tanta cera al derretirse,
caló de tanta gente arrebujada,
quel brillo tan borroso que tenían
los faroles y las llamas
al mirarlos por enmedio
de mis lágrimas...

Y por cima de estas cosas
las palabras
decía, respondiendo al señó Cura,
la santica de mi alma
o mansa y resigná que las decía!
y la pena que me daba
mirar como un clavel amoratao
la boquita de mi santa,
boquita de mis besos y mis glorias
que era un cacho de mi alma!
..Y después el alejarse el rebu-
[llicio
esmito que las olas cuando bajan,
y el perderse en la revuelta de la
[esquina
el tilín de la campana,
y el murmurio del gentío,
y el sonar de las pisadas
en los charcos de la calle
sobre el agua...

¡Señó güeno que llamaste aquella
[noche
a mi puerta, pá llevártela!
Señó gueno, guerve, pronto pá li-
[brarme
de esta pena que me ajoga y que
[me mata;
pá llevarme al lado suyo, Señó güeno,
al ladito de aquel cacho de mi alma...
y si al lado no pué se porque en la
[Gloria
no se armiten pecadores junto a
[santas,
aparéjame a lo menos un sitico
a la vera de la puerta pá mirarla.





El viático

(Pereda)

De pronto, una voz, la de Tona que se asomaba a menud a la puerta del balcón de la cocina, gritó desde el fondo del ú timo carrejo:

¡Ya vienen!

Cubriéronse entonces apresuradamente la cabeza las mu jeres; tomamos cada cual un cirio de los que cuidaban los do hombres, y dímosle otro a don Pedro Nolasco, que se habí movido hacia el grupo; y siendo yo parte principalísima d él, llegué bien pronto, a todo andar y casi arrollando al aturdid gigante, al balcón de la cocina.

No solamente había cesado de nevar, sino que también s hallaba el viento encalmado; y, por una venturosa casualida por un rasgón abierto en la espesura de los negros celajes asom

la luna llena, derramando su luz pálida sobre el blanco tapiz valle y los más altos picos del brocal de montes que le aprian.

En otras circunstancias mejores, acaso me hubiera detenido onsiderar lo que más me admiraba y sorprendía en aquel raño panorama, y hasta qué punto se parecía aquella fanica realidad a los numerosos *efectos de luna* que yo había o pintados en lienzos y cartulinas; pero ¡bueno estaba en ces el horno de mi cabeza para pastelillos de aquel arte! unque lo hubiera estado: necesitaba la atención para otro ectáculo que me la solicitaba con fuerza irresistible. Y fué apenas abocado a la puerta del balcón detrás de las mujeres, que, surgiendo, de las tinieblas, iban apareciendo como fannas y coronando la altura del pedregal, dos filas de bultos ros, junto a muchos de los cuales titilaba oscilando una lulla triste y acobardada, como si ardiera detrás de los crisjos de un faroluco roñoso. Cuanto más se alargaban las filas ia la casona, más bultos surgían de la obscuridad del agrio live. Se les veía moverse; pero no se oían sus pasos sobre spero suelo nevado, ni alteraban el silencio de la naturaleza, e parecía haber enmudecido de repente por respeto a lo que aba pasando allí(, otros ruidos que algún murmurio de tarde tarde, como de rezo coreado, y el tañido constante de la camna de la iglesia, repetido ya por el débil tintineo de una camnilla de monago que aún no había surgido de la obscuridad. pronto apareció en la altura un bulto menor que los otros, un farol de dos luces: éste era el monago de la campanilla, asta se le distinguía en la mano cuando la sacudía para que ara. Detrás del monago, otros dos bultos con sendos faroles nbién: y en medio de los dos, el párroco don Sabas, de capa, vial y debajo de un paraguas muy grande (regalo por cierto ho por mi padre, siendo yo mozuelo aún, a la iglesia de Tanca); y, por último, detrás del Cura, todavía más bultos con es surgiendo de la vertiente sombría. Entonces cayó de roas Mari-Pepa que estaba delante de todos, y exclamó con entera, mientras se llenaban de lágrimas sus ojos:

—En gracia te reciba el alma que te desea. Yo me hinqué nbién, y, con la cabeza humillada, repetí en el fondo de mi

corazón la plegaria de aquella noble mujer..................

....

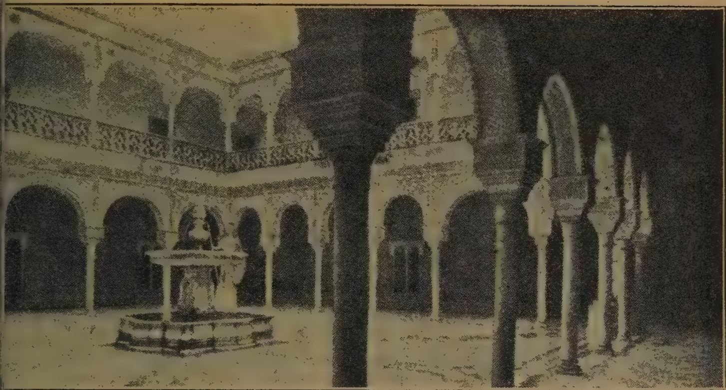
A los rumores de antes sucedió el silencio más profun y avanzando don Sabas con mesurado andar, la mirada pue en el bordado relicario que contenía las dos Hostias consagrad rodeado de luces que resplandecían en el oro de sus vestidu y precedido de Mari-Pepa, de Lita y del monago, llegó a la pue donde nosotros esperábamos, y allí deteniéndose unos instan como para dar mayor solemnidad a sus palabras, rezó:

«*Ecce enim veritatem dilexisti: incerta et occulta sapientiae tuae manifestati mihi.*»

Entonces el enfermo, tembloroso y lívido, cruzó las d carnadas manos, humilló la cabeza sobre el agitado pecho, con una voz que parecía salir del fondo de una sepultura, r pondió a las palabras del sacerdote.

«*Averte faciem tuam a peccatis meis:*
et omnes iniquitates meas dele.»

Aquí dió fin y término otra vez mi ya vacilante serenid y el *nudo* que me estaba oprimiendo la garganta rato ha trocóse en humor benéfico que me empañaba los ojos y cre por el contagio del llorar de las mujeres, que me acompañab en el cuarto, y que, al fin, llegaron a contaminar a Neluco, r dico y todo, mientras volvía a oírse afuera la nota triste de an recorriendo los grupos y las masas de aquellas compungida humilladas gentes... Hasta que vibró de nuevo la voz del Cu y todo calló, como si hasta con el respirar se profanara la gusta solemnidad de lo que iba a suceder allí... como cree yo profanarlo si me atreviera a extraer su recuerdo del sagr de la memoria, donde lo guardo indeleble, para describirlo mi pluma torpe y grosera en este miserable papel.

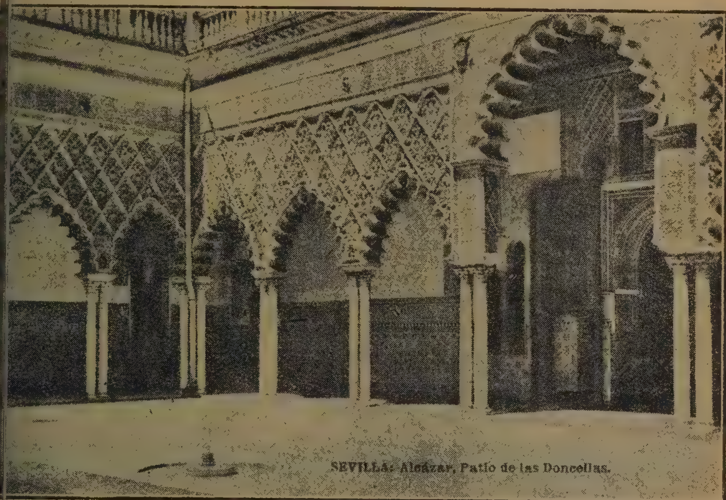


PREPARATIVOS DE LA SEMANA SANTA EN SEVILLA

(Carlos Reyles, uruguayo)

Algunos días antes del Domingo de Ramos regresaron los a Sevilla. En la capital andaluza sólo se hablaba de la mana Santa y de la feria, de los pasos que saldrían a las proiones y de los toros que se correrían en la plaza, del itinerario las Cofradías y del orden y de los carteles de las corridas... r la calle de las Sierpes se vendía el «Programa de las fiestas maverales», y la «Colección de Saetas» que contenían ese o la Niña de la Cava. Detrás de las grandes vidrieras de los bs, los cafés y las peluquerías de la famosa calle, repantigas en muelles y sillones, viendo pasar la gente, los buenos villanos discutían los medidas adoptadas por las autoridades as Cofradías para asegurar el éxito y esplendor de las fiestas. to del esplendor de las fiestas preocupaba seriamente a chis y grandes. Todos, cada cual en lo suyo querían contribuir ello. En las iglesias mil manos prolijas componían, redoraban ornamentaban las andas, las historiadas farolas y los palios los pasos. Las camareras de las imágenes limpiaban amoromente los mantos maravillosos, los finos encajes de las estupens joyas que aquéllas habían de lucir. Cada Cofradía y cada

Hermandad se esforzaba por ser la primera en importan
y pompa. Los hoteleros, los comerciantes y los empresar
de toda suerte de espectáculos trabajaban también por su la
Las iglesias se vestían de gala, los escaparates ostentaban
mejores artículos de las tiendas, las gentes sacaban del fon
del baúl los trapitos de cristianar. En el prado de San Seb
tián se elevaban a toda prisa las alegres casetas y los teatruc
de la próxima feria, de la semana del jolgorio que había
seguir a la Semana Santa, y que era como cúpula y remate
ésta. Por el paseo de las Delicias empezaban a verse, eje
tándose los caballistas jacarandosos, los manolos y los coc
de tres, de cuatro y hasta cinco caballos enjaezados a la je
zana, con cochero y lacayo de ancho, chaquetilla corta, f
de color vivo y polainas de flecos; los lujosos equipos, en
que lucirían los aristócratas, los ganaderos y los agriculto
adinerados en los desfiles de la feria o camino de la pla
Los patios, los balcones, las ventanas florecían, Aparecían
cordobeses y los ternos flamantes, las mantillas negras y
peinas de concha. Los hoteles estaban llenos. Caravanas de
rasteros recorrían los calles y visitaban las iglesias, los muse
los jardines, los cafés de canto y baile, embriagándose poc
poco con filtros de la ciudad bruja, hasta adoptar las postu
y los desplantes andaluces. Las inglesas adquirían manto
de Manila, y los ingleses navajas de pico de pájaro. Evocado
leyendas. sugestivas tradiciones, efluvios de las grandezas, p
téritas y misteriosas ansias de vivir y gozar caldeaban el ambie
Sonaban los nombres de Velázquez, Murillo, Zurbarán, Rib
Colón, María de Padilla. Los muertos resucitaban y enferv
zaban a los vivos. El hálito de Santa Teresa y de Don Ju
el alma de los hidalgos, los santos y los pícaros trascendían
los sepulcros y se derramaban por las rúas, cuna de muc
glorias, y donde se encontraban, según los sevillanos, las ra
de la majeza y del salero.


SEVILLA: Alcázar, Patio de las Doncellas.

Procesión del Viernes Santo en Sevilla

(Carlos Reyles, uruguayo)

Y llegó la madrugada del Viernes Santo, la madrugada que la emoción religiosa de Sevilla llega al colmo. Los clubs os cafés estaban abiertos; las tabernas y las botellerías tamn. Numerosa muchedumbre deambulaba por las calles e concentrándose en la plaza de San Francisco y en la Camna, o frente a los templos de donde saldrían las famosas proiones nocturnas, las más impresionantes. Al sonar las dos de mañana, las pesadas puertas de la iglesia de San Lorenzo abrieron de par en par, y la apiñada multitud que llenaba obscura plaza, el ánimo suspenso, contenida la respiración, ebrados los ojos, hundió las miradas en las tinieblas del tem-, fondo misterioso en el que se destacaban como fúlgidas aparines en sus planos de oro, plata y luz, el Cristo del Gran Po- y la Virgen del Mayor Dolor y Traspaso. Las luces de los

cirios parecían rutilantes estrellas, las llamas de los blandon espíritus que vagaban en las sombras. En medio de un silen solemne, de un silencio preñado de ansiedad, empezaron a sa los negros encapuchados de dos en dos, el blandón de cera r en la diestra enguantada, la cola de la túnica recogida sobre brazo izquierdo, el paso majestuoso, el continente señoril. mayoría iban desnudos de pies, otros con medias negras so mente, los menos con zapatos de cuero y hebilla de plata, avanzaban llevando cada uno su blandón encendido así co la llama lívida y sutil de un fuego fatuo. Cuando el Redent conducido por invisibles Atlas, apareció imponente, o trági en la puerta de la iglesia, una doble hilera de fuegos fatu de espíritus, de almas en pena trazaban a lo largo de la ca



fantásticos rayos de luz. Y partió la primera saeta, y luego , y otras, convirtiéndose la negra plazuela en un torneo rinos, en una jaula de ruiseñores, canarios y alondras. Los loneos de las voces graves se confundían con los arpegios as agudas. El paso recogiendo líricas ofrendas y el tributo as miradas extáticas, atravesó la plazuela seguido de un tón de viejas y mujeres del pueblo con velas encendidas. rás de ellos, en actitud sumisa y en hilera, avanzaban, des- os y vistiendo negros ropones, Pastora y Rosarito, Paco íguez. Cumplían el voto que los dos mozos y Pepe le habían no al Señor del Gran Poder al pedirle por la vida de Paco, que éste se asociaba en señal de gratitud. El pueblo los re- oció y se descubrían ante ellos como cuando pasaban las genes. La humillación de la riqueza, la celebridad y la her- ura ante el Dios de los pobres, cargado con los pecados odos, lo electrizaba y conmovía. El abatimiento del ídolo ular principalmente, humedecía los ojos y hacía palpitar los zones. Los murmullos de asentimiento y admiración alter- an con las saetas.

Así, así, exclamaba una mujer con las manos tendidas hacia s; los ricos edificando con su piedad a los pobres, los grandes a tierra sufriendo lo mismo que nosotros. ¡Ábreles los brazos, or del Gran Poder!

Las caras de las niñas parecen hostias, sus pies, nardo, ijo el pintor a Tabardillo al verlos pasar, y los dos se des- rieron respetuosamente.

Por cheas o por nefas, el mataor se lleva las parmas, ob- vó en voz baja Tabardillo. Vea usted cómo lo mira la gente.

Es el prestigio de la coleta.

Pastora y Rosarito iban en el medio. Paco y Pepe a los ados, y los cuatro caminaban con las miradas fijas en las encias luminosas del Señor. Y siguieron desfilando los fantas- s de puntiagudos capirotes y ojos misteriosos, hasta que a vez, deslumbrante de luces, perlas, oro y preciosa pedre- atravesó la plaza y se detuvo en la calle la Virgen del Ma- Dolor. El cuello que se doblaba bajo el peso de la estupenda ona, el pecho, las manos, y hasta parte del vestido de la Divina ora aparecían cubiertos de sartas de perlas, collares, de dia-

mantes, cruces de esmeraldas, zafiros y rubíes; sortijas pren dores y dijes. Los terciopelos y las telas riquísimas desaparecía bajo los bordados de oro, y los bordados de oro bajo los refulge tes alhajas; y aquel lujo profano, aquel alarde asiático riqueza, lejos de ensombrecer, suspendía a la muchedumb que admiraba más que el rostro, el boato y el rumbo de la Virge Toda ella parecía una joya en el estuche suntuoso del pal Y tornaron a oírse los arpegios, los trinos y los gorjeos fundid en rítmica algarabía. Los dardos sonoros partían en todas pa tes. Algunas personas que no podían cantarle a la Imagen,



blaban. Parado en el borde de la acera con una botella de zalla colgada del cuello, un chulillo escandaloso, que apenas día sostenerse en pie, la contemplaba sonriendo como un afín. De su boca procaz brotaban palabras dulces; de sus os revueltos miradas ternísimas. Gorrilla en mano, ajeno a que pasaba a su alrededor, le decía: «¡Qué saeta te cantaría ora mismo, maresita mía, si no estuviese curda!... ¡Y qué quetebonita vas, lucerito del alba, pimpoyo der cielo, rosa r Paraíso!... ¡Por la devoción que tengo, no me esampares, resita der alma, maresita mía.»

La Virgen se alejaba, y él seguía hablándola y saludándola n la gorrilla... Al fin la plaza quedó desierta, el templo som-ío y silencioso. La claridad lechosa de la luna se dejaba caer bre los techados como una lluvia de algodón. Extinguíanse vibraciones de las saetas. Algo se apagaba, algo moría en ambiente. Algunas cosas se fundían en la sombra; otras pa-ían enharinadas, como el rostro de un clown.





La pedrada

D. José M. Gabriel y Galán

I

Cuando pasa el Nazareno
De la túnica morada,
Con la frente ensangrentada,
La mirada del Dios bueno
Y la soga al cuello echada,
El pecado me tortura,
Las entrañas se me anegan
En torrentes de amargura,
Y las lágrimas me ciegan,
Y me hiere la ternura...
Yo he nacido en esos llanos
De la estepa castellana,
Cuando había unos cristianos
Que vivían como hermanos
En república cristiana.
Me enseñaron a rezar,
Enseñáronme a sentir
Y me enseñaron a amar;

como amar es sufrir;
nbién aprendí a llorar.
Cuando esta fecha caía
re los pobres lugares,
vida se entristecía,
rábanse los hogares
l pobre templo se abría.
detrás del Nazareno
la frente coronada,
aquel de espigas lleno
npo dulce, campo ameno
la aldea sosegada,
os clamores escuchando
dolientes *Misereres*,
n los hombres rezando,
lozando las mujeres
os niños observando...
Oh, qué dulce, qué sereno
ninaba el Nazareno
el campo solitario,
verdura menos lleno
de abrojos el Calvario!
Cuán suave, cuán paciente
ninaba y cuán doliente
a la cruz al hombro echada.
dolor sobre la frente
el amor en la mirada!
Y los hombres, abstraídos,
hileras extendidos,
n todos encapados,
n hachones encendidos
semblantes apagados.
Y enlutadas, apiñadas,
loridas, angustiadas,
jugando en las mantillas
pupilas empañadas
las húmedas mejillas,
Viejecitas y doncellas,
De la imagen por las huellas
Santo llanto iban vertiendo...
¡Como aquellas, como aquellas
Que a Jesús iban siguiendo!
Y los niños, admirados,
Silenciosos, apenados,
Presintiendo vagamente
Dramas hondos no alcanzados
Por el vuelo de la mente,
Caminábamos sombríos
Junto al dulce Nazareno,
Maldiciendo a los judíos,
«Que eran Judas y unos tíos
que mataron al Dios bueno!»

II

¡¡Cuántas veces he llorado
Recordando la grandeza
De aquel hecho inusitado
Que una sublime nobleza
Inspiróle a un pecho honrado!
La procesión se movía
Con honda calma doliente.
¡Qué triste el sol se ponía!
¡Cómo lloraba la gente!
¡Cómo Jesús se afligía!...
¡Qué voces tan plañideras
El *Miserere* cantaban!
¡Qué luces, que no alumbraban,
Tras las verdes vidrieras
De los faroles brillaban!
Y aquel sayón inhumano
Que al dulce Jesús seguía
Con el látigo en la mano,
¡Qué feroz cara tenía!
¡Qué corazón tan villano!
¡La escena a un tigre ablandara!
Iba a caer el Cordero,

Y aquel negro monstruo fiero
Iba a cruzarle la cara
Con el látigo de acero!...
Mas un travieso aldeano,
Una precoz, criatura
De corazón noble y sano
Y alma tan grande y tan pura
Como el cielo castellano,
Rapazuelo generoso
Que al mirarla, silencioso,
Sintió la trágica escena,
Que le dejó el alma llena
De hondo rencor doloroso,
Se sublimó de repente,
Se separó de la gente,
Cogió un guijarro redondo,
Miróle al sayón de frente
Con ojos de odio muy hondo;
Paróse ante la escultura,
Apretó la dentadura,
Aseguróse en los pies,
Midió con tino la altura,
Tendió el brazo de través;

Zumbó el proyectil terrible,
Sonó un golpe indefinible,
Y del infame sayón
Cayó botando la horrible
Cabezota de cartón.
Los fieles, alborotados
Por el terrible suceso,
Cercaron al niño airados,
Preguntándole admirados:
«¿Por qué, por qué has hecho eso?»
Y él contestaba, agresivo,
Con voz de aquellas que llegan
De una alma justa a lo vivo:
—«Porque sí; porque le pegan
Sin haber ningún motivo»!

III

Hoy, que con los hombres voy
Viendo a Jesús padecer,
Interrogándome estoy:
¿Somos los hombres de hoy
Aquellos niños de ayer?





ESCENAS Y CUADROS POPULARES

Corrida de toros.—Los picadores

(Fernán Caballero)

Los tres picadores saludaron al Presidente de la plaza, ecedidos de los banderilleros y chulos espléndidamente vesdos, y con capas de vivos y brillantes colores. Capitaneaban todos los primeros espadas y sus sobresalientes, cuyos trajes an todavía más lujosos que los de aquéllos.

¡Pepe Vera! ¡Ahí está Pepe Vera! gritó el concurso. ¡El scípulo de Montes! ¡Qué buen mozo! ¡Qué gallardo! ¡Qué en plantado! ¡Qué garbo en toda su persona! ¡Qué mirada n firme y tan serena!

—Saben ustedes, decía un joven que estaba sentado junto Stein, ¿cuál es la gran lección que da Montes a sus discípus? Los empuja cruzados de brazos hacia el toro, y les dice: *temas al toro.*

Pepe Vera se acercó a la valla. Su vestido era de raso color

de cereza, con hombreras y profusas guarniciones de plata. El chaleco de rico tisú de plata, y la graciosa y breve montera de terciopelo completaban su elegante, rico y airoso vestido de majo torero.

Después de haber saludado con mucha soltura y gracia a las autoridades, fué a colocarse, como los demás lidiadores, en el sitio que le correspondía.

Los tres picadores ocuparon los suyos, a igual distancia unos de otros cerca de la barrera. Los matadores y chulos estaban esparcidos por el redondel. Entonces todo quedó en silencio profundo, como si aquella masa de gente, tan ruidosa poco antes, hubiese perdido de pronto la facultad de respirar.

El Alcalde hizo la seña; sonaron los clarines, que, como harán las trompetas el día del último juicio, produjeron un levantamiento general; y entonces, como por magia, se abrió la ancha puerta del toril, situada en frente del palco de la autoridad. Un toro colorado se precipitó en la arena, y fué saludado por una explosión universal de gritos, de silbidos, de injurias y de elogios. Al oír este tremendo estrépito, el toro se paró, alzó la cabeza y pareció preguntar con sus encendidos ojos, si todas aquellas provocaciones se dirigían a él, fuerte atleta que hasta allí había sido generoso y hecho merced al hombre tan pequeño y débil enemigo: reconoció el terreno, y volvió precipitadamente la amenazadora cabeza a uno y otro lado. Todavía vaciló: crecieron los recios y penetrantes silbidos, entonces se precipitó con una prontitud que parecía incompatible con su peso y su volumen, hacia el picador.



TOROS

(Manuel Machado)

Una nota de clarín
desgarrada
penetrante,
rompe el aire con vibrante
puñalada...
Ronco toque de timbal.
Salta el toro
en la arena.
Bufa, ruge...
Roto cruje
un capote de percal.
Acomete
rebramando, arrollando
a caballo y caballero...
Da principio
el primero
espectáculo español...
La hermosa fiesta bravía
de terror y de alegría
de este viejo pueblo fiero...
¡Oro, seda, sangre y sol!





Corrida de toros. Suerte de espada

(Carlos Reyles, uruguayo)

El toro estaba en los medios, dominando el redondel cc su fiereza. Paco pronunció la frase sacramental:

¡Fuera todo el mundo!...

Y se fué a él con los trastos de matar en la mano izquierd

Salero, a pesar de la orden dada, intentó seguirlo, y entoı ces Paco volviéndose insistió.

«Fuera he dicho.»

Manolo y Califa hablaron algo y lo siguieron a cierta di tancia. D. Gaspar, Cuenca y Míguez se habían parado inqui tos.

«Pero ¿Qué va a hacer ese chico?» repetía D. Gaspar.

¿Por qué no le corren el toro? preguntaban algunos.

«No ha querido», respondían otros.

«Quiere probarle al ganadero lo que es la vergüenza t rera».

«Y se lo probará», agregó un espectador, dirigiéndose a que hablaban detrás de él.

Y los tres amigos, ansiosos, vieron que Paco, muy tranqui-iente, sin apresurarse, llegaba a la cabeza del toro y se plan-ba frente a él, como si fuese de madera.

«No cabe más frescura», exclamó D. Gaspar. «Este chico me antoja el valor de la mismísima España de Carlos V y los conquistadores ante el peligro y la muerte.»

El toro miraba encampanado aquella cosa inmóvil y re-gente que tenía delante. De pronto lanzando un bufido, dió dia vuelta, alejándose algunos pasos; luego, volviéndose, encampanó otra vez. Paco permaneció quieto.

«Ha asustao al toro», repetía, viendo, la gente.

Paco acercándose lentamente, lo tanteó con la izquierda, el toro dió un paso atrás. Cambió la muleta de mano y se la tió en el hocico; el toro reculó otro paso. No tomaba el trapo; ıía los ojos fijos en el vientre del torero. Este, notándolo, ırió: y se dijo: «Si tú sabes latín, yo también; verás, ladrón», ıapándose la cara totalmente con la muleta, al propio tiempo, e por debajo de ella, le pegaba un sonoro puntapié en el ho-o gritóle:

«¡Vente, alma mía!»

El bicho dió una arremetida feroz. Paco se lo echó por lante, se pegó a las costillas y ya no se desprendió de él. cada muletazo le crujían los huesos al animal, que se revolvía rioso tirando terribles derrotes. Diestro y toro formaban una iléptica pelota. Los adornos y cabos de la chaquetilla volaban r el aire, el trapo subía y bajaba impetuosamente.

«Ya se ha apoderado de él, ya es suyo», gritaba Cuenca era de sí. «¡Viva España, que es inganable!»

Un clamoreo ensordecedor estalló en las barreras, en las adas, en los palcos. Los oles y los vivas reventaban como bom-ıs. Aquella faena, nunca vista, parecía una pelea de perros. seguían volando los adornos y los cabos. Media chaquetilla ımeaba en jirones. Una rasgadura de la taleguilla dejaba ver s calzoncillos blancos. Después de un muletazo de mucho stigo el toro quedó quieto e igualado. Paco sin apresurarse, ɔ, se perfiló, se echó el estoque a la cara, y entró a matar con

ímpetu, al mismo tiempo que el toro embestía, y se le vió acc tarse sobre el morrillo, hundir el estoque hasta las péndolas la carne blanda y caer de rodillas del encontronazo. La fie se revolvió, buscándolo. Paco en vez de levantarse, ebrio bravura, presa del vértigo heroico, sintiendo acaso que hal llegado el momento de darle a Sevilla el espectáculo de la v lentía soberana que esperaba de él, abrió los brazos en cruz mondó el pecho en actitud de supremo desafío. El toro humi y engendró el viaje. Los rostros se desencajaron, los ojos s lieron de las órbitas. Oyéronse exclamaciones, juramentos, g tos de horror y en seguida un jubiloso y delirante clamor. El toro había rodado por tierra y quedando con las cuatro pat en el aire; el torero estaba en pie, erguido, ceñudo, fiero co Don Juan delante del comendador. Y como si aquella mucl dumbre frenética hubiese establecido, repentina y distintamen la relación íntima entre la bravura arrogante e indomable d Burlador y la valentía retardadora del descendiente de los v condes Miranda, alguien gritó primero, y mil bocas repitier después esta frase que fué rebotando por todo los ámbitos la plaza: «¡Don Juan Tenorio ha resucitado!»... mientras admiradores más entusiastas se arrojaban a la arena y corrí hacia el matador para levantarlo en hombros.

A Paco, le parecía que el compacto, y resuelto gentío c lo aclamaba, era una sola criatura, un monstruo enorme, monstruo de mil cabezas, con mil ojos fulgurantes, con bocas sanguinosas y un solo corazón, que él, Paco, había hec palpitar y que palpitaba por él.





Cabalgata colonial

(José de Batres y Montúfar, guatemalteco)

De repente un clamor estrepitoso
se oyó rodar entre las damas bellas,
y un volver las cabezas, y un ansioso
mirar al mismo lado todas ellas.
Así al ver algún cuerpo luminoso
el campo atravesar de las estrellas
todos para mirarlo se voltean,
y a la vez dicen todos: «¡vean, vean!»
¡Allá viene! ¡allá viene! ¡Qué galán,
don Alejo es aquel que se adelanta!
¡Allá viene montando en su alazán,
Estas palabras circulando van
y el eco del rumor que se levanta
va a repetir en su último reflejo:
¡a.... quél es..., allá viene... don Alejo!
En esto despuntaba por la plaza
más que Orlando gallardo el caballero,

no cubierto de casco ni coraza,
sino de una casaca y un sombrero.
Ni llevaba montante, lanza o maza,
ni pulido broquel de fino acero,
más un estoque armado en pedrería
que del dorado cinturón pendía.

Eran de raso blanco los calzones
llegándole no más que a las rodillas,
cubiertas las costuras con galones
y sujetos al cuerpo con hebillas.
No diré que alcanzase a los talones
la casaca, mas sí a las pantorrillas,
de seda de Milán color de perla
y bordada, que daba gusto verla.

La larga chupa al muslo descendía
de igual color y de las mismas telas,
y una y otra cartera guarnecía,
un hermoso alamar de lentejuelas.
Por su brillo tal vez se juzgaría
que llevaba en los muslos escarcelas;
era el ropaje, en fin, de los más ricos,
así con el sombrero de tres picos.

Tenía el alazán la frente blanca,
ancha nariz, cabeza breve y cuello,
largo y delgado ijar, redonda el anca,
robusto el pecho, liberal resuello,
rasgado el ojo, la mirada franca,
el brazo negro, levantado, bello,
que en tierra estampa el casco desdeñoso
como quien pisa el cráneo de un chismoso.

En el aire flotando su copete
iba el corcel erguido como un gallo;
y su dueño estirando del jarrete
parecía sultán en su serrallo.
Las mujeres miraban al jinete
y los hombres miraban al caballo;
al par iba el rocín que el dueño ufano
con fundamento igual para ser vano.

Al dar frente al balcón, con algazara
saludóle aquel círculo festivo,
y en medio del bullicio, doña Clara,
haciendo un ademán no poco esquivo,
decirles parecía con la cara
«ese sultán que veis es mi cautivo»;
señal de que sentía allá en su pecho
cierto placer de orgullo satisfecho.

El desdeñado amante, con deseos



de ostentar más y más su gallardía,
caracoles haciendo y escarceos,
delante de las damas se lucía.
Estando en estos saltos y paseos
su salva disparó la artillería...
(por eso hablé de salvas; mas ahora,
si queréis, suprimidlas en buen hora).

Al estallido los caballos fieros
parecían demonios desatados,
arrojando de sí a los caballeros
sobre los circunstantes apiñados;
volaron espadines y sombreros
y volaron también por todos lados
unas cuantas polvíferas pelucas
dando a luz los secretos de las nucas.

Aunque se hacía el alazán pedazos
guardaba don Alejo los arzones,
hasta que al repetir los cañonazos,
no pudiendo sufrir los empellones,
soltó las riendas y alargó los brazos;
y mostrando el revés de sus calzones
cayó, haciendo a la noble concurrencia
una inversa y profunda reverencia.

Muy lejos de burlar al caballero
por aquella ridícula aventura,
decían: ¡qué valiente, qué ligero!
¡con qué gracia se cae, qué soltura!
El aura popular con un guerrero
hace siempre lo mismo y transfigura
cualquier ardid que le sugere el miedo
en estrategia, en táctica, en denuedo.



EN LA ÉPOCA COLONIAL

(Salvador Sanfuentes, chileno)

uando el siglo diez y ocho pro- [mediaba,
·to marqués vivía en nuestro [suelo,
· las ideas y usos conservaba
· le legó su castellano abuelo;
ero decir que la mitad pasaba
su vida pensando en irse al cielo;
jo devoto y de costumbres puras,
ıque en su mocedad hizo diablu- [ras.
· amaba tanto las usanzas godas,
· él hubiera mirado cual delito
que se hablase de francesas modas,
· París se alabase de bonito.
ore la filiación de casi todas
Las familias de Chile era perito
Y de cualquier conquistador la [historia
Recitaba fielmente su memoria.

Como era de esta ciencia tan [adepto,
Aducía argumentos con destreza
Para hacer verosímil su concepto
De derivar de reyes su nobleza.
Nosotros hoy llamáramos inepto
Al hombre que albergase en su [cabeza
De loca vanidad tales vestiglos,
Mas esto era frecuente en otros [siglos.

Y bien podía mi marqués sin [mengua
Alarde hacer de pretensión tan loca,
Porque él era muy rico, y ¿a qué [lengua
No hace callar tan fuerte tapaboca?
En vano contra el oro se deslengua
Un moralista y su valor apoca:
Lo que yo siempre he visto desde [chico
Es que hace impune cuanto quiere [un rico.

En el año una vez sus posesiones
Visitaba el Marqués por el verano,
Ejerciendo en sus siervos y peones
La amplia jurisdicción de un so- [berano;
Y luego a los primeros nubarrones
Que anunciaban el invierno cano,
Exento de molestias y pesares
Tornaba con gran pompa a sus [hogares.

Y ora mandando hacer un no- [venario
En que sonaban cajas y cohetes,
Ora una procesión con lujo vario
De arcos triunfales, música y pe- [betes,
De admiración llenaba al vecin- [dario,
Y daba a las beatas y vejetes
Para conversación fecundo tema
En que ensalzaban su piedad ex- [trema.

Como ningún quehacer le daba [prisa,
Dormía hasta las ocho este ma [nat
En su oratorio le decían misa,
Y tomaba después su chocolate.
La comida a las doce era precis
Y la siesta después, y luego el mat
Y tras esto por vía de recreo
Iba a dar en calesa su paseo.

A oraciones se vuelve, y si d [temp
Llama a Escuela de Cristo el car [panari
El marqués y los suyos dan ejemp
De inefable asistencia al vecindari
Si no hay distribución, ya le co [temp
Rezar con la familia su rosario,
Y luego ir a palacio diligente
Para hacerle la corte al Presiden

A las diez de la noche se despid
Sin propasarse un punto de esta hor
Y vuelto a su mansión, la cena pid
Porque ya el apetito le devora.
Con su cuerpo en seguida un lec [mi
Donde cabrían bien sus cuatro ahor
Y viniéndole el sueño dulce y blan
A las once el marqués está roncand

Tenía este dichoso personaje
Un hijo y una hija: y al primero,
Por no hacer una injuria a su lina
Sólo de paso decribir yo quiero
Leía no muy bien: su aprendizaje
De la escritura fué tan pasajero,
Que en vez de letras con trabajo ha

abatos sin ley ni ortografía.

n la aula de un convento pro-
[curóse
aprendiese a Nebrija de mucha-
[cho;
o en llegando a *quis vel qui*
[estancóse,
poder digerir aquel empacho.
fin su sabio preceptor cansóse,
recibió el alumno su despacho.
a vivir, cual viven tantos otros
eando vacas y domando potros.

Valientes ejercicios, a los cuales
aficionó bien pronto a tal ex-
[tremo,
e el andar en rodeos de animales
Era su dicha y su placer supremo!
Con tal educación, con gustos
[tales,
Muchos lectores pensarán, yo temo,
Que cuando Cosme a la ciudad venía,
En sociedad ridículo sería.

¡Error, solemne error! Desde el
[momento
Que el señorito Cosme se mostraba,
La atención general y el rendimiento
De su persona en rededor volaba:
El mismo sexo hermoso ¡qué por-
[tento!
Con su conversación se deleitaba,
Aunque hablar de otra cosano le
[oyera
Qué de pechadas, lazos y carreras.





El Mercado

(José Joaquín Pesado, mejicano)

La lumbre del sol hermosa
Deja el imperio del cielo
A la sombra temerosa,
Pero la noche amorosa
Tiende su estrellado velo.

Muestra apenas su camino
La nueva luna en la esfera,
El lucero vespertino
Sobre el alta cordillera
Lanza su rayo divino.

Dibujan las llamas puras
De encendidas luminarias,
Entre las sombras obscuras,
En bien marcadas figuras
Del pueblo las calles varias.

Las que desde el monte vistas
Por sorprendido viajero,
Forman a sus ojos listas
De trémulo reverbero
Y de fantásticas vistas.

Mientras el templo sagrado
Lleno de piadosa gente,
Brilla, de luz inundado,
Con las antorchas fulgentes,
Con incienso perfumado;

ientras el acorde coro
e que su voz concuerde
el órgano sonoro,
a su acento se pierde,
domina, canoro,

multitud se derrama
opuestos puntos camina
de el placer la reclama,
novedad la llama
cada calle y esquina.

puestos y aparadores
e la plaza en las fuentes
an vasos de colores
otellas transparentes
embriagantes licores.

nto al barnizado tarro
guarda dulce conserva
a en búcaro bizarro
a helada, que reserva
rato olor de su barro.

ense en formas desiguales
azúcar cándida y leve
esponjosos panales,
n porcelana y cristales
blancos grumos de nieve.

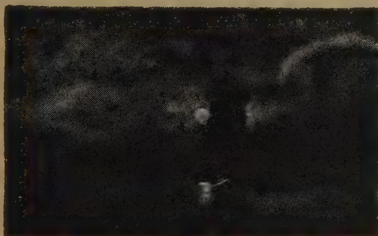
Acá en hileras tendidas
Están en limpias esteras
Naranjas de oro encendidas,
Limas cual cera, y teñidas
De vivo carmín las peras.

Allá, como la esmeralda,
Los limones aparecen,
Las manzanas, como gualda,
Las fresas, que tiernas crecen
Del monte en la húmeda falda

También la encarnada guinda,
La nuez de dura cubierta,
La fruta del moral linda,
Y la granada, que abierta
Todos sus tesoros brinda.

En fin, a los ojos lucen
Cuantos de aquellos confines
Los huertos frutos producen,
Y las flores, que relucen
En sus cerrados jardines.

Donde rosas y azahares
De aromas forman corrientes,
Y disipan los pesares
Las aves con sus cantares,
Con su murmullo las fuentes.





ESCENAS CAMPESTRES

La vida en el rancho del Delta

(Marcos Sastre, uruguayo)

A la margen de un arroyo encantador, a cuatro pasos su orilla y a la sombra de un grupo de sauces elevados y copos una simple estaca de una ámbito de seis varas en cuadrac sosteniendo un techo de paja con paredes formada de juncos de ramas; tal es el rancho del isleño. Es su obra de pocos dí que dura muchos años. Su mueblaje se compone de un cañi para dormir, y otro más alto para despensa; una mesa de ceit algunos bancos y platos de la misma madera; asador olla pava u olla de hierro, un mate y un saco de camoatí para sal. He aquí un edificio que con su menaje todo no vale tar como uno solo de los muebles que el lujo ha hecho necesar al habitante de las ciudades. Y esa pobre choza con su rúst ajuar comprende cuanto el hombre puede necesitar para seguridad y reposo, su comodidad, y placer... pero que no

e en ella el que haya llegado a enervarse al extremo de ser s delicado que el picaflor, que la prefiere para suspender o su alero la cuna de sus hijuelos.

¡Cuán poco necesita el hombre para vivir satisfecho y nquilo, cuando las necesitdades ficticias y las vanidades del ndo no le han hecho esclavo de mil gustos nocivos e innece- os, de mil ridiculeces, y de un sinnúmero de costosas baga- s!

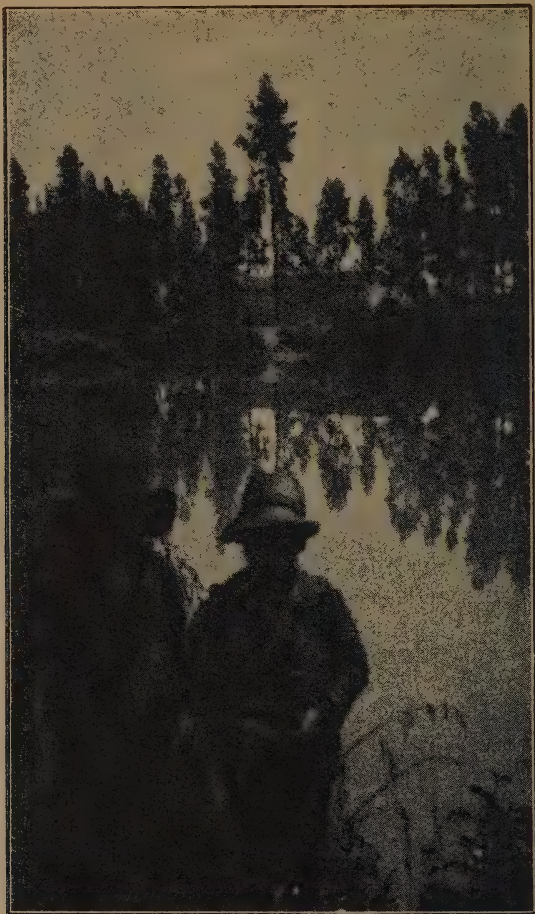
¿Qué artesonado puede igualarse a la pompa y hermosura un grupo de sauces de Babilonia que abraza en su extensa eda la cabaña con su patio y el puesto y la chalana y el baño, endidos del sol por sus ramas colgantes frondosísimas?

Aun consultando la variedad y delicadeza de los gustos se han de combinar su satisfacción con la salud) nada de mesas opíparas se puede echar de menos al probar las senci- preparaciones del fogón de las islas.

Yo hasta ahora no he gustado un plato que supere al odo- ro y jugoso asado, que sólo nuestros campesinos saben pre- ar. Difícilmente la cocina del rico aderezará un manjar sabroso como sano y suculento. Para el sobrio habitante las islas, el simple té del Paraguay o mate, suple con ventaja a su paladar y su salud, por todos los licores y pociones cono- ias. El agua exquisita que corre al pie del rancho carapa- yo bastaría para hacerlo preferible a las habitaciones ciu- danas con todas sus bebidas peregrinas. El agua del Paraná, digna de su fama por su excelencia, quizá sea más eficaz e todas las panaceas, y elíxires inventados, para recobrar la ud y conservarla.

¡Oh, qué hechicera y agradable es la morada del isleño a la rgen del arroyo, al abrigo de los copudos sauces, con su ño delicioso y su chalana! ¡Qué deleitable contemplar las llezas de la primavera desde su rústico y pintoresco albergue! ué grato es aspirar el aire vivificante de la mañana, que pe- tra en el rancho libremente, incitándonos a gozar el bello pectáculo de la salida del sol!

¡Qué encanto escuchar a la alborada el cuchicheo de los dos y los alegres preludios de los himnos a la aurora que aso- a por el oriente! Todavía no se muestran para el hombre



señales del alba, cuando bajo su mismo techo se le anuncia charla bulliciosa de las golondrinas, seguida muy pronto por l tiernas canciones de la tacuarita, y los gritos del bientev

tiendo su nombre. Todas las aves abandonan la espesura les sirvió de refugio contra los temores de la noche; dejan cuidado sus polluelos, y cada una a su modo celebra la vuelta la luz que les trae la alegría y los placeres! La calandria se onta por los aires entonando sus inimitables cantos, para nciar desde el cielo a los dormidos el nacimiento del sol. hornero, modelo de industria y parsimonia, nos avisa con su loso claqueo, que ha llegado la hora del trabajo. El boyero jaro tejedor) parece despertar a los ganados con sus silbi- sonoros que imitan la voz humana. El carpintero, sin lida de tiempo, continúa a golpe de pico en un duro tronco obra laboriosa de su nido; y millares de jilgueros, cantando os a la vez, aumentan el regocijo de la madrugada con el cioso desconcierto de sus trinos.

Toda la naturaleza despierta a gozar del placer de la exis- cia desde los primeros albores del nuevo día. El verdor del aje, la frescura de la brisa, la fragancia y belleza de las flores, usurro de los árboles, la trisca de las aves y peces, el brillo luz sobre las hojas barnizadas por el rocío, y las aguas que tellean con sus reflejos... todo infunde el puro alborozo, o embarga los sentidos, y los llena de una deleitación sose- a y pura, todo nos inspira vehementes deseos de fijar nues- domicilio en la cabaña situada a la margen del arroyo, a ombra de los elevados y coposos sauces, con su chalana y baño entre las ramas colgantes y las flores y los pájaros oros.





PASEO CAMPESTRE EN UNA ESTANCIA

(César Duayen, (Ema de la Barra de los Llanos), argentina)

El gran breack de Máximo rodaba por los caminos, en día fresco, claro, sin sol, conduciendo a Alex y a los niños c iban a visitarla.

En gritos y ademanes, contábanselo ellos a todo lo que contraban a su paso. Al viejito que juntaba sus biznaga, a vaca que se detenía a mirarlo curiosa, al tero-tero que da un grito de alarma, al vasco lechero que al trote de su caba y al ruido de sus tarros cruzaba cantando; a la perdiz, que su vuelo silbante se escondía entre el pastizal, a la mujer Sebastián que les decía adiós con la mano desde su «puest al «bicho-feo», que se burlaba de todos desde su rama. Y contaban también a los hermosos potros que lanzaban su rrera sacudiendo sus crines, como el ademán de un himn la libertad, a la yegua madrina que hacía sonar su cencer

os carneritos y al pastor. Y a los trigales del color de la are- de la playa, y a los dulces choclos del maizal; y a la golon- na que con las alas muy abiertas llegaba del mar...

Saludaban ahora a los viejos árboles del bosque, plantados los abuelos de sus abuelos; árboles venerables, ante los cua- se cruzaban con devoción las manos de Alejandra.

La casa de Máximo les daba la bienvenida, y la puerta hierro forjado les abría su parque. Se aquietaron entonces brieron bien los ojos para llenarlos con los tesoros del palacio antado del gran amigo.

¡Ah! ¡qué diferente había sido la «Atalaya» del «Ombú»! uí no había paraísos en las calles ni «buenas noches» en el dín. Eran regias araucarias, casoarinas quejumbrosas, nos- gicas palmeras. En los macizos enormes, sólo flores aristo- ticas: las azaleas, los redhodendros, las prímulas, los jazmines Cabo, altos como arbustos, y las mil variedades de las ro- . Flores raras, exquisitas y perfectas, que debían su esplendor forma, de tamaño y de color, al abono de la tierra que las tría, al cultivo extraordinario, al artificio; flores de la ciencia nbién ellas.

No había tampoco urraquitas, ni patos vulgares y «barci- s», que nadaran pesados en el charco, haciendo mucho ruido; ro un gran pájaro de raso azul, con abanico en la cola, se seaba por el césped con aires de pretensión, y cisnes blancos slizábanse silenciosos en el lago, mirándose en su cristal, cuántas cosas más!...

Una pequeña casa, que Alex decía ser un «pabellón», y puente que atravesaba el lago entre bosquecillos de laurel una gama que huía muy ligera... Y estatuas blancas de már- ol, y anchos bancos de mármol blanco también... faroles de z eléctrica... dos inmensos leones negros sobre rojos pedes- les de una piedra tornasol, que asustaron a Nenuca, quien eguntó:

—¿Esos «tigues» picarán?

¡Ah, sí! ¡qué diferente era la «Atalaya» del «Ombú»! Allá s ramas se cruzaban y mezclábanse las flores, los pájaros can- ban, las hojas, al caer, quedábanse en el suelo, bailaban con viento; todo era ruido y alegría y desaliño allá. Aquí mucha

compostura, simetría y elegancia; un silencio triste; un gra aburrimiento en los árboles, en las flores y en los pájaros.

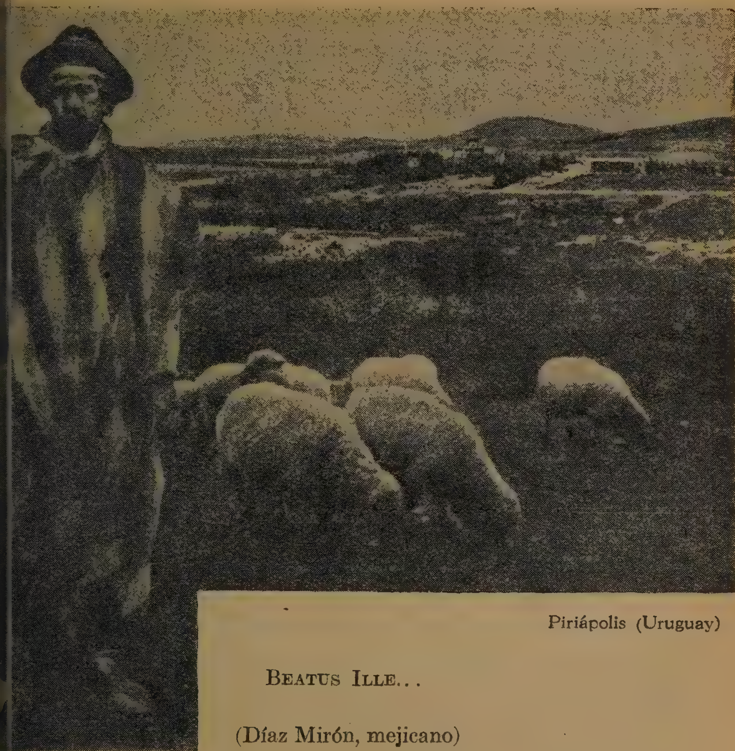
Pero, ¡hurra, hurra! que habían divisado ya a Máximo, padrino, al viejo tío, al gran amigo, que bajaba muy ligero la gradas de su terraza para salir a su encuentro.

Más joven pareció a Alex cuando se acercó al carruaj con una expresión sonriente y alegre. Tomó a Stella en sus bra zos y la colocó en su cochecito.

Recorrieron los jardines, visitaron los invernáculos, cabaña, y tanto y tanto como había que ver allí.

Entraron luego a la casa, señorial realmente, en la cual tod era artístico y suntuoso, desde los herrajes de las puertas y lo mosaicos del piso, hasta los muebles y los tapices de las pare des.





Piriápolis (Uruguay)

BEATUS ILLE...

(Díaz Mirón, mejicano)

h paz agreste! ¡Cuánto
uien se acoge a ti brindas pro-
[vecho!
on qué divino encanto
enas de olvido el pecho
a torturas y a furores hecho!

e la cándida oveja
a sombra trisca en hondonada
[bruna,
la cabra bermeja
Que asoma en alta duna
Su hocico rojo de carmín de tuna,

Ubre sana y henchida
Regala el apetito, aquí no escaso,
Con leche que bebida
Sale a dormir al raso
Y deja untado y azuloso el vaso.

¡Mesa digna de un justo
¡Oh Gay! la tuya, que de carne y vino

Te guarda exento el gusto,
Y no a perder el tino
Es ocasión, ni a víctimas destino!

Egloga virgiliana
Abre y radica en tu heredad el seno,
Y de tu boca mana
En trasunto sereno
Y con almíbar oloroso a heno.

Antigua prez no humilla
Claro vestigio a torpe muchedumbre;
El en tu ingenio brilla,
Como postrera lumbre
De occiduo sol, en levantada cumbre.

¡Plácidos los que orean
Mi frente, que a baldón opone or-
[gullo,
Hálitos que menean
Las frondas con murmullo
Grato al reposo, cual materno arru
[llo

Mas no Favonio engríe
El délfico laurel. Zozobras calma
Y susurrando ríe
De la ceñida palma,
Con un desprecio que perfuma e
[alma

¡Oh paz agreste! ¡Cuánto
A quien se acoge a ti brindas pro
[vecho

¡Con qué divino encanto
Llenas de olvido el pecho
¡Ay! a torturas y a furores hecho

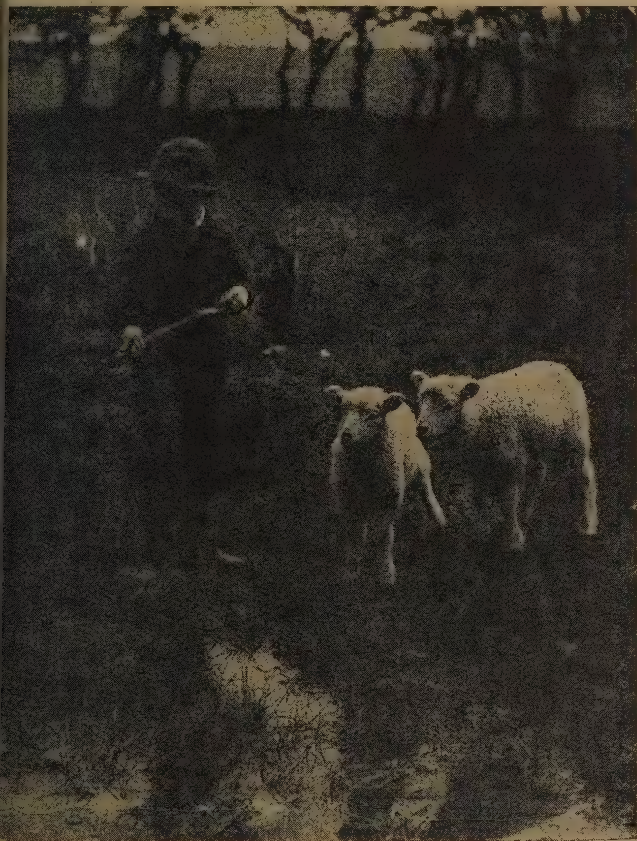


culta o salvaje
nte del vivir marcas y ahon-
[das
o y seguro encaje,
por arenas blondas
r la lleva en sosegadas ondas

e anónima huesa
piadoso y tétrico derrumba

«Guirnalda que le pesa»,
Pompa que treme y zumba
Y caricia y plañido es a la tumba:

La madre tierra es leve
Al cadáver que allí se desmorona;
Que sólo a un sauce debe,
En los palmos que abona,
Copioso llanto y liberal corona.





Los pastores de mi abuelo

(J. María Gabriel y Galán)

I

He dormido en la majada sobre un lecho de lentiscos
embriagado por el vaho de los húmedos apriscos
y arrullado por murmullos de mansísimo rumiar;
he comido pan sabroso con entrañas de carnero
que guisaron los pastores en blanquísimo caldero
suspendido de las llares sobre el fuego del hogar.

Y al arrullo soñoliento de monótonos hervores,
he charlado largamente con los rústicos pastores
y he buscado en sus sentires algo bello qué decir...
¡Ya se han ido, ya se han ido! ¡Ya no encuentro en la com
los pastores de mi abuelo, que era un viejo patriarca
con pastores y vaqueros que rimaban el vivir!

Se acabaron para siempre los selváticos juglares
que alegraban las majadas con historias y cantares
y romances peregrinos de muchísimo sabor.
Para siempre se acabaron los ingenuos narradores
de las trágicas leyendas de fantásticos amores
y contiendas fabulosas de los hombres del honor.

¡Ya se han ido, ya se han ido! Los que habitan sus majadas
ya no riman, ya no cantan villancicos y tonadas
y fantásticas leyendas que encantaban mi niñez.
Han perdido los vigores y las vírgenes frescuras
de los cuerpos y las almas que bebieron aguas puras
de veneros naturales de exquisita limpidez.

¡Ya no riman, ya no cantan! Ya no piden al viajero
que les cuente la leyenda del gentil aventurero,
la princesa encarcelada y el enano encantador.
Ya no piden aquel cuento de la azada y el tesoro,
ni la historia fabulosa de la guerra con el moro,
ni el romance tierno y bello de la Virgen y el pastor.

¡He dormido en la majada! Blasfemaban los pastores
maldiciendo la fortuna de los amos y señores
que habitaban los palacios de la mágica ciudad;
y gruñían rencorosos como perros amarrados
venteando los placeres y blandiendo los cayados
que heredaron de otros hombres como cetros de la paz.

II

Yo quisiera que tornaran a mis chozas y casetas
las estirpes patriarcales de selváticos poetas,
tañedores montesinos de la gaita y del rabel,
que mis campos empapaban en la intensa melodía
de una música primera que en los senos se fundía
de silencios transparentes, más sabrosos que la miel.

Una música tan virgen como el aura de mis montes,
tan serena como el cielo de sus amplios horizontes,
tan ingenua como el alma del artista montaraz;
tan sonora como el viento de las tardes abrileñas,
tan suave como el paso de las aguas ribereñas,
tan tranquila como el curso de las horas de la paz.

Una música fundida con balidos de corderos,
con arrullos de palomas y mugidos de terneros,
con chasquidos de la honda del vaquero silbador,
con rodar de regatillos entre peñas y zarzales,
con zumbidos de cencerros y cantares de zagales
¡de precoces zagalillos que barruntan ya el amor!

Una música que dice cómo suenan en los chozos
las sentencias de los viejos y las risas de los mozos,
y el silencio de las noches en la inmensa soledad,
y el hervir de los calderos en las lumbres pavorosas,
y el llover de los abismos en las noches tenebrosas,
y el ladrar de los mastines en la densa obscuridad.

Yo quisiera que la musa de la gente campesina
no durmiese en las entrañas de la vieja hueca encina
donde, herida por los tiempos, hosca y brava se encerró.
Yo quisiera que las puntas de sus alas vigorosas
nuevamente restallaran en las frentes tenebrosas
de esta raza cuya sangre la codicia envenenó.

Yo quisiera que encubriesen las zamarras de pellejo
pechos fuertes con ingenuos corazones de oro viejo
penetrados de la calma de la vida montaraz.
Yo quisiera que en el culto de los montes abrevados,
sacerdotes de los montes, ostentaran sus cayados
como símbolos de un culto, como cetros de la paz.

Yo quisiera que vagase por los rústicos asilos,
no la casta fabulosa de fantásticos Batilos
que jamás en las majadas de mis montes habitó,

sino aquella casta de hombres vigorosos y severos,
más leales que mastines, más sencillos que corderos,
más esquivos que lobatos, ¡más poetas ¡ay! que yo!

. . . .

¡Más poetas! Los que miran silenciosos hacia Oriente
y saludan a la aurora con la estrofa balbuciente
que derraman, sin saberlo, de la gaita pastoril,
son los hijos naturales de la musa campesina
que les dicta mansamente la tonada matutina
con que sienten las auroras del sereno mes de Abril.

¡Más poetas, más poetas! Los artistas inconscientes
que se sientan por las tardes en las peñas eminentes
y modulan, sin quererlo, melancólico cantar,
son las almas empapadas en la rica poesía
melancólica y suave que destila la agonía
dolorida y perezosa de la luz crepuscular.



¡Más poetas, más poetas! Los que riman sus sentires
cuando dentro de las almas cristalizan en decires
que en los senos de los campos se derraman sin querer,
son los hijos elegidos que desnudos amamanta
la pujante brava musa que al oído sólo canta
las sinceras efusiones del dolor y del placer.

¡Más poetas! Los que viven la feliz monotonía
sin frenéticos espasmos de placer y de alegría
de los cuales las enfermas pobres almas van en pos,
han saltado, sin saberlo, sobre todas las alturas
y serenos van cantando por las plácidas llanuras
de la vida humilde y fuerte que cantando va hacia Dios.

¡Qué reviva, que rebulla por mis chozas y casetas
la castiza vieja raza de selváticos poetas
que la vida buena vieron y rimaron el vivir!
¡Qué repueblen las campiñas de la clásica comarca
los pastores y vaqueros de mi abuelo el patriarca
que con ellos tuvo un día la fortuna de morir!





Los colonos

(José Joaquín Ortiz, colombiano)

h! ¡ven conmigo, antigua amiga
[mía,
a que no quemaste un solo grano
ncienso nunca ante ningún ti-
[rano;
que arrojas coronas enlazadas
ramas de laurel que jamás
[muere
ceñir la sien, no del guerrero
se alza, lidia y triunfa,
s cual tormenta que pasando
[asecha
ndo en pos de sí tristes des-
[pojos,
la frente del útil ciudadano
primero este campo hizo fe-
[cundo
brando en la era el extranjero
[grano;
cenobita impávido que al centro
tró del desierto más profundo,
la vida social al indio errante
ijo del amor con suave mano;
Y del que pan y regalado lecho
Dió cariñoso al desvalido infante.

¡Oíd cómo resuena
Adentro la montaña con los golpes
Del hacha ya en la loma más dis-
[tante.
Prende voraz el fuego,
Y el humo azul camina lentamente;
Mas se derrama luego
Por los collados todos;
Y el águila imperial, alipotente,
Fija la vista al sol, alza su vuelo,
Y se pierde en las nubes arrolladas,
En la región espléndida del cielo.

Y mirad más acá cuál va inclinado
Bajo el fecundo arado
El toro, padre de la grey; el seno
De la tierra rompiéndose negrea,
Y la que antes espada destructora
Resplandeció ominosa en la pelea,
Ora en reja cambiada
Entre los grandes surcos centellea;

Y ese que, hoy labrador, ayer gue-
[rrero,
El mar cruzó trayendo el rubio
[grano
Que derramando en la era
Dará abundancia a la colonia entera,
Después verá doblándose a los soplos
Del favonio suave
La frágil caña con la espiga grave;
Otro la carga llevará al molino,
Y entre el fragor del agua despeñada,
En el estrecho cauce atormentada
Do se cambia en espuma cristalina,
Recogerá, saltando en leves ondas,
El blanco río de menuda harina.

¡Con qué estúpido pasmo no vería
El indio inculto por la vez primera
El altivo corcel! No de la trompa
El ronco són espera;
La leve oreja tiende
Y el fácil cuello enarca
Al rumor de los céfiros de Ma
Y fogoso, impaciente se enamo
Súbito fuego su pupila enciende
Dejando ver de su ojo todo el blan
Atrás echa la crin en ondas suel
Sobre el trémulo flanco,
Y libre del ronzal que lo aprisi
Vuela en el campo abierto:
Traspasa el seco erial, solo y desie
Con duro casco el pedregal trillan
O pára en alta loma
Y suelta su relincho sonoroso
Si otea la yeguada desde lejo
O a la orilla del río espacioso
Tranquilo al ruido va del a
[ma



Con las brisas del monte jugue-
[teando,
Por la alta grama de la fértil vega
Que nuestro patrio Sogamoso riega.

Mas ¿cuál fué la española
(Pues mujer debió ser sensible y be-
[lla)
Que, cual triste recuerdo
De patria ausente o fúnebres amores,
Pasando a la comarca
De la extensa y feliz Cundinamarca
Trajo consigo el gérmen de las flores.
Débenla nuestros prados y pensiles
Verse alfombrados de las nuevas
[rosas
Cuando en el cielo ríen los abriles;
Y el clavel salpicado
Con el múrice tirio
La altiva copa alzar en frágil ramo,
Y su manto ostentar, más esplen-
[dente
Que los del mismo Salomón, el lirio;
Y la albahaca, del hogar amiga,
Que crece sin fatiga,
Con su aroma empapar todo el
[ambiente.
Rasgando el aire mudo,
Cuando apunta la luz del nuevo día,
No bajará quejoso el són agudo
De la campana desde excelsa torre
A celebrar las glorias de María;
Mas del pajizo alzar, de la cabaña
Saldrá el clangor cual de clarín
[sonoro
Del gallo vigilante,
Que salude el lucero de la aurora,
Que sube por el éter rutilante
Tiñéndose del sol con la luz de oro;
Y veráse después como a la turba





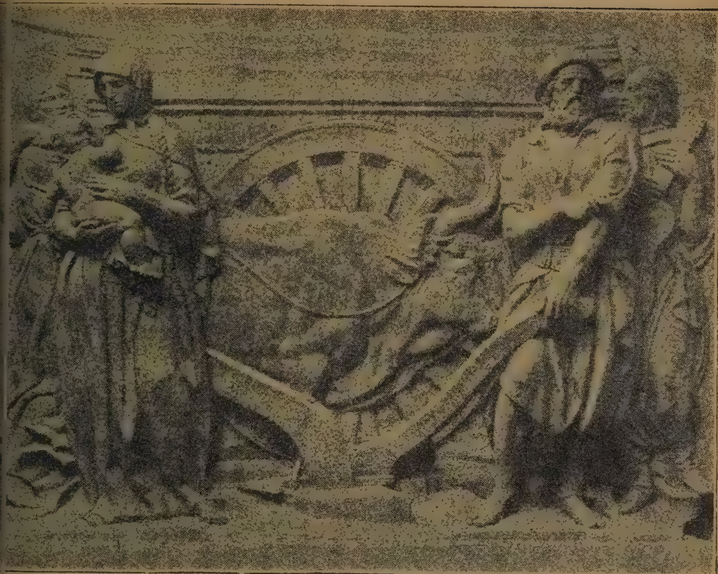
ue su serrallo numeroso puebla,
on voz amante llama
recoger el derramado grano
el rubio trigo entre la verde grama.
ómo después que el labrador re-
[coge
n la espaciosa troje
os frutos que le dió pródigo el
[cielo,
e las chisgas el pueblo numeroso,
n alas de los céfiros traído,
ual en un gran palacio prevenido
or el Dios bondadoso,
obre un árbol copudo abate el
[vuelo.
ebajo de la tribu desparece
errepente el follaje; el árbol brilla
omo una grande cúpula de oro,
de tanta avecilla
o cesa un punto el gorjear sonoro:
sí de la Misión todos los niños
uando oyen la sonora campanilla,
orren en torno de la cruz que arranca
nhiesta el aire y cercan al anciano,
ue entre tantas cabezas infantiles
escuella allí con su cabeza blanca.
h! ni Platón, ni Sócrates, famosos
n los anales del saber, supieron
ras largos años de velar continuo
o que estos pobres niños, candorosos,
e los trémulos labios del anciano,
l pie del leño rústico aprendieron.

No es bastante el ardor que el
[pecho inflama
e las santos discípulos de Cristo
na sola región y un solo clima.
llos irán de amor la pura llama
A prender en el pecho del salvaje,
A par las artes de la paz mostrando,
Al suelo donde Arauca se derrama
Y el Meta, y Casanare y raudo
[Upía,
La inmensa soledad fertilizando.
Subirán a la cumbre siempre yerta,
Trono de la borrasca asordadora,
Y oirán por fin el cántico sonando
En loor de la Cruz reparadora,
En cuantas son las lenguas,
Por cuantas son las tribus que mi
[patria
Pueblan del Occidente hasta la
[Aurora.

Y no desmayará su ardiente celo,
Porque después de alzar templos
[suntuosos
A nuestro Padre Dios que está en
[el cielo,
Al enfermo abrirán quietos asilos,
Darán madre a los huérfanos
Y bendecido lecho a los ancianos,
Donde al fin puedan expirar tran-
[quilos.
¡Y es poco aún!... En su incan-
[sable anhelo
Por anunciar la vida a las naciones,
Quieren centuplicar la voz divina
Fijando su fugaz e instable vuelo;
Y el árbol de la ciencia,
Que es bien a un tiempo y mal, y
[y vida y muerte,
Que encontró Guttenberg, ellos plan-
[taron,
Antes que otro, en la tierra grana-
[dina.

¡Oh! dadme frescas palmas
Con que tejer coronas
Que ornen la sien del vencedor! ¡Oh! [dadme
La lira de grandilocuos concentos
Para cantar sus ignorados nombres;
Y en alas de los céfiros llevados
De la tierra a los climas apartados,
Sean amor y orgullo de los hombres!
¡A todo bien tributo de alabanza!
¡A toda noble inspiración un canto!
Lo mismo al que confiando su for- [tuna
A frágil tabla y a delgado lino
Al Océano férvido se lanza
Hallando de la América el camino,
Que al que rasgando el florecido [manto
De la tierra, el arado usó primero
¡A todo bien bributo de alabanza
¡A toda noble inspiración un canto





(J. L. Zorrilla de S. M.)

FAENAS MONTAÑESAS

(Abel González G., chileno)

LA ROZA

...l golpear de las hachas y rozones,
... la cuesta selvática y huraña,
...a en la amplia oquedad de la [montaña
...no una orquesta de sonoros sones.

...o haya tregua, fornidos moce- [tones;
...acos y arbustos atacad con saña
y arrasad el breñal que se enmaraña
hasta en sus más recónditos rincones.

Que el roble secular de tronco [erguido
abátase tumbando, cual si fuera
coloso montañés de muerte herido.

Despejad con la roza la ladera,
para que surja en su repecho erguido,
cual milagro de Dios, la sementera.

LA QUEMA

¡Fuego a la roza!... Ya por la [pendiente,
cual de un combate inútiles des- [pojos,
de las tronchadas matas los manojos,
crujen resecos por el sol ardiente.

Allegando el tizón resplandeciente
por aquí y por allá, y ante los ojos
lance el incendio sus fulgores rojos
y se tiña de púrpura el ambiente.

Crepite ardiente la nudosa rama
y cuesta arriba por la loma dura
humeante suba la ondulosa llama.

Y hoguera colosal allá en la altura
anuncie, como mágico oriflama,
si ruinas hoy, fecundidad futura.

EL BARBECHO

Dios, sobre el monte y su arid [hurañ
la lluvia envió, que es vida y alegr
y de la falda ríspida y bravía
blanda quedó con la humedad [entrañ

En ceniza trocada la maraña
tras la roza y la quema, ya a por
se esparció al riego de la lluvia fr
fecundidad llevando a la montañ

Las yuntas aguijad, y que el ara
forje en la tierra a la semilla [lech
cual por la mano de un titán tallad
que, surcando de versos el repech
cual pluma colosal deje trazado
el fecundo poema del barbecho.



LA SIEMBRA

no gris manto, la otoñal ne-
[blina
sobre la sierra costanera,
la loma barbechada espera
la simiente que germina.

uncida yunta, al avanzar, se
[inclina,
do su labor por la ladera
ella en pos, en la mancera
sco arado, el sembrador camina.

adora la frente del serrano
la tierra, mientras él avanza,
semilla derramando el grano.

Y en cada grano que a la tierra
[lanza
mira caer de su curtida mano,
sabrosa como el pan, una esperanza.

LA TRILLA

¡Qué loca animación la de la trilla!
¡Qué tropel de jinetes en la éra!
¡Qué turba de gañanes vocinglera,
armado cada cual de aguda hor-
[quilla!

¡Qué alborotada bulle la cuadrilla
mientras va la yeguada de carrera
en torno del montón que reverbera
bajo el sol estival que ardiente
[brilla!





(M

Hay fresco mosto de monteses [parras
para el calor que abrasa la pen- [diente,
donde al sol monologan las chicharras;
Y encima del montón vibrar se [siente
un sonoro rasgueo de guitarras,
cual toque de clarín para la gente.

En pos de la yeguada trilladora
una pareja de jinetes vuela,
la brida firme, en el ijar la espuela
y en la diestra la huasca silbadora.

Y aquel viviente ariete hora
girando va, cual gigantesca m
y en su girar dejando como
una nube del polvo que el sol

Con incansable vocerío ap
cada jinete a la veloz yegua
que las gavillas, al correr, tr

Y de cada jinete la listada
manta flotante al espaldar,
el ala audaz de un buitre, d
[

LA AVIENTA

la labor!... Propicio es el ins-
[tante:
lesde el mar la fresca travesía
e y su soplo por el monte envía:
ante, horqueteros, adelante!

ıe el trigo ya trillado se levante
ıs horquetas, y la brisa fría
la paja allá, a la lejanía,
cual rubio enjambre que se aleja
[errante.

Que en alegre llover, a vuestro lado,
el trigo caiga con rumor sonoro
de collar de diamantes, desgranado.

¡A la labor!... La parva es un
[tesoro
donde del pobre el pan está ence-
[rrado,
y acaso el mismo Dios, en granos
[de oro.



(J. Bretón)



LA TRILLA

(Carlos Roxlo, uruguayo)

Sobre un mar de silvestre manzanilla,
Pebetero de rústica fragancia,
Alza su alegre construcción sencilla
El edificio de una vieja estancia,
En cuyos muros caldeados brilla
El sol de fuego que doró mi infancia;
El patrio sol cuya gentil corona
La vid fermenta y el trigal sazona.

Una aurora de nimbos sonrosados
Sobre la estancia su cendal desplega,
Se mece con el junco en los bañados
Y en el columpio de las lianas jue
Pinta el rubio maíz de los sembrad
Que con diamantes brilladores rie
Y puebla de melódicos cantare
El ancho quitasol de los palmar

¡Oh luz! ¡Oh claridad! Tiende
[v
La garza sobre el cauce cristali
La becacina se remonta al cielo
Y abre la flor su cáliz purpuri
Mueve el ombú su suave terciop
Junto al cerco de pitas del cami



oatí se guarece en la espesura,
esencia flota y el raudal mur-
mura.

ajo la lumbre que tremante
[brilla,
ordo en el laurel trina y gorjea,
aroma el espinillo en la cuchilla
l guayacán sus nieves balancea;
la revuelta crin de la tropilla
dulce soplo matutino ondea,
res montaraz, de ojos de llama,
arba el suelo, se estremece y
[brama.

l alerta del gallo en los corrales
uda reverente al nuevo día,
pierta la perdiz en los trigales,
n el guayabo la torcaz bravía;
humo las azules espirales
tan sobre la pobre ranchería,

Y el rubio sol su clámide radiosa
Cuelga en los hombros de su opaca
[esposa.
Al fin la noche su soberbia humilla,
Se alza del sol el círculo inflamado,
Y comienzan los lances de la trilla
De las espigas en el mar dorado;
Limpio de nubes el espacio brilla,
Sus alas cierra el viento embalsa-
[mado,
Y del ceibal en las flexibles ramas
Tiende la luz su túnica de llamas.

Briznas y tallos por el sol vestidos
Con tintes de naranja brilladores.
Se mecen en el aire sacudidos
Por un turbión de insectos de colores;
Y bajo el mar de espigas escondidos
Se agrupan con placer los segadores.
Que encuentran en el oro del paisaje
Fresco abanico y ancho cortinaje.

Sobre la parva que reseca brilla
Alzan los mazos de la mies bronceada,
Entre los corvos dientes de la hor-
[quilla,
Los que disponen la primer camada.
Y comienzan las rondas de la trilla
Bajo el casco fugaz de la yeguada,
Que con su golpe rítmico y sonoro,
Desmenuza la mies en hebras de oro.

Trémula por la danza febriciente
Que apresura del látigo el chasquido,
Y las ondas del aire incandescente
Aspirando con sordo resoplido;
La inculta crin tendida en el ai
[bien
Y con el cuerpo de sudor teñido,
En grupo denso la leyenda rueda
Bajo asfixiante y áurea polvared

Llegó con su descanso el mediod
La hora estival por el ofidio amac
En que duermen las voces de
[umbr
Y humea la llanura calcinada;
Se espesa el aire que enrarece el d
Con su voraz y brusca llamarada
Llora la esquila de la res sin brío
Y en brillazones se desangra el r

J. Peláe



(J. Peláez)

RUMBO

Canción gaucha

(Elías Regules, uruguayo)

o hay luz. Una sombra va
borrado el horizonte,
n la cuchilla y el monte
noche durmiendo está.
vano la vista va
ando extraño fulgor,
al mirar en derredor

Todo el espacio apagado,
Parece un mundo enlutado
Por implacable dolor.
Morales, el paisanito
De las costas del Tornero,
Va en el lomo de su overo
Caminando al trotecito.

Lleva el rumbo bien escrito
En su mente y en su tino,
Que hasta la *Estancia del Pino*,
Conclusión de sus jornadas,
Hay diez leguas acostadas
A lo largo del camino.

Y entre el monótomo ruido
Del trote lento y pesado,
Y el barullo del recado
Que se queja de oprimido,
Y entre el alegre silbido
Y la marcha acompasada
De la coscoja bordada
Que se entretiene rodando,
El va la noche escarbando
Con golpes de su mirada.

Pisa lomas, cruza el llano,
Pasa el arroyo y la sierra,
Como arreglando la tierra
Con la palma de su mano.
Y es tan seguro y baqueano
Aquel resuelto jinete,
Que, cual si fuera un juguete,
Abras, sendas y picadas,
Parece que están atadas
Al cabestro de su flete.

. . . .

Corta campo, bien seguro
De no errar una pulgada,
Y la gramilla aplastada
Gime sobre el suelo duro.
No demuestra gran apuro
De dar fin a su excursión,
Y con la firme intención
De pronto encontrar la estancia
Mata el tiempo y la distancia
Entonando un pericón.

En la larga travesía
Recorre todo el pasado,
Un recuerdo perfumado,
Otro con melancolía;
Y siempre atento a su guía,
Se ve pintado en su ceño,
Que lucha con fiel empeño
Para dejar derrotadas
Las guerrillas avanzadas
Del ejército del sueño.

. . . .

Y cuando el sol despertaba
Para alumbrar el camino,
En esa *Estancia del Pino*,
Morales desensillaba,
Poco después se sentaba
Con el mate y la caldera,
Dejando gruesa bajera
Sobre el lomo del overo,
Como recuerdo certero
De sabia higiene campera.





La yerra.

(Martiniano Leguizamón, argentino)

Bajo un cielo ceniciento que amenazaba tormenta nos diri-
nos al rodeo. La pampa rasa, sin una ondulación, se perdía
lontananzas inconmensurables, que iba descubriendo la luz
atutina. Sobre los pastos húmedos blanqueaba el tapiz cru-
nte de la escarcha, que el casco de nuestras cabalgaduras
oteaba de manchones obscuros. Y allá lejos, entre las desco-
ridas irradiaciones del amanecer, comenzaba a elevarse lenta-
ente el disco del sol, redondo, enorme, teñido de color naranja.
nuestra espalda, dominando el llano, surgía entre la vaga
uma la copa verdegueante de un ombú, y más atrás los techos
teja del caserío de la estancia empezaban a colorearse.

En un descampado del pajonal, como un manchón moviente
abigarrados colores, mugía el ganado y se apeñuscaba cho-
ndo las astas, para mirar el grupo de jinetes que andaban
giendo los terneros orejanos, con esos ojos enormes y mustios
ie parecen henchidos de la apacibilidad de las praderas. Un
ho tenue, formado de alientos, flotaba sobre aquella masa
iiforme que agujereaba al pronto la aguda cornamenta de al-
in toro al levantarse bramando amenazador. Hacia un costado
l rodeo, una carreta desuncida alzaba en la diafanidad azulada
crucero del pértigo; al lado ardía el braserío de una fogata
nde se calentaban las marcas, y, en torno, varios mocetones

de catadura y vestimenta diversas se movían con desgano fri lento, preparando sus lazos.

Elegido el ternero, taloneaba el jinete su caballo revoleand la «armada» hasta tenerlo a tiro, zumbaba la trenza viboreand en el aire, y se ceñía en las astas o en el pescuezo del anima huía éste hasta que el lazo se estiraba cimbreando, bregab reculando aún, enterraba las partidas pezuñas en el pasto hú medo y balaba desesperado; pero el jinete, castigando la caba gadura, se dirigía hacia el fogón al trote largo.

Dos o tres *piales*, frustrados generalmente, y el terner ya medio asfixiado, caía balando, mientras los *pialadores* maneaban las patas con un cordel. La operación, casi sin varian tes, se repetía varias veces, hasta que el tarjador gritaba: ¡«Ba ta»! En un momento se procedía a señalar todo el lote. Un leve humareda, al asentar la marca candente sobre el cue peludo, seguida de un balido lastimero; y los animales, libr de las ligaduras, chorreando sangre; con los ojos turbios de dolo se enderezaban temblorosos para alejarse en busca de las m dres, que allá en la orilla del rodeo trotaban inquietas, mugien con ecos broncos.

Algún muchacho que hacía los primeros ensayos en la ru faena, corría detrás del ternero procurando *pialarlo*, y si p casualidad lo conseguía, jamás faltaban la sonrisa burlona o comentario mordaz para amenguar su naciente destreza, co esa malicia expresiva, de gesto chúcaro y sabor original inco fundible de nuestros campesinos.





Panquehue (Chile)

UN RODEO

(Alberto Blest Gana, chileno)

El día del rodeo fué anunciado desde las primeras horas de ıañana por los gritos de los vaqueros, que con sus numero- cuadrillas de perros conducían los *piños* de ganado desde :erros a los *corralones* destinado a la *aparta.* Veíanseles llegar ·ando, en compañía de los inquilinos, porciones de doscientos ıás animales vacunos, que unían sus prolongados mugidos, ,s voces de los jinetes y al ladrido incesante de los perros, ıando así un concierto de los más característicos que es o ver en los campos de Chile, en los que todavía se conservan ,ctas las costumbres de las pasadas generaciones. Difícil distinguir las facciones de los vaqueros ni las de los inqui- s, cubiertas del espeso polvo que en densas nubes levanta- los cascos de los animales; pero era fácil reconocer a los pri-

meros por el traje, que hasta el día conservan los que ejerc esa especie de dignidad campestre en la jerarquía de las hacien das. Esa jerarquía principia en el patrón, viniendo despué sucesivamente, el administrador, el mayordomo, el vaquer el potrerizo, el inquilino y por último el peón gañán, este gita de nuestros campos, que no tiene fijo ni mesa ni hogar, que due me a la intemperie, y vaga de hacienda en hacienda, segú el jornal, sin más culto sincero que el popularizado por No según la historia, y por Baco, según la mitología. Esos v queros vestían, como todos los de Chile, un calzón corto de gún género de lana, cubierto por otro de cuero que les ceñ las piernas hasta terminar sobre el pie en forma de polain Este calzón estaba abotonado por la parte exterior de las pie nas por medio de botones hechos de *corriones* trenzados, fo mando un nudo, que es el botón, en una extremidad, y cayen en ramales sobre la pierna, de manera que formen un fle de *corriones* de cuatro a seis pulgadas de largo. Colocados es botones a muy corta distancia uno de otro, el fleco es muy *t pido* y se mueve sobre la pierna cuando el vaquero anda a p Algunos sujetaban este calzón a la cintura por medio de un cin de cuero con calados, bajo los cuales se veía paño colorad este cinto se afianzaba a su vez por una hebilla formada dos medallas de metal amarillo, del tamaño de una onza de o sellada, de las que el nuevo sistema decimal de monedas desterrado casi enteramente de la circulación.

. . . .

Las monturas de todos estos jinetes eran de enjalma c numerosos y bien recortados pellones, alforjas para el *coca* lazo al *corrión* de la enjalma y gran *machete* en la cabeza de misma.

Estos hombres llegaban arreando hacia el corralón del deo grandes piños de animales. Algunos de éstos con frecuenc destacándose del grupo, parecían querer buscar en la fuga camino de los cerros en que se hallaban *aquerenciados*, y esta circunstancia, que en tales casos se repite muy amenu lucían los *huasos* su destreza en el manejo del lazo, arrojánd a los cuernos del prófugo animal en medio de una veloz carre o bien, cuando los fugitivos eran muchos, lanzábanse a cor

ellos sin detenerse ante zanjas ni matorrales, hasta obli-os a incorporarse al piño que seguía su marcha...

En circunstancias como la que describimos es cuando el pesino de Chile despliega una verbosidad de que carece en los s ordinarios de la vida. Montado en su caballo, al que pro- un cariño tanto, o más acendrado, a veces, que a su familia, do moverse una masa compacta de animales que han cre- bajo su vista; animado por las voces de la gente, los mugidos as vacas, los ladridos de los perros, su vista se anima, pierde ostro la expresión habitual de indiferencia que lo cubre, y esata su lengua en dichos y refranes que los oyentes aplau- y comentan con señales visibles de satisfacción.

. . . .

Así llegaron al rodeo, en el que había dado ya principio *aparta.*



La escena que se ofreció a la vista de los que llegaba era una de las más animadas que pueden verse entre las qu son propias de la vida de nuestros campos. Aspecto pintoresc grande animación en las voces, variedad de movimientos, lu perspectiva y alegría, he ahí el conjunto de ese cuadro. Lo hombres de a caballo, con sus mantas de vistosos colores, co rrían entre grupos de animales, dando vueltas precipitadas veloces carreras, y lanzando al aire gritos descompasados qu los de a pie repetían desde las pircas que formaban los corrale nes. El sol derramaba torrentes de luz sobre el corral y los cam pos, reverberando en el verde pasto, y animando los variado colores de los trajes y la pintada piel de los animales, al mism tiempo que los árboles vecinos, los matorrales y las maleza mecidas por el viento, parecían acompañar en su alegría a lo huasos, cuyo grito festivo repetían los ecos de las quebradas despañaderos distantes, como asociándose a esa faena ruidos y característica. Todo eso, en medio de las nubes de polvo qu de cuando en cuando envolvían a hombres y animales en med de los rugidos de éstos, del rabioso ladrar de los perros, de lo dichos de los vaqueros acerca de algunas vacas o toros, y ese entusiasmo en fin, con que los hombres de campo se lanza en carreras peligrosísimas, con absoluto desprecio de la vid a trueque de hacer admirar su destreza como jinetes, y el pod y *buena rienda* de sus cabalgaduras.

La operación de la *aparta* se efectúa en un rodeo por gente de a caballo. Parte de ésta se coloca en las puertas qu dan paso de un corral a otro, y la restante es la que desempe la ocupación activa del trabajo. Para esto rodean los de a cabal a un grupo de animales, y el vaquero encargado de presic la faena, designa uno o varios de ese grupo para ser apartado Al instante dos o tres jinetes hienden el grupo que entre tod han arrinconado en algún ángulo del corralón; colocan su c balgaduras rozándose con un costado del animal, que, por hu del que se acerca, se abre paso entre los otros, y emprende u veloz carrera en que el jinete le sigue, animándolo con la voz sin apartársele una línea hasta dejarlo en otro corral, cu puerta despejan los que la ocupan para dar paso al anim volviendo a cerrarla inmediatamente. Pero, muchas veces,

imal designado, retrocede con velocidad en su carrera, da ecipitadas vueltas y *saca lances* imprevistos para libertarse la obstinada persecución del que lo sigue. Hay, pues, un un peligro en seguir al animal en estas diversas evoluciones prichosas, que ponen en dura prueba la destreza de los jinetes el vigor y maestría de los caballos. Para los huasos, el rodeo un campo de batalla en que el deber les manda desafiar los igros: las caídas de algunos y aun la muerte que suelen enconr en esas caídas, no interrumpen ni modifican el curso de la na. El herido es transportado por los de a pie fuera del campo, os demás continúan el trabajo, sin arredrarse ante las probaidades numerosas de correr igual suerte.





(J. L. Zorrilla de S. M.)

La doma

(Domingo Arena, uruguayo)

Después de encerrar la tropilla en la manguera, Floro s apeó, descolgó el lazo que traía atado a los tientos, y despu de armarlo y revolearlo un momento haciendo correr así a l caballos en el ancho círculo, lo arrojó, y silbando fué a enro carse en el pescuezo de un bagual, que al sentir por primera v aquello que le castigaba las carnes hasta quemárselas, relinch lleno de miedo y con la cola levantada buscó a la carrera salida.

Floro corrió algunos pasos detrás de él, con los braz



(J. Peláez)

dos sin soltar el lazo; después, por una contracción violenta cogió, apoyó los puños en la cadera y echando para atrás, ó un momento arrastrado por el malacara, hasta que, , éste se quedó clavado sobre sus patas mirándolo con ojos viados, tal vez preguntándose cómo aquel hombrecito dominar su salvaje vigor.

En seguida el compañero de Floro volteó al animal ma-

neándolo. En el suelo, entre los dos lo embozalaron, le ata fuertemente las riendas a la boca, y después de ensillado, lev tado y sacado fuera, mientras lo sujetaban fuertemente pándole a la vez un ojo con la oreja, Floro lo montó de un sa

El potro desde que lo hicieron levantar, atontado con ta maniobras, no hacía más que arrollarse y bufar. Cuando si el peso de aquel hombre, al sentársele en el lomo, se arr más, dió un salto, y empinándose sobre las manos largó formidable coz creyendo de seguro deshacerse así de aqu molestia, y como, lejos de conseguirlo, sintiera en seguida en flancos los mordizcones de las espuelas y los golpes del reben sacudió la cabeza entre las manos y arrollado siempre, em a corcovear al compás de los azotes de Floro, que firme en estribos, ajeno al peligro, sonreía tranquilo haciendo gala incansable poder de su brazo.

Y así, sin avanzar, retrocediendo a veces y corcoveand círculo de una manera frenética, estuvo mucho rato. Al la terquedad de la bestia fué vencida por la voluntad ma del hombre, y entonces, el animal, loco de dolor, con los inyectados de sangre y la desgarrada boca llena de esp sanguinolenta, levantó la cabeza y al ver que corría delant él el caballo que lo apadrinaba, se lanzó sin tino en una ca vertiginosa, hostigado siempre por el rebenque y las espuela

Una hora después los dos jinetes volvían. Floro detrá el bagual a quien seguía castigando y tironeando con fu las riendas. Cuando llegaron cerca de la casa, lo desensil y atado a un fuerte cabestro, vencido, cubierto de sudor y las carnes palpitantes, el pobre animal iba a pasar su pri noche de esclavitud junto al palenque, soñando tal vez co querida libertad que tan injustamente le arrebataban.



En el río Uruguay

Campeada de ganado cimarrón

(Hugo Wast (Martínez Zuviría) argentino)

No conocía las costumbres de los animales en el bosque no pudo caberme duda de que huían presas del pánico, como había huído el zorro: y casi al instante vi disparar ı gran ciervo que arrastraba en pos de sí una manada de cer- ›s despavoridos.

Empecé a alarmarme seriamente, y mi alarma creció por- detrás de estos velosísimos habitantes de la selva, que te- ı la apariencia de ser la vanguardia de todo un pueblo en ı, empezaron a pasar por mi lado, sin advertir mi presencia, ás allá por entre la densa arboleda, azotándose algunos con- los troncos, venados y gamas y nuevas bandadas de aves- es.

El bosque, un rato silencioso, se pobló del rumor de aquella a de fugitivos atropellados.

Apareció un potro salvaje, asustadizo, aspirando el aire c
fuerza y sacudiendo sus largas crines llenas de abrojos, y det
de él llegó con estruendo la yegua y pasó como un ventarrón
Cuando, por azar, se producía una pausa en la heterogé
peregrinación, me bastaba agacharme y mirar a lo lejos,
entre los desnudos troncos, para observar que el bosque
tero era teatro de idéntica agitación, y que por todos los cla
que dejaba la arboleda pasaban como sombras infinidad de a
males, que no alcanzaban mis ojos a distinguir.

Quise explicarme aquel fenómeno y pensé que un jag
habría atemorizado con sus rugidos o su ataque a los morado
de la región: y no acabé de ofrecerme esa explicación, cuando
nervios se me erizaron al sentir su estridente rugido, que ha
vibrar el aire como un delgado cristal.

Me guarecí detrás del tronco y preparé mi escopeta, y
presentarse al soberano de la tierra ante quien huía todo
pueblo.

Pero no; aquel jaguar que se deslizó por mi lado, sin



Río Negro (Urugua

e de mí, las fauces espumosas y el hocico en tierra y azo-
ose los ijares con la cola flexible y poderosa como una gruesa
ra, no era un perseguidor, sino un fugitivo. Apareció y
pareció como por magia: y entonces comprendí que debía
muy grande el peligro que de tal modo había sembrado
nico en los selváticos habitantes de la costa, desde el san-
ario jaguar hasta el arisco potro cimarrón.

Ya no me cupo duda: algo insólito y pavoroso ocurría.
as lejanías llegaba un trueno sordo e incesante como la
de un remoto huracán. Pero no podía ser viento ni lluvia,
oques de nubes en los cielos, pues el aire era puro y perma-
inmóvil. Ni el más leve estremecimiento del follaje se
rtía, y por entre las altas copas divisaba la serenidad azul
cielo.

Me imaginé que sería algún malón de indios. En aquellos
pos con frecuencia llegaban a los oídos de las gentes de la
ad nuevas de un pueblo asolado por los indios. Caían de
to sobre las aldeas indefensas o desprevenidas los comba-
es de una tribu entera, armados de bolas y lanzas, y mon-
s en sus veloces caballos pampas. Mataban, saqueaban,
diaban y regresaban con el mismo empuje a sus tolderías,
ndose mujeres y niños cautivos.

Aquellos malones se anunciaban con un signo infalible;
ampos se llenaban repentinamente de avestruces y de ga-
y de otros animales tímidos y ligeros, que escapaban ame-
tados delante de los invasores.

Y aunque en aquella costa desierta no existían poblaciones
pudieran atraer una invasión de salvajes, me entró el pá-
y huí hacia donde veía huir a todos los animales.

Corría con toda la agilidad de mis piernas, en línea recta,
endo agigantarse el rumor que cundía a mis espaldas y lle-
el oquedal de aquella arboleda inmóvil, como la voz de
ompientes en el mar.

Sentí casi en mi nuca el hálito de otras bestias: se me eri-
n los cabellos, y, lo confieso, me faltó valor para volver
ra: corrí más desesperadamente, pero me envolvió la tromba
istible de un grupo de toros salvajes, avanzadas del inmenso
el que a mis espaldas sacudía el suelo como un terremoto.

Si me hubiera rezagado o al tropezar en alguna de las ir nitas raíces a flor de tierra hubiese caído, el alud de las best despavoridas habría pasado sobre mí y yo habría perecido t turado bajo las pezuñas de millares de vacas enloquecidas pavor o de sed.

No, no podía ser la sed, porque el pelotón de toros jóve que hacía la punta, al desembocar en la orilla husmeó el ag y sin aproximarse a ella se desbandó en un abra, limpia y c cada por los matorrales, como una dehesa que se interponía tre el bosque y el río, y se prolongaba hacia el naciente.

La vista de la ballenera y de los míos, que me llamaba grandes voces, acrecentó mi energía y en un instante me h en los brazos de mi buena madre, que ya tenía una vela bend prendida a sus santos, para que me sacaran salvo de aquel ca clismo.



Grupo de jefes revolucio

—Ya adivino lo que es!—me repitió Myriam casi al oído. ıa campeada de hacienda cimarrona que hacen los mon-os de Artigas.

. . . .

ıos campos de Entre Ríos, como los de Corrientes, estaban ıuella época llenos de haciendas alzadas, provenientes de isiones jesuíticas destruídas y que se habían multiplicado osamente. No eran miles de cabezas, ni cientos de miles, millones, que pacían libremente en aquellas praderas ubé-s, sin dueños y sin vallas.

Eran los montoneros guerrilleros gauchos indisciplinados, ıtes y temibles. Si escaseaban los víveres en el campa-o, el jefe a quien obedecían destacaba partidas de jinetes ísimos, que se desparramaban sobre el país, en busca de las erías. Penetraban en ellas de improviso, apartaban el ma-número de cabezas que pudiesen arriar y por bosque y eras, cuchillas y anegadizos, las conducían con gran alga-y mucha mortandad, al lejano campamento.

Si sólo se trataba de proveerse de cueros, para vender a udades o contrabandear al Brasil, los jinetes armados de es enastados en cañas tacuaras, se entregaban a una faena criptible y odiosa, persiguiendo a las vacas, para desja-rlas, de un solo tajo, asestado en los garrones.

El animal, inutilizado, rodaba por tierra: y el jinete, sin nder la carrera, perseguía a otro y a otro, hasta que su lo no daba más. Volvía entonces grupas y remataba sus nas sembradas a centenares en los campos; las desollaba guardar el cuero, y abandonaba todo lo demás a los bui-que en negras bandadas escoltaban siempre a los monto-s. Por donde ellos pasaran habría presa.

. . . .



LA TOPEADURA

(Fernando Santiván, chileno)

* * *

Cuando llegaron a los Quillayes, la fiesta estaba en su a geo. Desde lejos, se oía el rumor de las voces y el chivate los campeones.

En una pequeña explanada había dos enormes «var relucientes sobre sus horquetas de madera, formando án recto.

Alrededor de las varas se habían levantado algunas rama de follaje verde, sobre las cuales elevaba el humo azul de las tangas y el polvo que levantaban los caballos al efectuar sus uciones sobre el campo.

* * *

De pronto comenzó a apaciguarse la batahola. Alguien gritó:

—¡Ya viene!

Silenciosamente los jinetes se apartaron de las varas y fueron formar parte de los curiosos en un estrecho semicírculo. Entre grupo apareció Saúl Araneda, alto entre los demás campesinos, ontando su hermoso caballo alazán. Avanzó lentamente hasta centro de la cancha; picó, en seguida, espuelas a su corcel, emprendió una carrera loca a lo largo de una de las varas se detuvo en seco con un rápido movimiento de las bridas, que zo girar a su caballo como un trompo sobre las patas traseras.

En medio de una nube de polvo, que comenzó a disiparse, areció entonces Saúl como un caballero de los tiempos medioeles en el momento de presentarse en la arena.

Baltasar lo observaba con rencor y admiración. Era gardo su rival. Alto, ancho de espalda, diestro y ágil en el majo del caballo. Una oleada de sangre subió al rostro de Baltar al imaginarse que ese hombre quería arrebatarle su primer cándido amor... Y picando espuelas a su caballo, salió rádamente a su encuentro.

Un murmullo de admiración recorrió la fila de espectadores. nbos rivales eran dignos el uno del otro, jóvenes, apuestos y iles. Azotó Baltasar el anca de su caballo, y lo hizo girar es veces sobre sus patas traseras. En seguida, repitió la maobra de su enemigo; una corta carrera junto a la vara, remada por un rápido giro del caballo.

¡Bravo! gritaron los espectadores.

Se acercaron el uno al otro al paso del caballo. Se obserron con tranquila mirada.

—¿Quién va primero?—preguntó Saúl.

Baltasar se limitó a sacar del bolsillo una moneda de plata, la arrojó hacia lo alto.

—¿Cara o sello?—preguntó.

—¡Cara!—dijo con voz breve Saúl.

Se inclinaron desde sus monturas a observar la moneda.

—¡Cara fué! observó Baltasar. ¡A usted le corresponde!

Mientras tanto, arreciaba el murmullo entre los espectadores. Se cruzaban apuestas. Se discutían los méritos de los caballos y de los combatientes. El alazán era alto, recio de patas y de cuello, ancas partidas en dos, y una vigorosa cabeza. El negro era un fino caballo con mezcla de raza árabe; pero todo músculos y tendones, pecho y cuello fornidos, y cabeza relativamente pequeña, nerviosa e inteligente.

—Doy cincuenta pesos al negro!—dijo un huaso barbudo, con aspecto bonachón.

—¡Conmigo!—replicó otro que salió a su encuentro con un fajo de billetes en la mano.

Mientras los espectadores discutían y apostaban. Saúl se había acercado a las varas. Un leve movimiento de las riendas bastó para que el animal comprendiese de qué se trataba. Sumiso, apoyó el pecho en el tronco sin corteza, pulido y reluciente por el roce; estiró el cuello, afirmó las patas, y esperó con una especie de resignación. Baltasar, a su vez, acercó su cabalgadura a las varas, a cierta distancia, y el caballo adoptó la misma postura del de su rival. En seguida, con un movimiento brusco e inesperado, el cuello se enroscó en la vara, como un semicírculo de nervios, y se deslizó rápidamente contra el enemigo y, al



Paisaje del sur de Chil

spegarse del tronco, metió la cabeza por debajo de la del otro; uió, en seguida, la suya con nervioso escarceo, y obligó a irar la del rival al mismo tiempo que empujaba briosamente, a aparente suavidad apartó el pecho del caballo enemigo, pasó con limpieza hacia el lado opuesto.

Un murmullo de los espectadores acogió esta rápida e inesrada maniobra.

Saúl estaba pálido de rabia. Se volvió a Baltasar y le dijo n enconado acento:

—Bien principia mi amigo... A usted le toca ahora!

Baltasar se acercó a la vara, y el Tordo enroscó su cuello ededor del tronco, como una serpiente negra fuertemente illada. Esta vez fué rudo el batallar. Los dos caballos cruzan sus cuellos como dos espadas, el negro abajo, encima el azán. Pecho contra pecho pujaron durante breves instantes; ego permanecieron quietos un largo espacio de tiempo. Se era que descansaban dormitando, apoyados el uno contra otro como dos buenos amigos. Pero un observador experintado podía ver que leves estremecimientos musculares cruban a lo largo de sus cuerpos, debajo de la fina piel, y que sus os se inyectaban ligeramente por el esfuerzo. De vez en cuando, s jinetes, inclinados sobre las cabezas de los animales, con el erpo en tensión sobre los estribos, les acariciaban ligeramente cuello como para infundirles ánimo, apretaban las espuelas ntra los ijares, y los caballos respondían a estas manifestanes con un nuevo esfuerzo que los estremecía de pies a cabeza.

Un griterío ensordecedor partía de las filas de espectadores. labras naturales, frases de aliento, ronco voceo inflamado.

Por un momento, pareció vacilar el fino cuerpo del negro jo el enorme peso de su enemigo. Reculó un paso... Saúl quirió las riendas y levantó ligeramente el cuello de su cabaldura para aprovechar esta debilidad; pero en ese momento, negro, sin dar tiempo a su rival, arremetió con tal brío, que rojó hacia un lado al alazán y cruzó hacia el lado opuesto con rapidez de una flecha.

—¡Bravo!

Los espectadores aclamaron al vencedor por largo tiempo, gunos huasos penetraron a la arena a felicitar a Baltasar.



Paisaje cubano

La pelea de gallos

(Ramón Vélez Herrera, cubano)

Una mañana de Pascua,
Del Guañabal a la Ceiba,
No quedó un aficionado
Que a las mangas no corriera
A presenciar de los gallos
Las celebradas peleas.
Apenas la luz del alba
Dora los montes risueña,
Cuando de airosos jinetes
Nuestros caminos se pueblan.
Entre todos se distingue,
Por su gallarda apariencia,
Noble ademán, bella estampa,
Juan Pérez el de las Vegas.
Monta el bizarro guajiro
Un caballo de piel negra,
Casco liso, fuerte pecho,
Ojos vivos, crin espesa,
Tan ligero en regatear,
Que la cola en la carrera
Oculta el ligero bruto
Entre las delgadas piernas.
El mancebo que lo rige
Corriendo se gallardea,
Y apenas toca al pasar
A las puntas de las piedras.
Sencillamente vestía
De blanco, y en la cabeza
Atado muestra un pañuelo
De listas, y calza espuela,

achete al cinto, terciado,
de paja de la tierra
ce un sombrero tejido
e parece fina tela.
gallo lleva en la mano,
rror de Guara y Melena,
e cuando pica a un rival
iere al punto o aletea.
ga a las Mangas: las calles
cubren de gente inquieta,
e del sangriento combate
lo la señal espera.
ólpase los curiosos,
cuando el galán pasea,
s ojos del pueblo fijos
la carrera se lleva.
—¡Es Juan Pérez!—gritan unos.
El gallero de la Ceiba!—
aman otros, y sonando
Pérez de lengua en lengua.
caminóse gallardo,
soltando entrambas riendas,
intrépido jinete
arroja de un salto en tierra.
a la valla, saluda,
el pueblo lo victorea
rque es el mozo más rico
e hay de San Diego a la Ceiba.
Juan Pérez!—exclama absorta
verlo la concurrencia,
rmando un estruendo ronco
e al turbado mar semeja,
ando con sordos bramidos
ota nuestras riberas.
enóse la algazara
con varonil presencia
mpe la turba apiñada
n Pérez con faz serena.

—Aquí está el gallo, es valiente,
Y con cien onzas se juega,
Sin medir los espolones,
Ni sujetarlo a la pesa.—
Dice; y lo arroja orgulloso
Con tan vigorosa diestra,
Que al caer abre las alas
Y ufano se gallardea.
Era el bizarro animal
De la raza de las sierras:
Agil, intrépido, osado,
Largo pico, pluma negra.
Cuello erguido, corvas uñas,
Descarnada la cabeza;
Clava los ardientes ojos,
Escarba y pica la tierra,
Sacude el cuerpo, y cantando
Con fiero ademán pasea.

—Acepto el reto: cien voces
Se oyen a un tiempo y resuenan,
Porque se admiran del gallo
El brío y la gentileza:
Un contrario le preparan
Vencedor en diez peleas.
Mas de improviso el gentío
Rompe el gallardo Juan Mena,
Mozo apuesto y agraciado,
Dueño de sitios y vegas,
Avecindado en las Mangas,
Gallero por excelencia;
Aunque mal escaso de años,
En la valla se presenta.
—Cien onzas más, camarada,
Doy a mi gallo, y lo suelta.
Era el animal la flor
De los gallos de Cepeda:
Talisayo, de alta estampa,
Ancha cola, aguda espuela;

Lo amarillo de las plumas
Que con las negras se mezclan,
Forma bellos tornasoles
Que deslumbran y reflejan.
Pero calmóse el bullicio,
La valla en silencio queda:
Ni un acento, ni un murmullo
Turba un instante la escena,
Y el temor y la esperanza
Tiene la gente suspensa.
Dada la señal, furiosos
Se arrojan a la pelea
Los dos terribles rivales,
Combatiendo con fiereza,
Como se lanzan dos tigres
Al encontrarse en las selvas
Despedazándose audaces
Con dobles garras sangrientas;
Los sañudos adversarios
Vuelven y luchan, se empeñan:
Los miembros ensangrentados,
Las plumas al aire vuelan.
Al parecer se fatigan
Y abandonan la palestra.
Pero encendidos de nuevo
En la rabia que los ciega,
Se embisten y se entrelazan,
Pico a pico, espuela a espuela.
El prieto se vuelve atrás,
El talisayo se acerca,
Cuando de un vuelo el de Pérez
Salta y estrecha al de Mena:



ávale el pico, y de un golpe
l corazón le atraviesa.
erido el gallo, vacila,
ira, y las alas sangrientas
bre, y recoge inclinado
n el suelo la cabeza.
ero se encarniza el prieto,
bbre el cadáver pasea,
o pica, escarba y sacude,
aunque herido, canta y vuela.
yese un sordo rumor,
agita la concurrencia:
no corre, otro maldice,
quel jugador reniega;
nos cobran, otros pagan,
ste con gritos atruena,
Formando el estruendo ronco
Del huracán en las selvas.
Envanecióse Juan Pérez
Y al regocijo se entrega;
Y entre los vivas y aplausos
Que hasta en los montes resuenan,
Al ver que sacan su gallo
Victorioso en la pelea,
Monta de un salto su potro,
Y lanzado en la carrera
Por las escabrosas calles
De las Mangas atraviesa
Y al tender la obscura noche
El manto de sombras negras,
Con el gallo vencedor
Entra triunfante en la Ceiba.





Descanso y cena de los peones

(Marta Brunet, chilena)

En distintas direcciones partieron los hombres. Quedó sol el administrador mirando con ojos torvos la máquina inservi ble. Una fila de carretas emparvadoras lo sacó de su abstrac ción. Avanzaban lentas, balanceando el alto rombo de gavillas Sentado sobre ellas el emparvador dirigía la junta con grito guturales. Un quiltro de raza indefinible seguía el convoy era un perrillo joven con cierta gracia ingenua en los movi mientos y una luz de alegría en los ojillos redondos. Dando salto que torcían de lado su cuarto trasero llegóse al administrado olfateándole los zapatos. Con un formidable puntapié lo envi el hombre lejos, dolorido y aullando. Largo rato aún, entre lo tumbos de las carretas y las voces de los emparvadores, s oyó el llorar del perro que se alejaba cojeando.

Una bandada de cachañas se posó en un roble.

¡Aquí! ¡Aquí!—gritaban, contestándole otra bandada desde ıonte.

—¡Sí! ¡Sí!

—¡Allí! ¡Allí!—Y ya todas unidas bajaron a tierra en busca ›s granitos de trigo que tras ellas dejaran las carretas.

Oleaba el trigal rumoroso y sobre su oro dos mariposas úrpura se perseguían flameantes.

Por ser noche de luna pudo trabajarse hasta las nueve; a ıora tocó descanso él y los peones se alejaron en grupos ca- de la rancha. Iban silenciosos y de prisa, impelidos por el ›re que arañaba sus estómagos. Nueve horas de rudo tra- habían desgastado sus energías y necesitaban reponerlas alimento y reposo.

El camino polvoriento, blanco de luna, tenía a cada lado una ›ra de palos, troncos de árboles enterrados uno junto a



otro, grises, negros, estríados. Dejando atrás el trigal, baja dos quebradas, atravesando dos veces el Quillén, que se comp ce en serpentear por los potreros entrebolados. Los grupos árboles formaban macizos obscuros sobre la alfombra mu y bien oliente, y en el perfil de las lomas, los robles, maitene raulíes tomaban aspectos fantásticos de animales prehistóric enormes y aterrorizantes.

En la paz de la noche el reclamo de un toro en el mo se enroscaba frenético y obstinado al silencio. Una fogata enc dió su haz de llamas en la lejanía; porque allí había algo remedaba grotescamente el hogar, los hombres apresura el paso. Una última repechada y llegaban.

—Linda l'hora e llegar—regañó una voz de vieja en tranqueros—Güenazas estarán las pancutras.

—No rezongue tanto, veterana. Con l'hambre que traín un diaulo asao que nos dé encontramos rico—contestó ale mente Chano Almendras.



La vieja alta y magra se hizo a un lado. A la luz de la luna el fondo rojo de la hoguera, parecía una bruja camino del larre. Otra figura femenina, juvenil y agraciada, se des- en la puerta de la sórdida casucha.

—Abreviar, niños, que las pancutras estarán como engrudo clamó con una voz áspera y desafinada que azotaba los ios.

—Ya estamos listos. Güenas noches, Catita—contestaron hombres. . . . .

. . . .





UN MALÓN EN LA PAMPA

(Hugo Wast (Martínez Zuviría) argentino)

Para un gaucho de la pampa y para un indio, el vuelo un pájaro, la agitación de una hierba, el movimiento de orejas de un caballo, el grito de una lechuza, tiene un sent profundo, que puede escapar a la observación de los otros ho bres, pero no de ellos, cuya existencia pende a menudo de la terpretación que les dan.

En la formidable quietud de la pampa no podía esca a las penetrantes miradas del avezado criollo una tropa de av truces que pasó muy lejos, casi sobre el filo del horizonte, niendo del Este, el mismo rumbo de donde viniera la tropa perros salvajes, cuyo hedor sentíase aún en el aire purísi pero cuya miserable figura había desaparecido enteramente

Amancio fué a anunciarle que estaba encendido el fu y él volvió a internarse entre los juncos para asar el sabr charqui. Pero estaba intranquilo y no cesaba de observar movimientos de los tres caballos, que pacían los pastos madu sujetos a un lazo. De pronto vió que el colorado de narices tidas erguía la inteligente cabeza, asestaba las orejas haci Este y lanzaba un prolongado relincho.

El fuego encendido por el esclavo había empezado a mear alegremente. Chaparro acudió al montón de leña y en

tones lo desparramó, y, cogiendo unas ramas prendidas ıé a sumergirlas en el agua de la laguna.

Altolaguirre y el negro se quedaron mirándolo estupefac-

—¿Qué ocurre, señor sargento?

—¡Los indios, señor don Santiago! ¡Vienen los indios!— ndió Chaparro, envolviendo con su poncho la cabeza de ballo. Si su merced y ese negro hacen otro tanto, impedi- s que estos animales se pongan a relinchar al ventear a tros caballos.

Sin más explicaciones, Altolaguirre y Amancio despojá- de sus respectivos ponchos y repitieron la maniobra de arro, y en seguida los tres, arrastrándose como iguanas, ron la cortina de juncos y fueron a espiar el horizonte.

La llanura se animaba con una vida transitoria e inquie- . Volaban patos y chorlitos espantados por el pasaje tu- ıoso del malón a la vera de sus bañados.

Gamas y avestruces cruzaban como refucilos, chafando la a: una tropilla de vacas, agitando las colas llenas de abro- pasó también, escapada a la persecución o arreada hacia olderías, y un estruendo sordo y lejano cubría el zureo oso de las palomas entre las espadañas.

Muy lejos, hacia el Este, el aire cristalino aparecía man- por una nube de polvo.

—¡Allá vienen!—exclamó Chaparro en voz baja, cual si ue todavía estaban a una legua pudieran oírle. ¡Líbrenos señor don Santiago, de que vean menearse siquiera las que nos rodean!

Aplicando el oído contra el suelo, percibían la vibración ıcida por aquel escuadrón de jinetes lanzados a la carrera, ballos veloces como el pampero. La nube de polvo iba dándose y los ámbitos de la pampa se llenaban del tu-).

Hubiera sido inútil intentar huir y más inútil pensar en derse; rodeados por doscientos o trescientos salvajes ar- s con boleadoras infalibles, no habrían tardado en caer neros o en ser lanceados por la espalda.

La única probabilidad de salvación estaba en permanecer

ocultos en el juncal, con la esperanza de que pasaran lejos y
ojo de águila del cacique no advirtiera nada sospechoso en
vuelo de las aves que revoloteaban sobre la laguna, ni relincl
ran los caballos, ni se le ocurriera a ningún indio abrevar
suyos en aquel lugar. Porque, en tal caso, no había más que
comendarse a Dios y defender la vida hasta morir, lo que
tardaría media hora en suceder.

—¡Van a pasar de largo! ¡Loado sea Dios!—exclamó Al
laguirre señalando la dirección en que marchaba el primero
los indios, quien iba adelante de los demás, en un caballo neg
el único de ese color en toda la tropa y también el único ensilla
con montura chapeada y riendas con virolas de plata.

—¡Es el cacique!—susurró Chaparro, pegándose a la tier

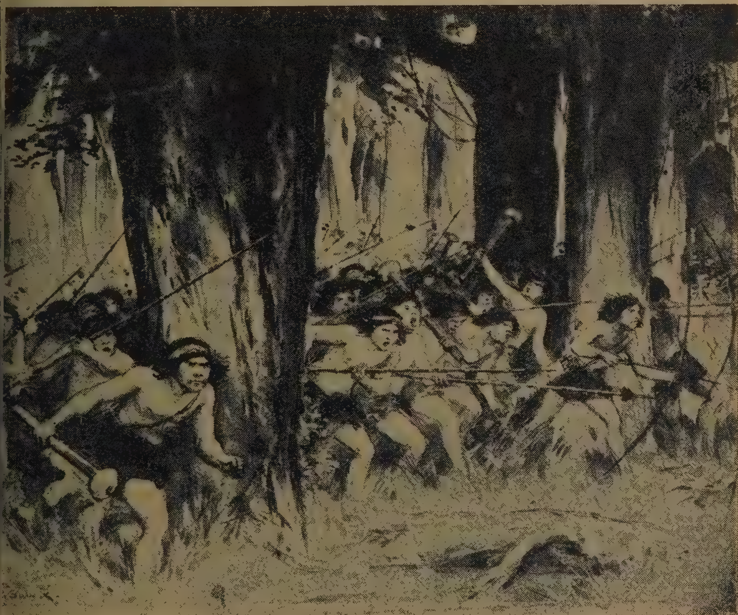
Si hay en el vasto cuadro de la naturaleza y de la vida



pectáculo que hace enmudecer de asombro y de admiración, ›r su hermosura sobrehumana, y a la vez horripila el corazón ›r las sangrientas y bárbaras imágenes que sugiere, es la visión los indios cabalgando libremente en la pampa, en sus caballos comparables.

Pasaron como un alud. Salvo el cacique, que llevaba sobre s hombros un poncho de listas verdes y rojas, y montaba un rico apero, despojo de algún cristiano robado y asesinado, s demás iban desnudos y sobre un simple cuero de oveja, sin tribos, y muchos en pelo, con una arrogancia y seguridad nunca stas, ululando para enardecer a sus caballos y blandiendo sus rgas lanzas, adornadas con colas de buey teñidas de grana cogidas por la mitad del asta.

Todos llevaban un caballo de repuesto, que cabestreaba



a la par de su dueño, y sobre el cual saltaban en plena carre no bien sentían que el que montaban empezaba a cansar Para ellos la vida o la muerte dependía del vigor de sus cab gaduras.

De improviso Altolaguirre hizo un gesto, que el sargen reprobó con una imperiosa mirada:

¡Mater Christi! no se menee, que esos bandidos tienen o de halcones!

—¡Mire! ¿No llevan mujeres prisioneras?

—¡Sí, sí!, pero no se mueva!

La horda de los salvajes cruzaba ya por delante de ellos, alguna distancia, envuelta en una tenue nube de polvo, pe bañada por el sol, lo cual permitía no perder un detalle del cu dro.

Sacudíanse sus lacias y renegridas cabelleras, sueltas a espalda y recortadas en cuatro sobre las estrechas frent relampagueaban entre los negros labios los dientes fortísim y blancos, habituados a devorar carne de yegua cruda o ape sollamada en la hoguera; relumbraban sus cuerpos desnud color de cobre, untados con hedionda grasa de avestruz y ñidos por dos o tres pares de boleadores, y tintineaban las trellas de plata araucana de sus grandes espuelas atadas c guascas a los pies descalzos.

Pero lo que más espanto produjo en quienes contemplab la escena fué divisar a algunos jinetes que llevaban como t feos de su reciente correría unas indefensas y despavoridas m chachas, cuyos cuerpos colgaban cadavéricos e inertes, sosteni en la cruz del caballo por el brazo obscuro de su nuevo señor

—¡Desventuradas! ¡Cuatro son!—dijo Altolaguirre.

—¡Cinco, seis!—rectificó Chaparro.—¡Pobrecitas! No v verán nunca más a ver a sus padres, a sus hermanos, a sus vios! Nunca más a tierra cristiana!

Pasó el siniestro huracán. Su rastro podía seguirse en hierba trillada, como se sigue a un navío por su estela en el m Perdiéronse de vista primeramente los caballos, como si fuer enterrándose en la llanura. Sólo se divisaban ya los cuer cobrizos, el poncho listado del cacique, los vestidos abigar dos de las cautivas y las negras cabelleras sacudidas sobre

nbros. Y a medida que se alejaban fuéronse sumergiendo en ondas amarillas de aquel mar inmóvil, hasta no quedar visis más que las puntas refulgentes de las lanzas, con sus ador-.

Un instante más y todo se borró. Ni caballos, ni jinetes, lanzas, ni siquiera el eco del tropel, que se desvaneció en el e adelgazado de la tarde: solamente una nube de polvo susdida en el horizonte como una cortina delante de la chapa oro, detrás de la cual había entrado el sol.

Reinó de nuevo la infinita paz sobre la inmensa pampa obsecida y en el cielo pálido se encendieron algunas frías estres.

Un silencio majestuoso y terrible hacía enmudecer a los s hombres, que ensillaron sus caballos, casi a tientas, entre sombras del juncal, montaron callados y partieron hacia el e.





NARRACIONES POETICAS

ASUNTOS RELIGIOSOS

LA NARRACIÓN, *según ya indicamos, expone* ACCIONES HUMANAS, *esto es, acontecimientos en que, no sólo intervienen seres humanos, como en las escenas, sino en que el resorte de todo y lo que expresamente intenta el escritor es la misma* VIDA HUMANA, *causa o efecto de todos los hechos o efectos que se exponen. Fácil es de ver que la narración incluye ordinariamente una o varias descripciones, pues para poner de relieve un hecho es preciso dar o conocer las cosas y personas que en él toman parte.*

LA NARRACIÓN POÉTICA *no incluye propiamente los hechos reales, que se narran en la historia, sino los imaginarios, o a lo más los de fondo histórico, transformados por la imaginación.*

Esta clase de narración pertenece al género poético llamado ÉPICO *(del griego* EPOS, *narración): las que van a continuación pertenecen en su mayoría a la literatura o sub-género novelesco, que comprende el* CUENTO, *narración popular o familiar, la* LEYENDA *o narración tradicional generalmente fantástica, y la* NOVELA, *extensa narración en prosa de un conflicto de la vida humana que encierra a menudo un minucioso cuadro de costumbres.*



El caballero de Emaús

(Guillermo Valencia, colombiano)

Y aconteció que al inclinar el día
aminaban los dos tímidamente
ıcia la polvorosa lejanía
e Emaús, que en el límite surgía
omo un dado de piedra reluciente.
evocaban con dejo compasivo
el Buen Maestro la final escena:
ı dolor, su desmayo fugitivo,
el anuncio que el Hijo de Dios vivo
izo al grupo feliz de Magdalena.
he aquí que por el árido sendero
ibito se acercó, sin ser oído
e los dos, un extraño compañero;
era el mismo Jesús, como un viajero
que cruzase país desconocido.
Y díjoles: «¡Qué pláticas son estas
que entre vosotros concertáis andan-
[do
y estáis tristes?»

«¡Tú sólo de las fiestas
—dice Cleofás—retornas ignorando
el prodigio de cosas manifiestas?
¡mal peregrino!» Y el Señor responde:
«¡Qué cosas?» Y ellos: «Pues del Na-
[zareno
cuya gloria sin par ya nada esconde,
de Jesús el Rabino y el Profeta,

grande entre todos y entre todos
[bueno.
Del mismo que llevaron al suplicio
los príncipes del templo y fariseos
y recibió condenación de muerte;
que en nosotros prendía los deseos
de ir tras su huella; del caudillo
[fuerte,
del Salvador del pueblo. Mas ahora
todo acabó y es el tercero día
del suceso.

También unas mujeres
nos dejaron angustia aterradora
al relatar que del sepulcro había
desparecido el cuerpo, y sobre el
[canto
vieron visiones de ángeles, ceñidos
en túnicas de pliegues luminosos,
que les trocaron en placer el llanto
diciéndoles que vive.

Presurosos
al oírlas, los nuestros a porfía
arrancaron, y Juan llegó primero
y sólo halló la cavidad vacía,
¡pero no vieron al Señor!

Severo
les dijo entonces El: «Oh raza impía,
tarda de corazón, a la fe dura.
¡Ignoráis el profético relato
para Israel y su triunfal historia?
¿Cómo se cumpliría el gran mandato
en Cristo, sin la Cruz y sin la Gloria?
Y, cual leyendo en historiado muro,
expuso ante sus almas asombradas
el libro divinal de infracto sello:
desde Moisés, en el pasado oscu
hasta el hombre de pieles de camel

Y fué puntualizando en el Mesí
en Sí mismo, el anuncio milena
que cifraban las arduas profecí
y les mostró, por fin, sobre el Calv
[ri
al Varón de Dolores de Isaías...
Y entre el blando coloquio sin te
[tig
—extintas ya las ráfagas postreras—
bajo el murmurio de los cabrahig
y el moroso vaivén de las palmer
llegaron a Emaús los tres amig
Y El hizo amagos de seguir.

Con viva
inquietud le detienen, y a su fren
le hace sentar la humilde comitiv
parte el pan—la mirada pensativa—
y ellos le reconocen de repente.
Y ante sus ojos, de pavor turbad
Jesús despareció mientras decía
«¿No nos estremecimos inflamad
cuando al venir, sus labios inspirad
los misterios recónditos abrían

Y esos que en el coloquio vespe
[ti
en su ruda ignorancia montañe
no advirtieron el hálito divino,
lo hallaron en el aire peregrino
con que partiera el pan sobre la mes
¡Oh pulcritud! ¡Oh sello sobera
que un ademán efímero eterniza
¡Oh distinción que al mísero gusa
alas vistes! ¡Oh signo sobrehuman
tú la divinidad exteriorizas!

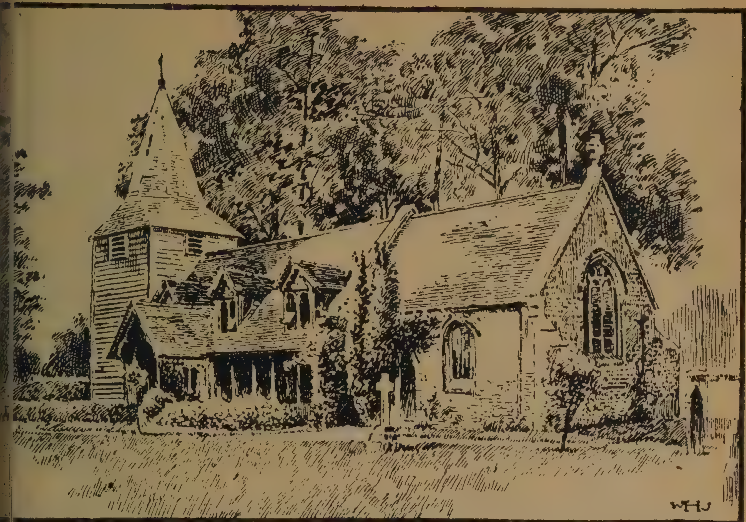


Nuestra Señora del Buen Consejo

(P. Lucio A. Lapalma S. J., argentino)

Sobre un cojín de velludo
...mbrado de leones y águilas,
...ué bello que está de hinojos
... jovencito Gonzaga!
...ntas las manos al pecho
... inmóvil como una estatua,
...s ojos fijos en alto
... hecho su rostro una brasa,
...ate la imagen bendita
...e aquella Virgen sin mancha
que hoy por su más rica joya
guarda la Corte de España,
parece un ángel del cielo,
que entre arreboles de nácar,
por festejar a su Reina,
bajara al rayar del alba.
¡Oh, si lo viera Murillo
cuando sus lienzos pintaba!
Sin duda inspirado, en ellos
sus facciones trasladara,

y hoy tuviéramos su imagen
de la Concepción sagrada,
en vez de angelitos rubios,
circundada de Gonzagas.
El bozo que le sombrea,
los frescos labios de grana,
revela que ya tres lustros
corrió de su edad dorada;
y el trajecito de seda
con pasamanos de plata,
la botonadura de oro
y la guarnecida espada,
entre los nobles meninos
del Príncipe, le señalan
por el de más clara sangre
y más ilustre prosapia.
Orando está, pues sus labios
suavemente se desatan
como el botón de la rosa
cuando le besan las auras.
Llegó de su Reina al trono
del serafín la plegaria,
que la plegaria de un ángel
muy rauda bate sus alas,
y de su imagen moviendo
los labios como si hablara
a sus oídos envía
estas sensibles palabras:
«Gonzaga de mis delicias,
blanco de mi amor, Gonzaga,
el de angélicas costumbres,
el de pureza sin tacha;
tú para el cielo naciste,
que la tierra no es tu patria,
huye del mundo falaz,
huye de sus pompas vanas;
Gonzaga de mis amores,
flor de mi jardín, Gonzaga,
que con desvelo exquisito
todo mi cariño guarda;
yo tengo un invernadero
para mis flores mimadas,
porque los hielos no agosten
su fresca pompa y sus galas.
Mi Jesús le dió su nombre,
su Compañía se llama:
yo en Manresa le fundé
y es Ignacio quién le guarda.
Allí no llegan del mundo
los envenenados miasmas,
ni el sol con su ardiente rayo
los tiernos capullos aja.
Allí crecen las virtudes
bajo el manto cobijadas
de la humildad, cual violetas
ocultas entre la grama.
Allí, en fin, soplan más puras
del Paraíso las auras,
que por formarle, del cielo
yo un pedacito cortara.»
Con tan regaladas voces
quedó extático Gonzaga,
en vivas ansias suspenso,
como el querube en sus alas,
y desde entoncees la imagen
bendita que así le hablara,
con razón Nuestra Señora
del Buen Consejo se llama.



IMELDA

(Benjamín Fernández y Medina, uruguayo)

Valdipietra, Valdipietra,
nombre debe ser otro,
mate valle del cielo,
lle del amor hermoso,
sde que la dulce Imelda
iso en ti poner sus ojos.

—«Madre, una niña ha llamado,
gelical es su rostro,
al si fuese mensajera
nuestro divino Esposo».
Abren las puertas del claustro
monjas con alborozo,
y ven entrar a la niña,
que ante la madre, de hinojos
cayendo, así la requiere
con acento candoroso:

—«Madre, yo quiero ser monja:
¿queréis recibir mis votos?»
—«Niña, es santo tu deseo,
pero tus años son pocos;
quédate a esperar el día
de tus anhelos devotos,
el convento te recibe
como una prenda de gozo».

Vive Imelda entre las monjas
y con ella los coloquios
llenos de gracia se elevan
siempre al cielo y al Esposo.

Cuando los pájaros cantan
entre la fronda sus gozos,
Imelda suspira y dice:
«El canto del cielo es otro».
Cuando las flores que esmaltan
el huerto, sus deliciosos
olores exhalan, dice:
«Mi perfume amado es otro!»
De noche a los astros vuelve
los dulces hermosos ojos,
y sus ansias les revela:

«Astros puros, luminosos,
que acaso veis en el cielo
al Esposo que yo adoro,
dadme vuestra luz, que vea
lo mismo que veis nosotros».

Mientras comulgan las monjas
dice Imelda entre sollozos:
—«Madre, me mata el deseo,
dadme a Jesús, os lo imploro».
—«Amalo, niña, y espera,
Que aún tus años son pocos».
—«Mi corazón es inmenso
(replica Imelda); yo adoro
a Jesús, soy toda de él,
como él es para mí todo».
En vano implora a la madre
y en vano sus ardorosos
ruegos dirige a las monjas
y a los Angeles custodios.
Se vuelve a Jesús entonces
y le dice: —«Dulce Esposo,
¿te negarás al amor
con que anhelosa te invoco?...
¡Oh, sin igual maravilla,
que no es para humanos ojos!
Vuela en un nimbo esplendente
la hostia cual sol radioso,
y se detiene ante Imelda,
mientras las monjas en torno
se postran reconociendo
de Dios el designio noto.
Imelda recibe al fin
la visita del Esposo;
ya no podrán separarse,
ya son el uno del otro;
Imelda le da su vida,
Jesús el cielo dichoso.

Del rosal dominicano
es primaveral pimpollo,
Imelda, la dulce Imelda,
a quien quieren ver mis ojos
cuando se abran a la luz
en el huerto deleitoso.



(Beyaert)

EL SECRETO DE CONFESIÓN

(Ricardo Palma, peruano)

Atardecía el 29 de Septiembre, víspera del solemne día consagrado a la ...n de Mercedes, cuando tuvo el brigadier denuncia de que, a las nueve ... noche, estallaría una revolución en forma, encabezada por el comandante Montero, el más prestigioso de los tenientes de Rodil. Los hombres ...ás confianza para éste figuraban entre los comprometidos.

Rodil, sin pérdida de minuto, procedió a apresarlos; pero, por más es...os y ardides que empleara, no consiguió arrancarles la menor revela... Negaron obstinadamente la existencia del complot revolucionario. ...nces el brigadier, para ahorrarse quebraderos de cabeza, resolvió fu... a todos, justos y pecadores, a las nueve de la noche; precisamente a la

hora misma en que se habían propuesto los conjurados amarrarlo o apos tarle cuatro onzas de plomo entre pecho y espalda.

—Padre Vicario, dijo Rodil, son las seis, y en tres horas me confiesa paternidad a estos insurgentes.

Y salió de la Casa-mata.

A las nueve, los trece sentenciados estaban ante la presencia de D

Algunos de los trece fusilados dejaban esposa, madre o hermana e castillo. Rodil las hizo subir a los baluartes o muros, y por medio de c das las descolgó a los fosos para que se encaminasen al campamento patr de Bellavista con la noticia de la manera, tan feroz como expeditiva, que él sabía desbaratar revoluciones.

Y, en efecto: tan terrorífica impresión produjo entre los suyos este de neroniana ejemplarización militar, que nadie, en los cuatro meses duró el sitio, volvió a pensar en conspirar para deshacerse del tigre.

Pero, a pesar del severísimo castigo, Rodil no las tenía todas cons

—¿Quién sabe (decíase) si habré dejado con vida a otros tan com metidos o más que los fusilados? ¡No! Pues yo no me acuesto con el e pado adentro! El confesor ha de saber lo cierto, y con puntos y coma ¡Ea! que me llamen al Padre Vicario.

Y venido éste, encerróse con él Rodil, y le dijo:

—Padre, es seguro que, en la confesión, le han revelado a usted pícaros todos sus planes y los elementos con que contaban. Eso necesit también saber y, en nombre del Rey, exijo que me lo cuente usted sin omitir nombres ni detalles.

—Pues, mi general, usía me pide lo imposible, que yo no sacrifi la salvación de mi alma revelando el secreto del penitente, así me lo int ra el mismo Rey que Dios guarde.

La sangre se le agolpó a la cabeza al brigadier, y, abalanzándose s el sacerdote, lo sacudió de un brazo gritándole:

—¡Fraile! O me lo cuentas todo o te fusilo.

El Padre Marieluz, con serenidad verdaderamente evangélica, le testó:

—Si Dios ha dispuesto mi martirio, hágase su santa voluntad. N puede decir a usía el ministro del altar.

—¿No hablarás, fraile, traidor a tu Rey, a tu bandera y a tu jef perior?

—Soy tan leal como usía a mi soberano y al pabellón de Castilla; usía me exige que sea traidor a Dios. . . y me está prohibido obedecerle.

Rodil, despechado, corrió el cerrojo, y gritó:
—¡Hola! Capitán Iturralde...! Aquí cuatro «budingas» con bala en

Y los «budingas», que así denominaban a los rezagos de los ya casi ex-
dos «talaverinos», se presentaron inmediatamente.
En la habitación, donde tan terrible escena pasaba, había varios cajones
s y, entre ellos uno que medía dos varas.
—¡De rodillas, fraile!, rugió, más que dijo, la fiera del castillo.
Y el sacerdote, como si presintiera que el cajón le estaba deparado
ataúd, cayó de hinojos junto a él.
—¡Preparen! ¡Apunten!—mandó Rodil, y, volviéndose a la víctima,
con voz imponente:
—Por última vez, en nombre del Rey le intimo que declare.
—En nombre de Dios me niego a declarar—contestó el crucífero con
o débil, pero reposado.
—¡Fuego!!!
Y fray Pedro Marieluz, noble mártir de la religión y del deber, cayó
zado el pecho por las balas.





EL INCENDIO DE LA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA (EN SANTIAGO DE CHILE)

(Joaquín Díaz Garcés, chileno)

Cada año, cuando el 8 de Diciembre termina en los hog chilenos el mes de María y se retiran del improvisado altar nardos marchitos, surge como evocado por la magia de la ma plegaria y por el aroma de los cirios recién apagados, el cuerdo de aquella tragedia de que fueron testigos presenci nuestros padres y lacrimosas oyentes, nuestras madres.

. . . .

Teníamos una amiga que nos llevaba algunos años, lo alejaba todo interés matrimonial de nuestra amistad: ella t ochenta años cumplidos y nosotros ocho sin cumplir. Sin bargo, congeniábamos de tal manera con la viejecita, que ocupaba muy a menudo en la lectura de un libro de m taciones, llamado «Verdades eternas».

. . . .

El mobiliario de la sala en que tenían lugar las lect y meditaciones y también donde engullíamos las guindas almíbar o la olorosa mistela de apio, era escaso pero propi

llí se nos contó por primera vez lo que fué el incendio de mpañía, y por cierto que no olvidamos un detalle.

Esa noche nos costó mucho juntar los párpados y dormir, e nuestra amiga se había encontrado en el incendio y lo ba todo con un colorido que ponía los pelos de punta.

—¿Sabes por qué siento yo estos dolores reumáticos?— reguntó un día.

Nos guardamos muy bien de responder que por la edad.

—Bueno, yo te lo voy a contar.

Terminaba el mes de María y se había anunciado que la a noche la iglesia iba a arder en luces.

Quién hubiera pensado que iba a arder en llamas!

Yo estaba sola, porque se había ido todo el mundo a la añía, y me había puesto a cebar mi mate.

De repente siento el repique con que entraba la función entraron unas ganas de ir yo también...

Cómo estaría de linda la Virgen con su media luna de luces, res blancas y los miles de velas a los lados! No pude más, use el manto, tomé mi alfombra y salí a escape.

Cuando entré, la iglesia era un horno. Hacía un calor insoble y las mujeres se abanicaban con el manto... En el estaba el altar; pero ¡qué altar, niño!

Era aquello un pedazo de cielo, un sueño, una gloria. Mi de luces se movían con el viento sobre un enorme jardín res blancas, rosas, azucenas, claveles, nardos. La Virgen a en el medio y parecía volar por sobre ese horno de llalas. Yo me hinqué y me puse a rezar una oración, encomenle a la Señora a mis hijos, a mi marido, a mis hermanas.

De repente un grito de mujer, pero un grito horrible me altar. Apenas pude ver el altar, de donde salían unas llamuy largas, pero muy largas, que casi llegaban al techo. ude mirar más porque la gente se había parado y corría; nbién me paré, pero se vinieron sobre mí y rodé con otras suelo.

Cuidado con mi vestido!—gritaba yo acordándome que a con mi basquiña de cachemira. Pero allí nadie oía, era amoreo, una gritería de demonios.

Yo tenía encima de mí diez o veinte mujeres; pero así y alcanzaba a ver el resplandor de las llamas.

De repente pude desprenderme y correr hasta un extr creyendo encontrar salida. Muchas rezaban a gritos, otra vez de correr se echaban al suelo llorando, otras se llam por sus nombres... ¡Dios mío, qué horror!

Yo llegué en el momento en que la torre se incendia comenzaban a caer vigas ardiendo; tuve miedo y me a de ese lado, cuando se sintió una campanada, una sola ca nada, y después un ruido terrible, seco, de fierro que se queb Era la campana de la Compañía que había caído a la ig aplastando a mucha gente... Mientras más quería huír, me empujaban hasta ese lado, y tuve que ver las piernas tadas al lado de la campana....

Después del incendio, cuando la levantaron encont a dos señoras que habían quedado dentro destrozadas, co ojos enormes y abiertos, casi vaciados de las cuencas...

En ese momento sentí que una voz me dijo de atrás: sia Tránsito»! Yo miré y ví una señora muy linda con la iluminada y sonriente con un vestido largo de seda azul llevaba de la mano un niñito.



(R.

Comprendí que era la Virgen, y le dije: «aquí estoy, pues, ›ra, por venir a verte en tu día.»

Ella entonces se acercó, y me tomó de un brazo y comenzó ıcarme. En la salida dejé la alfombra, el manto, parte del ido, una manga, los dos zapatos, y así hecha pedazos me ›ntré de repente en la calle por donde corrí como una loca.

Dos días me pasé rezando. Una de mis hermanas había dado en los escombros y no pudo saberse de ella. Cuando é calmar mi terror pude conciliar el sueño y dormir.

Una noche se me apareció la misma señora que había o en la Compañía y la cual había ya olvidado; pero ya no aba el niño, y su vestido era negro.

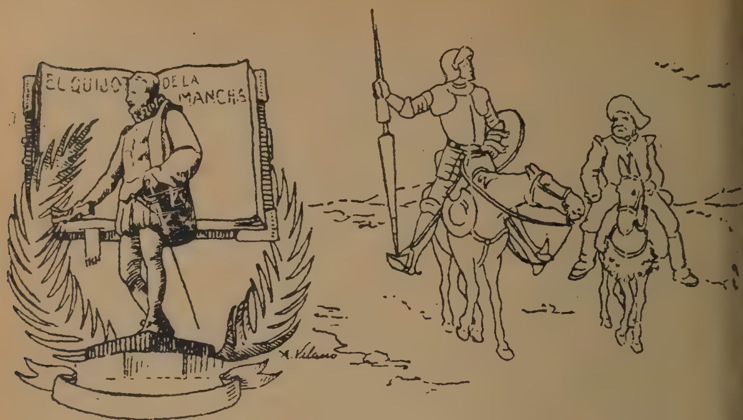
En la mañana amanecí con un dolor en la pierna, que me ı hasta el día de hoy».

Aquella noche no pudimos dormir pensando en esa campana ›jecida por el fuego, que tocó por última vez un fúnebre le a la agonía de tanta gente, y en los ojos redondos, enormes, io vaciados de las cuencas de las infelices mujeres que que- ›n bajo de ella.

Y no habríamos dormido en toda la noche, si no hubiera que mientras la señora Tránsito contaba su historia, noso- menudeábamos las copitas de mistela de apio. .



Monumento a la Inmaculada, erigido en el sitio de la iglesia de la Compañía



ASUNTOS MORALES Y POPULARES

De la condición y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha

(*Cervantes*)

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, ada antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que c nero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lent los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las partes de su hacienda. El resto de ella concluían sayo develarte, calzas velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los días de en semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los v te, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tom la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta añ era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madruga y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijad

sada, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se lla-
a Quijana. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la
ación dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que ese sobredicho hidalgo, los ratos que estaba
so (que eran los más del año) se daba a leer libros de caballerías con
a afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza,
n la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y
tino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para
prar libros de caballería que leer, y así llevó a su casa todos cuantos
haber dellos. En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que
pasaban las noches leyendo, de claro en claro, y los días de turbio en
io: y así del poco dormir y del mucho leer se secó el cerebro de ma-
que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que
en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, de-
s, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y
tóse de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella má-
a de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra
ria más cierta en el mundo...

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensa-
to que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveni-
y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de
epública, hacerse caballero andante, e irse por todo el mundo con sus
as y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que
bía leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo
ro de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándo-
cobrase eterno renombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado,
el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda: y así
estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en
sentía, se dió priesa a poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero
hizo fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que
adas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban pues-
y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo:
vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje,
morrión simple: mas a esto suplió su industria, porque de cartones
un modo de media celada, que encajada en el morrión, hacía una apa-
cia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía
r al riesgo de una cuchillada sacó su espada y le dió dos golpes, y con
rimero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no

dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y p asegurarse deste peligro la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barr de hierro por dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fort leza, y sin querer hacer nueva experiencia de ella, la diputó y túvola p celada finísima de encaje. Fué luego a ver su rocín, y aunque tenía m cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonela, le parec que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaba Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría; porq (según se decía él a sí mismo) no era razón que caballo de caballero t famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y así proc raba acomodársele de manera que declarase quién había sido antes que fu se de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto razón que mudando su señor estado, mudase el también el nombre, y cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nue ejercicio que ya profesaba: y así, después de muchos nombres que form borró, quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginació al fin le vino a llamar ROCINANTE, nombre a su parecer alto, sonoro y si nificativo de lo que había sido cuando fué rocín, antes de lo que ahora e que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre tan a su gusto, a su caballo, quiso ponérselo a sí mismo, y en ese pen miento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar DON QUIJO Pero acordándose que el valeroso Amadís no se había contentado con s llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y pat para hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como bu caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse DON QUIJOTE LA MANCHA, con que a su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patr y la honraba con tomar el sobrenombre della.



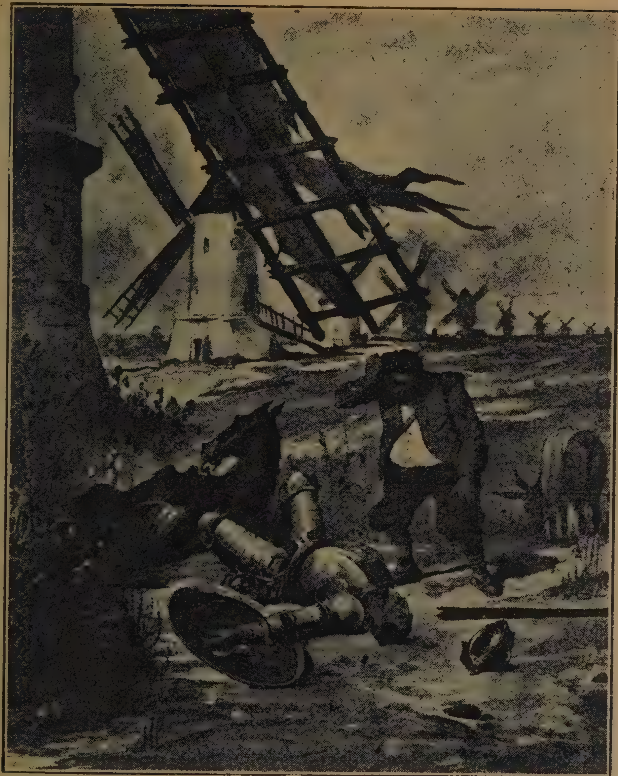


QUIJOTE.—AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO

(Cervantes)

En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en
uel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo a su escudero: La ventura
guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves
, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados
antes con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con
os despojos comenzaremos a enriquecer; que esta es buena guerra, y es

gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen, no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos aparecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo: Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle a todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza: cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo, al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando de la pasada aventura, siguieron el camino de Puerto Lápice, porque allí decía Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras.



Cuento del rebuzno

(Cervantes)

En un lugar que está a cuatro leguas y medio de esta venta, sucedió a un regidor de él le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles para hallarle, no fué posible. Quince días serian pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando, estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: «Dadme

albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido.—Yo os las mando buenas, compadre, respondió el otro, pero sepamos dónde ha parecido.—En el monte, respondió el hallador, le ví esta mañana sin albarda y sin apa rejo alguno, y tan flaco, que era una compasión miralle: quísele antecoge delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuan do llegué a él, se fué huyendo y se entró en lo más escondido del monte si queréis que volvamos los dos a buscarle, dejadme poner esta borrica e mi casa, que luego vuelvo.—Mucho placer me haréis, dijo el del jument e yo procuraré pagároslo en la mesma moneda». Con estas circunstanci todas y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aque llos que están enterados de la verdad de este caso. En resolución, los do regidores, a pie y mano a mano, se fueron al monte; y llegando al lugar sitio donde pensaron hallar al asno, no lo hallaron ni pareció por todos aque llos contornos, aunque más le buscaron. Viendo, pues, que no parecía, dij el regidor que le había visto, al otro: «Mirad, compadre: una traza me h venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubr este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, que no del mon te: y es, que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tant dad el hecho por concluído.—¿Algún tanto decís, compadre? dijo el otr por Dios que no dé la ventaja a nadie, ni aún a los mismos asnos.—Ahora l veremos, respondió el regidor segundo; porque tengo determinado que o vais por una parte del monte, yo por otra, de modo que le rodeemos y ande mos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podr ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte» A lo que respondió el dueño del jumento: «Digo, compadre, que la traza e excelente, y digna de vuestro ingenio; y dividiéndose los dos, según e acuerdo, sucedió que casi al mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado, con el rebuzno del otro, acudieron a buscarse, pensando qu ya el jumento había parecido, y en viéndose dijo el perdidoso:—¿Es posible compadre, que no fué mi asno el que rebuznó—No fué, sino yo, respondi el otro.—Ahora digo, dijo el dueño, que de vos a un asno, compadre, n hay alguna diferencia, en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida h visto ni oído cosa más propia.—Esas alabanzas y encarecimiento, respondi el de la traza, mejor os atañen y tocan a vos que a mí, compadre; que po el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor re buznador del mundo; porque el sonido que tenéis es alto; lo sostenido de l voz, a su tiempo y compás; los dejos, muchos y apresurados, y en resolu ción, yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera de es

habilidad.—Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa pues tengo alguna gracia: puesto que pensara que rebuznaba bien nunca entendí que llegaba al emo que decís.—También diré yo ahora, respondió el segundo, que hay s habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos no saben aprovecharse de ellas.—Las nuestras, respondió el dueño, si s en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden ir en otros; y aún en éstos, plegue a Dios que nos sean de provecho». dicho se tornaron a dividir y a sus rebuznos, y a cada paso se engaña- y volvían a juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para en- ler que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con , redoblando a cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que erdido jumento respondiese ni aún por señas. Mas, ¿cómo había de res- der el pobre y malogrado, si le hallaron en los más escondido del bosque, ido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño: «Ya me maravillaba yo de él no respondía; pues a no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, o uera asno; pero a trueque de haberos oído rebuznar con tanta gracia, padre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarlo, que le he hallado muerto.



El lazarillo de Tormes

(D. Diego Hurtado de Mendoza (?)

Lázaro se asienta con un ciego

Usaba el (ciego) poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos; muy de presto le asía y daba un par de besos callados, y tornábale a su lug mas duróme poco, que en los tragos conocía la falta; y por reservar su vi a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asic Mas no había piedra imán que trajese a sí el hierro, como yo el vino c una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha; la cu metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba a buenas noch Mas como fuese traidor tan astuto, pienso que me sintió: y dende en adela te mudó de propósito, y asentaba su jarro entre las piernas y tapábale c la mano, y así bebía seguro. Yo, como estaba hecho al vino, moría por él; viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acor en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamen con una muy delgada tortilla de cera taparlo; y al tiempo de comer, fingien haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en pobrecilla lumbre que teníamos; y al calor de ella, luego era derretida cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boc la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando pobrete iba a beber no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al di blo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser. No diréis, tío, que os bebo yo, decía, pues no le quitáis la mano. Tantas vueltas y tientos dió jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si lo hubiera sentido; y luego otro día, teniendo rezumando mi jarro como solí no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentí sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara pue ta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso lico Sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganz y con toda su fuerza alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarr le dejó caer sobre mi boca, y ayudándose, como digo, con todo su pode de manera que al pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, ante como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente le pareci que el cielo con todo lo que en él hay le había caído encima. Fué tal el golp

que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pe- de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella quise mal al mal ciego; y aunque me quería y regalaba y me curaba, vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas on los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose, decía: ¿Qué ece Lázaro? lo que te enfermó te sana y da salud, y otros donaires que gusto no lo eran. Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y car- es, considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de uise yo ahorrar de él; mas no lo hice tan presto, por hacerlo más a m y provecho.



Un cuento del Quijote

(Rogelio Sotela, costariqueño)

—«Dicen que rompía molinos de
[viento;
que era un gran gigante que hizo
[muchos daños;
que en caballo al cielo llegó en un
[momento...
¡Abuelita sabe! ¡Cuéntenos el cuento!
¡No iba a saberlo teniendo sus años!»

Las cabezas rubias de los niños
[eran
trigales de oro junto de la lumbre,
mientras la abuelita, para que dur-
[mieran,
contestaba aquello de que la inqui-
[rieran
con una sonrisa de honda manse-
[dumbre.

—«Era un Don Quijote leal y
[caballero,
de verdad un hombre, no un gigante
[extraño,
que siempre libraba todo desafuero,
que andaba la vida con un escudero,
sin otro pecado que su propio en-
[gaño.

Para defenderse de la villanía,
llevó escudo y lanza, armas de
[combate
que bien le sentaban para su hidal-
[guía;
mas fué tan osado con su bizarría,
que todos le hallaron loco de
[mat

—«Pero mire, abuela: cuentan q
[en el cuen
à caballo un día caminó en el vien
llevándose a un Sancho por las n
[bes, y e
en un Clavileño hecho de madera...

—«¡Ah, sí...! Fué una noche, q
[por su locu
jinetes subieron borrando sus h
[llas.
Sancho iba en el lomo, mano en
[cintu
y juntos llegaron, por fin, a la altı
donde cara a cara vieron las es
[l

Tan alto corrían, tanto camina
que los dos palpaban cosas infini
pasaron las nubes y las saludaro
más arriba fueron, y se desmonta
en donde pacían las Siete Cabri

Sancho, luego, hablaba de lo
[
en esa otra parte brillante y lej
la tierra, en lo alto, a él le par
grano de mostaza, y se percibía
cada hombre que andaba, *como*
avellana.

ó del caballo, fuése a las Ca-
[britas,
de improviso cabrero del
[cielo;
ıriciarlas se estaban queditas,
n «verdes, rojas, de mezcla»,
[bonitas,
más bonitas que las de este
[suelo,

go, hasta la tierra volvieron
[montados,
ıo os lo cuento, ellos lo con-
[taban.
ué lo raro que iban vendados,
se estuvieron quietos y sen-
[tados,
zarse un palmo de donde se
[hallaban.»

ıo se extrañaran, explicó la
[abuela:
da hombre, en la vida, tiene
[un Clavileño,
en aquello que ferviente an-
[hela;
e que tiene alas, de seguro
[vuela,
í ha de pasaros montando el
[Ensueño.»

Y, siendo el Ensueño cosa de
[madera,
entonces, abuelita, ¿por qué no lo
[encuentro?»
—«No habéis de inquirirme por qué
[yo dijera
que para ir a lo alto hay una Quimera,
pues todos llevamos un Quijote aden-
[tro.

¡Ah! Pero vosotros no tenéis idea
de la vida cierta de tantos Quijotes...
Estáis muy pequeños; mejor que así
[sea,
pues no habéis llorado a una Dul-
[cinea,
ni os habéis hallado con unos ga-
[leotes.»

Los niños, al lado de la abuela,
[hacían
un ingenuo esfuerzo por oír el cuento,
porque ya los ojos se les adormían,
y así, cabeceando, todos parecían
trigales de oro que moviera el viento.

Después, en la alcoba, con gentil
[empeño,
la abuela les daba todo su cariño,
y mientras velaba, vió que el más
[pequeño
estaba estrujando, febril en el sueño,
un viejo caballo que le trajo el Niño.



Los cazadores y la perrilla

(José Manuel Marroquín, colombiano)

Es flaca sobremanera
toda humana previsión,
pues en más de una ocasión
sale lo que no se espera.
Salió al campo una mañana
un experto cazador,
el más hábil y el mejor
alumno que tuvo Diana.
Seguíale gran cuadrilla
de ejercitados monteros,
de ojeadores, ballesteros
y de mozos de traílla.
Van todos apercibidos
de las armas necesarias,
y llevan de castas varias
perros diestros y atrevidos,
caballlos de noble raza,
cornetas de monte; en fin,
cuanto exige Moratín
en su poema *La Caza*.

Levantan pronto una pie
un jabalí corpulento,
que huye veloz, rabo a vien
y rompiendo la maleza.
Todos siguen con gran bu
tras la cerdosa alimaña,
pero ella se da tal maña
que a todos los aturrulla;
y aunque gastan todo el
en paradas, idas, vueltas,
y carreras y revueltas,
es vana tanta porfía.
Ahora que los lectores
han visto de qué manera
pudo burlarse la fiera
de los tales cazadores,
oigan lo que aconteció,
y aunque es suceso que adm
no piensen, no, que es mentir
que lo cuenta quien lo vió.

pie de uno de los cerros
batieron aquel día,
viejilla vivía,
oyó ladrar a los perros;
con gana de saber
ıé paraba la fiesta,
ubiendo la cuesta
del anochecer.
n ella iba una perrilla...
sin pasar adelante,
eciso que un instante
mos en describilla.
ra de canes decana
tre perras protoperra,
enida en su tierra
erra antediluviana.
co era el animalejo,
s flaco de los canes,
l rastro, eran los manes
n cuasi-semi-ex-gozquejo.
nosa era... digo mal,
a una perra sarnosa,
na sarna perrosa
figura de animal.
otrosí, derrengada;
rribaba un resuello;
puede decirse que aquello
no era perra ni era nada.
A ver, pues, la batahola
la vieja el cerro subía.
de la perra en compañía,
que era lo mismo que ir sola.
Por donde iba, hizo la suerte
que se hubiese el jabalí
escondido, por si así
se libraba de la muerte;
empero sintiendo luego
que por allí andaba gente,
tuvo por cosa prudente
tomar las de Villadiego.
La vieja entonces al ver
que escapaba por la loma,
¡sus! dijo por pura broma,
y la perra echó a correr.
Y aquella perra extenuada,
sombra de perra que fué,
de la cual se dijo que
no era perra ni era nada;
aquella perrilla, sí,
¡cosa es de volverse loco!
no pudo coger tampoco
al maldito jabalí.





El médico cazador

(Vital Aza)

Un doctor muy afamado
que jamás cazado había,
salió una vez invitado
a una alegre cacería.
Con cara muy lastimera
confesó el hombre ser lego,
diciendo: es la vez primera
que cojo una arma de fuego.
Como mi impericia noto,
me vais a tener en vilo.
Y dijo el dueño del coto:
—Doctor, esté usted tranquilo.
Guillermo el guarda estará
colocado junto a usté;
él es práctico y sabrá
indicarle...
—Así lo haré,
dijo el guarda.—Sí, señor,
no meterá usted la pata.
Verá usted, señor doctor,
los conejos que usted mata.
Siga en todo mi consejo,
¿que un conejo se presenta?
Pues yo digo: ¡«Ahí va el cone
¡Y usted tira y lo revienta!
—¡Bueno, bueno, siendo así!
—Nada, que no tema usté.
Quietecito junto a mí,
chitón, y yo avisaré.
Colocóse tembloroso
el buen doctor a la espera,
cuando un conejo precioso

ió de su gazapera.
—Ahí va un conejo, le grita
guarda. ¡No vacilar!
el doctor se precipita,
¡pum! disparó al azar.
Y es claro, como falló
z metros la puntería,
conejo se escapó,
n más vida que tenía.
El guarda puso mal gesto
rascóse la cabeza.
bo una pausa, y en esto
ó de pronto otra pieza.
—¡Ahí va una liebre, doctor!
Tire usted pronto, o se esconde!
¡pum! el pobre señor
paró... ¡Dios sabe a dónde!

Gastó en salvas, sin piedad,
lo menos diez tiros, ¡diez!
sin que por casualidad
acertara ni una vez.
Guillermo que no era un zote,
sino un guarda muy astuto,
dijo para su capote:
—Este doctor es muy bruto.
¡No le pongo como un trapo;
mas ya sé lo que he de hacer!
Y al ver pasar un gazapo
corriendo a todo correr:
—¡Doctor! exclamó Guillermo
con rabia mal reprimida:
¡Ahí va un enfermo; ¡Un enfermo!
y ¡pum! lo mató en seguida.

AHÍ ME LAS DEN TODAS

(Fernán Caballero)

Había una vez un tramposo que a todo el mundo debía y n pagaba a nadie. Uno de sus acreedores se fué a quejar al ez, el que mandó al deudor un alguacil con la intimación de e pagase al punto. El alguacil era muy grave y por respuesta la intimación recibió una bofetada. Volvióse al juzgado le dijo al juez. Señor, cuando voy a notificar algo de parte V. S. ¿a quién represento?—A mí, contestó el juez.—Pues ior, prosiguió el alguacil señalando su carrillo, a esta cara de S. han dado una bofetada.—*Ahí me las den todas*, repuso el ez.



DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS AL FIN DE CURSO

(P. Luis Coloma, S. J.)

Las dos torrecillas del colegio se levantaban agudas y airosas, como flechas disparadas contra el cielo, azul, sereno y radiante que suele cobijar a Madrid en los primeros días de junio. La verdura del jardín parecía una esmeralda caída en la arena, un oasis de bosquecillos de lilas que ya se marchitaban y de azucenas que comenzaban a abrirse, perdido en las áridas llanuras que por el lado del colegio rodean a la corte de España. El agua saltaba en las fuentes y corría por los pilones murmurando; oíanse alegres voces de niños en lo interior del edificio, gorjeos de ruiseñores y jilgueros en los árboles, y más allá, pasada la verja, ni niños, ni agua, ni flores, ni pájaros... Una llanura estéril, un pueblo de barracas y allá en el horizonte, lejos, lejos, Madrid, la corte de España, asomando sus cúpulas y sus torres entre esa neblina que pone más de relieve la limpidez de la atmósfera; esa especie de vaho que se levanta de las grandes capitales, semejante a las emanaciones de una hedionda charca.

Terminaba aquel día el curso, había tenido ya lugar la stribución de premios, y llegaba la hora de las despedidas. uzábanse por todas partes enhorabuenas y adioses, encargos recomendaciones, y padres, madres, niños y criados, revuels en confuso tropel, invadían todas las dependencias del cole-, rebosando esa satisfacción purísima del premio justamente anzado, del trabajo concluído, de la esperanza cierta de scanso; esa ruidosa alegría que despierta en el escolar de das edades, la mágica palabra: ¡*Vacaciones*!

El acto había estado brillantísimo: en el fondo del salón upaban un estrado ricamente dispuesto, los cien alumnos del legio, con sus uniformes azules y plata, agitados todos por la noción, buscando con los ojitos inquietos, arreboladas las melas y el corazón palpitante, entre la muchedumbre que llenaba local, al padre, a la madre, a los hermanos que habían de ser stigos y partícipes del triunfo. Coronaba el estrado un magfico cuadro de la Dolorosa, *Nuestra Señora del Recuerdo*, tular del colegio, y a su derecha presidía el acto el Cardenal zobispo de Toledo, bajo riquísimo dosel, y el Rector y prosores del colegio, sentados en torno. Llenaban el resto del innso salón los padres y madres de los niños, alternando la an señora con la modesta comercianta, el grande de España n el industrial acomodado, alegres todos, satisfechos, miránse entre sí y sonriendo amigos y desconocidos, como si el ntimiento de la paternidad igualmente herido acortase las stancias, estrechase las relaciones, despertando en todas las nas idéntica felicidad, la misma dicha, igual deseo de consirarse y abrazarse como hermanos.

La orquesta dió principio al acto, tocando magistralmente obertura de *Semíramis*. El Rector, anciano religioso, honra gloria de la orden a que pertenecía, pronunció después un breve scurso, que no pudo terminar. Al fijarse sus apagados ojos en uel montón de cabecitas rubias y negras, que atentamente miraban, apiñadas y expresivas como los angelitos de una oria de Murillo, comenzó a balbucear, y las lágrimas le corron la palabra.

—No lloro porque os vais, pudo decir al cabo. Lloro porque uchos no volverán nunca!...

La nube de cabecitas comenzó a agitarse negativament y un aplauso espontáneo y bullicioso brotó de aquellas doscie tas manitas, como una protesta cariñosa, que hizo sonreir anciano en medio de sus lágrimas.

El Secretario del colegio comenzó a leer entonces los no bres de los alumnos premiados; levantábanse éstos ruboros y aturdidos por el miedo a la exhibición y la embriaguez c triunfo; iban a recibir la medalla y el diploma de manos del A zobispo, entre los aplausos de los compañeros, los sones de música y los bravos del público, y volvían presurosos a s sitios, buscando con la vista en los ojos de sus padres y sus m dres, la mirada de inmenso cariño y orgullo legítimo, que e para ellos complemento del triunfo. Un niño pequeñito de ocl años, subió gateando las gradas del estrado, púsose de pun llas para divisar a su madre, vióla a lo lejos, y con la punta c diploma le envió un beso... Chicos y grandes aplaudieron c entusiasmo, los unos por ese instinto de ángel que hace compre der al niño lo que es santo y bello; los otros por esa tierna si patía que despierta en el corazón de todo padre o madre cuan tiende a revelar el puro amor de hijo...

El acto parecía ya terminado; el Arzobispo iba a dar bendición, y todo el mundo se levantaba para recibirla de r dillas... Un niño blanco y rubio, bello y candoroso como ángel de Fra Angélico, se adelantó entonces a la mitad del e trado; realzaba el encanto de su edad y su inocencia, ese *no qué* aristocrático y delicadamente fino, que atrae, subyuga hasta enternece en los niños de grandes casas, y su larga cab llera rubia, cortada por delante como la de un pajecillo del sig XV, le daba el aspecto de aquel príncipe Ricardo que pin Millais en su célebre cuadro *Los hijos de Eduardo*.

Detuviéronse todos a su vista, quedando cada cual en sitio, en el más profundo silencio. Volvió entonces el niño hac el cuadro de la Virgen sus grandes ojos azules, rebosando ca dor y pureza, y con vocecita de ángel comenzó a decir:

Dulcísimo recuerdo de mi vida,
Bendice a los que vamos a partir...
¡Oh Virgen del Recuerdo dolorida,

Recibiste tú mi adiós de despedida,
Y acuérdate de mí!...

¡Lejos de aquestos tutulares muros,
Los compañeros de mi edad feliz,
No serán a tu amor jamás perjuros:
Conservarán sus corazones puros;
Se acordarán de ti!

Un aplauso general salió del grupo de los niños, como un rito de entusiasta asentimiento. Los grandes no aplaudían; on el alma en los ojos y las lágrimas en éstos, escuchaban in-óviles. El niño se adelantó dos pasos, y llevándose las manitas l pecho, prosiguió lentamente:

Mas siento al alejarme una agonía
Cual no la suele el corazón sentir...
En palabras de niño ¿quién confía?
Temo... no sé qué temo, Madre mía,
Por ellos y por mí...



Nadie respiraba; las lágrimas, al caer, no hacían ruido. El niño volvió entonces al público los cándidos ojos, con esa mirada vaga de la inocencia, que parece investigar siempre algo ignorado, y prosiguió con tristeza que conmovía y sencillez que llegaba al alma:

Dicen que el mundo es un jardín ameno,
Y que áspides oculta ese jardín...
Que hay frutos dulces de mortal veneno,
Que el mar del mundo está de escollos lleno...
Y ¿por qué estará así?

Dicen que por el oro y los honores,
Hombres sin fe, de corazón ruin,
Secan el manantial de sus amores
Y a su Dios y a su patria son traidores...
¿Por qué serán así?

Dicen que de esta vida los abrojos
Quieren trocar en mundanal festín;
Que ellos, ellos motivan tus enojos,
Y que ese llanto de tus dulces ojos,
Los causan ellos, sí!

Algunas mujeres enrojecieron, porque por la boquita del niño parecía hablar la voz de muchas conciencias; varios hombres bajaron la cabeza, y una voz enérgica, pero alterada, repitió a lo lejos:—¡Sí! ¡Sí!—Era un anciano general, abuelo de un alumno del colegio. El niño parecía conmovido, como pueden estarlo los ángeles a la vista de las miserias humanas; movió tristemente la cabecita, cruzó las manos, y prosiguió con la expresión de un querubín que mira a la tierra:

Ellos ¡ingratos! de pesar te llenan...
¿Seré yo también sordo a tu gemir?
¡No!... Yo no quiero frutos que envenenan,
No quiero goces que a mi Madre apenan,
No quiero ser así!

En los escollos de esta mar bravía
Yo no quiero sin gloria sucumbir;
Yo no quiero que llores por mí un día,
No quiero que me llores, Madre mía...
¡No quiero ser así!

Y mientras yo responda a tu reclamo,
Mientras me juzgue con tu amor feliz,
Y ardiendo en este afecto en que me inflamo,
Te diga muchas veces que te amo,
¿Te olvidarás de mí?

¡Ah, no, dulce recuerdo de mi vida!
Siempre que luche en peligrosa lid,
Siempre que llore mi alma dolórida,
Al recordar mi adiós de despedida
¡Te acordarás de mí!...

Y en retorno de amor y fe sincera,
Jamás sin tu recuerdo he de vivir:
Tuya será mi lágrima postrera...
¡Hasta que muera, Madre, hasta que muera
Me acordaré de tí!

Tú en pago, Madre, cuando llegue el plazo
De alzar el vuelo al celestial confín,
Estrechándome a ti con dulce abrazo,
No me apartes jamás de tu regazo,
¡No me apartes de tí...!

Calló el niño, y no resonó un aplauso: sólo estalló un sollozo, n inmenso sollozo que pareció salir de mil pechos por una sola oca, arrastrando los encontrados afectos de amor, ternura, ergüenza, entusiasmo, piedad y arrepentimiento, que en aque-os corazones había despertado la cándida vocecita del niño... una señal del Rector, lanzáronse todos los que en el estrado staban en brazos de sus padres, estallando entonces una ver-adera tempestad de besos, gritos, abrazos, bendiciones, llantos

de alegría y gemidos de gozo. Sólo el niño que había declama los versos quedó solitario en su asiento, sin padre ni madre q le recibieran en sus brazos: la pobre criatura dirigió una lar mirada al dichoso grupo, y con sus premios en la mano sa lentamente por una ancha galería, en que comenzaban a amc tonar ya los criados los equipajes de los niños que se march ban. Había en un extremo un gran mundo con las inicial



. *L.* en la tapa, y sobre él se sentó el niño como esperando algo, on los premios al lado, la cabeza baja, y la gorrita en la mano, iste, silencioso, inmóvil. La alegre algazara del salón llegaba sus oídos y poco a poco fuese levantando su pechito, hinchóse garganta y rompió a llorar amargamente, en silencio sin llozos, sin suspiros, como lloran los que tienen en el corazón manantial de sus lágrimas. Los criados comenzaban ya a rgar los equipajes, y los grupos de padres y de niños se diri-an a la puerta con alegre barullo, sin que nadie reparase en niño solitario: a veces, un compañero le daba al pasar una lmada cariñosa, o un profesor que corría apresurado le en-aba una sonrisa, y el niño sonreía también sorbiéndose las grimas.

Una señora gorda, de aspecto bonachón, hallóse en aque-s apreturas al lado del niño, llevando de la mano a un chi-uillo gordiflón, que sólo había obtenido un premio de gim-sia. Notó éste las lágrimas de su compañero y tirando de las ldas a la señora, le dijo al oído.

—Mamá... mamá... Luján está llorando.

—¿Por qué lloras, hijo?—le preguntó la señora compade-da.—Si has declamado muy bien. ¿No has sacado premio?...

Púsose el niño muy encarnado y levantando la cabeza n infantil orgullo, contestó mostrando los que junto a sí te-a.

—Cinco... y dos *excelencias*...

—¡Digo!... ¿cinco premios y todavía lloras?

El niño no contestó; bajó la cabeza como avergonzado, de nuevo corrieron sus lágrimas.

—Pero ¿qué tienes, hijo?—insistió la señora.—¿Estás ma-?... ¿Por qué lloras?

Un inmenso desconsuelo que desgarraba el alma en aque- carita de ángel se pintó en las facciones del niño: con los dien-cillos apretados y los ojos rebosando lágrimas y amargura, ntestó al cabo.

—Porque estoy solo. Mi mamá no ha venido. ¡Nadie ha sto mis premios!...

La señora pareció comprender toda la profunda amargura e encerraba aquel sencillo lamento. Saltáronle las lágrimas,

y mientras con una mano acariciaba la rubia cabeza del niñ apretaba con la otra contra su seno la de su hijo, como si t miese que pudiera faltarle alguna vez aquel blando regazo.

—¡Angel de Dios!—decía al mismo tiempo.—¡Pobreci mío!... Tu mamá no habrá podido venir: estará fuera sin d da.... ¿Cómo se llama?

—La condesa de Albornoz,—respondió el niño.

Una violenta expresión de ira se pintó en el rostro de señora al oír este nombre: volvióse bruscamente hacia u joven que la acompañaba, y exclamó con más impetuosid que prudencia:

—Pero ¿has visto?... ¡Si esto clama al cielo!... ¡Pícar ¡Pícara madre!... Mientras este ángel llora, estará ella esca dalizando a Madrid como acostumbra.

—¡Calla, mujer!—replicó la otra mirando con inquiet al niño.

—Pero ¿quién ve con paciencia esto?... ¡Lástima de h para tal madre...! Desde el fin del mundo hubiera venido por ver recibir al mío su premio de gimnasia... ¡Anda con Di hijo! Eso indica que cuando seas grande sabrás tirar de un rro... ¡Con tal que me seas bueno!... ¿No es verdad, Calix vida mía?...

Y estampaba en las mofletudas mejillas de su hijo es estrepitosos y apretados besos de las madres, que parecen m discos del alma.

El niño, enjugándose sus grandes ojos de un azul profun como el mar visto de lejos, no se enteraba de nada. La seño volvió a decirle:

—Vamos, hijo mío, no llores... Anda, Calixto, no se pazguato, dile algo a ese niño... ¿No ves que llora?... ¿Cón te llamas, hijo?...

—Paquito Luján,—respondió el niño.

—Pues no llores, Paquito, que tu mamá te estará espera do en casa... Mira, Calixto; dale una de las cajas de dulce q te he traído... o mejor será que le des las dos, yo te compra otras.

Y como viese que el niño rechazaba la linda cajita de

ahonesa, que no del todo satisfecho le alargaba Calixto, adió

—Tómalas, hijo... Esta para ti, y la otra para tus hermanos... ¿No tienes hermanitos...?

—Tengo a Lilí.

—Pues llévale una a Lilí... Y llévale también esto...

Y la buena señora estampó en las mejillas del niño, llenas lágrimas, otros dos sonoros besos, que en vano pretendían olir en ellas el calor que les faltaba de los besos de su madre. lacayo con larga librea verde aceituna, coronas condales los botones y sombrero de copa con gran cucarda rizada en mano, se acercó entonces al grupo.

—Cuando el señorito quiera, está esperando el coche,— ó respetuosamente al niño.

El pobre señorito se levantó de un salto, y abrazando con un ntimiento lleno de gracia al gimnasta Calixto, se dirigió a la erta, sin querer entregar al lacayo el envoltorio de sus premios. la verja del jardín le detuvo el P. Rector, que allí estaba pidiendo a los niños; besóle Paquito la mano y abrazándole cariñosamente, le habló breve rato al oído. Púsose el niño y encarnado, corrieron de nuevo sus lágrimas, y con verda-a efusión llevó por segunda vez a sus labios la mano del reli-so.

Poco a poco fueron desfilando los carruajes, y cesaron al los gritos de despedida.

—¡Adiós!... ¡Adiós!...—repetía el anciano.

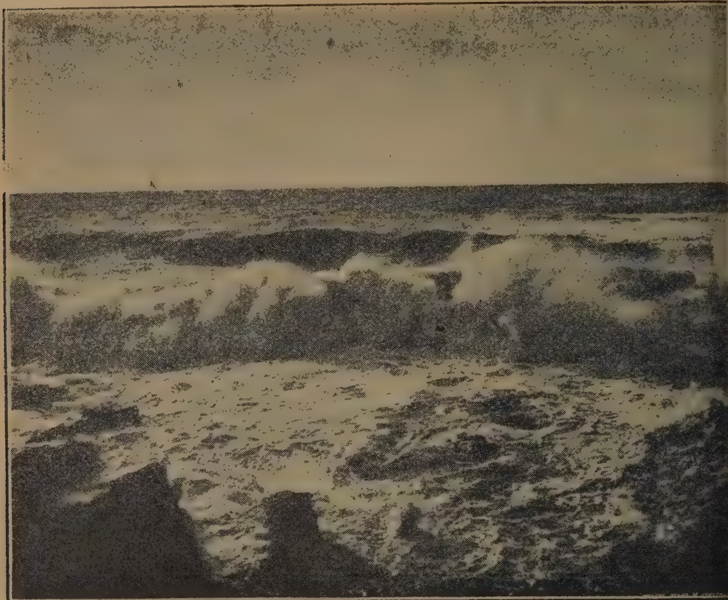
Todavía aparecían algunas manitas saludando a lo lejos las ventanillas de los coches.

—¡Adiós!... ¡Adiós...!

Ocultáronse al fin todos en el último recodo del camino, ólo quedó la llanura árida, la polvorienta carretera, el pueblo barracas, el colegio solitario, silencioso como una jaula jilgueros vacía, y a lo lejos, acechando entre la bruma, Ma-l, la gran charca.

El pobre viejo dejó caer entonces los brazos abatido, bajó temente la cabeza y entróse en la capilla murmurando:

¡O Virgen del Recuerdo dolorida!
¿Se acordarán de ti?



El padre y la hija

(Eduardo Marquina)

Duerme en todos los rincones. Bajo de estatura, pero m cizo de carnes, es más bien informe que corpulento. Las man del largo remar, hinchadas y callosas, han perdido el jue esbelto y fino de los dedos: son dos enormes palas que, hun das en el agua con bravura, podrían hacer andar o detei un barco. La cabeza desaparece bajo la abundancia vicio de cabellos grises, y en la cara y en el cuello sólo queda si para los ojos, con el matorral de la barba y el áspero eriza de cejas y pestañas. Viste siempre zamarra y pantalón de pa obscuro, y si va medio dormido por la plaza, o se sienta, a o llas del mar, junto a un peñasco, lo tomaríais por otro peñas

restos de vegetación, y dos bestezuelas brillantes—los dos —en la cima.

Por lo demás, el viejo duerme siempre.

Hay maliciosas del pueblo que le tienen por incapaz sentimiento y encanecido en un vivir sin alma. No hagáis .

En la casita obscura y silenciosa del enorme viejo hay un tito cuyas ventanas no se abren nunca por completo. Y en las ventanas macetas con plantas verdes, que se van ndo. Como el cuarto queda siempre a obscuras, el viejo ncuentra bien allí, porque deja caer su mole en un rincón erra los ojos. En el otro rincón hay una cama, donde la hija lurmiente misterioso hace seis meses que agoniza. Era esbelra blanca, era alegre y parlotera. Saltaba, cuando niña, por rodillas de su padre, como una gaviota por las crestas de peña. Comentó el universo con la perenne sentencia de sonrisa interminable y necesitó una agonía de medio año apartarse de la vida. Era justamente cuando más ufana ba y, con pompa de almendro que florece, comenzaban a fruto en sus mejillas las caricias de las cosas.

Durante el largo tránsito de aquella enfermedad horrible ceptó el viejo consuelo de vecinas, ni se detuvo a dar detaen los soportales de la plaza, ni habló de malas noches pas de claro en claro, ni gimió, ni hizo aspavientos, ni dejó alir con su barca, mar adentro, como tenía por costumbre.

Al revés. Menudeaban sus visitas al mar, y hubo noche en desató dos veces las amarras de su bote. Las gentes achan a codicia por la pesca aquel pujar constante del enorme , y las más bondadosas le disculpaban, comprendiendo y cando la codicia por los gastos de la larga enfermedad...

Pero el viejo iba haciendo sus cosas mientras la Muerte a las suyas, y ambos se miraban y no se decían nada, ni an nada a nadie...

* * *

Fué al amanecer. Abrióse de par en par la ventana del cuar-Una racha fría, de madrugada, entró violentamente por

el espacio abierto, derribando una maceta, que hizo, al caer, ruido temeroso. El aire quedó sonando en la hojarasca de otros tiestos... La enferma acababa de expirar... El vi soñoliento como siempre, la fué vistiendo con lentitud... dejó en la cama bien tendida... Luego salió a la ventana colocando en ella el codo, hundió la mano en el matorral de barba y se quedó mirando al mar. Sus ojos tenían un pequ círculo sangriento...

Comenzaban a pasar gentes por la calle... El viejo lla a una mujer, también entrada en años, que muchas veces, p que se franqueara con ella, le había dicho ser parienta suya

Cuando la mujer entró en el cuarto, viendo a la mue quiso besarla, lloriqueando. De un empellón vigoroso hun el viejo a la mujer en una silla y salió del cuarto murmuran

—¡No la toques!... ¡Acompáñala!

* * *

El viejo tenía su bote anclado en la playa, muy cerca su casa. Andando perezosamente, con movimiento de oso, sc las amarras y, entrando en el bote empuñó los remos.

Y a medida que avanzaba, mar adentro, mientras el a de la madrugada, sacudiéndole la barba y alisándole las ce iba sacando a la luz sus facciones gigantescas, en el rostro viejo se iba haciendo una transformación maravillosa. Los oj que siempre miraban más allá de las cosas, descansaban ah en el agua, que no se acaba nunca. Las manos, inexpresiva muertas, adquirían valor y calidad, unidas a los remos sin fuerzo. Las piernas, cortas y abultadas, desaparecían en las trañas obscuras de la barca. Y el sol naciente daba un reli de oro al busto enorme del viejo, que se mantenía sobre el n como el torso valiente de un Neptuno.

Más: los labios del viejo, tan callados entre las gentes pueblo, no dejaban ahora de moverse, en un monólogo int minable. Más: de sus ojos, sangrientos y llenos de angus corrían, largos y serenos, dos hilos de lágrimas gruesas y ardi tes, que el viejo no trataba siquiera de enjugar en aquellas di nas soledades.

En un rincón de la barca enorme había un asiento, ade-
ado y pulido, con una bayeta blanca y dos almohadas; besó
viejo todo aquello, y, abandonando los remos, puso los dos
izos cruzados en uno de los costados del barco, hundió en
uella sima su cabeza y dejó caer sus lágrimas en el agua...
marinero contaba su dolor al mar, seguro de que no cabía
otra parte...

* * *

Volviendo del entierro de la jovenzuela, hablando dos mu-
es del efecto que había causado al viejo la muerte de su hija:

—La há sentido poco...

—Estaba cansado de la enfermedad, tan larga.

—Apenas había expirado la pobre, se marchó a pescar,
ándola abandonada...

—Si no soy yo no la acompaña nadie...

—Pero ¿no lo veis? Ahora no se mueve nunca del mar,
es lo que él quería...

Y el mar, amigo del viejo, gemía en el fondo dolorosa-
nte.





El espejo de Matsuyama

(Juan Valera)

Mucho tiempo ha vivían dos jóvenes esposos en lugar mu apartado y rústico. Tenían una hija y ambos la amaban de t do corazón. El sitio en que vivían se llamaba Matsuyama, la provincia de Echigo.

Hubo de acontecer, cuando la niña era aún muy pequeñit que el padre se vió obligado a ir a la gran ciudad, capital d Imperio. Como era tan lejos, ni la madre ni la niña podí acompañarle, y él se fué solo, despidiéndose de ellas y prom tiendo traerles, a la vuelta, muy lindos regalos.

La madre no había ido nunca más allá de la cercana alde y así no podía desechar cierto temor al considerar que su mari emprendía tan largo viaje; pero al mismo tiempo sentía org llosa satisfacción de que fuese él, por todos aquellos contorno el primer hombre que iba a la rica ciudad, donde el rey y los ma

ıtes habitaban, y donde había que ver tantos primores y mara- llas.

En fin, cuando supo la mujer que volvía su marido, vistió la niña de gala, lo mejor que pudo, y ella se vistió un precioso aje azul que sabía que a él le gustaba en extremo.

No atino a encarecer el contento de esta buena mujer cuan-) vió al marido volver a casa sano y salvo. La chiquitina daba ılmadas y sonreía con deleite al ver los juguetes que su padre había traído. Y él no se hartaba de contar las cosas extraor- narias que había visto, durante la peregrinación, y en la capi- l misma.

A ti—dijo a su mujer—te he traído un objeto de extraño érito; se llama espejo. Mírale y díme qué ves dentro.

Le dió entonces una cajita chata, de madera blanca, donde, ıando la abrió ella, encontró un disco de metal. Por un lado era anco como plata mate, con adornos en realce de pájaros y ›res, y por el otro, brillante y pulido como el cristal. Allí miró joven esposa con placer y asombro, porque desde su profun- dad vió que la miraba, con labios entreabiertos y ojos anima- ›s, un rostro que alegre sonreía.

—¿Qué ves?—preguntó el marido, encantado del pasmo de la y muy ufano de mostrar que había aprendido algo durante ı ausencia.

—Veo a una linda moza que me mira y que mueve los la- os como si hablase, y que lleva ¡caso extraño! un vestido azul, actamente como el mío.

—Tonta, es tu propia cara la que ves—le replicó el marido, uy satisfecho de saber algo que su mujer no sabía. Ese re- ›ndel de metal se llama espejo. En la ciudad cada persona ›ne uno, por más que nosotros, aquí en el campo, no los haya- os visto hasta hoy.

Encantada la mujer con el presente, pasó algunos días mi- ndose a cada momento, porque, como ya dije, era la primera z que había visto un espejo, y por consiguiente, la imagen de linda cara. Consideró, con todo, que tan prodigiosa alhaja nía sobrado precio para usada de diario, y la guardó en su ıjita y la ocultó con cuidado entre sus más estimados tesoros.

Pasaron años, y marido y mujer vivían aún muy dichosos. l hechizo de su vida era la niña, que iba creciendo y era el vivo

retrato de su madre, y tan cariñosa y buena, que todos l amaban. Pensando la madre en su propia pasajera vanida al verse tan bonita, conservó escondido el espejo, recelando q su uso pudiera engreír a la niña. Como no hablaba nunca c espejo, el padre lo olvidó del todo. De esta suerte se crió muchacha tan sencilla y candorosa como había sido su madı ignorando su propia hermosura y que la reflejaba el espejo.

Pero llegó un día en que sobrevino tremendo infortun para esta familia hasta entonces tan dichosa. La excelente amorosa madre cayó enferma, y aunque la hija la cuidó c tierno afecto y solícito desvelo, se fué empeorando cada v más, hasta que no quedó esperanza, sino la muerte.

Cuando conoció ella que pronto debía abandonar a su m rido y a su hija, se puso muy triste, afligiéndose por los que d jaba en la tierra y sobre todo por la niña.

La llamó, pues, y le dijo:

Querida hija mía, ya ves que estoy muy enferma y q pronto voy a morir y a dejaros solos a ti y a tu amado padı Cuando yo desaparezca, prométeme que mirarás en el espej todos los días, al despertar y al acostarte. En él me verás conocerás que estoy siempre velando por ti.

Dichas estas palabras, le mostró el sitio donde estaba ocul el espejo. La niña prometió con lágrimas lo que su madre p día, y ésta, tranquila y resignada, expiró a poco.

En adelante, la obediente y virtuosa niña jamás olvic el precepto materno, y cada mañana y cada tarde tomaba espejo del lugar en que estaba oculto, y miraba en él, por larg rato e intensamente. Allí veía la cara de su perdida madre, bı llante y sonriendo. No estaba pálida y enferma como en sı últimos días, sino hermosa y joven. A ella confiaba de noche sı disgustos y penas del día, y en ella, al despertar, buscab aliento y cariño para cumplir con sus deberes.

De esta manera vivió la niña, como vigilada por su madr procurando complacerla en todo como cuando vivía, y cuidanc siempre de no hacer cosa alguna que pudiera afligirla o enojarl Su más puro contento era mirar en el espejo y poder decir:

—Madre, hoy he sido como tú quieres que yo sea.

Advirtió el padre, al cabo, que la niña miraba sin falt

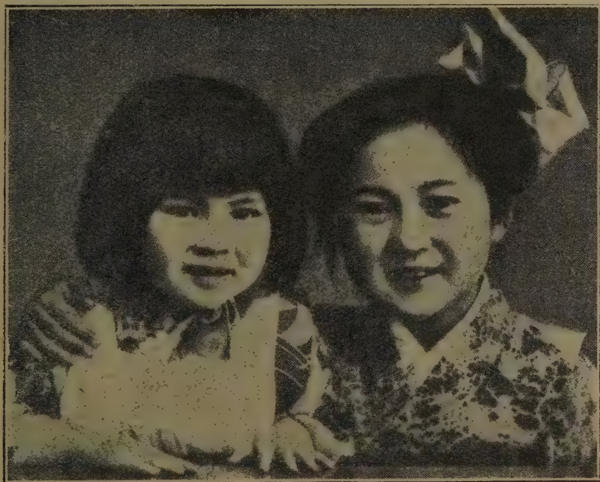
el espejo, cada mañana y cada noche, y parecía que conver-
ɔa con él. Entonces le preguntó la causa de tan extraña con-
cta.

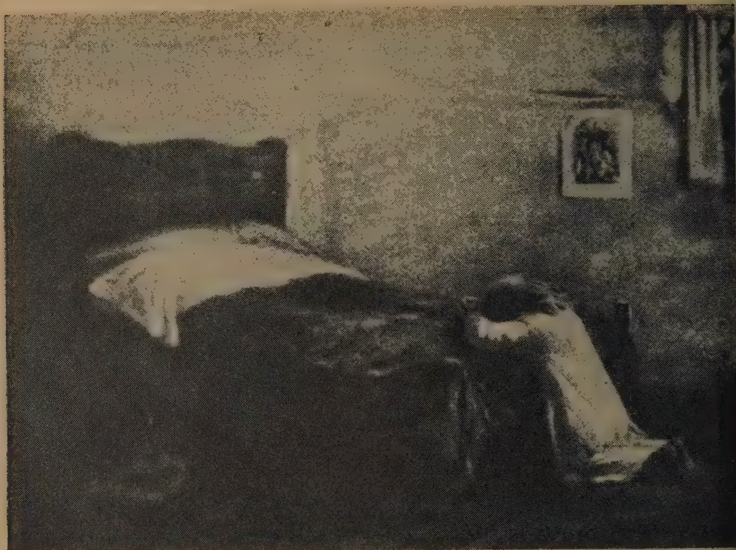
La niña contestó:

—Padre, yo miro todos los días en el espejo para ver a mi
erida madre y hablar con ella.

Le refirió además, el deseo de su madre moribunda y que
a nunca había dejado de cumplirle.

Enternecido por tanta sencillez y tan fiel y amorosa obe-
encia, vertió él lágrimas de piedad y de afecto, y nunca tuvo
razón para descubrir a su hija que la imagen que veía en el es-
jo era el trasunto de su propia dulce figura, que el poderoso
olando lazo del amor filial hacía cada vez más semejante a
de su propia madre.





Una carta para Dios

(Belisario Roldán)

Cuenta una leyenda inglesa, conmovedora y sobria con todas ellas, que los empleados de una oficina de correos de Lo dres, tropezaron cierta vez con una carta que tenía esta curio dirección: «Para Dios, en el Cielo». Abierto el sobre, ya q habría sido un tanto difícil dar curso a la singular epísto pudieron leer, garabateado por una mano a todas luces infa til, este tiernísimo poema de miseria y de candor:

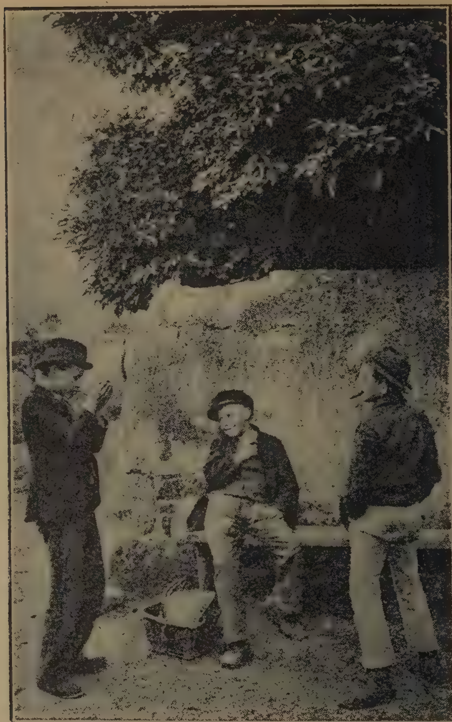
«Señor Dios: es preciso que usted vea esto. Mi madre es enferma; mi padre no tiene trabajo: yo... soy muy chico.»

Luego un adorable diminutivo, Carlitos, rubricaba penos mente aquel formidable alegato, que ponía de golpe ante Supremo Juez un dolor sin culpa y sin consuelo...

La carta fué publicada; y, levantemos el corazó la caridad llegó copiosamente a la bohardilla desolad

onde, en efecto, la madre no tenía salud, el padre no tenía rnal, y los grandes ojos absortos de la criatura se habían clado en su Dios, como esperando la respuesta... Nobles daas, altos dignatarios y hasta flemáticos banqueros se conmoron ante el pequeño drama, y la felicidad brilló de pronto ara los tres infelices. No añade el cuento si el niño se creyó bligado a un acuse de recibo y si una nueva carta suya, dirigida mismo celestial destinatario, cruzó de nuevo por los neumácos de la City; pero bien pudo hacerlo sin mengua de la verdad; en pudo hacerlo, porque la Caridad, señoras, la caridad es ios... No el gesto seco con que echamos el mendrugo sobre mano descarnada que lo implora, sino la alta caridad del esritu, la que nos hace mirar con interés hacia la desgracia, on benevolencia hacia el error, con tolerancia hacia el ajeno xtravío...





EN VACACIONES

(Miguel Cané, argentino)

¡Buena, sana, alegre, vibrante aquella vida de camp[o] Nos levantábamos al alba; la mañana inundada de sol, el ai[re] lleno de emanaciones balsámicas, los árboles, frescos y conte[n]tos, el espacio abierto a todos rumbos, nos hacían record[ar] con horror las negras madrugadas del Colegio, el frío mortal d[e] los claustros sombríos, el invencible fastidio de la clase de est[u]

io. En la Chacarita estudiábamos poco, como era natural; podía-
os leer novelas libremente, dormir la siesta, salir en busca de
:amuatís» y, sobre todo, organizar con una estrategia cientí-
ca, las expediciones contra los «vascos».

Los vascos eran nuestros vecinos hacia el Norte, precisa-
ente en la dirección en que los dominios colegiales eran más
nitados. Separaba las jurisdicciones respectivas un ancho
so, siempre lleno de agua y de bordes cubiertos de una espesa
anta baja y bravía. Pasada la zanja, se extendía un alfalfar
media cuadra de ancho, pintorescamente manchado por
s o tres pequeñas parvas de pasto seco. Más allá, el jardín
las Hespérides, los campos Elíseos, el Edén, la tierra pro-
etida. Allí, en pasmosa abundancia, crecían las sandías, ro-
istas, enormes, cuyo solo aspecto apartaba la idea de la «ca-
dura» previsora: la sandía ajena, vedada, de carne roja como
lacre, el «cucúrbita citrullus» famoso, cuya reputación ha
rsistido en el tiempo y el espacio; allí doraba el sol esos me-
nes de origen exótico, incitantes en su forma ingénita de taja-
s, los melones exquisitos, de suave pasta perfumada y de ex-
rior caprichoso, grabado como un papiro egipcio! No tenían
ales en la comarca, y es de esperar que nuestra autoridad sea
conocida en esta materia. Las excursiones a otras chacras nos
bían siempre producido desengaños; la nostalgia de la fruta
los vascos nos perseguía a todo momento y jamás vibró en
lo humano, en sentido menos figurado, el famoso verso de
arcilaso de la Vega.

Pero debo confesar que los «vascos» no eran lo que en el
iguaje del mundo se llama personajes de trato agradable.
bustos los tres, ágiles, vigorosos, y de una musculatura capaz
ablandar el coraje más probado, eternamente armados con
s horquillas de lucientes puntas, levantando una tonelada
pasto en cada movimiento de sus brazos ciclópeos, aquellos
mbres, como todos los mortales, tenían una debilidad suprema,
naban sus sandías, adoraban sus melones! Dos veces ya los
dos propicios nos habían permitido hacer con éxito una «raz-
» en el cercado ajeno, cuando un día...

Eran las tres de la tarde y el sol de Enero partía la tierra
lienta e inflamada, cuando, saltando subrepticiamente por

una ventana del dormitorio donde más tarde debía alojars el 1.° de caballería de línea, nos pusimos tres compañeros e marcha silenciosa hacia la región feliz de las frescas sandía Llegados al foso, lo costeamos hasta encontrar el vado conocid allí donde habíamos tendido una angosta tabla, puente de can paña no descubierto aún por el enemigo. Lanzamos una mirad investigadora: ¡ni un vasco en el horizonte! Nos dividimos, mientras uno se dirigía a la izquierda, donde florecían el «canta loup», dos nos inclinamos a la derecha, ocultando el furtiv paso por entre el alfalfar en flor. Llegamos, y rápidos buscamo dos enormes sandías que en la pasada visita habíamos resuelt dejar madurar algunos días aún. La mía era inmensa, pero s mismo peso me auguraba indecibles delicias.

Cargué con ella, y cuando bajé los ojos para buscar otr pequeña con que saciar la sed sobre el terreno... un grito, un solo, intenso, terrible, como el de Telémaco que petrificó a ejército de Adrasto, rasgó mis oídos. Tendí la mirada al camp de batalla; ya la izquierda, representada por el compañer de los melones, batía presurosa retirada. De pronto, detrás d una parva, un vasco horrible, inflamado, sale en mi direcció mientras otro pone la proa sobre mi compañero, armados ambo del pastoril instrumento cuyo sólo aspecto comunica la ingrat impresión de encontrarse en los aires, sentado incómodament sobre tres puntas aceradas que penetran...

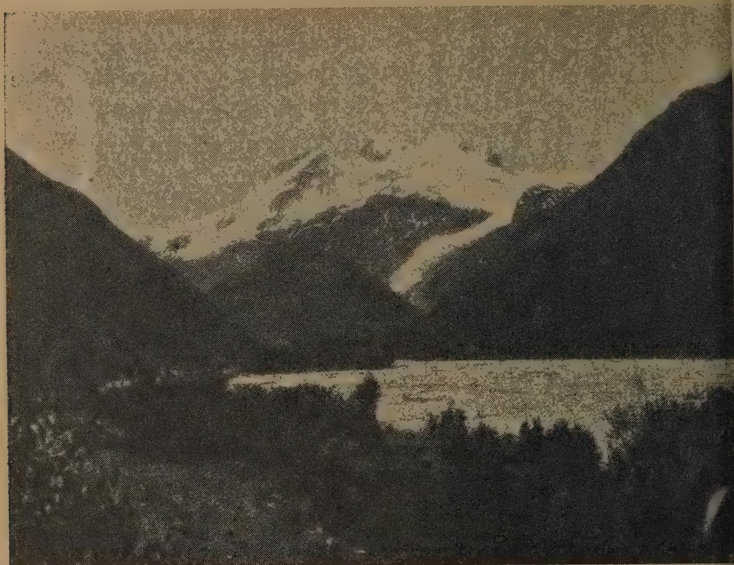
¡Cómo corría, abrazado tenazmente a mi sandía! ¡Qu indiferencia suprema por la gorra ingrata que me abandon en el momento terrible, quedando como trofeo sobre el camp enemigo! Y, sobre todo ¡cuán veloz me parecía aquel vasc cuyo respirar de fuelle de herrería creía sentir rozarme los ca bellos! Volábamos sobre la alfalfa: ¡Qué larga es media cuadra

Un momento cruzó mi espíritu la idea de abandonar m presa a aquella fiera para aplacarla. Los recuerdos clásicos m autorizaban; pensé en Medea, en Atalanta, pensé en los jefes d caballería que regaban el camino de la «retirada» con las pren das de su apero; pensé... ¡No! ¡Era una ignominia! Llegar a dormitorio y decir: ¡me ha corrido el vasco, me ha quitado l sandía!» ¡Jamás! Era mi escudo lacedemonio: ¡vuelve con é o sobre él!

Instintivamente había tomado la dirección del vado; pero vasco de mi compañero, por medio de una diagonal, había gado antes que yo, y debo declarar que, a pesar de la rsecución personal del mío, los tres vascos me eran igual- nte antipáticos. ¡Marché de cara al sol!, como el Byron de iñez de Arce. Mi agilidad proverbial, aumentada por las fa- as diarias del rescate, había brillado en aquella ocasión; , cincuenta pasos antes de llegar al foso, mi partido estaba nado. Puse el corazón en Dios, redoblé la ligereza, y salté... a desagradable impresión de espinas me reveló que había vado el obstáculo; pero ¡oh dolor!; ¡en el trayecto se me había do la sandía, que yacía entre las aguas cenagosas del foso!

Me detuve y observé a mi vasco: ¿daría el salto? Lo deseaba la seguridad que iría a hacer compañía a la sandía. Pero uel hombre terrible meditó, y plantándose del otro lado de la ja, apoyado en su tridente, empezó a injuriarme de una ma- ra que revelaba su educación sumamente descuidada. Espaca ni memoria si mi actitud en aquellas circunstancias fué digna; o recuerdo que en el momento en que tomaba un cascote, duda para darle un destino contrario a los intereses posi- os de mi vasco, ví a mis dos compañeros correr en dirección las casas» y al vasco de los melones despuntar por el vado lirigirse a mí. ¡De nuevo en marcha precipitada, pero seguro del triunfo!...

Eran las tres y media de la tarde y el sol de enero partía tierra sedienta e inflamada, cuando con la cara incandescente, ojos saltados, sin gorra, las manos ensangrentadas por los zales hostiles, saltamos por la ventana del dormitorio. Me dí en la cama y, mientras el cuerpo reposaba con delicia, exiomé profundamente en la velocidad inicial que se adquiere ndo se tiene un vasco irritado a retaguardia, armado de una rquilla.



CUNA DE CÓNDORES.—EPOPEYA DE MOÑI

(Mariano Latorre, chileno)

El paisaje serrano, uniforme y descolorido en la región de las alt cumbres, tenía en aquel paraje un pintoresco tinte de vida: lustroso blanc de nieve vieja en el espinazo de los volcanes, verdear de frescos pastizales el fondo del vallecito, rojear movedizo de florecillas color de sangre en l bombeados faldeos, espumar sonoro de esteros y cascadas en las cabecer del cajón.

Desde la pequeña meseta del pastor, resguardada del puelche por u amontonamiento abrupto de rocas grises que amenazaban caer eternamen sobre las cabezas de Maulén y su hijo, divisábanse los dentellados perfil de las cumbres que bajaban hacia el valle, rematando en espolones inte minables; y sobre ellas, como para turbar su enorme monotonía, la ma trunca del Descabezado, veteada de irregulares regueros de nieve. En base, y por encima de las masas de montes pelados, blanquea la nieve inh llada de ventisqueros y planchones. Su mismo corazón helado se desha un poco más abajo en madejas espumosas, en blancos brazos de agua q

scurren por los altibajos de los cerros, formando regatos y torrentes y
intan en el fondo de la hondonada en un riacho bullanguero que abando-
l cajón, saltando en los peñascos o apozándose en los aguazales, en un
deseo de huir de su cuna de nieve.

* * *

De pronto pareció turbarse la serenidad lenta, grandiosa, enorme, de
l paisaje de la sierra. Sin saber cómo, las ovejas que subían por las fal-
de la montaña se apretaron atolondradamente, formando un óvalo
co que se descolgaba de las peñas, presa de un pánico inusitado; las
s que, a primera vista, es difícil distinguir en la vaga nota grisácea de
s y colinas, juntáronse en círculo defendiendo a sus crías, y el pequeño
i sintió en su sangre primitiva el primer escalofrío de terror, el mismo
xperimentaba cuando la inmensa noche cordillerana caía sobre las cum-
Las vacas, al mugir, levantaban sus cabezas hacia el cielo como si el
ro viniese de lo alto, y Moñi, instintivamente, dirigió sus ojos a la celeste
edad de las alturas, que se dilataba sobre los picos en desvanecedora
arencia, y sintió un estremecimiento rápido, un palpitar violento del
ón, muy distinto de ese terror desconocido que parecía introducirse
odos los poros de la piel, enemigo invisible que estaba en todas partes
ninguna, a la vez muy cerca y muy lejos. Un cóndor manchaba con
orrón negro la incolora diafanidad del aire serrano. Volaba a mucha
a, lentamente, tan lentamente, que parecía detenido como una nube
crepuscular por encima de los picos más elevados; pero las vacas de las
as conocían el peligro y lo olfateaban cuando el audaz merodeador
sierra apenas era visible a las miradas humanas.

Moñi recordó entonces todas las consejas que, como un halo de terror,
n al cóndor, y también la caza de éstos por hombres valerosos y as-
, y sintió que un hálito de fuerza y de audacia, brotaba al mismo tiempo,
da su sangre. Olvidó a tunducos y corraleras para no pensar sino en el
ue su imaginación se representaba con un pico tan grande y agudo
el cuchillo de su padre, y unas alas negras como boca de cueva que
n sombra sobre los valles.

ubió ágilmente a la planicie para cargar la vieja escopeta de fulmi-
, y atraer al cóndor como le había enseñado su padre tantas veces.
de la cueva una pierna de cordero que colocó encima de un peñasco.
ucado en la manta, movía las puntas como si fuera el lento aleteo de
óndor que invitase al primero a compartir la pitanza. El cóndor suele

bajar confiado y entonces un perdigonazo certero lo derriba; y se le rem a palos.

* * *

El cóndor parecía no hacer caso de él. Iba directamente hacia el ped de carne sanguinolento puesto encima del peñasco. Su cabeza, de un r de sangre coagulada, formaba contraste con la gorguera de crespa blanc que rodeaba su cuello. Era un soberbio ejemplar de la raza. Enormes alas, rígidas, de un negror brillante, desafiaba el desenfreno del venda y descendía lento y majestuoso, clavados sus ojos vítreos en el pedazo carne que lo atraía como un imán.

Moñi seguía su descenso con el cañón de la escopeta; y al tocar el c dor las piedras con sus patas huesosas, apretó el gatillo y soltó la perdi nada. En medio del fogonazo vió inclinarse al pájaro en un brusco m miento de costado, equilibrarse en seguida, tratar de volar sin conseguirl luego correr un trecho abriendo desmesuradamente su corto pico re Se precipitó entonces hacia él empuñando la escopeta por el cañón. U alegría infinita asomaba a sus ojos: veía ya el cuerpo del cóndor tend en medio de la planicie y a su padre mirándolo con ojos de asombro y agradecimiento; pero al acercarse, el ave furiosa, desesperada, alarga su cabeza llameante, en la que, como dos rubíes, brillan sus ojillos turb se precipita sobre Moñi. El muchacho, aterrorizado, suelta el arma tenía empuñada y corre hacia la laguna, seguido de cerca por el desgarb trote del cóndor, cuya ala rota, sujeta todavía al cuerpo por una esqu sanguinolenta se arrastra pesadamente. En su terror, Moñi se aprieta e orilla de la planicie a las rocas de la montaña; y exasperado, inconscie ciego, se arroja sobre el pájaro para extrangular el cuello que culebrea c una serpiente repulsiva por encima de la espalda de Moñi, esquivando dedos crispados del pastorcillo, y el pico del cóndor se hunde en la c arrancando trapos sucios y trozos de piel sanguinolenta. Moñi se siente fallecer: un sopor helado oprime sus párpados, pero su ruda vitalidad indígena reacciona con histérico arrebato; y sus manos que el dolor ha vertido en férreos ganchos, logran coger el cuello del cóndor y atraerlo h sí. En la ceguedad de esta lucha de muerte, no ve que el abismo se ab sus pies, en la risueña y lejana indiferencia del pastizal; y adherido ahor cuerpo del cóndor que se remece con todas sus fuerzas, estirando las plu de sus alas con la rigidez de la agonía, el ave y el hombre llegan, sin ad tirlo, al borde de la cima; y violentamente confundidos en un abrazo m truoso, van a estrellarse en las lajas pizarrosas que grillan el cajón.



En la Sierra de Córdoba. Hospitalidad criolla

(Alfonso Durán, argentino)

. . . .

Era el filo del medio día cuando determinó acercarse a un rísimo rancho que a unas tres cuadras, hacia el lado izerdo se distinguía.

Apartóse del terraplén, cruzó una zanja seca, se metió por alambrado, y avanzó entre pastos naturales duros y punzaes.

Dos perros flacos y sórdidos recibieron al caminante lando con el escaso malhumor que su hambre les permitía.

El rancho era de una sola agua y tenía una puertita a medio ir con visagras de cuero. Su pared a pequeños retazos reada con barro alisado dejaba ver en otros sus adobes, y por

encima de la altura de la puerta sobresalían como grandes p
tañas las pajas de la techumbre.

A un lado hallábase en ruinas otra habitación aun m
pequeña con las cañas transversales aun sostenidas, y en
muros grandes boquerones que contemplaban hacinados en
suelo los adobes que les faltaban. Ramas secas eran su techo
la puerta una arpillera de bolsa que el viento sacudía.

Al otro lado, y proyectando sombra tupida y amorosa,
ombú cuyas raíces brindaban generosos asientos. En la punt
de la rama más alta una calandria vertía derroche de notas cr
talinas.

Unas cuantas hebras de relumbrante platino cruzab
de unas ramas a otras, y dejándose mecer por la brisa en t
preciosos columpios, sus dueños y fabricantes, cuatro o cir
arañas negras y asquerosas, atisbaban encogidas sus pre
o acaso dormían atiborradas.

Una iguana con cara de imbécil y dando lengüetazos,
oprimía contra el suelo bajo un cardo, espiando los pollitos
una gallina que cocleaba ebria de amor rebuscándoles el s
tento.

Bandas de morajúes alzábanse del suelo para volver
sentarse después de corto volido.

Un matrimonio de tacuaritas, cantaba dulcísimamente
torno de un hueco que en la pared del rancho bajo las pajas
techo había.

Próximo a la puerta un brasero al cual faltaba una pa
haciendo las veces de muleta un tarugo, sostenía la pava in
table para el mate, que es un gran olvidador de penas.

Y allá casi junto a un cerco hecho solamente con ramas
cas amontonadas en línea recta, dos horconos y su crucero an
ciaban el pozo de agua. . . . .

. . . .

. . . .

Al grito de una anciana sosegáronse los perros aparentar
gruñir para disimular el contento, porque su dueña les ha
librado del trabajo de ladrar.

—Adelante y rumbee no más pa dentro; no tema a los c
cos; son muy compañeros;—dijo al fin la viejecita.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida. Le alcanzó el sol fuerte ¿no es ·rto?

Siéntese y descanse. —Y le ofreció una vetusta silla cuyo ento estaba hecho con guascas cruzadas.

Al rato de conversar llegó el marido con un haz de bizgas y palitroques secos.

Los dueños del rancho, paisanos como él de castiza sangre, ıtáronle que su único hijo había ido a las colonias a fin de ıar, trabajando en la trilla, los pesos para el invierno.

Pusieron leche en platos de lata, choclos asados, y unos zos de torta frita en grasa. Esto y el mate fué la refacción ridiana.

¡Dichoso espíritu el que anida en los ranchos argentinos ·didos en la infinidad de los campos; ranchos donde, aunque haya nada, nada se codicia!

Dos catres, tres sillas con asiento de guascas, un poncho ɔtras pilchas colgando de varios clavos, un apero sobre un ón; y en el ángulo más seco donde no cae ninguna gotera en los días de mayor lluvia, la guitarra bien enfundada, nda del hijo ausente o misterioso consuelo de algún criollo shumante.

Ranchos que esperan el retorno del hijo transitoriamente grado, para que enderece algún tabique de barro y cañas, comode bien el cerco de madreselvas que desgarró el pamɔ, y remueva el techo de paja raída bajo el cual algunas cañas ıaras se han quebrado; tacuaras que en otra época arranca- los mismos dueños para ajustar en la punta, a manera de mo- ra, el cuchillo de sus cintos, y con esas lanzas arrojarse tras restigio de nuestros capitanes a conquistar independencia.

Ranchos tristes y solitarios que, como jirones de vieja y ɡarrada bandera, han quedado esparcidos, muchos de ellos en ·rca, por esos campos de Dios...

En otro tiempo sus habitadores eran dueños de la morada el campo de sus contornos. Los hijos no debían emigrar: ılaban a ratos su hacienda y a ratos payaban.

Hoy habitación y tierra están dentro de la estancia de ın extranjero, a quien aún no se le antojó voltear esas moradas

humildes donde hay padres o abuelos, restos vivientes de p
téritas epopeyas, moradores envueltos, como el rancho mis
y el ombú, en un retazo de lástima.

Viejitos buenos, viejitos cristianos, leones doblegados p
la edad, viejitos dulces que rezan y nunca tienen palabras
acritud contra los actuales poseedores, pero sí bastantes de ag
decimiento porque les deben el favor de la vaquita flaca q
ordeñan y el matungo decrépito con el cual traen la yerba
tabaco, los vicios, desde el boliche lejano.

Ranchos desvencijados o en esqueleto. Notas melancólic
de nuestros himnos heroicos esfumándose en el tiempo q
pasa.

Fueron albergue de indómitos orgullos. Allí entre mate
mate la mozada, al chisporroteo del brasero y entre hazaño
narraciones, templaba sus nervios para los entreveros glorio
de los campos de batalla y atisbaba si allá lejos se veía algu
polvareda para unirse a los contingentes.

Fueron fraguas de pasiones; de esas pasiones inconmensu
bles que, al hallar el genio que las dirija, se lanzan anónimamen
fulgurantemente, a la ejecución de cualquier obra maravillo

Y cuando a la vera de ese rancho, a la escasa sombr
del alero o bajo la copiosa del ombú poníase el gaucho a can
mirando hacia los horizontes distantes de la Patria, en ese m
mento no era el gaucho, no era su espíritu, no era su cora
quien cantaba: era toda la Patria, era todo el espíritu, y el co
zón de ella quien desde el alma de un gaucho deleitábase y
ñaba vertiendo raudales de palpitante poesía en originales c
ciones.

—Bueno, amigo; si ha de marchar en seguida, asigún di
haga sonar primero la guitarra: es lu único que cobramos.

—En mis tiempos supe bordonear con lujo; pero ahora
dedos están como garrotes y mi pulso es un tembladero. P
traiga no más y payaré como pueda; al fin, los tres son
viejos, y viejo también el rancho que nos oye. Los viejos siem
disculpan.

Estiró las cuerdas, rechinaron algunas clavijas, tem
la guitarra y con sencillo acompañamiento cantó:

Somos las notas murientes
e una música pasada,
omos la Patria olvidada
e otras épocas valientes.
ejemos cancha a otras gentes
ue cumplen nuevos destinos.
n los secretos divinos
ólo nos toca morir
allá en el cielo pedir
or los nuevos argentinos.

Somos como las taperas
ue dan lástima al que pasa;
ocos viejos hay en casa
pocos con compañeras.
omos las viejas banderas
odas llenas de rasguños.
uevos hombres, nuevos cuños
nueva sangre es la que hirve;
nuestra historia nos sirve;
sirven ya nuestros puños.

Pero pienso ha de llegar
hora al recuerdo propicia
n que se haga la justicia
los viejos que, al regar
s campos, que hoy se han de arar,
Con su sangre a borbotones,
No tenían más ambiciones
En su embriaguez peregrina
Que su Patria la Argentina,
Su chinita y sus pichones.

Dichoso de usted que aún tiene
Su viejita compañera,
Y aún su rancho no es tapera,
Y su hijo en Otoño viene,
Y cariñoso mantiene
A los padres de su sér.
Yo camino sin saber
Lo que aún tendré que sufrir
Sólo sé que he de morir
Tan criollo como era ayer.

Adiós. Me voy. Apartados
Morimos los gauchos viejos,
Solos, pobrísimos, lejos,
Por el progreso aventados.
Pero momentos ansiados
Alguna vez llegarán
En que un monumento harán
Para juntar nuestros huesos,
Y allí cubrirlos de besos
Y justicia nos harán.

Se levantó don Juvenal, dejó el instrumento sobre la silla conmovido abandonó a los dos ancianos, más ancianos que agradeciéndoles tembloroso de emoción la hospitalidad y s pláticas en que habíanle contado bellísimos recuerdos de la tigua vida comarcana.......................................

....

....



La ballenera perseguida

(Hugo Wast (Martínez Zuviría, argentino)

(*De «Tierra de Jaguares»*)

El gran Delta, formado por las cien bocas del Paraná, que han ven acarreando hasta el Plata, en millares de años de silenciosa y pertinaz la el humus de su inmensa cuenca, es un recinto dilatado y sombrío, lleno riquezas naturales y de misterios, surcado por un laberinto de canales p fundos y tortuosos, en que una embarcación mal dirigida puede perde tan irremediablemente como en alta mar.

Si todavía es una región mal conocida y casi desierta, calcúlese lo sería en los primeros años de la independencia, cuando Buenos Aires te cuarenta mil habitantes y un misionero empleaba treinta días para lle a Córdoba, en carretas de bueyes.

El Delta era la tierra cuyo dominio se disputaban como dos prínci el gaucho matrero y el dorado jaguar. El uno y el otro contaban como a dos o como enemigos, según las circunstancias, a la maraña inextrical a las víboras aleves, a los dormidos yacarés de los pantanos, al hambr a la fatiga, y sus luchas duraban hasta la presencia temible e incontrar table del río omnipotente, el verdadero señor del Delta, que el mejor

hchaba sus aguas obscuras, lo invadía silenciosamente, cubría los bosques, arrojaba de su seno, despavoridos y humillados, a las fieras y a los hombres.

. . . .

Cercioróse del rumbo que llevaba la ballenera, miró un rato en silencio l goleta que se venía sobre nosotros, con todas sus velas desplegadas, y dijo ostrándome una bocanada de humo que acababa de aparecer sobre su ban- de babor:

—¡Mira! ¡Nos cañonean!

Miré sobresaltado y ví alzarse del río una columna de agua, señal de a bala de cañón que se hundía, falta de alcance, a mitad de camino. Al o sentimos retumbar el estampido del cañonazo.

Myriam se apoderó de la barra del timón, rectificó ligeramente el rumbo ra aprovechar todo el viento que empezaba a amainar, y prosiguió tran- ilamente su narración.

. . . .

Un segundo cañonazo, cuya bala cayó esta vez cerca de nosotros, cortó estro diálogo. Mi madre y la mujer de Chaparro, que hasta entonces no bían advertido la persecución de qué éramos objeto, acudieron curiosas y stadas.

—¿A nosotros nos tiran esos cañonazos, hija? ¿Son españoles? ¿Son urgentes?

Mi madre llamaba «insurgentes» a los patriotas, con desdén y con horror a vez, porque en el pensamiento de la buena señora los rebeldes al Rey n, por ese mismo hecho, traidores y herejes.

—Son insurgentes... —respondió Myriam, sonriendo para alentarla—a ar de que llevan al tope bandera española.

—¡Toma la barra, Luis, y conserva el rumbo!

Me situé en el timón y ella se puso a contemplar con los anteojos la eta, que estaba a más de dos millas, y mi madre y Nazaria aturdidamente rieron a mirar desde la borda, junto al cazurro Adam, que seguía chu- ndo el tubo corto y ahumado de su pipa. Los dos niños jugaban sobre ierta.

Al Norte, remota aún, pero claramente y como una muralla que cor- a el azul del cielo, se divisaba la costa del Delta, contorneada por una vediza franja de juncales. En llegando la noche, no conociendo palmo almo el lugar, al buscar las bocas del Paraná era fácil meterse, como un ón en una trampa, en algún arroyuelo fangoso y sin profundidad, donde daríamos a merced de nuestros perseguidores.

De esto no me habló mi capitana, pero evidentemente iba pensa en ello a juzgar por la avidez con que examinaba aquella línea mediant catalejo.

Mi madre había empezado a lamentarse, pareciéndole que ya los nos perseguían nos tenían al alcance de sus manos.

—¡Todavía no, madre!—exclamó Myriam, volviéndose a ella para marla.—¡Con tal que me dure el viento!...

—¡Ay! Más bien no lo dijera, pues mi madre le mostró la lona de n tra vela mayor que empezaba a deshincharse, como el ala de un pá que muere.

A tal hora, en el Río de la Plata generalmente amaina el viento, pr rándose para cambiar de rumbo con la virazón que ocurre al atardecer era extraño que hubiere durado hasta entonces, aunque apenas el f y la trinquetilla lograban recoger un hálito, como un soplo de agonía.

La espumosa estela que la quilla trazaba en las aguas se desvanecía embarcación iba adurmiéndose en una terrible calma.

Vi que Myriam se mordió los labios contrariada, expresión que en equivalía a un juramento en labios de un verdadero capitán; y miró rece a la terrible goleta, que pronto nos tendría en la boca de su cañón, y ap



Isla del río Negro (Urug

con granadas de ocho las desatendidas señales de detenernos que nos cían sus banderolas.

Gracias a su gran velamen todavía avanzaba un poco, pero el viento taba también para ella.

—¡A los remos!—mandó Myriam, con los ojos brillantes por la alegría esa buena ocurrencia.—¡Nosotros podemos remar y ellos no!

—¡En eso venía pensando yo!—dijo el portugués, malhumorado, hando a su capitana el honor de quitarse la pipa de los dientes.

La verdad es que el hombre no estaba satisfecho de ser mandado por a muchacha de veinte años. Y corrió a armar cuatro remos de los ocho res de que disponía la ballenera.

El portugués y yo de una banda, Myriam y Viviana de la otra, de pie con nuestro mejor empeño, empezamos a remar, dejando a Nazaria el cargo de mantener el gobernalle en el punto que se le ordenara.

La mujer de Chaparro, con sus dos cachorros pegados a su falda, se uó en la barra y mi madre se santiguó y empezó a rezar, para que el cielo blara nuestro vigor.

Fuera del portugués, ninguno de nosotros era buen remero, mas como guno desconocía totalmente la maniobra, por haber visto hacerla o haberhecho en los viajes que mi padre solía realizar en el buen tiempo de vacanes, al cabo de media docena de golpes en falso tomamos el ritmo y reanimos la perezosa marcha.

Ahora, sin embargo, las desinfladas velas sólo servían para hacer resiscia en el aire encalmado, por lo cual Myriam soltó un instante el remo y ió las tres que llevábamos, y vióse a la ballenera volar gallardamente a o seco hacia el Delta lejano.

. . . .

Navegábamos bajo una de esas calmas blancas que preceden al estallido la tempestad. Las gaviotas graznaban, revoloteando arriba de nuestras ezas; y unos buitres negros y voraces cerníanse en el cielo profundo, ardando la batalla de los vientos, que les anunciaba su instinto, y el naugio de aquellas débiles tablas que eran nuestro mísero refugio.

El río era una sólida, inconmensurable chapa de bronce. Cada vez que rcaba el remo al agua turbia, me parecía que iba a rompérseme igual que retendiera hundirlo en una roca. Tenía la absurda sensación de que nos lizábamos sobre un mar petrificado y que, si hubiera saltado por arriba la borda, habría podido caminar a pie enjuto por aquella tenebrosa y vada superficie.

Ya sólo divisábamos la punta de las velas de la goleta; un cuarto hora más de esfuerzos y la habríamos perdido de vista.

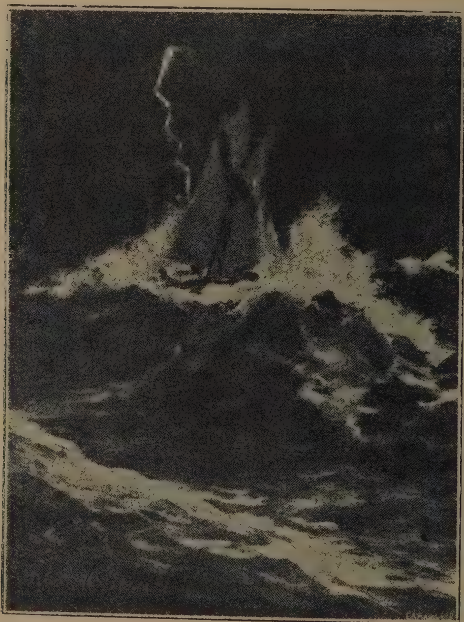
Cuando de golpe, sobre el lomo de aquel río que parecía dormido ha mil años, cundió un estremecimiento, y una ancha zona a estribor se cu de lucientes escamas. Era el ala del viento sudeste que se aproximaba yando el agua. El río se despertó bajo aquel primer insulto y se hinchó gruesas y ondulantes arrugas.

Parecía una fiera tranquila y perezosa, que llena sus pulmones y tiende nervios antes de dar el salto. Y no habían pasado cinco minutos y el río estaba alerta y contestando los zarpazos del viento con viles y f espumarajos.

La ballenera empezó a cabecear horriblemente y mi madre a sollo

—¡Nos hundiremos! ¡Volvamos a la costa, Myriam!

Mi hermana soltó el remo y empuñó el gobernalle, y mandó a Ad



—¡Iza mayor! ¡Iza trinquetilla y foque!

Yo también solté el remo y me dispuse a ayudar al marinero.

—¡Tu hermana, Luis, está loca!—me dijo al oído.—Con este ventarrón se larga tanto trapo, cuando no se tiene el mar abierto por delante.

—¡Ella sabe lo que hace!—respondí, convencido de que Myram era el jor capitán del mundo.

Gimieron los obenques, crujieron el palo y el bauprés y restallaron no látigos las tres pequeñas velas hinchadas por el inmenso huracán; y ballenera escorada, lo mismo que un caballo que galopa en una pista ciar, huyó delante de la suestada.

La audaz maniobra nos hizo aventajar a la goleta. Alcancamos a divi- sus hombres en las cofas, cargando sus velas, llenos de miedo a la tornta, y luego se desvaneció para siempre en el cárdeno horizonte.

—Antes de media hora—nos dijo Myriam en voz alta, con repentina gría, como si todo peligro hubiere pasado—fondearemos allá, en un sitio uro que yo sé; y nos señaló el Delta que emergía su mole taciturna como refugio desesperado y misterioso.

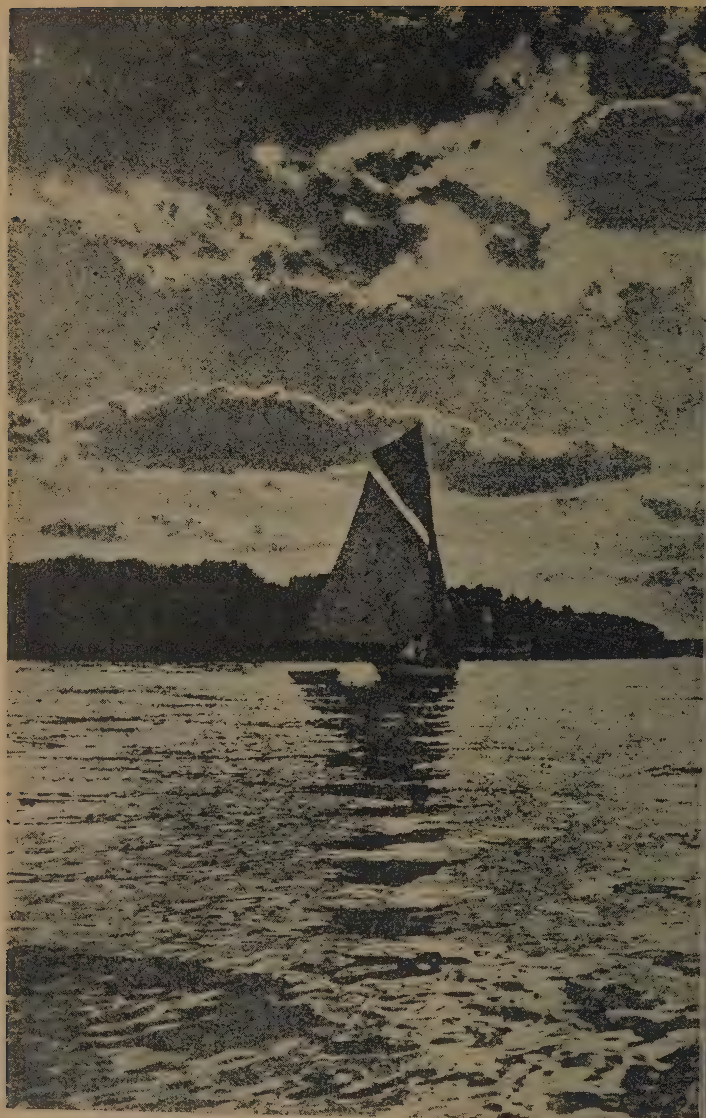
Nuestros perseguidores ya no eran los hombres que tramaban no solante la destrucción de la familia, sino su deshonra; eran los ciegos elemen-, contra los cuales podíamos luchar con el alma limpia de odios y, por tanto, confiados en la ayuda de Dios.

Un nublado espeso, cargado de relámpagos, rodaba sobre las olas enecidas; y la voz del río, y la del viento, y las mil voces de las nubes tumulsas, fundíanse en un trueno incesante, como si aquel cielo de cobre llaante fuera una campana destemplada y colosal, golpeada por la mano tigable de la tormenta.

Antes de una hora, la noche había devorado al mundo. Y comenzó a er en gotas oblicuas que repicaban en las lonas y en la cubierta con un nudo y manso rumor, que rellenaba los intervalos de los grandes ruidos. a luz de los relámpagos Myriam gobernaba la lancha, y como yo me maniera a su lado para recibir sus órdenes, me tomó de la mano y me gritó ído:

—¡Mi madre! ¡Los niños! ¡Que bajen a la cámara!

Había a popa un lugar dispuesto para servir de alojamiento a la triación; y allí condujo a la espantada señora y a Nazaria y sus chicos, no nos aterrados, y yo volví al puente, agarrándome de la borda y de los os para no ser barrido del ventarrón, en cuyas húmedas alas nuestra baera, con todos los pobres seres humanos que contenía, cargados de nobles



samientos y de grandes dolores, pesaba tanto como una gaviota en los s.

Según acontece a menudo, con la lluvia se calmó la violencia del hura-, y cuando nos aproximábamos a la cenagosa costa que iba a ser nuestro gio, pero que era, entre tanto, nuestra amenaza, hallamos aguas más quilas sobre las cuales nuestra barca obedecía mejor al gobernalle.

Myriam mandó arriar la mayor y la trinquetilla, y conservando el foque ocábamos el profundo Miní, que ella reconoció por la posición de la isla rtín García, entrevista a la luz de los relámpagos y dejada a barlovento.

La ballenera penetró como un dardo en las aguas negras y calladas del al que, al abrigo de los bosques, formaba un rudo contraste con el agitado que dejábamos a popa.

Un cuarto de hora después echábamos el ancla bajo una lluvia persis-e y en el corazón tenebroso de la noche.





Pata Blanca y Grandeeship

(El caballo criollo y el caballo inglés)

(Javier de Viana, uruguayo)

A las siete, más o menos, todas las tardes Pata Bla llegaba al Parque 3 de Febrero y se detenía siempre en el mis sitio, junto a la baranda que limita el emparrado del rest rant. Cuando el patrón descendía del pescante del carrico y cargando con las cestas de pan se internaba en el edifi él, Pata Blanca, estiraba el pescuezo dedicándose a contemı el gran árbol que se erguía enfrente. El patrón solía qued hasta cosa de una hora allá adentro, haciendo quién sabe c emborrachándose tal vez, pero ésto no le interesaba a P Blanca, como no le interesaban los tangos tocados por la questa, dado que, para sus orejas refinadas, los tangos e así como música en putrefacción, cebada ardida o maíz pajarilla: serían buenos los tangos, también el cardo dicen que bueno: pero sólo los burros lo comen. Su preocupación ún

a el árbol. Muchas veces tuvo tentaciones de hablarle, pensan- que siendo él caballo criollo, y ombú el árbol, quizá se en- ndieran. Sin embargo, esquivando decepciones, prefirió callar.

En el rodar de muchos días y de muchos meses, la vida ntinuó así, salvo ligeras, despreciables variantes. Empero, una tarde cálida Pata Blanca oyó el ruido sonoroso de cas- beles y cadenas, y cuando volvió la cabeza, vió la caja de a elegante *charrette* junto a la caja amarilla de su jardinera, unto a sí mismo, un soberbio anglo-normando, grande, gordo, troso, resplandeciente con sus arneses dorados. Pata Blanca, milde, estiró más aún el pescuezo; el aristócrata, fingió verlo. Desde ese día, todas las tardes, a la misma hora, la ualidad ponía juntos al peludo caballito criollo y al aci- ado caballo de raza. Este tenía por aquél un profundo des- cio; le humillaba la compañía y durante todo el tiempo, sábalo piafando, golpeando el suelo con los cascos, sacudiendo peinada melena, demostrando ostensiblemente su disgusto. día el anglo-normando, miró al criollo dirigiendo la palabra:

«¿Cómo te llamás vos?»—le preguntó, tuteándolo, porque ricos tienen el derecho de ser mal educados.

«Yo me llamo Pata Blanca; ¿y usted?» respondió cortésmente criollo; porque los pobres tienen la obligación de ser atentos.

«Yo; Grandeeship!» contestó sacudiendo sus cascabeles nglo-normando, «Grandeeship, por Fenhill, por Amphim, por nah, por Fesherman!

Y vos ¿de quién descendés!»

«De un zaino rabicano de la Pampa, por mal nombre el rto».

Grandeeship sonrió con lástima, y como en ese momento aba otro «puro», levantó la cabeza a fin de que no lo viera versando con el plebeyo. Este miró el ombú.

Desde entonces, todas las tarde, mientras su amo se entre- a en el interior, Grandeeship mataba el tiempo chichoneando ata Blanca. Un día, díjole:

«¡Pero qué flaco estás, ché! ¿No te dan de comer? Yo me a empeñar con el patrón para que te manden la paja de mi a... no es muy buen alimento, pero para vos...»

Y en esa forma siempre.

Pata Blanca callaba, y estirando el pescuezo, fijaba ojos en el ombú.

. . . .

¡La guerra!. . . Había estallado la guerra, y hombres y best debían sacrificarse en la defensa del territorio nacional. De hombres, se juntaron todos, pobres y ricos; muchos ricos f ron detenidos en el instante que tomaban pasaje para Euro Hubo requisas de caballos, y algunos fueron arreados en el m mento en que se intentaba pasarlos al Estado Oriental. P Blanca y Grandeeship se encontraban sirviendo en el mis escuadrón. Aquél pertenecía a un soldado, éste a un ofic continuaban conservándose las distancias y aun en medio d turbación, no eran iguales los piensos y los cuidados.

En una madrugada, el caballo plebeyo y el aristócr caballo fueron brutalmente sorprendidos: se les metía el fr en la boca, se les ensillaba a prisa con grosería, y en el insta en que un capitán trepaba sin consideraciones sobre Granc ship, y sin consideración trepaba sobre Pata Blanca un solda un jefe decía:

«Del éxito de esta comisión depende la vida del ejérc maten los caballos, pero lleguen a tiempo».

«¡Se cumplirá!» dijo el oficial. Y el oficial y el solda clavaron las espuelas en los ijares de sus respectivas ca gaduras. Grandeeship, que no era patriota, tuvo tentaci de corcovear; Pata Blanca, que era patriota, sabía corcovear, tuvo intenciones de volar. Y uno por voluntad, el otro por gación, ambos volaban sobre el camino. Entonces el patricio

«Ahora es el momento de probarme, amigo ¿Aguan usted las treinta leguas que han de correr nuestras patas?»

«Mocito», replicó el anglo-normando, «yo vengo aquí fuerza, sirviendo macanas, pero mi sangre y mi estirpe me gan a luchar. Si quiere dejar dicho algo para la familia, a yo cumpliré el encargo,. . . ¡Ay!. . . ¡qué modo de pinchar co espuelas tiene el bruto de oficial!»

«Gracias», replicó Pata Blanca, «yo no tengo familia sé de la familia. De mis antepasados, muchos murieron Balcarce, con Belgrano, con San Martín, con Güemes, s todo con Güemes. . .

Yo no soy más que el hijo del zaino rabicano, que quién)e de quién es hijo... ¿Galopiamos?...»

Se galopa, se galopa. El puro, fuerte, lindo, cuidado, mira ı desprecio al pobre criollo lanudo, pequeño, flaco, endeble. galopa; Grandeeship comienza a resoplar formidablemente; ta Blanca pregunta:

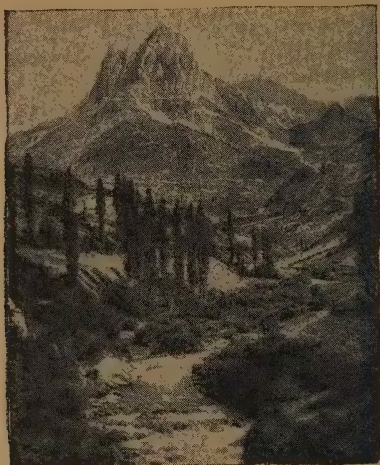
«¿Cansao?»

«¿Yo?» Y el anglo-normando da un resoplido semejante una carcajada.

Se galopa. El aristócrata comienza a revolver los patas el látigo ni la espuela le impresionaban ya. Hace un esfuerzo, ga por orgullo, tiembla, y jadeante cae. El oficial, desespe- ιo, mésase los cabellos. Pata Blanca sacude la cabeza, diciendo). El oficial entiende: hace desmontar al soldado, monta ıunde las espuelas, y Pata Blanca vuelve a sacudir la cabeza ıo diciendo:

«¡No es necesario!... Yo soy criollo!...»





Paisaje en los Perineos

La caza del oso

(Pereda)

La cueva como ya sabía yo por referencias de los dos moz que la conocían muy bien, tenía dos senos: el primero, a la e trada, era espacioso y no muy alto de bóveda, con el suelo ba tante más bajo que el umbral de la puerta, muy escabroso en declive muy pronuniado hacia el muro del fondo, en el cu se veía la boca del otro seno o gabinete de aquel salón de recib Olía allí a sótano y a musgo y a perrera... y a hombres esc bechados. No tenía ya duda para Chisco que era «la señora es decir, la osa, lo que rezongaba en el fondo del antro invisit respondiendo al latir desesperado de los perros; y la señora c su prole, porque sin este cuidado amoroso, ya hubiera salido estrado para hacernos los honores de la casa. En este conven miento, se trató en breves palabras, casi por señas, porque n había instante que perder, de si sería más conveniente solt

perruca que el sabueso; y acordando lo primero, el bárbaro Pito, sin oír otras razones, se fué hasta la boca del antro el cual metió la cabeza al mismo tiempo que la perruca.

Esta había desaparecido, algo vacilante e indecisa, hacia derecha; y no sé cuál fué primero, si el desaparecer la perruca dentro, o el oírse dos chillidos angustiosos y un bramido moribundo, o el retroceder Pito cuatro pasos del boquerón, llamando hacia nosotros (yo creo que con regocijo), pero con arma preparada:

—¡Cristo Dios!... ¡Vos digo que aqueyus no son ojus: son brasales!

Comprendió Chisco al punto de qué se trataba; soltó el queso y me mandó a mí que me quedara donde estaba (es decir, como al primer tercio de la cueva, muy cerca del muro la derecha), pero con el arma lista, aunque sin disparar es que ellos dos, y avanzó él hasta colocarse en la misma línea Chorcos, de manera que sus tiros se cruzaran en ángulo bastante abierto en el centro del boquerón del fondo.

Como toda la prudencia y la reflexión que podía esperarse aquellos dos rudos montañeses había que buscarla en Chisco, no apartaba mis ojos de él, y no podía menos de admirarme observar que ni en aquel trance de prueba se alteraba la perla regularidad de su continente: su mirada era firme, serena ría de ordinario; su color el mismo de siempre, y no había músculo ni una señal en todo su cuerpo que delatara en su razón un latido más de los normales; al revés de Pito Salces, no cabía en su ropa, no por miedo seguramente, sino por deleite brutal que para él tenían aquellos lances.

Tomando yo por guía de mi anhelante curiosidad la mirada Chisco, y sin dejar de oír los ladridos de *Canelo* apenas me- éste en la covacha, pronto le vi retroceder, pero dando cara enemigo con las cuatro patas muy abiertas, la cabeza levan-a y casi tocando el suelo con el vientre. Lo que le obligaba caminar así no era difícil adivinar: tras él venía la fiera gru-do y rezongando, y al asomar al boquerón, no me impidió río nervioso que corrió por todo mi cuerpo, estimar la exac-d con que Pito había calificado el lucir de los ojos de aquel malazo: realmente centellean entre los mechones lanudos

de sus cuencas, como las ascuas en la obscuridad. La presen nuestra le contuvo unos instantes en el umbral de la caverr pero rehaciéndose en seguida, avanzó dos pasos, menospreciando las protestas de *Canelo*, y se incorporó sobre sus patas traser dando al mismo tiempo un berrido y alzando las manos ha cerca del hocico, como si exclamara:

—¡Pero estos hombres que se atreven a tanto, son muc más brutos que yo!

Al ver que se incorporaba la fiera, dijo a Pito Salces Chis

—Tú al oju; yo al corazón... ¿Estás? Pues... ¡a una!

Sonaron dos estampidos; batió la bestia el aire con los b zos que aún no había tenido tiempo de bajar; abrió la b descomunal, lanzando otro bramido más tremendo que el p mero; dió un par de vueltas sobre las patas, como cuando b lan en las plazas los esclavos de su especie, y cayó redonda mitad de la cueva con la cabeza hacia mí. Corrí yo entonce rematarla con otro tiro de mi escopeta; pero me detuvo Chis diciéndome mientras cargaba apresurado la suya, igual que ha Pito por su parte:

Guarde esas balas por lo que puede suceder de pror Pa lo que usté desea jacer, con el cachorriyu sobra.

No me halagaba mucho aquel papel de cachetero que me concedía, y casi por caridad; pero con el deseo de pc algo de mi parte en aquella empresa feroz tan pronta y felizme rematada, aceptéle de buen grado, y hasta sentí muy gra complacencia en ver que con un balín de revólver encaj en el oído de la osa, la había producido yo las últimas con siones de la muerte. Y algo era algo, y otra vez sería más.

Pito silbaba y pataleaba de gusto en derredor de la f mientras cargaba su espingarda. Chisco no se daba tod por satisfecho, a juzgar por lo receloso de sus aires.

¿Qué quedaba allí por hacer? Lo que hizo Chorcos en seg con su irreflexión de siempre: llamar a Canelo y meterse co en la cueva desalojada por la osa. ¡Puches! había que ac igualmente con las crías... y saber lo que había sido de la rruca, que ni salía ni«agullaba»... Bueno estaba de ente el caso; pero había que verlo, ¡puches!

Por mucha prisa que se dió Chisco en seguir a su cama

ra acompañarle, no habiendo podido contenerle con razo-mientos, cuando llegó al boquerón ya volvía Pito con la pe-ıca faldera abierta en canal en una mano, en la otra un osezno mo un botijo, y la escopetona debajo del brazo. Dijo que que-ba otros dos como él, y se volvió a buscarlos, después de arro- el que traía contra un lastrón del suelo, y de entregar a ıisco lo que quedaba de la perruca para que viéramos, él yo, si aquello tenía compostura por algún lado. ¡Puches, mo le afligía aquella desgracia!

La caverna tenía muy poco fondo: se veía bastante en ella n la luz que recibía por la boca, y por eso se hacían muy fácil-ente todas aquellas maniobras de Pito. El cual reapareció al stante con las otras dos crías de la osa, asegurando que no que-ban más que huesos mondos en la cama.

Por el aire andaban aún los dos oseznos arrojados por Pito sde la embocadura de la covacha, cuando *Canelo* salió dis-rado como una flecha y latiendo hacia la entrada de la cueva ande. Yo, que estaba muy cerca de ella, miré a Chisco y leí sus ojos algo como la confirmación de un recelo que él hu-ra tenido.

Observar esto y amenguarse la luz de la cueva como si hubie-ı corrido una cortina delante de su boca. por el lado del ca-ıscal, fué todo uno.

—¡El machu!—exclamó Chisco entonces.

Pero yo, que estaba más cerca que él de la fiera y mere-ndo los honores de su mirada rencorosa, como si a mí solo isiera pedir cuentas de los horrores cometidos allí con su fa-lia, sin hacer caso de consejos ni de mandatos, apunté por cima de *Canelo* que defendía valerosamente la entrada, y, iesgo de matarle, disparé un cañón de mi escopeta. La herida, e fué en el pecho, lejos de contenerle, le enfureció más; y ndo un espantoso rugido, arrancó hacia mí atropellando a *nelo*, que en vano había hecho presa en una de sus orejas. ltándome terreno en que desenvolver el recurso de la esco-ta, dí dos saltos atrás empuñando el cuchillo, pero ciego ya pavor y perdida completamente la serenidad. Desde el fondo la cueva salió otro tiro entonces: el de la espingarda de Pito. rió también al oso, pero sólo le detuvo un momento: lo bas-

tante para que el mozón de Robacío le hundiera la hoja de cuchillo por debajo del brazo izquierdo, hasta la empuñadu Fué el golpe de gracia, porque con él se desplomó la fiera pa arriba, yendo a caer su cabeza sobre el pescuezo de la osa, dor le arranqué, con otro tiro de mi revólver, el último aliento vida que le quedaba.

A pesár de ello, los dos mozones volvían a cargar sus copetas. ¿Para qué, Señor? ¿Era posible que quedara en toda cordillera ni en todo el mundo sublunar, más osos que los que yacían a nuestros pies, entre chicos y grandes, vivos y muert Después nos miramos los tres cazadores, como si tácitamer hubiéramos convenido en que era imposible cometer mayo barbaridades que las que acabábamos de cometer, y que so mente por un milagro de Dios habíamos quedado vivos pa contarlas. Esta escena muda, que fué brevísima, acabó por ech Pito el sombrero al aire, es decir, por estrellarle contra la veda erizada de puntas calcáreas; Chisco hizo lo propio, y no quise ser menos que los dos. Luego nos dimos las man y juro a Dios que al estrechar la de Chisco entre las mías, la mi corazón a impulsos del más vivo agradecimiento.

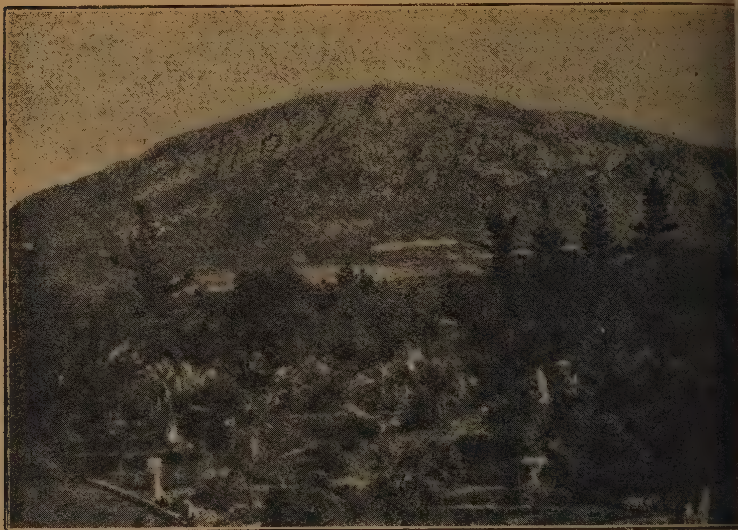
¿Qué hubiera sido de mí sin su empuje sereno y valeros

Canelo, a todo esto, cuando no se lamía los arañazos, po profundos, que le rayaban la piel en muchas partes, jadea y gruñía, con el hocico descansando sobre sus brazos juntos tendidos hacia adelante, pero con los ojos clavados en los os nos que rebullían entre las asperezas del suelo y charcos sangre, como gusanos muy gordos. No contaban, por las traz más de una semana de nacidos. Cogiólos uno a uno Chisco el pellejo del cerviguillo, y los fué arrojando a la barranca encima de la cornisa desde el fondo de la cueva. Iba a hacer mismo con la perruca, después de asegurar a Pito que «aquey no tenía costura ni remiendo posible, porque había queda «vacía por aentru» como a la vista estaba; pero Pito quiso mejor destino que el de los oseznos al cadáver del pobre a malejo, tan inicuamente sacrificado, y propuso que le enter ramos en la sierra; y a ello asentimos de buena gana Chi y yo. ¡Puches, cómo amargaba a Pito aquella pesadumbre placer de la victoria!

Y como nada quedaba que hacer allí por entonces para noso-
s, salimos de la caverna y aspiré, con ansias de cautivo de maz-
rra, el aire libre de las tierras soleadas. Sepultamos la perruca
un hoyo abierto a punta de cuchillo a la sombra de un ma-
de la sierra; y, sin movernos de allí, apuramos más de la
ad del contenido de mi frasquete. Después se sacaron al-
as provisiones de boca que llevaba Chisco por encargo mío
un morral; dimos a *Canelo* una buena parte de ellas, y el
o nos le fuimos comiendo, andando a buen andar, a fin de
ar a Tablanca al mediodía conforme se lo tenía yo ofrecido
i tío Celso.

Y llegamos, antes aun de lo esperado; y todas las gentes
nos encontraban al acercarnos al pueblo, presumían, por el
que llevábamos que habíamos hecho alguna muy gorda;
cuando les contábamos la verdad, no la creían. ¡Tan bes-
mente gorda la consideraban, con muchísima razón!





Cerro Pan de Azúcar (Uruguay)

La caza del tigre

(Jorge Isaacs, colombiano)

Serían las diez, cuando listos ya todos, cargado Lucas co el fiambre que Luisa nos había preparado, y después de las entra das y salidas de José para poner en su gran garniel de nutri tacos de cabuya y otros chismes que se le habían olvidado nos pusimos en marcha.

Eramos cinco los cazadores: el mulato Tiburcio, peón d la chacra; Lucas, neivano agregado de una hacienda vecina José, Braulio y yo. Todos íbamos armados de escopetas. Era de cazoleta las de los dos primeros, y excelentes, por supuesto según ellos. José y Braulio llevaban además lanzas cuidadosa mente enastadas.

En la casa no quedó perro útil; todos, atramojado de dos en dos, engrosaron la partida expedicionaria dando au

os de placer; y hasta el favorito de la cocinera Marta, Palomo, uien los conejos temían con ceguera, brindó el cuello para contado en el número de los hábiles; pero José le despidió un ¡zumba! seguido de algunos reproches humillantes.

Luisa y las muchachas quedaron intranquilas, especialnte Tránsito que sabía bien era su novio quien iba a correr yores peligros, pues su idoneidad para el caso era indispule.

Aprovechando una angosta y enmarañada trocha, empezas a ascender por la ribera setentrional del río. Su sesgo cauce, añonado por peñascos en cuyas cimas crecían, como en azos, crespos helechos y cañas enredadas por floridas trepadoras, aba obstruído a trechos con enormes piedras, por entre las les se escapaban las corrientes en ondas veloces, blancos bollones y caprichosos plumajes.

Poco más de media legua habíamos andado, cuando José, eniéndose a la desembocadura de un zanjón ancho, seco murallado por altas barrancas, examinó algunos huesos mal los dispersos en la arena; eran los del cordero que el día es se le había puesto de cebo a la fiera. Precediéndonos ulio, nos internamos José y yo por el zanjón. Los rastros ıían. Braulio, después de unas cien varas de ascenso, se deo, y sin mirarnos hizo ademán de que parásemos. Puso oído os rumores de la selva; aspiró todo el aire que su pecho podía ıtener; miró hacia la alta bóveda que los cedros, jiguas y yarus formaban sobre nosotros, y siguió andando con lentos y nciosos pasos. Dutúvose de nuevo al cabo de un rato; repi el examen hecho en la primera estación; y mostrándonos los guños que tenía el tronco de un árbol que se levantaba desde fondo del zanjón, nos dijo, después de un nuevo examen de huellas: «Por aquí salió: se conoce que está bien comido y quiano». La chamba terminaba veinte varas adelante un paredón desde cuyo tope se conocía, por la hoya que tenía pie, que en los días de lluvia se despeñaban por allí las corriende la falda.

Contra lo que creía yo conveniente buscamos otra vez ribera del río, y continuamos subiendo por ella. A poco halló

Braulio las huellas del tigre en una playa, y esta vez llegał hasta la orilla del río.

Era necesario cerciorarse de si la fiera había pasado] allí al otro lado, o sí, impidiéndoselo las corrientes, ya m descolgadas e impetuosas, había continuado subiendo por ribera en que estábamos que era lo más probable.

Braulio, la escopeta terciada a la espalda, vadeó el rau atándose a la cintura un rejo, cuyo extremo retenía José p: evitar que un mal paso hiciera rodar al sobrino a la casce inmediata.

Guardábamos un silencio profundo y acallábamos u que otro aullido de impaciencia que dejaban escapar los peri

—No hay rastro acá,—dijo Braulio después de exami las arenas y las malezas.

Al ponerse en pie, vuelto hacia nosotros, sobre la cima un peñón, le entendimos por los ademanes que nos mande estar quietos.

Zafóse de los hombros la escopeta; la apoyó en el pe como para disparar sobre las peñas que teníamos a la espal se inclinó ligeramente hacia adelante, firme y tranquilo, y fuego.

—¡Allí!—gritó señalando hacia el arbolado de las pei cuyos filos nos era imposible divisar; y bajando a saltos a ribera, añadió:

—¡La cuerda firme! ¡Los perros más arriba!

Los perros parecían estar al corriente de lo que había su dido: no bien los soltamos, cumpliendo la orden de Braul mientras José le ayudaba a pasar el río, desaparecieron a nu tra derecha por entre los cañaverales.

—¡Quietos!—volvió a gritar Braulio ganando ya la ribe y mientras cargaba precipitadamente la escopeta, divisándo a mí, agregó:

—Usted aquí, patrón.

Los perros perseguían de cerca la presa, que no debía ter fácil salida, puesto que los ladridos venían de un mismo pur de la falda.

Braulio tomó una lanza de manos de José diciéndonos los dos:

—Ustedes más abajo y más altos, para cuidar este paso, rque el tigre volverá sobre su rastro si se nos escapa de donde á Tiburcio con ustedes,—agregó.

Y dirigiéndose a Lucas:

—Los dos a costear el peñón por arriba.

Luego, con su sonrisa dulce de siempre, terminó, al colocar n pulso firme un pistón en la chimenea de la escopeta:

—Es un gatico, y está ya herido.

En diciendo las últimas palabras nos dispersamos.

José, Tiburcio y yo subimos a una roca convenientemente uada. Tiburcio miraba y remiraba la ceba de su escopeta. sé era todo ojos. Desde allí veíamos lo que pasaba en el pen y podíamos guardar el paso recomendado; porque los árles de la falda, aunque corpulentos, eran raros.

De los seis perros, dos estaban ya fuera de combate: uno ellos destripado a los pies de la fiera; el otro, dejando ver entrañas por entre uno de los costillares desgarrado, había ido a buscarnos y expiraba dando quejidos lastimeros junto a piedra que ocupábamos.

De espaldas contra un grupo de robles, haciendo serpenr la cola, erizado el dorso, los ojos llameantes y la dentadura cubierta, el tigre lanzaba unos bufidos roncos, y al sacudir enorme cabeza, las orejas hacían un ruido semejante al de las tañuelas de madera. Al revolver hostigado por los perros, escarmentados aunque no muy sanos, se veía que su ijar uierdo chorreaba sangre, la que a veces intentaba lamer tilmente, porque entonces lo acosaba la jauría con ventaja.

Braulio y Lucas se presentaron saliendo del cañaveral re el peñón, pero un poco más distantes de la fiera que noros. Lucas estaba lívido, y las manchas de carate de sus nulos de azul turquí.

Formábamos así un triángulo los cazadores y la pieza, liendo ambos grupos disparar a un tiempo sobre ella sin ndernos mutuamente.

—¡Fuego todos a un tiempo!—gritó José.

—No, no; los perros—respondió Braulio; y dejando solo u compañero, desapareció.

Comprendí que un disparo general podía terminarlo todo;

pero era cierto que algunos perros sucumbirían; y no murien el tigre, le era fácil hacer una diablura encontrándonos armas cargadas.

La cabeza de Braulio, con la boca entreabierta y jadean los ojos desplegados y la cabellera revuelta, asomó por en el cañaveral, un poco atrás de los árboles que defendían espalda de la fiera: en el brazo derecho llevaba enristrada lanza, y con el izquierdo desviaba los bejucos que le impedí ver bien.

Todos quedamos mudos; los perros mismos parecían in resados en el fin de la partida.

José gritó al fin:

—¡Hubi! ¡Mataleón! ¡hubi! Pícalo, Truncho!

No convenía dar tregua a la fiera, y se evitaba así ries mayor a Braulio.

Los perros volvieron al ataque simultáneamente. O de ellos quedó muerto sin dar un quejido.

El tigre lanzó un maullido horroroso.

Braulio apareció tras el grupo de robles, hacia nuest lado, empuñando el asta de la lanza sin la hoja.

La fiera dió la misma vuelta en su busto y él gritó:

—¡Fuego! ¡fuego!—volviendo a quedar de un brinco el mismo punto donde había asestado la lanzada.

El tigre lo buscaba. Lucas había desaparecido. Tibur estaba de color de aceituna. Apuntó, y sólo se quemó la ce

José disparó. El tigre rugió de nuevo, tratando como morderse el lomo, y de un salto volvió instantáneamente so Braulio. Este, dando una nueva vuelta tras de los robles, la zóse hacia nosotros a recoger la lanza que le arrojaba José.

Entonces la fiera nos dió frente. Sólo mi escopeta esta disponible: disparé; el tigre se sentó sobre la cola, tambaleó cayó.

Braulio miró atrás instintivamente para saber el efecto último tiro. José, Tiburcio y yo nos hallábamos ya cerca de y todos dimos a un tiempo un grito de triunfo.

La fiera arrojaba sanguaza espumosa por la boca: te los ojos empañados e inmóviles, y en el útimo paroximo muerte estiraba las piernas temblorosas y removía las hojaras al enrollar y desarrollar la hermosa cola.



El arponero

(Samuel A. Lillo, chileno)

Esta combinación de versos de once y siete sin orden ni rima fija ya di-s que se llama silva (selva en latín).

Cual fieras en acecho, cautelosos
Se acercaron los barcos
Movidos por remeros vigorosos;
Y poco a poco fueron estrechando
El cerco y avanzó primero
La barca que llevaba el Arponero.

Iba el mozo de pie sobre la prora
En la diestra un arpón, y en la cintura
Un hacha brilladora;
Un semidiós de bronce parecía

Su cuerpo de viril musculatura
Forjado al yunque de combates cruentos
Con los monstruos, las olas y los vientos.
Las bandas de las rápidas toninas
Que atraviesan rondando
Como discos de plata, las marinas
Ondas, y los fornidos cachalotes
Que apartan de su rumbo las neblinas,
Conocían su arrojo y su pujanza,
Los formidables botes de su arpón y su lanza.

Inmóvil, la ballena entre la bruma
Semejaba un peñón de negra cima
Que el mar bañaba con su espuma.
De pronto, resoplando,
Arrojó dos violentos surtidores,
Dos caños espumosos que subieron
Para caer, después de breve instante,
Trocados en dos arcos de colores,
Sobre el enorme dorso del gigante.

Y la barca atrevida
Se acercó lentamente.
Quietos quedaron todos aguardando
La recia acometida.
Un pie puso en la borda el Arponero
Y echándose hacia atrás, con la cabeza
Erguida y con los ojos
De halcón de mar clavados en su presa,
Como si fuera un medioeval guerrero
Que arrojara un venablo,
Su brazo poderoso
Lanzó el hierro fatal contra el coloso.

Fué el golpe tan seguro
Que se clavó el arpón sobre el costado
Como queda la estaca sobre el muro.
Al sentirse tocado,

Dió el bruto en la explosión de su coraje
Un salto formidable de repente,
Como el potro salvaje
Que el acicate en los ijares siente.
Giró sobre sí mismo,
Buscando al enemigo que lo hería;
Se detuvo, y de súbito,
Presa de un espantoso paroxismo,
Replegó sus aletas temblorosas
Y se hundió resoplando en el abismo.
La cuerda del arpón se desenvuelve,
Siguiéndolo en su marcha hacia la hondura;
Y el Arponero con el hacha en lo alto,
Sereno, pero pálido el semblante,
Fija la vista abajo,
Aguarda por segundos el instante
En que la cuerda dé su última vuelta
Para cortarla al fin de un solo tajo.

¡Qué suspiro de alivio
Dejaron escapar los pescadores
Cuando vieron que el monstruo ya subía,
Arrojando los blancos surtidores
Que brillaban al sol del mediodía!

La cuerda púsose otra vez tirante
Y, arrastrando con ella al barquichuelo,
El cetáceo lanzóse hacia adelante.
Empezó entonce una veloz carrera
Tan fantástica y rara,
Que el barco, resbalando, parecía
Sobre el mar agitado,
El carro de Neptuno que arrastrara
Un caballo marino desbocado.

Recogidos los remos, los remeros
Apoyados en ellos, contemplaban
La carrera sin fin de la ballena

Luchando entre esperanzas y temores,
Como un grupo de recios gladiadores
Que fueran conducidos a la arena.

Así pasaron una y otra hora
Sin que el monstruo cejara ni un momento;
En tanto que allá atrás las otras barcas
Quedábanse perdidas
Con su velamen desplegado al viento.

De improviso, el cetáceo se detuvo
Al fin de su larguísima carrera,
Y, arrollando la cuerda lentamente,
En silencio avanzó la ballenera.
El hombre del timón y solamente
Dos fornidos remeros se quedaron
Para evitar los saltos del coloso;
Iba a empezar la épica tarea;
El arponero y los demás tomaron
Las afiladas lanzas de pelea.

Al primer golpe del agudo acero,
Agitóse la bestia enfurecida,
Batiendo el mar en torno
Al sentir el dolor de la honra herida.
A cada choque de su enhiesta cola
Alzábase una ola
Que en montañas de espuma se rompía,
Hirvientes torbellinos
Reventaban en torno de la barca.
Parecía un combate sobrehumano
De dos monstruos marinos
Que subían del fondo del oceano.
Cuatro dardos clavados
Lleva el cetáceo y cuatro rojas fuentes
Bajan por sus costados,
Enrojeciendo el mar con sus corrientes.

Resuelto el arponero
A dar fin a la lid, se precipita,
Al vórtice rugiente, en que ya ciega
La bestia de ira y de dolor se agita.
Y, maniobrando osadamente, llega
Casi a tocar con la barquilla el lomo
Que, a intervalos, se pierde en el sudario
De espuma que lo baña,
Y en el sitio buscado hunde con saña
Su lanza el arponero temerario.

A la voz del piloto,
Como nave que evita una rompiente,
La barca retrocede de repente,
Dóblanse sobre el remo los remeros
Y el vigor de sus brazos
Casi libres los lleva;
Mas luego un coletazo formidable,
Como un débil cristal, rota en pedazos
A la chalupa por el aire eleva.

Entretanto el cetáceo moribundo,
Destrozados sus órganos vitales,
En las ansias mortales
Que acusan los postreros estertores,
Como una tromba, lanza hacia lo alto
Gruesa columna roja
Y los pálidos rostros de los náufragos
Con el diluvio de su sangre moja.

Al arribar los barcos rezagados,
Recogieron los náufragos cansados
De la lucha: faltaba el arponero.
Su cuerpo como incógnito viajero
Bajaba por la hondura
Y en adusta figura
Ya muda, inofensiva,

Cruzaba en paz entre las mismas bandas
Que él persiguiera con su arpón arriba.

El sol ya descendía
En medio de un incendio llameante
Y sobre el mar la sangre se extendía
Como un manto de púrpura flotante.
Y en la azul lontananza,
El coloso tumbado
Con las negras aletas hacia lo alto
Aparecía inmóvil, sin aliento,
Como el casco de un barco abandonado
A merced de las olas y del viento.





En la sierra de Córdoba

Caza de leones

(Martínez Zuviría (Hugo Wast) argentino)

Aquel lugar era como un inmenso anfiteatro; las dos la-ras, erizadas de árboles, formaban dos colosales graderías desde nde los espectadores asistían al drama que iba a desarrollarse la ladera del río, sobre una estrecha playa de arena, marcada n el rastro de las fieras que bajaban a beber.

Desde su divisadero Marcela vigilaba un lugar limpio de sque, en la otra banda; y por allí apareció de nuevo el león, stigándose los garrones con la cola, azorado al sentir la jau- en su rastro.

—¡Allá baja!—exclamó la muchacha,—y don Melitón se scolgó a saltos por la agria cuesta.

Midas y los muchachos corrieron locos de entusiasmo, pos de Carpio, que avanzaba con su winchester pronto.

Marcela quedó sola con Alfonso Puentes, al borde de un lcón de altísimas piedras negras, tajadas a pico.

El gustó en silencio la dicha de acompañarla, y fueron tan-s y tan dulces sus pensamientos en ese instante, que le pareció ber estado mirando horas y horas aquel león alazán, que co-a cercado por los perros.

También en la memoria de ella quedó grabada para siempre, todos sus detalles, la escena rapidísima: la fiera sobre la cues- fulgurante de sol, las manchas claras de los perros acercándosele

por todos los rumbos, los hombres que le azuzaban, el río tu-
bulento, y entre las piedras oscuras el fusil de Roque Carp
que apuntaba; un penacho de humo azul que se disipó antes
que oyeran el estampido, y el león que rodó fulminado por
cuesta.

Froilán Palacios llegó el primero junto al cadáver de
fiera, repartiendo latigazos para alejar a los cincuenta perr
Pero no pudo impedir que en un instante lo hicieran triz
y se oyó una maldición de Roque Carpio, furioso, porque hab
querido obsequiar con el cuero a Marcela.

Don Melitón ni siquiera bandeó el río. Le preocupaba
tenacidad de los ladridos del Qué-te-importa.

—Ese debe ser un lión empacao—dijo.—Seguramente
ha acorralado en alguna cueva y ni el lión sale, ni el perro
anima a meterse a sacarlo. De otro modo ya lo hubieran ca
de la garganta.

Uno de los hombres gritó desde la otra orilla, algo in
teligible, por la enorme distancia; y todos con sus jaurías f
ron recostándose hacia donde ladraba el perro de don Melit

—También ellos lo han sentido y saben que cuando mi
rro porfía es seguro que algo hay. ¡Vamos, niña!

Remontaron el despeñadero, pasaron por el sitio doı
habían dejado los caballos, y empezaron a descender de nue
hacia el río por otro cañadón.

El cerco de los hombres, diseminados por la grade
del anfiteatro, se iba estrechando alrededor de esa cañada, para
dejar paso a la fiera si intentaba huir.

Roque Carpio, malhumorado, marchaba el último, p
Solimán, enardecido con la sangre caliente del león muerto
su mano, se adelantó y cortó por un atajo.

—¡Ese va pegao a'un rastro! ¡Mírénlo! Apuesto a que
con la cueva—gritó alguien.

Se vió al perro detenerse luego delante de un boque
misterioso. Allí estaban los otros tres de don Melitón, y an
de cinco minutos se congregaron cincuenta más, que hab
paladeado la áspera carne de la otra víctima.

Don Melitón acudió desalado, ansiando el honor de
cacería.

—¡Allá está! ¡es una liona!

Detrás de una cortina de yuyos montañeses, perfumados espinosos, veíase una grieta en el cerro. Era un peñasco treabierto como un libro. En el ángulo, recostada contra la ;a, las cuatro zarpas crispadas en el aire y las fauces rugientes, aba la fiera.

Uno de los perros yacía despanzurrado a medio camino de a, y los demás, aunque no se animaban a franquear la entrada, la dejaban salir. Alguno se caldeaba mucho, y avanzaba ostándose a la muralla; pero ella de un manotón lo arrojaba ra.

El matorral sacudido exhalaba un fuerte olor a menta, e se mezclaba al salvaje hálito del león. Don Melitón apuntó mosamente al codillo de la fiera. Marcela y Alfonso llegaban riendo.

El leonero bajó el arma y dijo casi en secreto:

—Esa liona está tapando con el cuerpo la boca de una cueva. de tener lioncitos. De no, ya se abría disparado por la maga.

—¡Oh, don Melitón!—suplicó Marcela.— ¡Sálvelos para mí!

En tales cacerías, en que intervienen perros tan bravos y indóciles, es sobremanera difícil apoderarse de un cachorro o. Antes de que el cazador lo encuentre, los perros lo destron.

Don Melitón sonrió al pedido y miró a su alrededor. Por as partes acudían veloces, enfurecidos y gimiendo de impaicia, los perros de los camperos, y detrás sus dueños azudoles: ¡Chúmale! ¡Chúmale!

Marcela comprendió el peligro de aquella avalancha, y vió a suplicar:

Don Melitón volvió a apuntar calmosamente y disparó. leona cayó muerta, y él soltó el arma para sujetar del collar us dos perros, y por entre las garras convulsas de la fiera angrentada se metió Alfonso en la cueva; pero Solimán ó antes que él por la grieta que la madre había estado obsyendo con su cuerpo.

¡Sálveme los leoncitos!—gritó Marcela, y Alfonso no va-, sacó el revólver, y a mansalva, quemándole la piel con el

fogonazo, le disparó un tiro en la oreja al perro de Carpio le arrebató de entre los colmillos los animalitos temblorosos

Eran tres cachorritos que depositó en los brazos de M cela, en el momento en que llegaba Midas, los dos muchach y detrás de ellos Roque Carpio.

—¿Quién mató mi perro?

—¡Yo!

Un silencio siniestro de un instante, como el que sigue chispazo del rayo, erizó la piel de todos.

Roque Carpio era un hombre pálido. Lo renegrido de barbas y de sus ojos aumentaban tal impresión.

Pues bien, su palidez habitual era negrura o rubor com rada con la palidez que bañó su frente, y sus mejillas, y sus bios como un agua mortal.

—Yo mandé que lo matara; siento mucho, don Roq pero quería salvar los leoncitos.

El ex-presidiario miró aquellos ojos verdes que se posal sobre él, y fuése retirando, retirando, como si la tierra se n viera bajo sus pies, y se afirmó en la muralla de piedra, con mano petrificada sobre su winchester.

Don Melitón se hizo el que nada veía; sacó el cuchillo y puso a cuerear su víctima.

Casi en seguida cayeron las jaurías, pero aquellos despo estaban ya en poder de un hombre, y no se atrevieron a tocarl

Quedáronse latiendo al rededor, esperando las piltra que les arrojarían y mantenidos a raya por los temibles arı dores de sus dueños.

Ayudado por Froilán, don Melitón concluyó de cuerear leona y tendió la piel sangrienta y suave a los pies de Marce que envolvía amorosamente los cachorros en su manta.

—Tome, niña, pa este invierno, que pinta muy crudo.

Los perros hambrientos se abalanzaron sobre el cadá desollado, menos los de don Melitón, que los alejó a reb cazos.

—Esa carne es muy caliente—explicó—y seca a los per que la comen.

Se pusieron en camino para el bosque de cocos, donde jaron los caballos y a cuya sombra asarían las cabras.



LA EPOPEYA DE LOS CÓNDORES

(Samuel A. Lillo)

ra la edad lejana
los tiempos heroicos de esta
[tierra,
que vibraba todavía el grito
ibertad del mar hasta la sierra;
que cada labriego,
scender la noche sus montañas,
taba junto al fuego
oema viril de sus hazañas;
iempo legendario
ndo en la soledad de los alcores,
aban con los pumas,
o nuevos Davides, los pastores
ando los aldeanos,
somar la aurora,
miraban descender hacia los llanos,
más fieras y más grandes
tal vez que las de ahora,
las bandadas de cóndores del Andes.

En grupos bulliciosos acudieron,
al conocer la nueva de aquel día,
los fornidos muchachos montañeses
a tomar su lugar, como otras veces,
en la gran cacería.

Construyeron el campo de la liza
al pie de unas alturas
que cierran allí el valle, y lo cercaron
con una red de troncos que amarraron

con fuertes ligaduras.
En el centro dejaron por la noche
un toro recién muerto que atrajera,
al clarear la alborada,
la interminable hilera
de la hambrienta bandada.

Desde el alba, la turba de mucha-
[chos,
en espera del duelo,
atisbaba escondido en la maleza,
cuál bajaban los cóndores del cielo.
Algunos descendían con presteza
para entrarse resueltos al cercado;
otros, revoloteando con pausado
y airoso movimiento,
o con las grandes alas extendidas,
pasaban por encima y se alejaban,
como naves llevadas por el viento.

Al sonar la campana
que en la hacienda lejana
llamaba a la oración del mediodía,
cerca de una centena
de cóndores enormes
ocupaban la arena,
formando en torno del becerro
[muerto
un inquieto montón, en que pelea-
[ban
los pájaros más fuertes y temidos
la presa ensangrentada, en un con-
[cierto
de aletazos, carreras y graznidos.

Hartos, por fin, de carne
uno a uno del grupo se apartaron
y, abriendo lentamente los resortes
de sus alas gigantes,
intentaron en vano alzar el vue
rendidos y jadeantes,
chocaban con la recia empaliza
y aleteando rodaban por el su

Cuando de duras pieles revestid
penetraron los mozos,
llevando a la cintura sus cuchil
y empuñando a la vez las grue
[lum
los cóndores quedaron silencio
y se agruparon junto a las orill
hasta hubo alguno que alisó
[plum
estiró el cuello y entreabrió las a
como los medioevales paladine
que oían en el viento
la lejana señal de los clarines.

Un viejo cóndor que llegó p
[tr
tranquilo se quedó: se desquit
de sus días de ayuno en las montañ
Con su pico de acero,
apoyando sus garras formidal
en la res, le rompía las entrañ
Luego agitó sus alas sorprendid
de la brusca invasión, y enardec
lanzóse contra el mozo delant
mas un golpe certero
dejó su cuerpo colosal tendido.

Fué aquello la señal: en un i
[ta
juntáronse los bandos en la are
algunos de los buitres espanta
trataron de escapar, otros aira

on los picos y collares rojos
sangre todavía,
aban a los ojos
los bravos muchachos y atre-
[vidos,
uivando los golpes de sus brazos,
do roncos graznidos,
herían con recios aletazos.
'a alguno de los mozos de alma
[fiera
re arranques de ira o de alegría,
en partes la piel que lo cubriera
ibres a los vientos los cabellos,
no un nuevo Rolando, discurría
la espesa legión que revolvía
negras alas y sus blancos cue-
[llos.
ra uno de los buitres más bra-
[víos,
uardando su espalda con los tron-
[cos,
do saltos enormes, rechazaba
os zagales los pujantes bríos;
le súbito al fin se escabullía
ondo de la liza, semejante
n jaguar que ha burlado la jau-
[ría.
'omo nubes, oscuras,
ellinos de yerbas y de polvo
ían desde el fondo a las alturas,
par que el formidable vocerío
el rudo golpear de los campeo-
[nes,
llevando por la sierra el eco
in combate de cóndores y leones.

esó un momento la porfiada
[lucha,
las aves vacilantes,
mirando con tristeza sus montañas,
al fondo del corral se refugiaron
silenciosas y hurañas.
Los mozos jadeantes
las sudorosas frentes se enjugaron,
alegres comentando sus hazañas,
y algunos de los cóndores vencidos
con los sangrientos miembros destro-
[zados
buscaron un rincón en la maleza
para morir tranquilos, resignados,
escondida en la yerba la cabeza,
como al caer en los romanos circos,
antes que pedir gracia a sus señores,
solían esconder bajo el escudo
su cabeza los fieros gladiadores.

Del fondo del palenque
avanzó de improviso
un recio cóndor de gigante altura
y de ancho collar blanco
que contrastaba con su veste oscura,
y, abriéndose camino,
en actitud airada
frente a un muchacho a colocarse
[vino.

Parecía un antiguo *condotiero*
que pelease por toda la mesnada.
Al verlo junto a él, resuelto el mozo
saltó sobre el caudillo,
y en el centro del cuello vigoroso,
sepultóle hasta el mango su cuchillo.
Irguióse el ave y antes que pudiese
dar nadie ningún paso,
lo batió con un golpe de sus alas
y el cráneo le rompió de un picotazo.

Alzóse un espantoso clamoreo
de horror y de protesta.
Los que antes contemplaban
trepados en los troncos
las fases de la fiesta,
en confuso tropel se descolgaron
y en medio del palenque penetraron;
al par que los jinetes
bajaban por la cuesta a la carrera,
y rompían los recios estacones
con el rudo empellón de sus bridones.

Y cuando separaban conmovidos
los labriegos al ave y al muchacho
estrechamente unidos,
los cóndores que estaban agrupados
dispuestos a la lucha todavía,
salieron por la brecha que se ab
Y al encontrarse afuera,
sacudiendo las alas triunfalmen
cruzaron, dando saltos, la prade

Alzaron luego el vuelo, lentame
pasaron por encima de la liza;
y al mirar el montón de sus herm
[n
con el cuello en tensión y contraí
las garras por la saña,
se fueron, desfilando en larga hile
con rumbo al peñascal de su mo
[ta





LA CAZA DEL CÓNDOR

(José S. Alvarez, («Fray Mocho»), argentino)

Una hora hacía por lo menos que callaban nuestros fusiles y sin embargo, los cóndores, desconfiados como ellos, revoloteaban todavía alarmados. Los pocos que se habían asentado en la falda del lejano cerro frontero, se paseaban parsimoniosos y serenos, aunque evidentemente inquietos, a juzgar por el movimiento de sus calvas cabezas rojas y por la presteza con que ensayaban tender el vuelo cuando un ruido insólito llegaba a sus oídos o un detalle sospechoso velaba la nítida visión de sus ojos claros y penetrantes, que atisbaban, sin parpadear, la entrada de las grutas misteriosas y la sombra traidora de los peñascos o del medroso malezal. Recogida sólo a medias el ala indigente, caminaban ceremoniosos y graves, erguida la cabeza

descubierta, como enlutados caballeros medioevales, que en just de apostura lucieran su garbo y su donaire. Cada vez que s detenían, estirando el cuello como ansiosos de recoger en el oíd para descifrarlo, el enigmático lenguaje con que les hablab el monte y la llanura, parecía que tal no hicieran, sino mutua cortesías reverentes: la tizona, obedeciendo a la presión de l mano sobre el pomo, alzaba en la contera la extremidad d manto caballero, las golas ondulaban con coquetería y las e puelas chirriaban acompasadas. Y desde el ras del suelo hast donde el ojo alcanzaba en el infinito azul, se les veía: ya esco taban rápidos y nerviosos la blanca nube pasajera que impu saba el viento, o ya sin batir el ala, describían un círculo fan tástico sobre la masa obscura de las sierras, cruzando juguet nes las anchas fajas luminosas en que el sol reía placentero.

—¿Usté cree que sólo le malicea a la oscuridá, señor?... dijo, con su acento característico, el viejo gaucho cordobés qu nos acompañaba. ¡No crea!... El cóndor es un pájaro mu astuto. Dsconfía más del sol que de la sombra y aunque pue mirarlo sin pestañear, se le hace que a contra luz s'escuende u enemigo y por eso pega la vuelta pa ver de todos laos... Sab quel hombre es artero y que se lo ha de madrugar si le da u cabe...

—Pues si todos dan el cabe que han dado éstos, los có dores morirán sólo de viejos.

—¿Ha visto como le matrerean al plomo, señor? Y eso qu las balas son pa'l cuero d'ellos como son pa'l mío estas espin de amor seco... Lo que les dentra lindo es el cuchillo...

—¡Cómo no!... Y el dedo en el pico les ha de entrar mejor. quizás.

Y convenimos después de mucho conversar y sostenerr el viejo que pa «cazar el cóndor más valían las mañas que l fusiles», en que al día siguiente cazaría para mí un cóndor vi y que si ello sucedía, yo cambiaría su posesión contra cincuen pesos.

—Cácelo ahora... ¿Para qué esperar mañana?...

—Hay que hacer aprontes, señor... y además, el cónd en ayunas no es tan fortacho... Al finao mi padre, qu'era de gente de antes, cuando no había aquí en las sierras rifles de lar

ance como hay aura, le gustaba cazar los cóndores a mano...
lo indio... y sabía obligarlos a suicidarse...

—¿Y usted no le aprendió la receta?...

—¡Vaya!... ¿Y cómo no?... ¡Si es facilísimo!... ¡No hay
ás que decirles una palabra en la oreja y ya'stá... Mañana
mañanita lo verá...

Y al día siguiente tuve ocasión de presenciar asombrado,
extraño espectáculo de una lucha singular entre la astucia
a fuerza, en aquel vasto escenario de las sierras, que alumbraba
sol naciente.

Llegamos a una quebrada pintoresca y dimos con un viejo
ncarrón que pastaba tranquilo, discurriendo goloso entre
perfumado pastizal serrano.

¿Ve?... Ese mancarrón, señor, me va a servir pa carnada...
a verá cómo caen los cóndores al olor de la sangre y cómo
asonsa la gasusa e la madrugada, castigada por la vista e
grasita!

Entre el viejo y sus dos hijos degollaron el mancarrón
ervible, le abrieron el cuerpo, extrayendo las vísceras, para
ar una buena cavidad, y le quitaron a medias la piel, tapando
ı ella, arrollada la entrada de aquélla, entre la cual se deslizó
cazador, diciéndonos, mientras se acomodaba, disimulando
presencia:

—Aura, vayansén pa la cueva que los muchachos conocen
ıbra el ojo, señor, va ver una cosa linda!...

¡Escuendansén bien, ché!... ¡Ya saben lo linces que son
os condenaos... y apurensén pa'yudarme conforme me vean
ao!...

¡Voy a cazar el más grande!

Apenas estábamos en nuestro escondite, cuando apareció en
cielo un enjambre de puntos negros que a medida que avanza-
ı iban aumentando de volumen y en cantidad; parecía que
cerros enteros, desmenuzados, andaban en el aire. Los cón-
es, majestuosos, volaban en círculo. Ya venían apresurados,
iendo el ala con presteza, ya serenos y como inmóviles, se
enían sobre el punto donde yacía el mancarrón y descen-
n rápidos a posar la garra acerada sobre el desmedrado cos-
ar, peleaban dos rivales, rezongando, por adueñarse de la

cabeza, que parece sèr bocado suculento mientras otros hac
presa en las vísceras sangrientas y se las repartían a tiro
De repente un ruido formidable apagó los graznidos entre
tados, se oyó un soplo de huracán, y al correr hacia la res, vi
al enjambre gigantesco aletear desesperado para alzar el vu
impulsando el cuerpo remolón, mientras, allá, sobre el costi
casi pelado ya, forcejeaba por escapar a las manos hercú
que sostenían sus patas negruzcas, un cóndor enorme que
viejo cordobés sujetaba, sin salir de su escondite, temeros
las injurias del pico sanguinario.

Pronto los mocetones hicieron presa en el cuello y en
alas, y, con grave escándalo del enjambre que voltejeaba g
nando sobre nuestras cabezas, quedó el cóndor como estaquea
Era un magnífico ejemplar, que hedía a carroña y cuyos
fulguraban iracundos...

—Ya ve, señor, como más valen las mañas que los fusile
Y es grande el condenao... Con razón por poco no me lev
taba...

—¿Sabe que esto se llama hazaña, viejo?...

—No tanto, señor... Pero los muchachos no hacen
todavía...

Y aura lo hagamos suicidarse a este roñoso... ¿no le
rece?...

Sacó el viejo una lezna del bolsillo de su tirador y al pro
tiempo que traspasaba con ella ambos ojos del enorme pá
de presa, los mocetones lo largaron...

Corrió un trecho, graznando de dolor y luego se remo
casi recto, singuiéndole nuestra vista entre el enjambre de
compañeros que revoloteando en círculo lo rodeaban curio
pero que él no atendía y así se perdió en el infinito azul...

—No crea que va dir lejos... Aura, lo que se vea ci
se descuelga desde las nubes a cuerpo muerto y se destr
sobre las piedras...

Y así fué. De repente lo vimos caer pesadamente, a
en la lejanía brumosa de los cerros desiertos:



ASUNTOS HEROICOS

Romance, como ya se dijo, es una serie de versos de la misma medida con …isma rima asonante en los pares. Llámase por excelencia romance el de …os octosílabos o romance menor. El de versos de menos de ocho sílabas se lla… …omancillo; el de versos de once romance heroico. Casi toda la poesía heroica …ılar de España está escrita en este metro. Romanceros son colecciones de …ınces sobre un asunto o héroe determinado vg. sobre el Cid, como los que …a continuación.

Romancero del Cid.—Diego Lainez fia del Cid la venganza de su afrenta

…idando Diego Laínez
… mengua de su casa
…ga, rica y antigua
… que Íñigo Abarca;

y viendo que le fallescen
fuerzas para la venganza,
porque por sus luengos días,
por sí no puede tomalla;

no puede dormir de noche,
nin gustar de las viandas,
ni alzar del suelo los ojos,
ni osar salir de su casa,
nin fablar con sus amigos,
antes les niega la fabla,
temiendo que les ofenda
el aliento de su infamia.
Estando, pues, combatiendo
con estas honrosas bascas,
para usar d'esta experiencia,
que no le salió contraria,
mandó llamar a sus hijos,
y sin decilles palabra
les fué apretando uno a uno
las fidalgas tiernas palmas;
no para mirar en ellas
las quirománticas rayas,
que este fechicero abuso
no era nacido en España.
Mas prestando el amor fuerzas,
a pesar del tiempo y canas,
a la fría sangre y venas,
nervios y arterias heladas,
les apretó de manera
que dijeron:—Señor, basta;
¿qué intentas o qué pretendes?
Suéltanos ya, que nos matas.—
Mas cuando llegó a Rodrigo,
casi muerta la esperanza
del fruto que pretendía,
que a do no piensan se halla,
encarnizados los ojos,
cual furiosa tigre hircana,
con mucha furia y denuedo
le dice aquestas palabras:
—Soltedes, padre, en mal ho
soltedes en hora mala,
que a no ser padre, no hiciera
satisfacción de palabras;
antes con la mano mesma
vos sacara las entrañas,
faciendo lugar el dedo
en vez de puñal o daga.—
Llorando de gozo el viejo
dijo:—Fijo de mi alma,
tu enojo me desenoja,
y tu indignación me agrada.
Esos bríos, mi Rodrigo,
muéstralos en la demanda
de mi honor, que está perdido
si en tí no se cobra y gana.—
Contóle su agravio, y dióle
su bendición y la espada
con que dió al Conde la muert
y principio a sus fazañas.





EL CID TOMA LA JURA A ALFONSO VI EN SANTA GADEA

Iizo hacer al rey Alfonso
Cid un solemne juro
ante de muchos grandes
se hallaron en Burgos.
ndó que con él viniesen
e caballeros suyos
a que con él jurasen
a cual uno por uno
la muerte de don Sancho
lo mataron seguro
l cerco de Zamora
aición y junto al muro.

Y cuando en el templo santo
estuvieron todos juntos,
levantóse del escaño
el Cid, y aquesto propuso:
—Por aquesta santa casa
donde estamos ende ayuso,
que digades la verdad
de aquesto que vos pregunto:
Si vos, Rey, fuisteis la causa,
o de los vuesos alguno,
en la muerte de don Sancho,
hayáis la muerte que él hubo.

Todos dijeron: Amén;
mas el Rey quedó confuso;
pero por cumplir el voto,
respondió:—Lo mesmo juro.
Fincó la rodilla en tierra
por facer la corte ayuso.
El Cid delante de todos
al Rey le fabla sesudo:
—Si ayer non vos besé mano,
mi Rey, a ello fuí tenudo,
mas agora vos la beso
con todo mi grado y gusto.
En esto que aquí he fablado
no os he hecho agravio alguno
que esto debiera al Rey Sanc
como leal vasallo suyo.
Y si aquesto non ficiera
yo quedara por perjuro,
et non por buen caballero
me tuviera todo el vulgo.





El Cid va a dar gracias a Dios en San Pedro de Cardeña

ctorioso vuelve el Cid
ın Pedro de Cardeña
ıs guerras que ha tenido
los moros de Valencia.
trompetas van sonando
dar aviso que llega,
tre todos se señala
lincho de Babieca.
bad y monjes salen
ibirlo a la puerta,
o alabanzas a Dios
Cid mil enhorabuenas.
se del caballo,
tes de entrar en la Iglesia
el pendón en sus manos
e de esta manera:
de tí, templo santo,
rrado de mi tierra;
ya vuelvo a visitarte
do en las ajenas.
Desterróme el rey Alfonso
porque allá en Santa Gadea
le tomé el su juramento
con más rigor que él quisiera.
Las leyes eran del pueblo,
que no excedí un punto d'ellas,
pues como leal vasallo
saqué a mi Rey de sospecha.
¡Oh envidiosos castellanos,
cuán mal pagáis la defensa
que tuvisteis en mi espada
ensanchando vuestra cerca!
Veis aquí os traigo ganado
otro reino y mil fronteras,
que os quiero dar tierras mías,
aunque me echáis de las vuestras;
pudiera dárselo a extraños;
mas para cosas tan feas
soy Rodrigo de Vivar
castellano a las derechas».



LAS CABEZAS DE LOS SIETE INFANTES DE LARA

(Del «*Moro expósito*»—Duque de Rivas)

El Moro expósito es un poema en romance heroico, escrito en el siglo X desarrollando la patética leyenda medioeval de los Infantes de Lara, sobr cual se conservan gran número de antiguos romances.

En un salón turbado le recibe
y aun trémulo, Giafar, que al verle [afecta
interés y respetos, y a su lado
en almohada de púrpura lo asienta

Solitaria y magnífica, cual todas,
tenía en medio una espaciosa mesa
en donde varios bultos ocul
de damasco ormesí rica cubie

Gustios la mira y le palpita el
[
con el dedo Giafar se la demues
y, *allí el regalo está*, con risa am
dice, y del brazo asiéndole, lo ace

de pronto, tirando del tapete,
aquí de mi amistad la sola pren-
[da».
con voz de trueno y muestra al
[padre
os amados hijos las cabezas...

n estatua de hielo convertido,
los ojos, sin moverse, en ellas,
s latidos del hinchado pecho
lo tan sólo en él de vida muestras,

ló Lara infeliz... ¡Ah! ¿cómo
[puede
débil voz la situación horrenda
palabras pintar?... Padre es pre-
[ciso,
re es preciso ser, para entenderla.

n habla Gustios, o mejor, sin vida,
vo sin moverse una gran pieza:
o un temblor ligero, impercepti-
[ble,
reció en sus miembros, y en vio-
[lenta

vulsión terminó; pero tornando
inmovilidad, gira y pasea
ojos, cual los ojos de un espectro,
una y otra de las siete prendas.

onrisa amarga agita un breve ins-
[tante
labios sin color, y en tanto que-
[man
mejillas dos lágrimas, y luego
tiernos hijos a nombrar comienza

los ojos enclavando en el que nom
[bra,
y esperando tal vez ¡ay! su respuesta:
¡Diego!... ¡Martín!... ¡Fernando!...
[¡Suero!... ¡Enrico!...
¡Veremundo!... ¡Gonzalo!... y cuan-
[do llega

a este nombre, dos veces lo repite;
y recobrando esfuerzo y vida nueva,
entrambas manos trémulas extiende,
agarra de Gonzalo la cabeza,

y la alza, pero al verla sin el cuerpo
un grito arroja, y súbito la suelta,
cual si hecha de encendido hierro
[fuese.
Empero torna a asirla, se la lleva

a los labios, y un beso en la insen-
[sible
mejilla imprime... La frialdad ho-
[rrenda,
la ascosa fetidez sufrir no pudo
y como cuerpo muerto cayó en tierra.

Aquel resto infeliz del hijo suyo
cayó sobre su pecho, y desde él rueda
por la alfombra, dejando sucio rastro
de sangre helada, corrompida y negra

Ni aun Giafar, ya saciado de ven-
[ganza
pudo aguantar más tiempo tal esce-
[na;
y huyó a esconderse, cual se esconde
[el tigre
cansado de exterminio, en su caverna.



LA ARAUCANA

LA ARAUCANA *es el mayor timbre de gloria de la épica clásica castella* *Su autor D.* ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA *(1533-1594) fué un noble g rrero castellano, que vino a Chile en la expedición de D. García Hurtado Mendoza, tomó parte en la guerra de Arauco, en la que demostró gran v y prudencia, pero habiendo tenido un lance personal, fué desterrado por jefe, de quien parece se vengó privándolo de la gloria de ser el protagonista inmortal poema que había ido escribiendo entre los azares de la guerra, y publicó en Madrid, en tres etapas.*

La Araucana es un poema rico en bellezas literarias, digno de gran el



imitación. Entre las más eminentes y universalmente ereconocidas se pu enumerar:

1) la veracidad y realismo de sus DESCRIPCIONES, *tomadas del natural tal viveza, que es fácil actualmente irlas recorriendo a través del territorio, esar de los cambios de nomenclatura.*

2) La característica de los personajes, en lo que pocos lo han superado héroes indios tienen marcadas e inconfundibles fisonomías: astucia y lencia el anciano COLOCOLO; *fuerza y resistencia sobrehumana el gigantes-* AUPOLICÁN; *sagacidad y denuedo el animoso* TUCAPEL; *penetrante in- encia y amor patrio el indomable* LAUTARO, *etc.*

3) LOS DISCURSOS *de los héroes acaban de caracterizarlos: corresponden tamente a la índole que el autor señala a cada uno y son modelos del género l plan, oportunidad y energía.*

4) Las COMPARACIONES *recuerdan las de Homero por la brillantez y apro- 'a adaptación al objeto.*

La versificación es sonora y el estilo flúido, pero a menudo desigual y a s vulgar en la expresión. El metro es la octava real, estrofa de ocho versos casílabos, rimados los seis primeros alternados, y los dos últimos pareados.



ARGUMENTO DE LA ARAUCANA

En los primeros doce cantos se hace una descripción de Chile, de los ar canos y de su historia y costumbres antes de la colonia. En los veinticinco r tantes se narra con gran realismo la lucha formidable de los dos pueblos. ra apaciguar la discordia de los caciques, que impedía la unión y victo el anciano cacique Colocolo propone la prueba del tronco para elegir el cau llo supremo. Triunfa Caupolicán que sostiene el tronco tres días. Los españ son derrotados por Lautaro y se retiran a Santiago, pero, recibidos refuer reaccionan; derrotan y matan a Lautaro, toman prisionero y ejecutan a Cau licán, y continúan su avance victorioso hasta el mar de Chiloé, de donde vuel triunfantes a la Imperial.



Introducción

lo las damas, amor, no gentilezas
caballeros canto enamorados,
as muestras, regalos ni ternezas
amorosos afectos y cuidados;
s el valor, los hechos, las proezas
aquellos españoles esforzados
a la cerviz de Arauco no domada,
ieron duro yugo por la espada.

osas diré también harto notables
gente que a ningún rey obedecen;
erarias empresas memorables
celebrarse con razón merecen;
s industrias, términos loables
más los españoles engrandecen;
pues no es el vencedor más estimado
de aquello en que el vencido es reputado.

Chile, fértil provincia y señalada
en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa;
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida.

Es Chile norte a sur de gran longura,
costa del nuevo mar, del Sur llamado,

tendrá del este al oeste de angostura
cien millas por lo más ancho tomado;
bajo del polo antártico en altura,
de veinte y siete grados prolongado
hasta do el mar Océano y Chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden,
pasando de sus términos, juntar
baten las rocas y sus olas tiend
mas esles impedido el allegarse;
por esta parte al fin la tierra hiend
y pueden por aquí comunicarse;
Magallanes, Señor, fué el prim homb
que, abriendo este camino, le c nomb





TRIUNFO DE CAUPOLICÁN EN LA PRUEBA DEL TRONCO

. . . .
'on un desdén y muestra confiada
ndo del troncón duro y ñudoso,
10 si fuera vara delicada
e pone en el hombro poderoso:
gente enmudeció maravillada
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
la color a Lincoya se le muda,
poniendo en su victoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba
y a toda prisa entraba el claro día

el sol las largas sombras acortaba,
mas él nunca descrece en su porfía;
al ocaso la luz se retiraba,
ni por esto flaqueza en él había;
las estrellas se muestran claramente,
y no muestra cansancio aquel valien-
[te.

Salió la clara luna a ver la fiesta,
del tenebroso albergue húmedo y frío,
desocupando el campo y la floresta
de un negro velo, lóbrego y sombrío:
Caupolicán no afloja de su apuesta;
antes con nueva fuerza y mayor brío
se mueve y representa de manera,
como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos egidos
la esposa de Titón ya parecía,
los dorados cabellos esparcidos
que de la fresca helada sacudía,
con que a los mustios prados flore-
[cidos
con el húmedo humor reverdecía,
y quedaba engastada así en las flores
cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faetón sale corriendo
del mar por el camino acostumbrado:
sus sombras van los montes reco-
[giendo
de la vista del sol, y el esforzado
varón el grave peso sosteniendo
acá y allá se mueve no cansado,
aunque otra vez la negra sombra
[espesa
tornaba a parecer corriendo apriesa.

La luna su salida provechosa
por un espacio largo dilataba:
al fin turbia, encendida y perez
de rostro y luz escasa se mostra
paróse al medio curso más herm
a ver la extraña prueba en qué
[ra
y viéndola en el punto y ser prim
se derribó en el ártico hemisfe

y el bárbaro en el hombro la g
[
sin muestra de mudanza y pesad
[
venciendo con esfuerzo la fat
y creciendo la fuerza por costum
Apolo en seguimiento de su an
tendido había los rayos de su lum
y el hijo del Leocán en el sembl
más firme que al principio y
[consta

Era salido el sol cuando el eno
peso de las espaldas despedía,
y un salto dió en lanzándole disfo
mostrando que aun más ánimo te
El circunstante pueblo en voz
[form
pronunció la sentencia y le decí
«Sobre tan firmes hombros des
[gam
el peso y grave carga que toman

El nuevo juego y pleito defin
con las más ceremonias que supi
por sumo capitán fué recibido,
y a su gobernación se sometie
creció en reputación; fué tan te
y en opinión tan grande le tuvi
que ausentes muchas leguas
[tembl
y casi como a rey le respetaban



ARAUCO DOMADO

(Fragmentos)

(Pedro de Oña, chileno)

El ARAUCO DOMADO *del poeta chileno* PEDRO DE OÑA (*1570-1645*), *imitación y continuación de la Araucana, pretende completar la obra de Ercilla dando a Hurtado de Mendoza el papel de protagonista, de que aquél lo habría privado. Aunque inferior al modelo, escrito como por encargo y con grande premio; contiene algunas partes verdaderamente inspiradas. Escribió también un poema sobre San Ignacio de Loyola titulado* IGNACIO DE CANTABRIA.

Ya con soberbios altos alaridos,
estrépito confuso y ruido espeso,
el pérfido escuadrón cerrado y grueso
asalta los bastiones guarnecidos;
los nuestros al asalto apercibidos,
con orden y valor en contrapeso
del excesivo número contrario,
resisten al encuentro temerario...
Del muro los impelen y rebaten
con duras picas y ásperas espadas,
unas a botes y otras a estocadas,
a cuyo ronco són los montes laten;
mas ellos como rocas a quien baten
las ondas por el cierzo reforzadas,
no sólo tienen fuerte en esta guerra,
mas por el aire van ganando tierra.

Ya llueve el indio flechas en la
[plaza;
graniza sobre el fuerte piedra dura;
ya dellas la formada nube obscura
al claro cielo encubre y embaraza;
ya el dardo arrojadizo desembraza,
rompiendo la región sutil y pura;
ya calla el mar furioso y bravas on-
[das
al estallido espeso de las hondas.
Ya el español a fuerza de tronidos
hace temblar el monte y la trinchera;
ya el seco polvorín relampaguea,
ya se disparan rayos encendidos;
ya el cielo y aire están obscurecidos
ya no hay debajo dellos qué se vea,
si no se ve, que es vista dura y fuerte,
la temerosa imagen de la muerte...
En medio del estruendo y batería,
enhiesto sobre el muro, entre su gente
parece aquel magnánimo y valiente,
aquel insigne joven don García;
cual suele parecer al medio día
a vueltas de agua un sol resplar
[cie
o como cuando el cielo está nubl
se ve por él un arco atravesad
Su cuerpo bello armaba por
[fu
un blanco y limpio arnés de ten
[f
y por de dentro al alma un diam
[t
que al ímpetu de un monte re
[ti
brotaba por su rostro y la cimer
más luz que el sol en medio su
[mi
bastante a que mirándole de fre
se deslumbrase el bárbaro insolent

Solícito por todas partes anda
en todo se interpone, a todo atier
y aunque en furor colérico se enc

con gran reportación ordena y m
[
a quien la mano muestra floj
[blan
con apretar la suya reprehende
y en el que con mayor esfuerzo li
engendra generosa y justa envi
Con soberano estilo y modo gr
anima a su escuadrón en tal estrec
y sobre el alto dicho pone el hec
cosa que en un sujeto apenas ca
y menos cabe en mí que los al
faltándome la voz, el canto, el pec
si no me presta el cielo para tan
voz nueva, pecho nuevo y nu
[car



La peña de Roldán (Pirineos)

El «Altabizkarco cantúa»

(Imitación de la canción guerrera de los vascos)

(Francisco Navarro Villoslada)

e alza un grito, allá en el fondo
a sierra vascongada,
Amo acude a la puerta:
cucha y dice: —¿Quién llama?

perro que a sus pies duerme,
espierta y se levanta,
s ladridos resuenan
orno rocas cercanas.

etumba sordo rumor
Burunda en la garganta,
r izquierda y derecha
be los ecos y avanza.

Es el lejano murmullo
de la hueste toledana,
que en apretadas falanges
serpea por la barranca.

De la cumbre de los montes
los nuestros gritan: ¡al arma!
Y suena el cuerno de guerra,
y el amo aguza la *ezpata*.

¡Ya vienen! ¡Ya vienen! Mira;
¡parece un bosque de lanzas!
¡Cómo al pie de cien banderas,
relampaguean sus armas!

¿Cuántos son?—Cuéntalos bien,
muchacho.—Allá voy... Aguarda:
uno, dos, tres, cuatro, veinte...
tres docenas van pasadas...

Cincuenta, ciento... ¡Imposible
¡Centenares, millaradas!
Y otras más... Perder el tiempo
fuera empeñarse en contarlas.

Todos a una arranquemos
peñascos de la montaña,
y de la cumbre lanzados
al hondo, rodando, caigan.

Y aplastemos a los godos;
ni uno quede de su raza.
¿Por qué los hijos del Norte
han de invadir nuestra casa?

¿Qué tienen que hacer aquí?
¿Por qué turban nuestra calma?
Dios hizo la sierra y quiso
que el hombre la respetara.

Ruedan peñas al barranco,
la hueste enemiga aplastan,
la sangre corre, y la carne
palpita despedazada.

¡Qué de huesos triturados!
¡Qué de miembros! ¡Qué de entrañas!
¡Huíd, huíd: el valor
sólo es cebo a la matanza!

Huye, ¡oh Rey de plumas negras
y de capa colorada!
¡Quien fuerzas tenga y caballo
huya y torne a tierra llana!

Ya se van.—Y ahora, ¡oh va
todos presto a la hondonada!
¡Flechas contra el fugitivo!
Ni uno del barranco salga.

¡Ya huyen! ¿Dónde la hu
¿Dónde está el bosque de lanza
¿Dónde las ricas banderas
a los vientos desplegadas?

Teñidas en sangre y lodo
ya no deslumbran sus armas.
—Muchacho, cuéntalos bien:
¿Cuánto son?—¡Espera, calla!

Veinte, diez y nueve, quin
doce, diez; de seis no pasan...
Cinco, cuatro, tres, dos, uno
Ni uno solo a ver se alcanza.

¡Todo se acabó!—Ya puedes
volver con tu perro a casa,
y dar un beso a tus hijos
y a tu mujer que te aguardan

limpiar dardos y bocina,
tender encima la cama,
y acostarte sin cuidado
y dormir sobre la espada.

A cebarse en carne goda
vendrán de noche las águilas
y blancos siempre los huesos
quedarán de la batalla.



La vega del Tajo (Toledo)

LEYENDA

A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO

(José Zorrilla)

a entonces de Toledo
el rey gobernador
sticiero y valiente
Pedro Ruiz de Alarcón.
nos años por su patria
ien viejo peleó;
cercenado tiene un brazo,
mas entero el corazón.
La mesa tiene delante,
los jueces en derredor,
los corchetes a la puerta
y en la derecha el bastón.

Está, como presidente
del tribunal superior,
entre un dosel y una alfombra
reclinado en un sillón,
escuchando con paciencia
la cuasi asmática voz
con que un tétrico escribano
solfea una apelación.
Los asistentes bostezan
al murmullo arrullador,
los jueces medio dormidos
hacen pliegues al ropón,
los escribanos repasan
sus pergaminos al sol,
y abajo en Zocodover
gritan en discorde són
los que en el mercado venden
lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,
en faz de grande aflicción,
rojos de llorar los ojos,
ronca de gemir la voz,
suelto el cabello y el manto,
tomó plaza en el salón,
diciendo a gritos: «Justicia,
jueces, justicia, señor!»
Y a los pies se arroja humilde
de don Pedro de Alarcón,
en tanto que los curiosos
se agitan alrededor.
Alzóla cortés don Pedro,
calmando la confusión
y el tumultuoso murmullo
que esta escena ocasionó,
diciendo:
—Mujer, ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor.
—¿De qué?
—De una prenda hurtad
—¿Qué prenda?
—Mi corazón.
—¿Tú le diste?
—Le presté.
—¿Y no te le han vuelto?
—No.
—¿Tienes testigos?
—Ninguno.
—¿Y promesas?
—¡Sí, por Dios!
Que al partirse de Toledo
un juramento empeñó.
—¿Quién es él?
—Diego Martínez.
—¿Noble?
—Y capitán, señor.
—Presentadme al capitán,
que cumplirá, si juró.—

Quedó en silencio la sala,
y a poco en el corredor
se oyó de botas y espuelas
el acompasado són.
Un portero, levantando
el tapiz, en alta voz
dijo:—El capitán, don Diego.
Y entró luego en el salón
Diego Martínez, los ojos
llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitán don Die
díjole don Pedro, vos?—
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:
—Yo soy.
—¿Conocéis a esta muchac
—Ha tres años, salvo error

Hicísteisla juramento
ser su marido?—
—No.
Juráis no haberlo jurado?
í juro.—
—Pues id con Dios.
Miente!—clamó Inés llorando
despecho y de rubor.
Iujer, ¡piensa lo que dices!...
)igo que miente, juró.
Tienes testigos?—
—Ninguno.
apitán, idos con Dios,
ispensad que acusado
ara de vuestro honor.—

ornó Martínez la espalda
brusca satisfacción,
iés, que le vió partirse,
elta y firme gritó:
lamadle, tengo un testigo.
nadle otra vez, señor.—
ió el capitán don Diego,
óse Ruiz de Alarcón.
aultitud aquietóse
de Vargas siguió:
engo un testigo a quien nunca
ó verdad ni razón.—
Quién?
—Un hombre que de lejos
ıtras palabras oyó,
ındonos desde arriba.
Estaba en algún balcón?
o, que estaba en un suplicio,
le ha tiempo que espiró.—
uego es muerto?
—No, que vive.
stáis loca, ¡vive Dios!
—¿Quién fué?
—El Cristo de la Vega,
a cuya faz perjuró.—

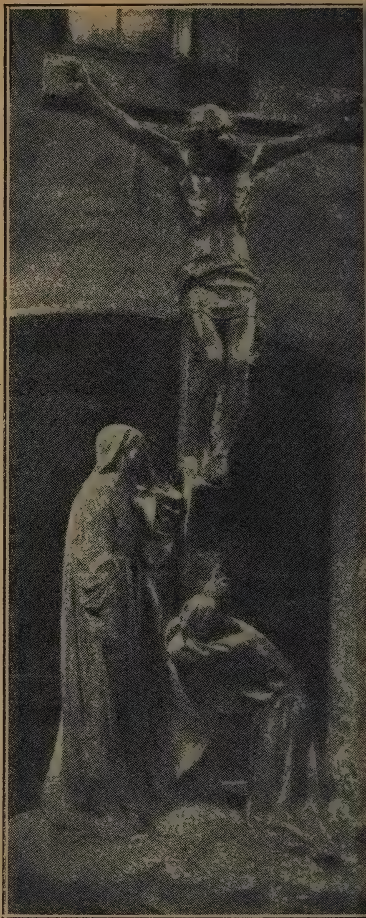
Pusiéronse en pie los jueces
al nombre del Redentor,
escuchando con asombro
tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
de sorpresa y de pavor,
y Diego bajó los ojos
de vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
don Pedro en secreto habló,
y levantóse diciendo
con respetuosa voz:

«La ley es ley para todos,
tu testigo es el mejor,
mas para tales testigos
no hay más tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos;
escribano, al caer el sol
al Cristo que está en la Vega
tomaréis declaración».

Es una tarde serena,
cuya luz tornasolada
del purpurino horizonte
blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
sus hojas plegando exhalan,
y el céfiro entre perfumes
mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
con suave rumor las aguas,
y las aves en la orilla
despidiendo al día cantan.

Allá por el *Miradero*,
por el Cambrón y Visagra
confuso tropel de gente
del Tajo a la vega baja.
Vienen delante don Pedro
de Alarcón, Ibán de Vargas,
su hija Inés, los escribanos,
los corchetes y los guardias;
y detrás monjes, hidalgos,
mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
en la vega los aguarda,
cada cual comentariando
el caso según le cuadra.
Entre ellos está Martínez
en apostura bizarra,
calzadas espuelas de oro,
valona de encaje blanca,
bigote a la borgoñesa,
melena desmelenada,
el sombrero guarnecido
con cuatro lazos de plata,
un pie delante del otro,
y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
le miran de entre las capas,
los chicos al uniforme
y las mozas a la cara.
Llegado el gobernador
y gente que le acompaña,
entraron todos al claustro
que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el CRISTO
cuatro cirios y una lámpara,
y de hinojos un momento
le rezaron en voz baja.

Está el CRISTO de la Vega
la cruz en tierra posada,
los pies alzados del suelo
poco menos de una vara:
hacia la severa imagen
un notario se adelanta,
de modo que con el rostro



(Llimo

pecho santo llegaba.
un lado tiene a Martínez,
otro lado a Inés de Vargas,
trás al gobernador
n sus jueces y sus guardias.
espués de leer dos veces
acusación entablada,
notario a Jesucristo
demandó en voz alta:
«*Jesús, hijo de María,*
nte nos esta mañana
tado como testigo
or boca de Inés de Vargas,
uráis ser cierto que un día
vuestras divinas plantas
ró a Inés Diego Martínez
or su mujer desposarla?»

Asida a un *brazo* desnudo
a *mano* atarazada
o a posar en los autos
seca y hendida palma,
allá en los aires «¡Sí JURO!»
clamó una voz más que humana.
Alzó la turba medrosa
la vista a la imagen santa
Los labios tenía abiertos,
y una mano desclavada.

Las vanidades del mundo
renunció allí mismo Inés,
y espantado de sí propio
Diego Martínez también.
Los escribanos temblando
dieron de esta escena fe,
firmando como testigos
cuantos hubieron poder.
Fundóse un aniversario
y una capilla con él,
y don Pedro de Alarcón
el altar ordenó hacer,
donde hasta el tiempo que corre,
y en cada año una vez,
con la mano desclavada
el crucifijo se ve.





(F. Bla

LA COLOMBIA

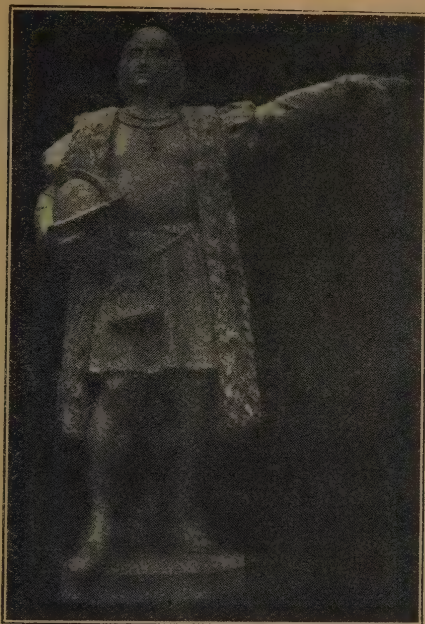
(Fragmentos)

(Esteban Muñoz Donoso, chileno

Es La Colombia un poema netamente clásico, escrito en armoniosos decasílabos sueltos (o sin rima), y a imitación de las antiguas epopeyas. peya es un extenso poema sobre un asunto grandioso y transcendental, con es aquí el descubrimiento de América.

«¡Una luz, una luz! ¿o mis sentidos
con ilusión cruel burla el deseo?...
Pero no, yo columbro, yo percibo
que una antorcha se agita en lonta-
[nanza;
no es fuego fatuo, no, ni de los mares
fosforescencia; que persiste, brilla.
se extingue, sube, baja, huye, se es-
[conde,
como sierpe de fuego juguetea
allá a lo lejos en las negras ola
¡No estalles, corazón, ésa es la ti
¡Bendita sea tu bondad, Dios
Esa luz, esa luz, símbolo her
es de la hermosa luz que en gloria
va a alumbrar a mil bárbaras n

Bendita sea tu bondad, Dios



(E. Barrón)

e así endulzas mis penas y coronas
s fatigas, trabajos y desvelos!
o estalles, corazón, esa es la tie-
[rra!»

Así hablaba consigo el Almirante;
un grito dió de júbilo llamando
buen Fernández, que de un salto
[estuvo
stísimo a su lado.—Tierra, tierra
rra, hijo mío! (con un fuerte abra-
[zo
decía Colón) ¿ves una lumbre,
a antorcha, una llama fugitiva,
ıy lejos, al Sureste, donde cierra
el horizonte obscuro? Fija atento
tu vista joven, que engañarme pue-
[den
mis ya cansados ojos.—Ambas ma-
[nos
llevó a los suyos el hermoso paje,
entoldando la vista una vez y otra;
y una vez y otra vez, con fuertes gri-
[tos
de purísimo gozo, repetía:—
«¡Sí, una luz, una luz! ¡Tierra, Almi-
[rante!»

Y pronto la noticia entre la gente
circuló de la nave capitana;
y todos en cubierta y en la borda

atisbaban de pecho, y en las jarcias:
al Sureste los ojos de hito en hito
fijaban, y veían falsas luces;
que así engaña el deseo a los mortales
y mil veces se burla del sentido.
Sólo dos vieron la felice lumbre,
los más dignos de verla.

Y entretanto
volaban las tres naves presurosa
con rumbo al Occidente, y reluci
al trémulo fulgor de las estrellas
en las quillas las olas resonante
y las raudas estelas luminosas.
Volaban en las alas de la noche



la manera de esas grandes aves
ue en las sombras envueltas, van
[buscando,
on vuelo rapidísimo, estruendoso,
l que dejaron al rayar el alba,
llá muy lejos, amoroso nido.

Pasaron breves horas. Adelante
toda vela, la ligera «Pinta»
esgarraba las olas, cuando el grito
e «¡Tierra, tierra!» en que prorrum-
[pe Triana,
sonoroso estrépito responde
el cañón de la «Pinta», que apagado
ué por gritos y aplausos y los vivas
ue unísonos salían de las naves.
«La Niña» y la nave capitana
ludaron también; y el estampido
or vez primera retumbó en los
[mares
silenciosos y obscuros de Occidente.
Repercutió en las ondas a lo lejos
y en las playas y bosques adormidos
de la feliz Guanahani. La cabeza
sacaron bajo el ala, y en sus nidos
temblaron de pavor las avecillas;
rugió en sus antros la dormida fiera;
llorando el niño abandonó su lecho
y al regazo corría de sus padres,
que, al inaudito són despavoridos,
huían también de la abrigada hamaca
y, atrás dejando las sencillas chozas,
a la playa corrían preguntando:
«¿Qué sucede en el mar? ¿Se hunde
[Guanahani?
¿Cuyas son esas luces? Son los ojos
de tres sombras monstruosas, nunca
[vistas,
que a nosotros avanzan. ¡Santos
[dioses!...»



(J. Garnelo)



Monasterio de La Rá

LAS DOS GRANDEZAS

(Eduardo de la Barra, chileno)

I

La Rábida

A la puerta de un convento
golpea un pobre mendigo;
el sol, el hambre y el viento
lo baten, y pide abrigo.

Lleva un hijo pequeñuelo,
pálido y triste el semblante;
por él pide suplicante
pan a los hombres y al cielo.

Ha sonado la campana,
y un monje con voz serena:
—Aquí hay abrigo y hay cena—
les dice;—os iréis mañana.

—Cena busco y buen abrigo—
contesta meditabundo.—
¡Llevo en mi cabeza un mundo
y un humilde pan mendigo!

—¡Al cielo alzad la oración,
alzad al cielo los ojos!—
clamó el monje; y vió de hino
ante la cruz a Colón.

II

El monasterio de Yuste

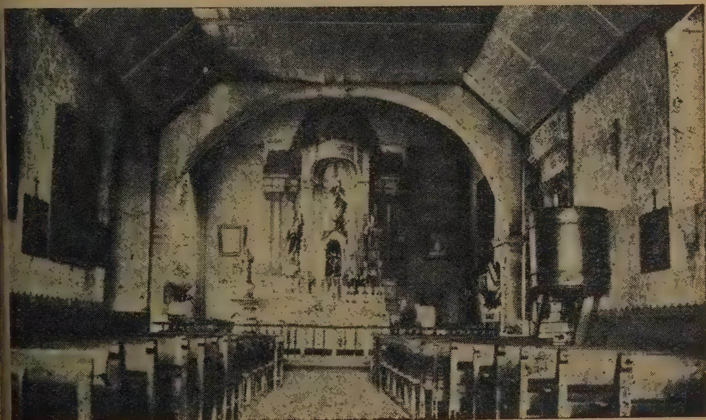
Sutiles neblinas las sierras envı
[v
el viento silbando sacude los pi
de nieve cubiertos están los camí

el lobo a lo lejos se siente aullar.
ruzaba el viajero con paso seguro
senda sinuosa que lleva al conven-
[to,
llega y exclama:—¡Por Dios, que
[un asiento
ás alto que el mío yo vengo a bus-
[car!..
Abrieron los frailes.—¿Quién sois?
[—le preguntan.
Un hombre que busca corona de
[espinas,
rona de gloria con flores divinas,
vez de la suya que mucho pesó.
¿Tuviste los dones que el mundo
[apetece?
—Riquezas y glorias mi reino tenía...
El sol en mis tierras jamás se ponía...
¡Yo soy Carlos V, mi imperio pasó!

III

Así con dolor profundo
la misma puerta tocaba,
el que iba en busca de un mundo
y el que un mundo abandonaba.

Y en el sagrado recinto,
libre de humana ambición,
hubó pan para Colón
y paz para Carlos V.



Jicotencal

(Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés), cubano)

Dispersas van por los campos
las tropas de Moctezuma,
de sus dioses lamentando
el poco favor y ayuda;
mientras ceñida la frente
de azules y blancas plumas,
sobre un palanquín de oro
que finas perlas dibujan,
tan brillante que la vista,
heridas del sol, deslumbran,
entra glorioso en Tlascala
el joven que de ellas triunfa.
Himnos le dan de victoria
y de aromas le perfuman
guerreros que le rodean,
y el pueblo que le circunda,
a que contestan alegres
trescientas vírgenes puras:
«Baldón y afrenta al vencido,
loor y gloria al que triunfa».
Hasta la espaciosa plaza
llega, donde le saludan
los ancianos senadores,
y gracias mil le tributan.
Mas ¿por qué veloz el héroe,
atropellando la turba
del palanquín salta y vuela
cual rayo que el éter surca?
Es que ya del caracol,
que por los valles retumba,
a los prisioneros muerte
el eco sonante anuncia.
Suspende a lo lejos hórrida
la hoguera su llama fúlgida
de humanas víctimas ávida
que bajan sus frentes mustias.
Llega: los suyos al verle
cambian en placer su furia,
y de las enhiestas picas
vuelven al suelo las puntas.
«¡Perdón!», exclama, y arroja
su collar: los brazos cruzan
aquellos míseros seres
que vida por él disfrutan.
«Tornad a México, esclavos:
nadie vuestra marcha turba;
y decid a vuestro amo,
vencido ya veces muchas,
que el joven Jicotental
crueldades como él no usa,
ni con sangre de cautivos
asesino el suelo inunda.
Que el cacique de Tlascala
ni batir ni quemar gusta
tropas dispersas e inermes,
sino con armas y juntas.
Que arme flecheros más brav
y me encontrará en la lucha
con solo una pica mía
por cada trescientas suyas;
que tema el día funesto
que mi enojo al punto suba:
entonces ni sobre el trono
su vida estará segura.

que si los puentes corta
rque no vaya en su busca,
ı cráneos de sus guerreros
zada habrá en la laguna».

Dijo y marchóse al banquete
está la nobleza junta
el néctar de las palmeras
re vítores se apura.
mpre vencedor después
vivió lleno de fortuna;
mas como sobre la tierra
no hay dicha estable y segura,
vinieron atrás los tiempos
que eclipsaron su ventura,
y fué tan triste su muerte
que aún hoy se ignora la tumba
de aquel ante cuya clava
barreada de aureas puntas
huyeron despavoridas
las tropas de Moctezuma.



Gonzalo de oyón

(Julio Arboleda, colombiano)

El Caballo

Gran poema inconcluso, sobre un patético episodio de la época coloni esta parte está compuesta en octavas agudas: el 4.° y 8.° verso riman en agu el 1.° y 5.° quedan libres; el 2.° rima con el 3.°; el 6.° con el 7.°.

Entonces por su mente transtor- [nada
cruza un desesperado pensamiento,
y concibe frenético el intento
de morir y dar fin a su dolor.
¡Yo traidor!, dice:—el eco le remeda;
¡traidor!, el desdichado repetía;
¡traidor!, el monte a repetir volvía
entre sus rocas ásperas,—¡traidor!

—¡Ven, mi alazán!—prorrumpe el [desdichado;—
ven por última vez, sírveme ahora,
y este cancro inmortal que me devora
hunde conmigo en los infiernos ya.
Tú eres mi único bien, yo nada tengo,
nada que me detenga aquí en el mun- [do,
y si contigo en los infiernos me hundo,
ningún pesar el alma llevará.

Ya es inútil luchar; es imposible
sufrir la ingrata, abrumadora carga
de esta existencia degradada, amarga,
que no puede a la infamia resistir.
Ante el soplo del viento del delito
mi virtud como lámpara se apaga.
Ya que sólo al delito el mundo hala
huyamos de él; dejemos de vivir

¡Ven, mi alazán!—Y rápido [arr
sobre el corcel; le aguija con fiere
y atraviesa veloz por la maleza,
desesperado, y de la muerte en p
Por sobre arbustos, zarzas, ram [troncos
el caballo frenético se lanza.
En alas del temor y la esperanz
van corcel y jinete. ¡Adiós, adiós

Alzase entre la selva estéril ri
desprovisto de arbustos y de gra
do, por senda torcida se derram
la arena, y forma vasto caracol.
Por allí va Gonzalo, y con esfue
súbito al potro en la pendiente pá
y cual si un enemigo divisara
lleva la diestra al sable el español

Al rayo de la luna que dibuj
su luenga sombra en la parduzca r
vese mover su convulsiva boca,
y su faz cadavérica vibrar.

luego con desdén suelta el acero,
trellado firmamento mira,
n la mano trémula de ira
s cielos parece amenazar.

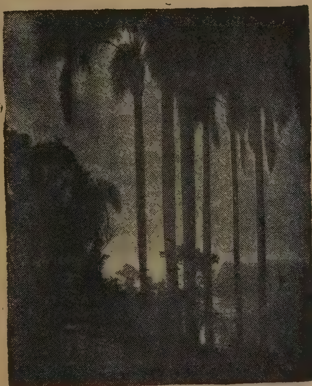
. . . .

as vedle allí!, que ya otra vez
[asoma
nando el altísimo peñasco!
cual relumbra el argentado cas-
[co
el manto de negro vellorí!
s!, ¡adiós!, ¡qué rápido galopa!
cel empujando hacia el abismo!

¡Adiós! ¡adiós! ¡que en un instante
[mismo
muerte y alivio va a buscar allí!

. . . .

¡Héle allí, bajo el manto de la no-
[che!
¡Entre el ser y la nada suspendido!
¡Sin el corcel que en libertad ha huído
¡Con vida! ¡No ha podido ni morir!
¡Sin orgullo! ¡Que el alma está mar-
[chita!
¡Sin descanso!, en desmayo solamen-
[te;
que no descansa quien dolor no siente
sin morir, sin pensar y sin vivir.





(F.

Los Exodos de Colombia

Conquista—Colonia—Independencia—República

(Aurelio Martínez Mutis, colombiano)

El soneto consta de dos cuartetos con la misma rima y dos tercetos ri al arbitrio del poeta. En este poema los sonetos son de versos de catorce, o once sílabas. Adviértase cómo en los de doce (el segundo soneto) la cesu divide en un heptasílabo (de siete) y un pentasílabo (de cinco).

En medio de los Andes, tras épica jornada
venciendo la salvaje y abrupta serranía,
ciento sesenta heroicos soldados conducía
el Capitán Gonzalo Jiménez de Quesada.

Llegó hasta los confines del Funza. En la llanada
de Teusaquillo, el pueblo que adora al rey del día,
a defender su imperio de la invasión armoda
el tumultuoso ejército de Muisca aparecía.

Firmes en sus caballos nerviosos, los iberos
inician el combate: los indios altaneros
el arco rudo tienden, con gesto soberano...

Y un huracán de flechas nubló la vasta esfera,
como si fuesen dardos del sol, que combatiera
con los centaubros ínclitos de allende el Oceano.

* * *

Son las cálidas Indias occidentales.
En Santafé, la villa de los Oidores,
ríen los opulentos Conquistadores
y fulguran las mitras episcopales.

Hinche el oro el acervo de los caudales;
la lengua de Castilla desgrana flores;
mistiga el buen Las Casas mudos dolores
y Solís ve en la sombra sus funerales.

. . . .

Del futuro les hablan a los vencidos
el lejano Caribe con sus clamores
y el viejo Tequendama con sus rugidos;

pasan los siglos; se oye largo lamento,
y parece que vibran ya los tambores
bajo las blancas toldas del campamento.

* * *

Al fin vino la aurora. De Boyacá en la vía
hallaron dos leones un campo a su vehemencia;

y bautizó de gloria nuestra augusta creencia
el arroyo escarlata que brotó en la porfía.

Allí venció el esclavo la vieja tiranía;
mas era sangre hispana la suya; era la herencia
latina de los bravos, y el sol de Independencia
fué el mismo de Lepanto, de Bailén y Pavía.

Manchado por el humo negro de la batalla
quedó el confín del cielo: callóse la metralla
y floreció entre ruinas la enseña tricolor.

En su caballo blanco pasó un guerrero: y pura,
se alzó una voz unánime de la cañada oscura:
«¡Gloria a Colombia libre! ¡Viva el Libertador!»

* * *

Naciste, ¡oh Patria! y desde entonces nada
más que el dolor, la sangre y los vaivenes
trágicos se divisa en tu jornada;
grande es tu historia, y sin embargo vienes.

llorosa y triste, exangüe y enlutada;
estás en plena juventud, y tienes
hilo de plata en las marchitas sienes
y arrugas en la faz desencajada!

Hoy vives del ayer. Mas la memoria
de tu preclara estirpe y de tu gloria
a veces, ¡ay! tu postración alegra,

pues, cerca ya del espantoso abismo,
tu aliento surge del desastre mismo
como el diamante de la roca negra!

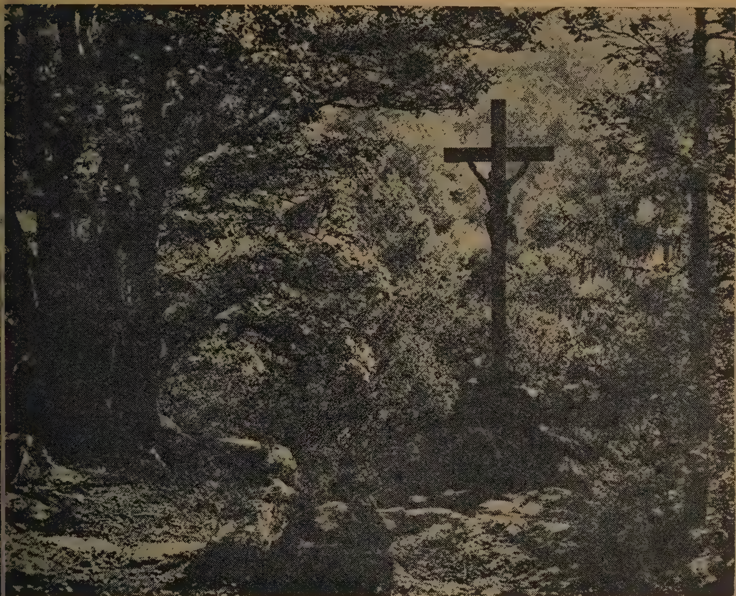


EJEMPLO HEROICO

(Carlos Walker Martínez, chileno)

onde confunden sus aguas,
claras que los cristales,
ergara y Bío-Bío
l extremo del valle,
laza de Nacimiento
re en nuestros anales,
viejos y rotos muros
da sus estrechas calles.
situada en un monte,
le, más que por el arte,
su sola posición
e defensa fácil;
espalda se levanta,
o un inmenso baluarte,
mpinada cordillera
de Nahuelbuta, con sangre
de españoles y araucanos
empapada en cien combates,
y coronada de bosques
de pinos y de quillayes.
Tiene al Oriente un castillo
que domina todo el valle,
cercado por anchos fosos
entre almenas desiguales;
y en su recinto se alza
la estrecha, lóbrega cárcel
donde mora prisionero
el famoso Ulmén Curanque;
Curanque, entre los caciques
tal vez el más formidable

de cuantos tienen vasallos
desde la mar a los Andes.
Diz que a traición le prendieron
y no en un noble combate;
diz que con falsos ardides
consiguieron capturarle;
el gobernador de Chile
que se interesa en ganarle,
porque conoce el influjo
que tiene entre los salvajes,
viene a su estrecha prisión,
y con cariñosas frases
lo trata de seducir
a las banderas reales.
—Si rindes tu tierra a España,
le dice con rostro afable,
tú serás el más honrado
de todos mis capitanes.
El rey te dará encomiendas
y títulos que te halaguen
y riquezas que te abrumen
y glorias que te levanten .
—No me importan tus honores
ni tus riquezas me valen:
mas precio a mi patria libre
que cuanto tú puedas darme.
—Mira que estás en mis manos,
el gobernador le añade
entregado a mis caprichos
y preso en segura cárcel:
si te niegas a aceptar
condiciones favorables,
te haré ver que es mi venganza
superior a mis bondades.
—Español, nunca abatido
doblé mi frente ante nadie;
y hoy ni tu bondad acepto,
ni imploro por mi rescate.
—Como a villanos traidores
y a perversos criminales,
yo te colgaré en castigo
de tu soberbia arrogante.
—Pues bien, si el destino qu
que muera de muerte infame,
como tantos de los míos
en suplicios miserables,
lo acepto; mas, te suplicó
que cuando a morir me mande
ordenes a tus verdugos,
hambrientos de oro y de sangr
que sin compasión me cuelg
a la luz del sol brillante,
del árbol más empinado
que domina todo el valle;
quiero que digan los míos
al contemplar mi cadáver:
«¡He aquí el ejemplo que deja
a sus vasallos Curanque!»
Así respondió el Ulmén,
y con tranquilo semblante
oyó al capitán de España
que la orden dió de colgarle.
No era esa la raza actual
envilecida, cobarde,
que vive en ebria pereza
del delito y del pillaje.
Era aquélla, otra más noble,
más vigorosa, más grande,
de Lautaro y Paillamachu
que honran los patrios anales.
Era aquélla que, orgullosa,
arrancó notas brillantes
a la musa castellana
con sus hechos singulares.
¡Oh! ¡Cuánto choca en el día
el vergonzoso contraste
de aquella raza sublime
y de esta raza salvaje!



Tabaré

(Juan Zorrilla de San Martín, uruguayo)

El metro es de versos endecasílabos y heptasílabos, rimados a manera de ...ance, con la misma asonancia en los pares.

. . . .

A Caracé, el cacique
...rodeado las tribus más guerreras;
...ntre el espeso matorral del río,
... banda escondida de luciérna-
[gas,

los ojos de los indios fosforecen,
al ver, sobre la arena,
cómo descienden, de la extraña nave,
los hombres blancos de la raza nueva;

y cómo dando al viento
y clavando en el suelo su bandera,

se agrupan en su torno, y, con sus
[voces,
la sorprendida soledad atruenan.

¡Extraños seres! Brillan
a los rayos del sol. Nada recelan.
Y las lomas los miran, y el barranco;
y el Uruguay se empina y los observa;

y los indios ocultos
mutuamente se muestran,
con los brazos desnudos extendidos,
el grupo extraño que al jaral se acer-
[ca.
Entre inmenso alarido,
una lluvia rabiosa de saetas
parte del matorral, y de salvajes
un enjambre fantástico tras ellas.

La bola arrojadiza
silba, y choca del blanco en la cabeza;
muere el caído, y queda para siempre
amortajado en su armadura negra,

y, los que no cayeron,
huyen despavoridos por las breñas,
dejando sangre en la salvaje playa,
y una mujer en la sangrienta arena.
. . . .

Parece flor de sangre;
sonrisa de un dolor; es la primera
gota de llanto que, entre sangre tanta
derramó España en nuestra virgen
[tierra.

Pálida como el lirio,
sola con vida entre los muertos queda.

Caracé, que a su lado se detie
con avidez felina la contempl

mientras los rudos g
de las hachas de p
del postrado español en la arm
y en los cráneos inmóviles, resu
. . . .

. . . .

Un niño llora. Sus vagidos se
del bosque en el secre
unidos a las voces de los pa
que cantan en las ramas de los c

Le llaman Tabaré. Nació una n
bajo el obscuro techo
en que el indio guardaba a la ca
a quien el niño exprime el blanco

Le llaman Tabaré. Nació en e

de Caracé el guerre
ha brotado; en las grietas del s

un lirio amarillento.
. . . .

¿A dónde va la madre silen
camina, a paso lento
con el hijo en los brazos. Llega
Es la hermosa mujer del Evan

¡E invoca a Dios en su misteri
g
se conmueve el des
y el indio niño siente en la cal
de su bautismo el fecundante

La madre le ha entregado, sollozando,
el gran legado eterno.
El Uruguay, al ofrecerle el agua,
canta con el juncal un himno nuevo.

. . . .

Madre: ¡no llores más! Siempre en
[tus ojos
gotas de llanto veo,
ue humedecen tu voz y tus miradas,
tus cantos y tus besos;

con ese llanto siempre
al despertar te encuentro.
Quién lleva, por qué lleva tantas lá-
[grimas
asta el mismo silencio de tus sueños?

¡No llores más! Porque no llores
[nunca
yo, madre, siempre rezo
la oración que despierta en mis ma-
[ñanas,
y se duerme consigo cuando duermo.

¿Por qué lloras? Las tribus no te
[ofenden;
¿oyes? Están muy lejos,
beben sangre de palmas y algarrobos,
y después dormirán; no tengas miedo

En la cruz que recibe las plegarias,
en esa que has clavado entre los cei-
[bos,
a hacer su nido bajarán los ángeles,
y a recoger mis ruegos.



Muerte de Tabaré (M. Ramírez)

No llores; que la Virgen invisible
que me enseñas a amar, vendrá por [ellos,
y a tí también te besará en la frente,
y a nuestro lado velará tu sueño.

Duerme, hijo mío; mira, entre las [ramas
está dormido el viento;
el tigre en el flotante camalote,
y en el nido los pájaros pequeños.

Ya no se ven los montes de las islas:
también están durmiendo.
Han salido las nutrias de sus cuevas;
se oye apenas la voz del teru-tero.

. . . .

Duerme. Si al despertar no me en- [contraras,
yo te hablaré a lo lejos;
una aurora sin sol vendrá a dejarte
entre los labios mi invisible beso;
duerme; me llaman,
concilia el sueño.

Yo formaré crepúsculos azules
para flotar en ellos:
para infundir en tu alma solitaria
la tristeza más dulce de los cielos.
Así tu llanto
no será acerbo.

Yo empaparé de aladas melodías
los sauces y los ceibos,
y enseñaré a los pájaros dormidos
a repetir mis cánticos maternos.
El niño duerme,
duerme sonriendo.

. . . .

La madre lo estrechó; dejó en su fre [
una lágrima inmensa, en ella un bes
y se acostó a morir. Lloró la selv
y, al entreabrirse, sonreía el ciel

¿Sentís la risa? Caracé el caciq
ha vuelto ebrio, muy ebri
Su esclava estaba pálida, muy pá [da.
Hijo y madre ya duermen los d [sueñc



EN LAS PIEDRAS

(Alejandro Magariños Cervantes, uruguayo)

-A la cuchilla vamos, hijo mío,
verás cómo allí no tienes frío.
-Todo es recogimiento en esta hora
ıe el rayo postrimero del sol dora.
-¿Ves el cerro, la mar, el hondo valle
ıs Piedras... más allá Santa Lucía?
-¿Dónde volver la vista que no halle
ı cuadro de sublime poesía?
Pero hable el corazón y el labio ca-
[lle
ando al llano bajemos, alma mía.
Apresuremos, padre mío, el paso.
e el moribundo sol toca al ocaso.
Por allí, tras aquellos membrillales,
ıs aquella olvidada y ruín tapera,
rollados los Leones castellanos
r sus hijos los Leones orientales,
scaron un refugio en su carrera;
otra vez a las manos
ı arrogancia fiera,
lvieron como rayos
teniendo el honor de su bandera.
lientes a la par unos y otros,
fusil y el cañón al centelleo,
de los sables al rudo martilleo,
y al salvaje relincho de sus potros,
caían en confuso remolino
como bajo la hoz del campesino
caen segadas del tallo las espigas.
Mas a la voz de Artigas
que horrísona retumba,
los bisoños reclutas uruguayos,
siguiendo el rojo brillo de su acero,
terrible cual Pampero
que todo lo derrumba,
embistieron sedientos de venganza,
y cada bote de su fuerte lanza
a un soldado español abrió la tumba!
—¿Por qué el paso detienes y qué
[miras,
padre, con tanto afán?... ¿Por qué
[suspiras?
—Niño, en tu pecho el entusiasmo
[late,
rostro infantil se pinta el brío,
amos que es tarde...
—¡Ya no tengo frío:
llévame al sitio donde fué el combate





Cumbre del Aconc

Los heroes

(Leopoldo Lugones, argentino)

Esta vibrante composición está escrita en pareados: la misma rima dos versos Adviértase la fuerza de la expresión y la riqueza del lenguaje.

Galopan en la llama de oro del sol naciente,
son cuatro mil bravuras en un solo torrente.
Son los libertadores. La montaña les mira
con un sombrío ceño de sobresalto y de ira
vibrando en el sonoro temblor de sus peñascos.
Sobre los pedernales riegan chispas los cascos
que la espuela apresura. Los sables echan llamas.
El aire de las cumbres silba en las oriflamas

erizando cabellos y revolviendo crines.
Resuellan las gargantas de oro de los clarines.
A trechos, un caballo cuyo brío estrepita,
sobre la mancha roja del alba se encabrita.
Relinchan las narices, piafan los corazones,
como un huracán negro suben los escuadrones.

. . . .

. . . .

En ese instante el drama tiene una peripecia:
bajo el pliegue del viento que sordamente arrecia,
aparece una línea de alas negras. La cumbre
sobre la cual despunta el sol flechas de lumbre,
al mirar ese enjambre que sube en la mañana
rompiendo el ígneo copo de una nube lejana,
como un tropel de proas, que esfumado en la bruma
revienta la onda en una soberbia flor de espuma
se estremece sintiendo maternal sobresalto.
«Ya están aquí los cóndores», dice. La hueste hace alto
para verlos. Son reyes; son verdugos; sus zarpas
asesinan; sus plumas vibran cual sordas arpas;
tienen el ala siendo la fiera; cuando acecha
su mirada, en el arco de los cielos es flecha;
huelen la guerra: el vuelo de sus alas potentes
como un ancho estandarte cubre los continentes.
Cuando aparece el cóndor la gloria está cercana:
los pájaros oyendo la invocadora diana,
que dieron los clarines en el alba, han venido
para ver, olvidando las tibiezas del nido.
Y a tal altura encuentran a los héroes, que cuando
se contempla los cerros que a sus pies van quedando
parece que asombrados de tantas maravillas
todos aquellos montes se han puesto de rodillas.



SANTOS VEGA

(Rafael Obligado, argentino)

Hermoso y sentimental poema escrito en décimas, diez versos octosíla[bos] rimados como dos redondillas separadas por dos versos, de los cuales el prim[ero] rima con el anterior y el segundo con el siguiente, o sea, 1, 4 y 5, 2 con 3, 6, [7,] 10, 8 con 9.

Santos Vega el payad[or],
aquel de la larga fama[,]
murió cantando su amor
como el pájaro en la ram[a].

Cantar popu[lar]

El alma del payador

Cuando la tarde se inclina
sollozando al Occidente,
corre una sombra doliente
sobre la pampa argentina;
y cuando el sol ilumina
con luz brillante y serena
del ancho campo la escena,
la melancólica sombra
huye besando su alfombra
con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
ue, en tibia noche de luna,
n solitaria laguna
ára la sombra su vuelo;
ue allí se ensancha, y un velo
a sobre el agua formando,
ientras se goza escuchando
or singular beneficio,
incesante bullicio
ue hacen las olas rodando.

Dicen que en noche nublada,
su guitarra algún mozo
n el crucero del pozo
eja de intento colgada,
ega la sombra callada
al envolverla en su manto,
ena el preludio de un canto
ntre las cuerdas dormidas,
erdas que vibran heridas
mo por gotas de llanto.

Cuentan que ,en noches de aquellas
que la Pampa se abisma
la extensión de sí misma
n su corona de estrellas,
bre las lomas más bellas,
nde hay más trébol risueño,
ce una antorcha sin dueño
ntre una niebla indecisa,
ra que temple la brisa
s blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
tempestad de su seno,
talla el cóncavo trueno,
e es la palabra del rayo,
ere al ombú de soslayo
rojiza sierpe de llamas,
que, calcinando sus ramas,
serpea, corre y asciende,
y en la alta copa desprende
brillante lluvia de escamas.

Cuando, en las siestas de estío,
las brillazones remedan
vastos oleajes que ruedan
sobre fantástico río;
mudo, abismado y sombrío,
baja un jinete la falda
tinta de bella esmeralda,
llega a las márgenes solas...
y hunde su potro en las olas
con la guitarra a la espalda!

Si entonces cruza a lo lejos,
galopando sobre el llano
solitario, algún paisano,
viendo al otro en los reflejos
de aquel abismo de espejos,
siente indecibles quebrantos,
y, alzando en vez de sus cantos
una oración de ternura,
al persignarse murmura;
«¡El alma del viejo Santos!»

Yo, que en la tierra he nacido
donde ese genio ha cantado,
y el pampero he respirado
que el payador ha nutrido,
beso este suelo querido
que a mis caricias se entrega,
mientras de orgullo me anega
la convicción de que es mía
la patria de Echeverría,
la tierra de Santos Vega!



El gaucho Martín Fierro

(José Hernández, argentino)

Inspirado poema popular sobre la suerte del gaucho, escrito en sextill[...] imitando el lenguaje, estilo y metro de los payadores.

Introducción

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vigüela;
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela...

Yo no soy cantor letrao;
mas si me pongo a cantar
no tengo cuándo acabar,
y me envejezco cantando:
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano,
ni las moscas se me arriman;
naides me pone el pie encima,
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona...

Soy gaucho, y entiendaló
como mi lengua lo explica,
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor;
ni la víbora me pica,
ni quema mi frente el sol.

ací como nace el peje
l fondo de la mar:
les me puede quitar
ello que Dios me dió:
ue al mundo traje yo
mundo lo he de llevar.

[i gloria es vivir tan libre
o el pájaro del cielo:
ıago nido en este suelo
e hay tanto que sufrir;
ıides me ha de seguir
ıdo yo remonto el vuelo.

o no tengo en el amor
a me venga con querellas,
o esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama:
yo hago en el trébol mi cama,
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
de mis penas el relato,
que nunca peleo ni mato
sino por necesidá;
y que a tanta adversidá
sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
que hace un gaucho perseguido,
que fué un buen padre y marido
empeñoso y diligente,
y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido.







LA VUELTA DE MARTÍN FIERRO

(José Hernández, argentino)

Muerte del gauchoCruz

El recuerdo me atormenta,
se renueva mi pesar,
me dan ganas de llorar,
nada a mis penas igualo:
Cruz también cayó muy malo,
ya para no levantar.

Todos pueden figurarse
cuánto tuve que sufrir;
yo no hacía sino gemir,
y aumentaba mi aflicción
no saber una oración
pa ayudarlo a bien morir.

Se le pasmó la virgüela,
y el pobre estaba en un grito
me recomendó un hijito
que en su pago había dejad
«Ha quedado abandonado,
me dijo, aquel pobrecito».

«Si vuelve, busquemeló,
me repetía a media voz:
«en el mundo éramos dos
«pues él ya no tiene madre;
«que sepa el fin de su padre,
«y encomiendo mi alma a D

Lo apretaba contra el pecho
dominao por el dolor:
era su pena mayor
él morir allá entre infieles:
sufriendo dolores crueles
entregó su alma al Criador.

De rodillas a su lado
yo lo encomendé a Jesús:
faltó a mis ojos la luz,
tuve un terrible desmayo;
caí como herido del rayo
cuando lo ví muerto a Cruz.

Aquel bravo compañero
en mis brazos expiró;
hombre que tanto sirvió,
varón que fué tan prudente,
por humano y por valiente
en el desierto murió.

Y yo, con mis propias manos,
yo mesmo lo sepulté:
a Dios por su alma rogué,
de dolor el pecho lleno;
y humedeció aquel terreno
el llanto que redamé.

. . . .



NARRACIONES HISTORICAS

La narración histórica es muy distinta de la poética: la poética es asuntos inventados; la histórica de hechos ciertos y comprobados como tal La historia presupone un minucioso trabajo de investigación que se llar eurística *(del griego* eurisco, *encontrar) para averiguar con gran honradez verdad de lo que se narra.*

La forma, aunque siempre debe ser bella para que sea la historia obra arte, es, por su naturaleza, más sencilla, menos adornada que en la narraci poética.



Vista actual de Covador

D. Pelayo en Covadonga

(P. Juan de Mariana)

Con el aviso de que venía Alcama, los soldados cristianos se atemo zaron grandemente, y como suele acontecer, los que más blasonaban ant del peligro, y más desgarros decían, al tiempo del menester se mostrab más cobardes. La memoria de las cosas pasadas y la perpetua felicidad los bárbaros los amedrentaba, y a manera de esclavos parecía que apen podrían sufrir la vista de los enemigos. Grande era el peligro en que todas l

osas se hallaban. El socorro de Dios y de los santos abogados de España, l esfuerzo y prudencia de don Pelayo ampararon a los que estaban faltos le ayuda, fuerzas y consejo. Fuera locura hacer rostro, y contrastar con quella gente desarmada y ciscada de miedo, al enemigo feroz y espantable or tantas victorias como tenía ganadas. Para esto don Pelayo repartió los lemás soldados por los lugares comarcanos, y él con mil, que escogió de toda a masa, se encerró en una cueva, ancha y espaciosa del monte Auseva, ue hoy se llama la cueva de Santa María de Covadonga. Apercibióse de rovisión para muchos días; proveyóse de armas ofensivas y defensivas, con ntento de defenderse si le cercasen, y aún si se ofreciese ocasión, hacer alguna alida contra los enemigos. Los moros, informados de lo que pretendía don 'elayo, por la huella fueron en su busca, y en breve llegaron a la puerta y ntrada de la cueva. Deseaban excusar la pelea y el combate, que no podía er sin recibir daño en aquellas estrechuras.

. . . .

Por la respuesta y palabras de don Pelayo se entendió la resolución ue todos tenían de vencer o morir en la demanda, pues apretados de tantas aneras, demás desto convidados con el perdón, no se querían entregar ni aban oído a ningún partido. Fué, pues, forzoso venir a las manos y hacer erza a los cercados. Combatieron con todo género de armas y con un grazo de piedras la entrada de la cueva; en que se descubrió el poder de Dios, vorable a los nuestros y a los moros contrario, a las piedras, saetas y ardos que tiraban, revolvían contra los que los arrojaban, con grande esrago que hacían en sus mismos dueños. Quedaron los enemigos atónitos on tan gran peligro: los cristianos, animados y encendidos con la esperanza e la victoria, salen de su escondrijo a pelear, pocos en número, sucios y de al talle: la pelea fué de tropel y sin orden, cargaron sobre los enemigos on grande denuedo, que enflaquecidos y pasmados con el espanto que tenían obrado, al momento volvieron las espaldas. Murieron hasta veinte mil ellos en la batalla y en el alcance: los demás desde la cumbre del monte useva, donde al principio se recogieron, huyendo pasaron al campo Liinense por do corre el río Deva. Allí sucedió otro milagro, y fué que cerca e una heredad, que deste suceso (como yo pienso) se llamó Causegadia, na parte de un monte cercano con todos los que en él estaban, de sí mismo cayó en el río, y fué causa que gran número de aquellos bárbaros perecien. Duró por largo tiempo que se cavaban y descubrían en aquellos lugares edazos de armas y huesos (en especial cuando en las crecientes del invierno s aguas comen las riberas) para muestra de aquella grande matanza.

Heroicidad de Guzman el Bueno en Tarifa

(Don Manuel José Quintana)

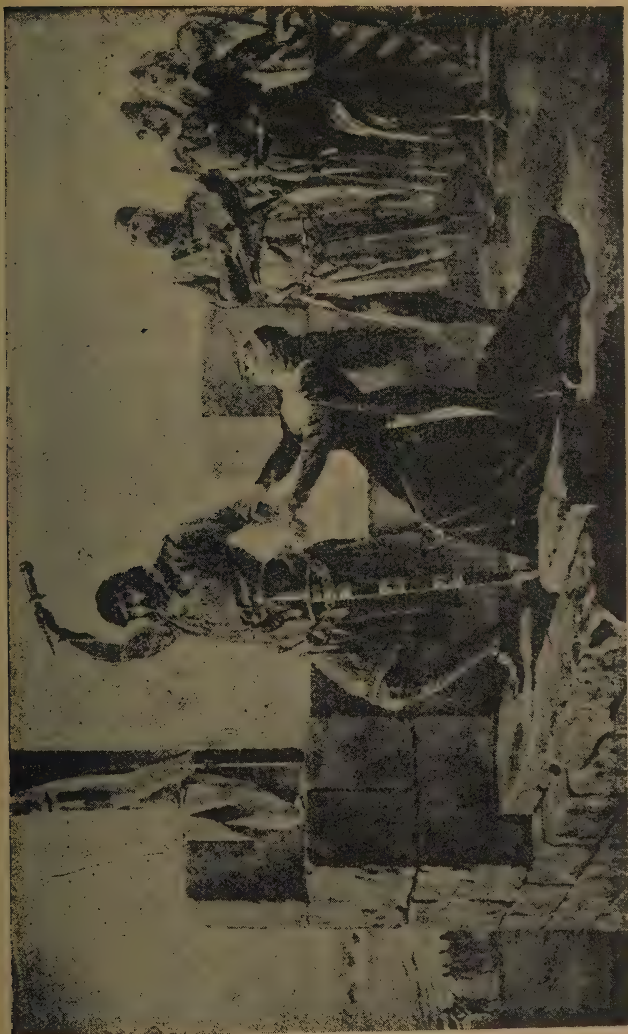
Entre los personajes malvados que hubo en aquel siglo, y los produ muy malos, debe distinguirse el infante D. Juan, uno de los hermanos d Rey: inquieto, turbulento, sin lealtad y sin constancia, había abandona a su padre por su hermano, y después a su hermano por su padre...

... no pudiendo mantenerse en Castilla, se huyó a Portugal, de don aquel Rey le mandó salir por respeto a D. Sancho. De allí se embarcó y ll gó a Tánger, y ofreció sus servicios al Rey de Marruecos Aben-Jacub, q pensaba entonces hacer guerra al Rey de Castilla. Le recibió con todo hon y cortesía y le envió en compañía de su primo Amir al frente de cinco n jinetes, con los cuales pasaron el estrecho y se pusieron sobre Tarifa.

Tentaron primeramente la lealtad del alcaide, ofreciéndole un teso si les daba la villa; y la vil propuesta fué desechada con indignación. Atáca la después con todos los artificios que el arte y la animosidad les sugiriero mas fueron animosamente rechazados. Dejan pasar algunos días, y mar festando a Guzmán el desamparo en que le dejan los suyos y los socorros abundancia que pueden venir a ellos, le proponen que, pues había hecl desprecio de las riquezas que le daban, si él partía con ellos su tesoro de cercarían la villa. «Los buenos caballeros, respondió Guzmán, ni compr ni venden la victoria». Furiosos los moros, se aprestan nuevamente al asalt cuando el inicuo infante acude a otro medio más poderoso para vencer constancia del caudillo.

Tenía en su poder al hijo mayor de Guzmán, que sus padres le habí confiado anteriormente para que le llevase a la corte de Portugal, con cu Rey tenía deudo. En vez de dejarlo allí, le llevó al Africa y le trajo a Espa consigo, y entonces le creyó instrumento seguro para el logro de su fin Sacóle maniatado de la tienda donde lo tenía y se le presentó al padre, i timándole que, si no rendía la plaza, le matarían a su vista...

Al ver al hijo, al oír sus gemidos, y al escuchar las palabras del asesin las lágrimas vinieron a los ojos del padre; pero la fe jurada al Rey, la sal de la patria, la indignación producida por aquella conducta tan execrabl luchan con la naturaleza y vencen, mostrándose el héroe entero contra iniquidad de los hombres y el rigor de la fortuna. «No engendré yo hij

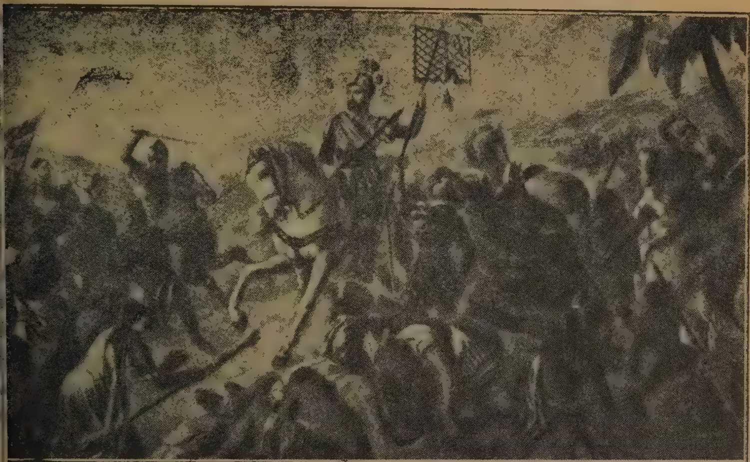


prorrumpió, para que fuese contra mi tierra, antes engendré hijo a mi p: para que fuese contra todos los enemigos de ella. Si D. Juan le diese mu a mí dará gloria, a mi hijo verdadera vida y a él eterna infamia en el mı y condenación eterna después de muerto. Y para que vean cuán lejos e de rendir la plaza y faltar a mi deber, allá va mi cuchillo si acaso les arma para completar su atrocidad». Dicho esto, sacó el cuchillo que lle a la cintura, le arrojó al campo y se retiró al castillo.

Sentóse a comer con su esposa, reprimiendo el dolor en el pecho que no saliese al rostro. Entre tanto el infante, desesperado y rabioso, degollar la víctima, a cuyo sacrificio los cristianos que estaban en el 1 prorrumpieron en alaridos. Salió al ruido Guzmán, y cierto de donde n volvió a la mesa diciendo: «Creí que los enemigos entraban en Tar De allí a poco los moros, desconfiados de allanar su constancia y temien socorro que ya venía de Sevilla a los sitiados, levantaron el cerco, que h durado seis meses, y se volvieron al Africa, sin más fruto que la ignon y el horror que su execrable conducta merecía.

La fama de aquel hecho llenó al instante toda España, y llegó a los del Rey. Enfermo a la sazón en Alcalá de Henares, desde allí escribió a mán una carta en demostración de agradecimiento por la insigne defensa había hecho de Tarifa. Compárale en ella a Abraham; le confirma el renoı de *Bueno*, que ya el público le daba por sus virtudes; le promete merc correspondientes a su lealtad y le manda que venga a verle, excusándo: no ir él a buscarle en persona por su dolencia...

Al llegar a Alcalá, salió la corte toda a su encuentro por mandat Rey, y Sancho al recibirlo dijo a los donceles y caballeros que estaban sentes: «Aprended, caballeros, a sacar labores de bondad; cerca tené dechado». A estas palabras de favor y de gracia añadió mercedes y pri gios magníficos; y entonces fué cuando le hizo donación para sí y dus de: dientes de toda la tierra que costea la Andalucía, entre las desembocac del Guadalquivir y Guadalete.



(A. Gómez)

BATALLA DE OTUMBA

(Solís)

Al vencer la cumbre, se descubrió un ejército poderoso, cuyo frente ·naba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista: timo esfuerzo del poder americano, que se componía de varias naciones, mo lo denotaban la diversidad y separación de insignias y colores. Dejá-ise conocer en el centro de la multitud el capitán general del imperio en ıas andas vistosamente adornadas; que sobre los hombros de los suyos le antenían superior a todos, para que se temiese, al obedecer sus órdenes, presencia de los ojos. Traía levantado sobre la cuja el estandarte real, ıe no se fiaba de otra mano, y solamente se podía sacar en las ocasiones mayor empeño: su forma, una red de oro macizo, pendiente de una pica, y el remate muchas plumas de varios tintes, que uno y otro contendría su isterio de superioridad sobre los otros jeroglíficos de las insignias menores.

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad a que debían pre-rar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernán Cortés a examinar los semblan-

tes de los suyos; con aquel brío natural que hablaba sin voz a los corazone y hallándolos más cerca de la ira que de la turbación: «Llegó el caso, d jo, de morir o vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros». Y n pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron, clamand por la orden de acometer, con que sólo se detuvo en prevenirlos de alguna advertencias que pedía la ocasión. Apellidando, como solía, unas veces a San tiago, y otras a San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadrón, pa ra que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que il señalada para defender los costados, y asegurar las espaldas. Dióse tan tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lug el enemigo para servirse de las armas arrojadizas. Hicieron mayor daí las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romp y desbaratar las tropas que se inclinaban a pasar de la otra banda, para tiar por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avanc Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segun golpe. Los tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de sang mexicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con elección, bu cando a los que parecían capitanes. Pero los indios peleaban con obstinació acudiendo menos unidos que apretados, a llenar el puesto de los que moría y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, po que se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirábase al parec todo el ejército, cuando cerraban los caballos y salían a la vanguardia l bocas de fuego, y volvía con nuevo impulso a cobrar el terreno perdido, m viéndose a una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que pa cían un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentían los fluj y reflujos.

Peleaba Hernán Cortés a caballo, socorriendo con su tropa los mayo aprietos, y llevando con su lanza el terror y el estrago al enemigo; pero traía sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel géne de continua operación; y discurriendo en los partidos que podría tomar pa mejorarse, o salir al camino, le socorrió en esta congoja una observación las que solía depositar en su cuidado, para servirse de ellas en la ocasió Acordóse de haber oído referir a los mexicanos, que toda la suma de sus b tallas consistía en el estandarte real, cuya pérdida o ganancia decidía de s victorias, o las de sus enemigos; y fiado en lo que se turbaba y descompo el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolución de hacer un esfue extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conoc

mó a los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal Olid y Alonso Dávila, para que le siguiesen y guardasen las espaldas con demás que asistían a su persona, y haciéndoles una breve advertencia lo que debían obrar para conseguir el intento, embistieron a poco más media rienda por la parte que parecía más flaca, o menos distante del tro. Retiráronse los indios, temiendo, como solían, el choque de los caba-, y antes que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron a la mul-d confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que piendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar, sin dete-se, al paraje en que asistía el estandarte del imperio con todos los nobles u guardia; y entre tanto que los capitanes se desembarazaban de aquella ıerosa comitiva, dió de los pies a su caballo Hernán Cortés, y cerró con apitán general de los mexicanos, que al primer bote de su lanza cayó herido por la otra parte de las andas. Habiéndole ya desamparado los os, y hallándose cerca un soldado particular, que se llamaba Juan de ımanca, saltó de su caballo, y le acabó de quitar la poca vida que le que-a, con el estandarte que puso luego en manos de Cortés...

Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando tieron las demás insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas es la fuga del ejército, corriendo despavoridos a guarecerse en los bosques aizales. Cubriéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en ve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo gor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Impor-deshacerlos, para que no se volviesen a juntar, y mandaba la irritación ue aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, os cuales murieron en Tlascala dos o tres españoles; y el mismo Cortés con un golpe de piedra en la cabeza, tan violento, que abollando las as, le rompió la primera túnica del cerebro, y fué mayor el daño de la usión. Dejóse a los soldados el despojo, y fué considerable, porque los icanos venían prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la histo-ue murieron veinte mil en esta batalla; siempre se habla por mayor en ejantes casos, y quien se persuadiere que pasaba de doscientos mil hom-el ejército vencido, hallará menos disonancias en la proporción del pri-número.



(P. Subercas

LA ENTRADA QUE DIEGO DE ALMAGRO HIZO AL CHILI

(López de Gomara)

Aderezóse para ir al descubrimiento de Chili, como estaba concert Dió y prestó muchos dineros a los que iban con él, porque llevasen bu armas y caballos; y así juntó quinientos y treinta españoles muy lucid que de buena gana querían ir tan lejos por su liberalidad y por la fam oro y plata de aquellas tierras. Muchos hubo también que dejaron su y repartimientos por ir con él, pensando mejorarlos. Almagro, pues, allí en el Cuzco a Juan de Rada, criado suyo, haciendo más gente. E delante a Juan de Saavedra, de Sevilla, con ciento, y él partióse luego co otros cuatrocientos y treinta, y con Pablo Villaoma, gran sacerdote, Fili y otros muchos indios honrados y de servicio y carga. Topó Saavedra e Charcas ciertos chileses, que traían al Cuzco, no sabiendo lo que pasaba tributo en tejuelas de oro fino, que pesaron ciento y cincuenta mil p

›n principio de jornada, si tal fin tuviera. Quiso prender allí al capitán ›riel de Rojas, que por Pizarro estaba, mas él se guardó y se volvió al ›co por otro camino con su gente. De las Charcas al Chile pasó Almagro ›cho trabajo, hambre y frío; acá peleó con grandes hombres de cuerpo, y ›tros flecheros. Heláronse muchos hombres y caballos, pasando unas gran- sierras nevadas, donde también perdió su fardaje. Halló ríos que corren día y no de noche, a causa que las nieves se derriten con el sol y se hielan la luna. Visten los de Chile cueros de lobos marinos, son altos y hermosos, n arcos en la guerra y caza; es la tierra bien poblada y del temple de stra Andalucía, sino que allá es noche cuando acá es día y su verano ndo nuestro invierno. En fin, podemos decir que son antípodes nuestros. muchas ovejas como en el Cuzco, y muchos avestruces. Los españoles mataban a caballo, poniéndose en paradas, que un caballo no corre to como trota un avestruz.





IGNACIO EN EL CASTILLO DE PAMPLONA

(P. Ribadeneira S. J.).

El año 1521, estando los franceses sobre el castillo de Pamplona es cabeza del reino de Navarra, y apretando el cerco cada día más, lo pitanes que estaban dentro, estando ya sin ninguna esperanza de so trataron de rendirse, y pusiéranlo luego por obra, si Ignacio no se lo bara, el cual pudo tanto con sus palabras, que los animó y puso coraje resistir hasta la muerte al francés. Mas como los enemigos no aflo punto de su cerco, y continuamente con cañones reforzados batiesen e tillo, sucedió que una bala de una pieza dió en aquella parte del muro c Ignacio valerosamente peleaba, la cual le hirió en la pierna derecha, de nera que se la desjarretó, y casi desmenuzó los huesos de la canilla. Y piedra del mismo muro, que con la fuerza de la pelota resurtió, tambi hirió malamente la pierna izquierda. Derribado por esta manera Ign los demás, que con su valor se esforzaban, luego desmayaron, y desconf de poderse defender, se dieron a los franceses; los cuales llevaron a Ig a sus reales, y sabiendo quién era, y viéndole tan mal parado, movid compasión, le hicieron curar con mucho cuidado.



España en la época de Cervantes

(Enrique José Varona, cubano)

Nació Cervantes en el punto en que parecía culminar la edad heroica España, al mediar el siglo XVI, cuando el César Carlos V no daba aún ales de fatiga y el rumor de sus armas y el resplandor de su gloria llenaban nundo. El cuadro que se presentó a sus ojos en los albores de su juventud, la edad hermosa de la admiración fácil y del entusiasmo fervoroso y activo, capaz de producir completo deslumbramiento en las mentes más exper-. Todo en torno suyo se ostentaba lleno de vida y lozanía. Los reinos, upados bajo el cetro del segundo Felipe, emulaban en las varias esferas la actividad social, cada uno según su situación, posición y costumbres, tribuyendo todos a la prosperidad interior de España. Del Noroeste al diodía, siguiendo el litoral en toda su extensión, y penetrando luego ta el centro mismo del país, si variaban las producciones, no decaía el luo trabajo del hombre para arrancar a la tierra sus productos más ciados: la fruta del país cantábrico y los cereales de ambas Castillas eran famosos como las maravillas de la huerta de Valencia y de la vega de anada, donde florecían en deleitoso consorcio plantas de todos los climas, londe el cultivo, estrecho ya en las profundidades de los valles, se subía damente hasta las mismas cumbres de las Alpujarras. Extremadura sus taba innúmeros ganados, y Asturias, Navarra y la región vascuense

estaban asimismo cubiertas de pastos y rebaños. Dirversas y ricas industri aumentaban el crédito de la nación. Los tafiletes de Córdoba, los pañ de Segovia, los damascos de Talavera, las tisúes de Toledo, las sedas y br cados de Sevilla, no tenían par en Europa; el comercio entre los distint reinos y con el extranjero estaba en su apogeo; cuando se hablaba de las f rias de Medina del Campo, no se contaba sino por millares de millone Barcelona daba la ley comercial hasta los más remotos mercados de las e calas de Levante; pero sobre todas elevábase Sevilla, convertida, sin hipérbol en emporio del comercio del mundo, de quien eran tributarios lo mismo Fla des que Italia, y a donde afluían los tesoros de las Indias orientales y las quezas inagotables de ambas Américas.

Si tan grande era la prosperidad, no menor era el poderío. Los domini del Rey de España se dilataban por toda la tierra: hombres de las más d versas razas, de las más extrañas lenguas, obedecían su cetro; en Euro era señor de la más bella parte de Italia y de los industriosos y opulent Países Bajos; en el centro mismo del Occidente, como atalaya entre Franc y Alemania, poseía el Franco-Condado; un ejército aguerrido, una arma formidable, grandes generales de mar y tierra y diplomáticos sagaces en t das las cortes, aseguraban su preponderancia en los asuntos del mundo. I nación española se miraba en la cúspide de la grandeza y estaba como pose da del vértigo de las alturas. Desde el monarca, el frío y receloso Felip hasta el obscuro aventurero sin otro patrimonio que su espada, todos tenía una fe inquebrantable en el poder y la fortuna de España, y creían ilimitad sus recursos, posibles todas las empresas, asequibles hasta los sueños m fantásticos. Lo real y lo imaginario se mezclaban en su ánimo en proporci nes iguales, produciendo a sus ojos los más extraños y brillantes espejismo

Esta fué la atmósfera moral que respiró en su juventud Cervante Impetuoso, ardiente, ávido de conocer el mundo, de enriquecer su intelige cia y de ejercitar su actividad, un inmenso horizonte se le presentaba d lante, ofreciendo a su mente doradas perspectivas, perdidas aún en las l janías de lo futuro, pero entrevistas y gozadas ya en las promesas de su ri imaginación. Gustaba de las letras, alimento de los espíritus elevados y m vidos de sana curiosidad y las veía florecer en su patria con inusitada lozaní La prosa castellana adquiría en la prosa de los Mendoza, los Granada y l León, los caracteres de amplitud, grandilocuencia y majestad que const tuyen su principal ornato; la poesía se transformaba siguiendo las huell de Boscán y Garcilaso, participando de la abundancia y armonía de los m todos toscanos; el estudio de las lenguas y de las humanidades, de las cie

y la filosofía, era tenido en grande estima y aseguraba renombre e im-
tancia social; las universidades apenas podían contener la muchedumbre
estudiantes que frecuentaban las aulas, y había que fundar estudios para
añoles en los principales centros universitarios del extranjero; su misma
dad natal, la célebre Compluto, disputaba a Salamanca el primado de la
a intelectual, y en las aulas de sus colegios famosos más de once mil
enes se preparaban gallardamente a conquistar renombre y honores, so-
iéndose durante largos años a la severa disciplina de los estudios...



Ayacucho

(Guillermo Valencia, colombiano)

. . . .

El Dios de los ejércitos concedió la victoria a quien le plugo, y d(ese instante se efectuó el cambio de frente del Continente libertado. tras otro habían ido cediendo los baluartes del poder español en Amé La Madre Patria, que parecía haberse resignado a la pérdida de sus otros minios, puso empeño especialísimo por concentrar en el Perú los may elementos defensivos que estaban a su alcance, confiada en que de a núcleo de resistencia surgiría, tarde o temprano, la reconquista del ca perdido. ¡Qué no debía esperar ella de tan brillante grupo de generales e quienes se contaban *vencedores del vencedor de Europa!* por todos respe el ejército que combatió en Ayacucho era unidad de gran valor, y, al pr tiempo, la última fortaleza de la Monarquía en el Nuevo Mundo, ya que unidades que no concurrieron a la acción dependían todas, aunque estuvi dispersas, de la dirección civil o militar de aquel alto comando combatie A ninguno de los jefes concurrentes se ocultaba la importancia del trance suerte que al declararse la derrota, los paladines infortunados se di cabal cuenta de lo que habían perdido. El Virrey fué el primero que q dejar la vida en ese campo fatal de donde se le recogió lleno de herida el intrépido general Valdés, sentado en una piedra del camino, se cruzó brazos a esperar serenamente una bala compasiva que terminase con aqu tortura indescriptible. La voz de un subalterno le arrancó del inútil sacrifi y momentos después, acordado con sus compañeros el texto de la capit ción, descendía Canterac de las alturas con las bases que Sucre aceptó namente o amplió y modificó de manera que, salvando el honor de los v cidos, diese todos sus frutos el triunfo conquistado.

Don José de Canterac, teniente general de los reales ejércitos, quien reconoció primero en su proyecto de capitulación, la inmediata co cuencia del desastre sufrido, al proponer el artículo primero, que decía territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú, será entregado a armas del ejército libertador hasta el Desaguadero, con los parques, maestr zas y todos los almacenes militares existentes». El general Sucre agre «Concedido y también serán entregados los restos del ejército espa los bagajes y caballos de tropas, las guarniciones que se hallen en tod territorio y demás fuerzas y objetos pertenecientes al gobierno españ

ipulose además la entrega de la plaza del Callao al ejército unido, den- del preciso término de veinte días.

Para Sucre, Ayacucho había «sellado la independencia del Perú y la de América»; así lo dijo en su proclama al ejército, al día siguiente de la alla. Quince días más tarde, al proclamar el Libertador desde su cuartel eral de Lima, decía a los vencedores: «Colombia os debe la gloria que vamente le dais: el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también son deudores de inmensas ventajas».

La República Argentina, por boca del congreso de las provincias unidas Plata, envió una legación para felicitar al Libertador y en el mensaje de el gobierno se lee: «Numerosos laureles y palmas inmortales de victoria sabido arrancar a la fortuna los guerreros argentinos, pero todos nuestros eos aparecen pequeños ante vos, señor, el Padre de cinco naciones, que ís desde las bocas del Orinoco, de victoria en victoria, conduciendo el de la libertad, hasta sellar la total independencia del Nuevo Mundo».





PASO DE LOS ANDES.—CHACABUCO

(Juan M.ª Gutiérrez, argentino)

Pronto puso San Martín al ejército en estado de comenzar una cam ña que ya no podía envolverse en el misterio. En la necesidad de prepa el campo para las operaciones bien meditadas de antemano, fomentó sub vaciones de patriotas al otro lado de las cordilleras, que distrajeron la ate ción de las autoridades españolas, al mismo tiempo que por medio de par mentos con los indios del Sur de Chile, persuadió a las mismas autorida que, en caso de invadir, tomaría una ruta que estaba muy lejos de su v dadera intención.

El campamento de Mendoza tomó la actitud que debía tomar en r lidad muy pronto al frente del enemigo. Desde la primera luz ya estaba S Martín en él: un tiro de cañón anunciaba la formación de todos los cuerp y las maniobras militares durante todo el día, prolongándose a veces a claridad de la luna.

Pero el ejército no podía aventurarse en los desfiladeros sin un reconoci-
ento formal practicado de antemano. San Martín que, ayudado del es-
·itu de la revolución, había sabido convertir en director de sus parques a
fraile franciscano, halló un hábil ingeniero de campaña entre los jóvenes
ɔitanes de su artillería. Alvarez Condarco fué encargado del reconoci-
ento facultativo del camino de las cordilleras, disfrazado con el carácte-
parlamentario, portador de una nota dirigida al Presidente de Chile,
ıtraída a noticiarle la declaración de la Independencia argentina, proclamar
por el Congreso de Tucumán. Puede calcularse la impresión que causaría
Marcó esta embajada, verdadero desafío a su poder, puesto en ridículo,
ıcho más cuando forzosamente tenía que disimular su enojo por temor
empeorar la suerte de sus compatriotas, prisioneros en el territorio de
yo.

Mientras se practicaba por aquel medio ingenioso el reconocimiento de
nsito, dividió San Martín el ejército en tres cuerpos principales, de los
ıles él se reservó el mando de la reserva, confiando al mayor general don
guel Estanislao Soler la vanguardia, y el centro al general O'Higgins.
ɔiola, Cramer, las Heras, Alvarado, Plaza, etc., eran los principales entre
valientes jefes que le acompañaban. La infantería ascendía al número de
s mil hombres, la caballería regular a seiscientos granaderos, la artillería,
npuesta de diez cañones de a seis, de dos obuses y de cuatro piezas de
ɔntaña, la servían trescientos hombres. Mil doscientos milicianos monta-
s y algunos hombres destinados a conducir los víveres y forraje y a des-
ar el terreno, aumentaban el número de estas fuerzas hasta componer un
rcito de cinco mil y tantos soldados de las tres armas.

Los Andes argentinos se levantaban delante de esta expedición que lle-
ɔa la libertad a la falda que mira al Océano Pacífico. Cumbres más ele-
las que el Chimborazo, nieves perpetuas que se mantienen a la altura
cuatro mil metros, montañas de granito que se suceden unas a otras, des-
las de toda vegetación, constituyen la naturaleza de esa cordillera, en
os valles angostos, en que serpentean los torrentes, no encuentra el via-
ɔ más que peligros. Estos valles, alguno de los cuales se prolongan con el
mbre de quebradas, de un lado a otro, facilitan la comunicación entre
ɪestra República y la de Chile. El ejército se internó por dos de estas que-
ıdas, la de los Patos y la de Uspallata, que corren próximamente paralelas
re sí. En el término de diez y ocho días y después de caminar al borde de
abismos más de ochenta leguas, comenzaron aquellos bravos a descender
primeras pendientes occidentales, y el 4 de Febrero de 1817, reunidas las

vanguardias de las divisiones invasoras, comenzaron a guerrillar al enem
Dos brillantes jóvenes de Buenos Aires, célebres más tarde en la guerra d
Independencia, Necochea y Lavalle, tuvieron la principal parte en estos
meros encuentros. Los españoles, después de varios movimientos en dive
direcciones, que demostraban la sorpresa y el temor que les infundí
denuedo de los independientes, concentraron sus fuerzas al mando del gen
Maroto, al pie de la Cuesta de Chacabuco. Allí les fué a buscar San Ma
el día 12 de Febrero.

El ejército se previno desde la noche anterior, arrojando sus equip
y municionándose cada soldado con setenta cartuchos. A las 2 de la ma
gada del 12 comenzaron a moverse los patriotas, divididos en dos cuer
el uno a las órdenes de Soler, y el otro a las de O'Higgins; San Martín
seguía de cerca, rodeado de su Estado Mayor; a media legua de la cue
donde se hallaba el enemigo, las divisiones comenzaron a operar, la una
derecha y la otra a la izquierda. La acción se trabó poco después, y las ca
a la bayoneta dirigidas por el general O'Higgins, el empuje de los granad
a caballo mandados por Zapiola y el concurso oportuno de Necochea,
sieron en completo desorden al enemigo y le obligaron a huir, dejando du
del campo al general San Martín. La pérdida del enemigo se comput
500 hombres muertos y 600 prisioneros. Poco después del medio día esta
en poder de los vencedores todo el parque de los realistas, sus cañones,
mamentos y el estandarte del batallón de Chiloé. Más tarde, y a consecue
de esta victoria se tomaron seis banderas más, tres de las cuales se conser
en la Catedral de Buenos Aires.

El vencedor de Chacabuco quedó inscripto desde el memorable 12
Febrero en el número de los grandes capitanes del mundo. Su paciente h
lidad, su arrojo calculado con madurez, su admirable travesía de las
ásperas y elevadas montañas de la tierra, le colocaron naturalmente, al l
de Aníbal y Bonaparte.





BATALLA DE RANCAGUA, REFERIDA POR UN SOLDADO

(Alberto Blest Gana, chileno)

. . . .

Entonces, mi general O'Higgins, que había visitado nuevamente las ncheras, mandó que llevasen todos los caballos a la plaza. Los godos se bían puesto más atrevidos, viendo que casi no les contestábamos al fuego. ando se llenó la plaza de caballos, mi general gritó que montase a caballo lo el que pudiese, y que nos abriéramos paso por medio del enemigo. dos querían montar de juro, y en un abrir y cerrar los ojos, no había calo sin su jinete. Como yo le tuve que dar el mío a un oficial, mi mayor me o: «Monte a las ancas, asistente, el alazán nos puede llevar a los dos; y, nos voltean moriremos peleando».

Al oír estas palabras, Robles volvió a pasear su mirada, llena de orgullosa isfacción, sobre todo los oyentes.

—¿No fué así, mi mayor?, preguntóle Cámara.

—Así, fué, asistente, siga no más.

—Mi general O'Higgins mandó, entonces, juntar las mulas que hab traído las cargas. Otros habían preparado la trinchera que daba a la caña para dejarnos salir. Por ahí echaron las mulas, que se soltaron a correr corcovear, rabiosas que estaban con la sed, y detrás de ellas mandó mi ge ral, todavía le oigo la voz: «¡A la carga, muchachos!», y todos gritan «¡Mueran los godos! ¡Viva Chile!», y echamos a correr como celajes. balde quisieron los godos sujetarnos, porque nos llevábamos todo por delan Mi mayor le dió un caballazo a un oficial que le hacía la puntería con u pistola, desde a caballo también, y lo echó a rodar por el suelo con cab y todo. «Superior el alazán, mi mayor, que le dije». «El alazán es como amo, que no conoce el miedo», que me contestó mi mayor, y daba topa a los godos de a caballo, como si estuviera en la vara de una chingana, más ni menos. Así, peleando, llegamos a la cañada, sin que pudieran sujet nos. Con el ruido de los tiros parecía que más se animaba, porque iba de primeritos. Cuando de repente, como que se pára y mi mayor le mete esp las y le grita: «Adelante, alazán tostao, primero muerto que cansao». Y alazán, como si entendiera, ¿no echó a correr otra vez, pues? junto con dos los que no habían caído, porque quedaron montón en el suelo, con descargas que nos hacían los godos. En menos de un cuarto de hora, ya godos nos habían perdido de vista y les dejamos la polvareda no más. « estamos salvados», que dije yo a mi mayor, cuando ¿no se pára de repent alazán y se pone a temblar? Entonces, yo dije a mi mayor: «Algo tiene alazán, mi mayor». «Seguro que algo tiene, apiémosnos». Los dos saltamos suelo, y todos los demás siguieron galopando. Cualquiera habría pensado c la bestia no esperaba más que nos bajásemos para caer al suelo. Al tiro, le doblaron las piernas como yuyo, y se echó de lado, siempre tembland ¡Qué había de ser, pues! si le habían pegado un balazo en el encuentro y le sa la sangre como río!



DISERTACIONES

La disertación pertenece al género literario llamado didáctico *(del griego* idákein, *enseñar). Algunas, sin embargo, de las disertaciones que aquí in-uímos, son fragmentos del género* oratorio, *que comprende los discursos es-itos para pronunciarse ante un público con el fin de* convencerlo *(o dejarlo erto) de una verdad, y* persuadirlo *(o moverlo) a hacer alguna cosa. De ahí ue el lenguaje en el género oratorio sea mucho más movido, variado y ador-ado que en la mera disertación didáctica.*

La parte principal y más extensa de un discurso, llamada confirmación, *aquella en que el orador convence a los oyentes, con razones o pruebas, de* proposición *o tema que se ha propuesto. Va precedida del* exordio *(o prin-pio) en que se preparan los ánimos para que escuchen con benevolencia, y rmina todo el discurso con un resumen (o* epílogo*) y a menudo con una* pe-oración *o alocución vehemente para arrastrar la voluntad del público.*

En cuanto a la amplificación de las pruebas véase lo que se dijo en la ntroducción respecto a los ejercicios de Kría *y tópicos oratorios,*

TEMAS ARTISTICO—LITERARIOS

A orillas del Tormes

(Fray Luis de León)

Introducción a los «Nombres de Cristo»

Era por el mes de Junio, a las vueltas de la fiesta de San Juan, a tiempo ue en Salamanca comienzan a cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno le los que digo (que ansí le quiero llamar con nombre fingido por ciertos res-etos que tengo, y lo mismo haré a los demás), después de una carrera tan arga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró como a puerto abroso, a la soledad de una, granja que, como V. sabe, tiene mi monasterio

en la ribera de Tormes; y fuéronse con él, por hacerle compañía y por mismo respeto, los otros dos. Adonde, habiendo estado algunos días, acc teció que una mañana, que era la del día dedicado al Apóstol San Ped después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres junt se salieron de la casa a la huerta que se hace delante de ella. Es la huer grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orde mas eso mismo hacía deleite en la vista, y sobre todo la hora y la sazó Pues entrados en ella, primero, y por un espacio pequeño, se anduvier paseando y gozando del frescor, y después sentaron juntos, a la somb de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asie tos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y entra en la huerta por aquella parte, y corriendo y estropezando parecía reír Tenían también delante de los ojos, y cerca de ellos una alta y hermo alameda. Y más adelante y no muy lejos, se veía el río Tormes, que, aun aquel tiempo, henchiendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aque vega. El día era sosegado y purísimo, y la hora muy fresca.





Bellezas de la creación

(Fray Luis de Granada)

Tiende los ojos por todo este mundo visible, y mira cuántas y cuán ermosas cosas hay en él. Cuánta es la grandeza de los cielos, cuánta la cladad y resplandor del sol y de la luna y de las estrellas. Cuánta la hermosura e la tierra, de los árboles, de las aves y de todos los animales. ¿Qué es ver la anura de los campos, la altura de los montes, la verdura de los valles, la escura de las fuentes, la gracia de los ríos repartidos como venas por todo cuerpo de la tierra, y sobre todo, la anchura de los mares, poblados de tanıs diversidades y maravillas de cosas? ¿Qué son los estanques y lagunas de guas claras, sino unos como ojos de la tierra, o como espejos del cielo? ¿Qué n sus prados verdes entretejidos de rosas y flores, sino como un cielo esellado en una noche serena? ¿Qué diré de las venas de oro y plata y de ros tan preciosos metales? ¿Qué de los rubíes, esmeraldas y diamantes y ras piedras preciosas que parecen competir con las mismas estrellas en aridad y hermosura?



El arte

(Amplificación oratoria)

(Belisario Roldán, argentino)

...El Arte seguirá reinando en todo el esplendor de su cetro inconta-minado mientras allá, en el rincón más selecto de nuestras almas, no muer-como una paloma en su nido, esa palpitación indefinible que nos dignific-y nos blasona, permitiéndonos pensar sin jactancia que hemos sido rea-mente modelados en la arcilla superior. Sedienta de verdad, como de lu-lo estaba el Ayax de Homero, podrá la humanidad del porvenir ilumina-nuevos panoramas, cantar nuevas canciones, izar nuevas banderas y ora-nuevas plegarias; pero sobre la plegaria, sobre la bandera, sobre la canció-y sobre el panorama, el arte uno e indivisible seguirá desplegando la mag-nificencia de sus grandes alas... Retrogradara el mundo a su edad primera-desaparecieran de súbito las obras todas del ingenio humano, abatiéranse-las creaciones arquitecturales, quemáranse los libros, pulverizáranse lo

ıármoles, borráranse los lienzos, despoblárase el planeta... el Arte, en tan-
), seguiría reinando en la armonía de los mundos, en el poema de la luz y de
. sombra, cantado sin intervalo por las noches y los días; en la inefable
›atitud de los cielos azules y en la pompa tenebrosa de los cielos negros;
ı la enorme mancha roja con que el Sol anuncia su aparición en el espacio,
›mo si se hubiera cubierto de sangre guerreando con la noche derrotada;
ı la música del viento, cuya magna garganta polífona, ora ruge en el desen-
eno de los vendavales, ora entona su miserere lúgubre en el rodar de las
chas gemebundas, ora suspira y ríe en el madrigal de las selvas encantadas...
›guiría reinando en la castidad de las bellas mañanas y en el horror de las
edias noches huracanadas; en la opulenta coloración de las auroras y en
claroscuro indeciso de los crepúsculos; en las misteriosas germinaciones
la tierra; en la peregrina eclosión del capullo, en el río, en el lago, en el
›sque, en el pájaro, en el nido, en la flor, en el gorjeo, en el perfume, en el
ar y en la ola, que llega enarcándose a quebrarse en la roca para desvane-
r sobre la playa uno como abanico de gotas nacaradas, brillando con to-
s las tonalidades del iris al conjuro del sol que las enciende.





(Ca

EL ARTE ES LA VERDAD

(J. Zorrilla de S. Martín, uruguayo)

El arte es la verdad, la alta verdad inoculada en la ficción como un plo vivificante y eterno; de ahí que la verdad, lo real en el arte, no en la forma, como lo eterno en el hombre no está en el cuerpo.

. . . .

El arte contribuye poderosamente a la felicidad y al mejoramiento sociales...

¿Será porque copia o reproduce lo que existe materialmente, lo que todo el mundo ve y toca, y porque consigue despertar en el hombre las mismas impresiones que las escenas reales despiertan en él?

Todo lo contrario.

El arte contribuye al mejoramiento social porque, por medio de él, el común de las gentes participa de la visión de los hombres excepcionales, y se eleva y ennoblece en la contemplación de aquello cuya existencia no conocería si el poeta no le dijera: levanta la frente; sube conmigo a las regiones de la belleza; la atmósfera es pura porque acaba de atravesarla la tempestad del genio, que, como las tempestades de la tierra, purifican el ambiente.

En una palabra: el arte no es otra cosa que la reproducción sensible de la vida ideal.

Y la vida única de la inteligencia es la verdad, como la única vida de la voluntad es el bien.

De ahí que la única fuente de belleza artística sea el pensamiento en que el bien se difunde y la verdad esplende...





Decálogo del artista

(Gabriela Mistral, chilena)

I. Amarás la belleza, que es la sombra de Dios sobre el Universo.

II. No hay arte ateo. Aunque no ames al Creador, lo afirmarás crean a su semejanza.

III. No darás la belleza como cebo para los sentidos, sino como el n tural alimento del alma.

IV. No te será pretexto para la lujuria ni para la vanidad, sino ej cicio divino.

V. No la buscarás en las ferias ni llevarás tu obra a ella, porque la B lleza es virgen y la que está en las ferias no es Ella.

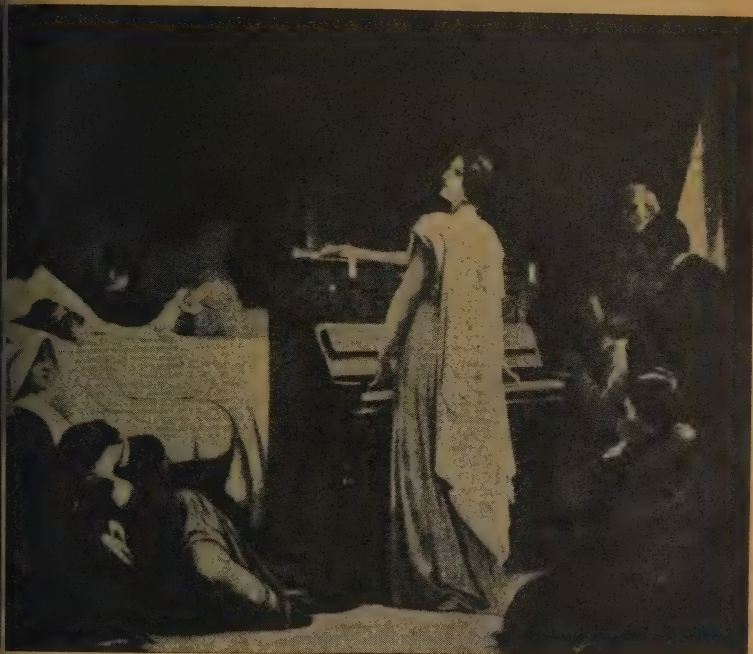
VI. Subirá de tu corazón a tu canto, y te habrá purificado a tí el primer

VII. Tu belleza se llamará también misericordia, y consolará el coraz de los hombres.

VIII. Darás tu obra como un hijo, poniendo en ella tu sangre de mil dí

IX. No será la belleza opio adormecedor, sino vino generoso que encienda para la acción, pues si dejas de ser hombre o mujer, dejarás de s artista.

X. De toda creación saldrás con vergüenza, porque fué inferior a sueño.



Muerte de Chopin (F. Barrias)

REALIDAD Y TRANSCENDENCIA DE LA POESÍA

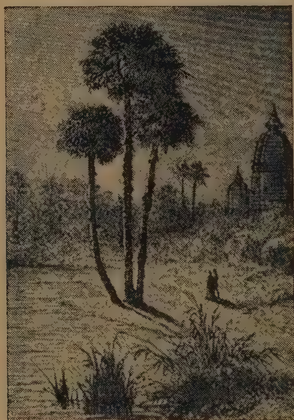
(Jaime Balmes)

...¿Qué importa que no pueda definirse la poesía? Dejará por ésto de ser una realidad, y una realidad de alta trascendencia? ¿Quién ha definido jamás un corazón maternal: ¿y es por ésto una vana ilusión? ¿no es un hecho al que debemos nuestra vida y la sociedad su existencia? Menguado es el hombre que todo quicra definirlo; menguado es el hombre que no quiere apoyarse en hechos muy reales, sólo porque están envueltos en bellezas idea-

les y fantásticas: este hombre no conoce ni la naturaleza, ni el corazó el entendimiento; es un miope que ha visto quizá alguna ciencia, pero orbe científico: ha visto un levísimo perfil, y ha creído contemplar la fa da del edificio y la totalidad de sus partes.

Quien al tratar de cuestiones poéticas, morales y religiosas, pone sier de parte el corazón, quien afecta llevar el compás matemático sobre aqu asuntos que abundan en inspiración y sentimientos, es para mí tan ridí como el que dijera que para adelantar y no tropezar en los escabrosos deros del cálculo diferencial o integral, el método más seguro y expedit entregarse a los vuelos de la fantasía o a los impulsos del corazón.

Bástame saber que la Poesía es una expansión del alma, en que, im sada por una inspiración misteriosa que se derrama en armoniosos acer retrata los grandes espectáculos y las bellezas de la naturaleza, las esc de la sociedad, bañando sus cuadros de los sentimientos, que experin tan al presenciarlos o al recordarlos; o que expresa tal vez una creación ic un nuevo mundo que viera su mente en un arrobo divino, o que afectar corazón con un latido celeste. Esto sólo nos basta para conocer su impor cia, para confesar su realidad, para señalarle un puesto distinguido e los fenómenos que expresan la sociedad, y que anuncian con más cer los destinos de su porvenir: sí, porque nada hay más real y verdadero qu corazón; no hay expresión más cándida y sencilla, que la dictada po fuego de la fantasía, y el impulso del entusiasmo...





VALOR DE LA POESÍA

(José Martí, cubano)

¿Quién es el ignorante que sostiene que la Poesía no es necesaria a los blos? Hay gentes de tan corta vista mental que creen que toda la fruta acaba en la cáscara.

La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apun- o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona modo de subsistir mientras que aquella les da el deseo y la fuerza de la a.

¿A dónde irá un pueblo de hombres que haya perdido el hábito de pen- con fe en la significación y el alcance de sus actos? Los mejores, los que e la Naturaleza con el sacro deseo de lo futuro, perderán en un aniquila- nto doloroso y sordo todo estímulo para sobrellevar las fealdades huma- ; y la masa, lo vulgar, la gente de apetitos, los comunes, procrearán sin idad hijos vacíos, elevarán a facultades esenciales lo que debe servirles meros instrumentos, y aturdirán con el bullicio de una prosperidad siempre mpleta la aflicción irremediable del alma, que sólo se complace en lo o y grandioso.

Utilidad de la poesía

(José J. Ortiz, colombiano)

Cuando reinan ciertos vientos en el mundo, publicar poesías es ex nerse a oír en torno de sí la desdeñosa voz del interés mercantil: *¿Eso p qué es útil?*

Es útil, y bueno, y conveniente para que los pueblos no se tornen b baros; es conveniente, bueno y útil para que el hombre, que no es sólo i teria, advertido por esa voz alce los ojos a ver algo que le consuele er desesperación de la vida, algo que le prometa días mejores después de malos días de la tierra.

Es bueno también para hacer palpitar unísono con el nuestro el cora de los demás; es bueno para derramar el raudal amargo de nuestra tribu ción; es bueno para pintar aquellos sentimientos que no hallan eco en prosa; y es bueno, finalmente, para hacernos mejores y aun hacer mejo a los demás.

Así comprendemos la poesía.





Corte de Alfonso el Sabio

El casticismo del lenguaje

(Ricardo León)

Cuando el lenguaje se vicia de tal modo que amenaza corromperse y rar en dialecto sin razones sociales o históricas que lo disculpen o justiuen, hay que volver a las canteras maternales, a los libros viejos, a la stica plebe, y limpiar en sus crisoles el idioma, si no preferimos perder n él la más firme garantía de independencia, la más noble corona de nues- imperio espiritual. La lengua clásica, la lengua de Cervantes, y Fr. Luis León: he aquí el tipo ideal, el hermoso y resplandeciente dechado que de-mos tener ante los ojos; éste es el sol de la grandeza española que aún no ha puesto en el horizonte, que aún permanece fijo en el cielo como lumbre y ía de cien millones de almas. Aquí perduran los vivos rescoldos de la edad tigua; las luces del remoto oriente, las antorchas de griegos y latinos, hogueras de Cides y Almanzores, los incendios gloriosos del Renacimien- las luminarias del pueblo castellano, en la cumbre y soberanía de su es-ndor y madurez.

Forjada en tantos yunques, derretida en tales hornos, vino a ser la l gua, lo mismo que la Raza, libre, copiosa y multiforme, dentro de su robu unidad. Y así como la raza, al derramarse por el mundo, llena de fe y ambición, supo vencer y descubrir tierras y mares para lastrar sus baj de peregrinos tesoros, también la lengua, avasallando imperios, se engal con todo aquello que le plugo, y trajo a Castilla con el oro y la plata, muc piedras preciosas de diverso origen. Asentó sus cimientos en las ruinas de primeras hablas peninsulares, puso el pie sobre las fuertes raíces del eúsk labró los rotos mármoles latinos, ataviése con elegancia helénica, supo er lar los apasionados acentos del Yemen, apacentó sus místicas ternuras er sacra lengua de Israel, llena de tropos e inspiraciones de sonidos misterio y guturales, imitó las melodías del italiano, las voces compuestas del alem pero sin perder nunca su sér propio, tomando las cosas nuevas o extra para hacerlas suyas con invencible señorío, acomodándolas antes a su ge y virtud.

La concisión y sencillez del lenguaje

(Antonio Maura)

La concisión, la sencillez, son inestimables... ; procúrese que los oyen se duelan en vez de regocijarse por la llegada al final. Execrable rutina y muy común, tener en poco, como madrigales oratorios, las peroracio breves, cuando en verdad pueden ser eficacísimas y aun sublimes; rutina sugiere rellenos, digresiones, pasatiempos y broza, empeorando la obra si la arruinan. Así como le está mejor callar a quien nada se proponga con palabra, debe ésta cesar tan luego como haya podido cumplir del mejor m su designio. Esmaltados están los tratados y las historias con frases lacónic que a veces fueron toda la arenga del general a sus soldados, toda la pro ma del monarca a sus súbditos, todo el reproche del mártir al tirano aunque no sirva esto de medida, enseña cuánto interesa la brevedad, pue diluyeseis en un raudal de palabras cualquiera de aquellas frases celebrad veríais que pierden toda elocuencia y retornan a la trivialidad, de donde sacó una fórmula sintética y feliz, como de la nube parda e informe brota centella.

La naturalidad en pensar y escribir

(Armando Palacio Valdés)

Para escribir bien es necesario pensar bien, decir lo que se piensa sen-lamente, sin mostrar deseo de admirar al lector con nuestro estilo. Mu-os de los que escriben y no son leídos se dejarían leer seguramente si fue-n más naturales, más ingenuos, si no creyesen necesario, en suma, calzarse coturno para presentarse ante el público. Si el escritor tiene talento, y la turaleza le ha dotado de gracia y elegancia, estas cualidades se anotarán nque no ponga empeño en mostrarlas. Si no las posee, su prosa tendrá el lor de una opinión honrada por lo menos. Mas si se esfuerza en aparentar que no es, y lucha obstinadamente con las armas de la retórica para que llamen escritor castizo, o profundo, o chispeante, entonces resultan esos ros y artículos empalagosos, indigestos, ilegibles, que diariamente vemos dando por las librerías y por las columnas de las hojas periódicas.

La claridad del pensamiento y de la expresión

(Azorín)

Todo debe ser sacrificado a la claridad. Otra cualquiera circunstancia condición, como la pureza, la medida, elevación y la delicadeza, debe der a la claridad. ¿No es esto bastante? Pues para los puristas lo siguiente: lás vale ser censurado de un gramático que no ser entendido».

Es verdad que toda afectación es vituperable; pero sin temor se puede ctar ser claro. La única afectación excusable será la de la claridad. No sta hacerse entender; es necesario aspirar a no poder dejar de ser entendido.

. . . .

La sencillez, la dificilísima sencillez, es cuestión de método. Haced lo uiente y habréis alcanzado de un golpe el gran estilo: colocad una cosa spués de otra. Nada más; esto es todo. ¿No habéis observado que el de-to de un orador o de un escritor consiste en que coloca unas cosas dentro otras, por medio de paréntesis o de apartados, de incisos y de considera-nes pasajeras e incidentales?

Pues bien, lo contrario es colocar las cosas—ideas, las sensaciones, unas pués de otras. «Las cosas deben colocarse—dice Benjaramo—según el en en que se piensan, y darles la debida extensión. Mas la dificultad á... en pensar bien. El estilo no es voluntario; el estilo es una resultante ológica».



Frontispicio de la Biblioteca Nacional (Madr:

LA BELLEZA DE LA FORMA

(Enrique Rodó, uruguayo)

Decir las cosas bien, tener en la pluma el dón exquisito de la gracia en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas pa aparecer hermosas ¿no es una forma de ser bueno...? La caridad y el am ¿no pueden demostrarse también concediendo a las almas el beneficio una hora de abandono en la paz de la palabra bella; la sonrisa de una fra armoniosa; el «beso en la frente» de un pensamiento cincelado; el roce tib y suave de una imagen que toca con su ala de seda nuestro espíritu?...

La ternura para el alma del niño está, así como en calor del regazo, la voz que le dice cuentos de hadas; sin los cuales habrá algo de incurabl mente yermo en el alma que se forme sin haberlos oído. Pulgarcito es mensajero de San Vicente de Paul. Barba Azul ha hecho a los párvulos m beneficios que Pestalozzi. La ternura para nosotros—que sólo cuando n hemos hecho despreciables dejamos enteramente de parecernos a los niños-

ıele estar también en que se nos arrulle con hermosas palabras. Como el isionero y como la hermana, el artista cumple su obra de misericordia. ıbios: enseñadnos con gracia. Sacerdotes: pintad a Dios con pincel amable primoroso, y a la virtud en palabras llenas de armonía. Si nos concedéis ı forma fea y desapacible la verdad, eso equivale a concedernos el pan con alos modos.

. . . .

Hablad con ritmo; cuidad de poner la unción de la imagen sobre la ea; respetad la gracia de la forma, ¡oh pensadores, sabios, sacerdotes! y eed que aquellos que os digan que la Verdad debe presentarse con aparienas adustas y severas, son amigos traidores de la Verdad.


6. - GRANADA. - Alhambra, Patio de los Leones



La lengua castellana

(Amplificación oratoria)

(Juan Agustín Barriga, chileno)

La lengua de Castilla no necesita defensa... Desde lo infinitament grande hasta lo infinitamente pequeño, desde las altas lucubraciones de l metafísica hasta el humilde inventario de la realidad prosaica y positiv adonquiera que vaya el pensamiento humano, habrá de seguirlo y expresarl todo con la misma docilidad y la misma eficacia esta lengua admirable qu bien pudiera decir de sí propia lo que dijo el Dante de su divino poema *«al quale ha posto mano e cielo e terra»*. Como limpio raudal brotó del alm castellana a su contacto con la dura realidad de los tiempos medioevale cruzó los campos de la historia, transformada en épica leyenda por siete s glos de lucha incesante y encarnizada; fué reflejando en su variado curs las mil vicisitudes sociales y políticas que precedieron a la formación defin

iva de la nacionalidad española; corrió alegre por aldeas y ciudades, forıando coro a la expresión del regocijo popular en las fiestas de los caballeros, ıs farsas de los juglares y las músicas y bailes de la muchedumbre alboroada; dió fresco asilo y rumores propicios a la meditación en los claustros enerables donde vivían refugiadas las ciencias y dictaban sus lecciones ɔs más insignes maestros de la elocuencia y la poesía castellanas; entróse ırtiva por tierra de maleantes y lugares sospechosos; enriqueció sus caudaıs con el ameno trato y la profunda experiencia del sutilísimo Berganza; nduvo luego en peligrosa compañía con el señor Monipodio y con los peores más desaforados sujetos de la hampa rufianesca; salió de allí para purifiırse al aire libre de las montañas y los valles aromosos, y después de besar ıadosamente los sagrados muros de las viejas catedrales, hízose manso y umilde arroyo para llegar hasta los huertos carmelitas donde las flores ɔnversan con las estrellas del cielo y juguetean las bricas con las olas de los ngeles invisibles.

Sobre América y su espíritu literario

(Pedro Henríquez Ureña, dominicano)

Pero observando por conjunto, ¿quién no distingue la poesía cubana, ocuente, a menudo razonadora y aun prosaica, de la dominicana, llena ımbién de ideología, pero más sobria y a la vez más libre en sus movimienıs? ¿Quién no distingue entre la facundia, la difícil facilidad, la elegancia enezolana, superficial a ratos, y el lirismo metafísico, singular y transcenental de Colombia? ¿Quién no distingue junto a la marcha lenta y mesuıda de la poesía chilena los ímpetus brillantes y las audacias de la Argenına? Y ¿quién, por fin, no distingue entre las manifestaciones de esos y los emás pueblos de América, este carácter peculiar: el sentimiento discreto, tono velado, el matiz crepuscular de la poesía mexicana? Como los paisajes la altiplanicie de Nueva España, recortados y acentuados por la tenuiıd del aire, aridecidos por la sequedad y el frío, se cubren, bajo los cielos azul pálido, de tonos grises y amarillentos, así la poesía mexicana parece dirles su tonalidad. La discreción, la sobria mesura, el sentimiento melanlico, crepuscular y otoñal, van concordes con ese otoño perpetuo de las uras, bien distinto de la eterna primavera fecunda de los trópicos: ese oño de temperaturas discretas, que jamás ofenden, de crepúsculos suaves, de noches serenas. Así descubrimos la poesía mexicana desde que se define: esía de tonos suaves, de emociones discretas.

TEMAS SOBRE LAS ENSEÑANZAS DE LA HISTORIA

Enseñanza de la Historia

(Monseñor F. González Suárez, ecuatoriano)

Saludables son y muy provechosas las lecciones de la Historia: el nos hace formar un concepto muy elevado de la dignidad humana, inspi ideas grandes, vigoriza los ánimos, ennoblece nuestro carácter, comuni generosidad a los pechos más egoistas, pone de manifiesto la acción de Providencia Divina, que rige y gobierna las sociedades humanas, y en l desgracias de los tiempos pasados nos da ejemplos que imitar y escarmie tos para lo futuro. Por esto el estudio de la Historia ha sido el más moral zador de todos los estudios, y continuará siéndolo en adelante: grito de recta conciencia humana, que escarnece al crimen triunfante y protesta co tra las violencias e injusticias de que la virtud suele ser víctima en este mu do. Para medir el grado de civilización de un pueblo bastará conocer manera como sus escritores han concebido la Historia, y el modo cómo han narrado a sus contemporáneos.

Sobre la historia de España

(Menéndez Pelayo)

¿Qué se deduce de esta historia? A mi entender, lo siguiente:

Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza, ni por carácter, parecíamos destinados a formar una gran nación. Sin unidad c clima y producciones, sin unidad de culto, sin unidad de ritos, sin unida de familia, sin conciencia de nuestra hermandad, ni sentimiento de nació sucumbimos ante Roma, tribu a tribu, ciudad a ciudad, hombre a hombr lidiando cada cual heroicamente por su cuenta, pero mostrándose impasib ante la ruina de la ciudad limítrofe, o más bien regocijándose de ella. Fue de algunos rasgos nativos de selvática y feroz independencia, el caráct

spañol no comienza a acentuarse sino bajo la dominación romana. Roma, in anular del todo las viejas costumbres, nos lleva a la unidad legislativa; ta los extremos de nuestro suelo con una red de vías militares; siembra en ıs mallas de esa red, colonias y municipios, reorganiza la propiedad y la ımilia sobre fundamentos tan robustos, que en lo esencial aún persisten; os da la unidad de lengua, mezcla de sangre latina con la nuestra; con-ınde nuestros dioses con los suyos, y pone en los labios de nuestros oradores de nuestros poetas el rotundo hablar de Marco Tulio y los exámetros vir-lianos. España debe su primer elemento de ciudad, en la lengua, en el aire, ı el derecho, al latinismo, al romanismo.

Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad de la creencia. Sólo ɔr ella, adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime; ılo en ella se legitiman y arraigan sus instituciones; sólo por ella corre la ıvia de la vida, hasta las últimas ramas del tronco social. Sin un mismo Dios, n un mismo altar, sin unos mismos sacrificios; sin juzgarse todos hijos del ismo Padre y regenerados por un sacramento común; sin ser visible sobre ıs cabezas la protección de lo alto; sin sentirla cada día en sus hijos, en su ısa, en el circuito de su heredad, en la plana del municipio nativo; sin creer ıe este mismo favor del cielo, que vierte el tesoro de la lluvia sobre sus ımpos, bendice también el lazo jurídico, que él establece con sus hermanos;





y consagra con el óleo de la justicia, la potestad que él delega para el bie de la comunidad; y rodea, con el cíngulo de la fortaleza, al guerrero que lidi contra el enemigo de la fe o el invasor extraño; ¿qué pueblo habrá grande fuerte? ¿Qué pueblo osará arrojarse con fe y aliento de juventud al torrent de los siglos?

Esta unidad se la dió a España el Cristianismo. La Iglesia nos educó sus pechos, con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen ad mirable de sus concilios. Por ella fuimos nación y gran nación, en vez d muchedumbre de gentes colecticias, nacidas para presa de la tenaz porfí de cualquier vecino codicioso.

. . . .

. . . .

¿Quién contará todos los beneficios de vida social, que a esa unidad demos, si no hay en España piedra ni monte que no nos hable de santuario ruinas? Si en la Edad Media nunca dejamos de considerarnos «unos», é por el sentimiento cristiano, la sola cosa que nos juntaba, a pesar de abeaciones parciales, a pesar de nuestras luchas más que civiles, a pesar de s renegados y de los muladíes. El sentimiento de patria es moderno: no y patria en aquellos siglos, no la hay en vigor hasta el Renacimiento, pero y una fe, un bautismo, una grey, un Pastor, una Iglesia, una liturgia, una uzada eterna, y una legión de Santos, que combate por nosotros, desde ansegadia hasta Almería, desde el Muradae hasta la Higuera.

Dios nos concedió la victoria, y premió el esfuerzo perseverante, dánnos el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el completar el planeta, el de borrrar los antiguos linderos del mundo. Un mal de nuestra raza forzó al cabo de las Tormenta, interrumpiendo el sue secular de Adamastir, y reveló los misterios del sagrado Ganges, trayendo r despojos las armas de Ceylán y las perlas que adornaban la cuna del l y el tálamo de la Aurora. Y el otro ramal fué a prender en tierra intacta n las caricias humanas, donde los ríos eran como mares y los montes veros de plata, y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca imaginadas r Tolomeo ni por Hiparco.

. . . .

. . . .

España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de here, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio... esa es nuestra ndeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El día en que acabe de perrse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos y de los Vectores, o los reyes de Taifas.





Claustro de San Francisco (Santiago).

La cultura de Chile colonial

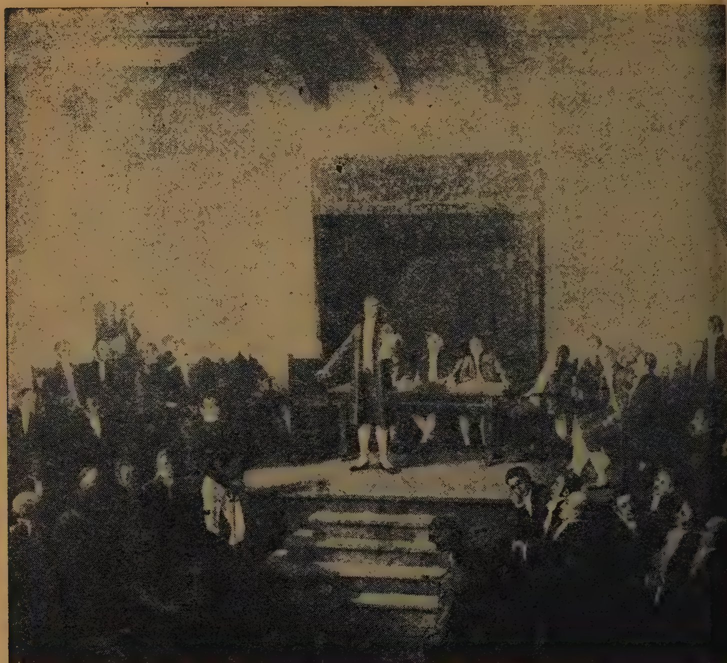
(Toribio Medina, chileno)

Se ha repetido tanto fuera de España que los conquistadores del Nue Mundo fueron los verdugos de los indios, que se hace necesario vindicar los que escribieron entre nosotros, y especialmente a los poetas, de tan gra

ıculpación. Tenemos casualmente el testimonio lealmente expresado del ıismo Ercilla sobre un lance tan grave y doloroso como fué la muerte del aliente Caupolicán, en que declara que, a haber estado él presente, habría ıbido impedirlo. Alvarez de Toledo no es menos compasivo. Bascuñán, ún Tesillo, cuya alma hubiera podido sentirse enconada en tantos años de ıcha con un enemigo de ordinario tan pérfido, no tienen para ellos sino pabras de piedad.

Las acciones de esos escritores realizadas en la grandiosa naturaleza de ı mundo nuevo y prestigioso, formaba tema admirable para que los autores ramáticos de España no se apoderasen de sus figuras y las presentasen en la ;cena hermoseadas con el prestigio de una imaginación brillante y de un .lento superior. Lope de Vega, Calderón, Pérez de Montalbán, Ruiz de larcón, los más famosos dramaturgos de la Península, en una palabra, toaron los hechos de la conquista de América, y de Chile, sobre todo, y esibieron sobre ellos piezas de efecto, que los contemporáneos designaron ›n el nombre de «comedias famosas».





Sobre la historia de Chile

(Gonzalo Bulnes, chileno)

. . . .

. . . .

La organización de gobiernos estables ha sido más difícil en Sud-Amé-rica en un pueblo que en otro. Cada uno ha tenido que dominar problemas distintos derivados de su conformación.

El Gobierno fué durante mucho tiempo cuestión de geografía. El con-tinente era muy vasto; los medios de acción de las autoridades, escasos o nulos. Bajo este aspecto los países americanos se dividen en dos grandes

ciones, que corresponden a sus mares: los del Atlántico y los del Pacífico. os del Atlántico con sus llanuras interminables, que hacen horizonte como Océano; los del Pacífico, con su suelo destrozado. De un lado la Argentina, ruguay y Venezuela; del otro Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia. Chile una excepción por ser una faja angosta a lo largo del mar, que une sus prin-pales centros poblados.

La República Argentina tuvo que resolver el problema de reducir a la ediencia y al orden al caudillaje armado que ella misma levantó para lu-ar contra las fuerzas españolas, caudillaje que brotaba de sus vastas lla-ras como la espuma del choque de las olas. Era natural que en aquel elo inmenso se formaran prestigios regionales, caudillos de provincias, las e, por sus dimensiones geográficas, son Estados.

La organización lógica en un país tan extenso era la confederación con caudillo en cada centro.

La República Argentina sufrió durante cerca de cuarenta años la enfer-edad de su conformación orgánica; su historia, desde 1810 hasta 1851, es expresión de ese estado social determinado por su geografía.

. . . .

Así como la Pampa ha dado su fisonomía a la historia argentina y el elo montañoso a la de los países del Pacífico, el mar ha dado la suya a ile.

El mar ha sido el gran arquitecto de nuestra nacionalidad, ya se mire a por su aspecto político, administrativo o comercial. El ha significado orden, el comercio que fomenta la inmigración y el desarrollo de las indus-as, y desenvuelve los intereses que son el dique en que se azotan impoten-s las revoluciones.

No hemos sido mejores que nuestros hermanos de América, sino que la culiaridad de nuestro suelo nos creó una situación más favorable para antener el orden público. Así se explica que en Chile el período anárquico rara menos; que el orden se consolidara antes que en los demás Estados nericanos y que la paz interna diera sus frutos haciendo de nuestro país, rante largo tiempo, el más estimado entre los del continente.

Cuando las causas que originaban el desorden se salvaron con los ferro-rriles, desapareció también esa ventaja de nuestro país que le hacía una cepción y siguió en el camino del trabajo y del progreso en condiciones uales a las de sus vecinos, pronunciándose, entonces, la diferencia que pro-ene de la riqueza del suelo, de la extensión de la superficie cultivable, de la oximidad de los grandes centros de cultura.

EL GAUCHO EN LA HISTORIA DE AMÉRICA

(Juan Zorrila de S. Martín, uruguayo)

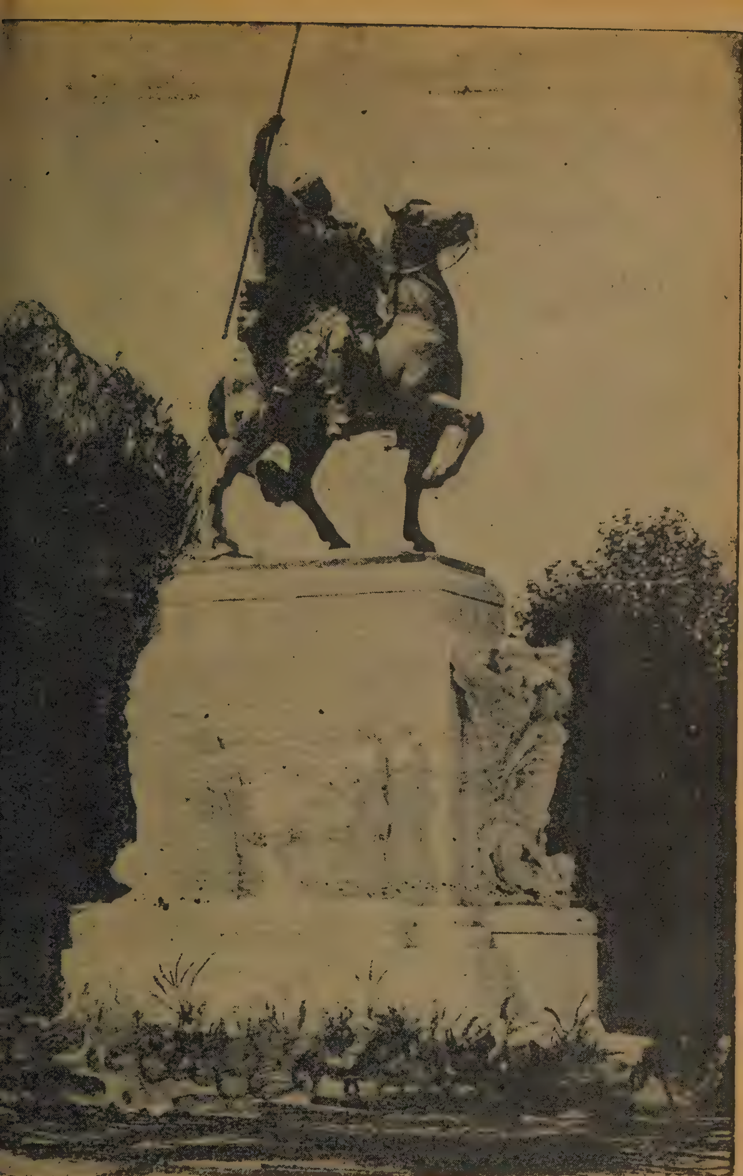
En el cuadro heroico que estamos trazando, en el *Exodo del Pue Oriental*, ese hombre es todo: él es el que arrea y carnea los ganados, y asa carne, y la distribuye a la muchedumbre hambrienta; es el que conduce caballadas, y se arroja a nado en los pasos profundos, y construye las cho: o enramadas con las horquetas del monte, para que en ellas se asile el gru de las familias patricias, nuestras abuelas, que vieron en ese hombre, en buen gaucho, en el buen *paisano*, al amigo, al poderoso amigo; es el que qu da aplastado bajo el potro que rueda; el que cae atravesado por la lan enemiga, y degollado al caer; en que muere, luchando con el cuchillo, dent del cuadro enemigo en que cayó desmontado en la carga homérica, co un pájaro herido en las alas... Todos esos que véis en el éxodo, mis amig todos van a morir así; morirán por la patria que no verán, y a la que na pedirán por su sangre.

«Si Esparta hubiera combatido en Maratón, dice Paul de Saint-V tor, hubiera entregado a los buitres los cuerpos de los ilotas muertos en s filas. La noble Atenas concedió una tumba de honor a los esclavos que p recieron por su libertad».

El gaucho americano, amigos míos, no fué un esclavo; no será alimen de las aves de rapiña. Tendrá su tumba, más grande que la de Atenas, o merecemos tenerla nosotros.

El no fué la civilización, es cierto; pero jamás reconoceré como homb de juicio a quien no vea en él otra cosa que la barbarie. ¡Oh, no!, nuest gaucho no es el bárbaro, el destructor exótico; mucho menos el ilota, la ca ne para buitres. El es nuestro hombre, el hombre nuevo, el germen de nueva patria hispano americana, que, si tiene un rasgo diferencial entre t das, es ése precisamente: el no haber tenido, por fundamento sociológic ni el bárbaro, ni el siervo, sino el gaucho libre, la célula autóctona de su d mocracia ingénita.

El gaucho vió en Artigas un s´r superior, pero de su especie, carne d su carne. Bien se dió cuenta de que Artigas lo amaba sinceramente; sint la diferencia entre ese hombre y los que, no teniendo con el campesino am ricano otro vínculo que el del menosprecio, lo reniegan para no contaminars



(J. L. Zorrilla. de S. M.)

Monumento al gaucho (Montevideo)

después de utilizarlo. Ese, y no otro, es el secreto del culto profesado a tigas por el gaucho de todo el mundo argentino...

Esa legión de combatientes que caminan con el profeta fué la prime guardia noble de la patria recién nacida; ella acompañó sus primeros desar paros; le dió a mamar su sangre, como la hembra del tigre da su leche; ell la pobre turba campesina, ha continuado esa lactancia de fiera hasta ag tarse; se va hunbiendo en la nada, substituída por otros hombres, mientr la patria crece nutrida de anónimos heroísmos, de heroísmos gauchos.

Hoy, al ascender Artigas en la historia heroica, sale con él, por la pue ta de las visiones estéticas, esa su primitiva guardia de caballeros, vestida sus harapos. Glorificado y transfigurado por la muerte, aparece aquel hi ambulante y sin codicias de la soledad y del desierto.

Si es cierto que se va; si ya se ha ido para siempre, que los últimos qu queden contemplen la resurrección en bronce de su raza. Que escuchen n despedida; que me oigan a mí, el rapsoda, el homérida, que quiero inocu laros, amigos míos, todo mi amor a esa figura de otros tiempos; a mí, pob soldado de la aurora, que rinde el tributo de la patria a aquel héroe mist rioso de la sombra.



Maipú.—Monumento a los héroes de la Patria



Jerusalén.—Mezquita de Omar, que ocupa el sitio del antiguo Templo

Los pueblos malditos, Jerusalén, Jerusalén!...

(Carlos Walker Martínez, chileno)

Esta es la ciudad de las grandes tristezas. He visitado durante el día el alvario y el Santo Sepulcro. Dediqué la tarde a Getsemaní, y vuelvo a mi lbergue con el corazón abrumado bajo el peso de mis melancólicas impre- ones. ¡Los santuarios cristianos en poder de los musulmanes! ¡La hija de avid convertida en un montón de ruinas inmundas! ¡Sus calles, llenas de endigos, y las puertas de sus murallas almenadas, llenas de leprosos!...

. . . .

Era una tarde hermosísima cuando, merced a una claridad de atmósfera traordinaria, alcancé a divisar las bajas costas de arena del país de los listeos, raza de Canaán, enemiga de Dios, que fué el cuchillo del pueblo cogido. ¡Qué de recuerdos! ¡Qué de memorias en esas playas! Aquella co- na es el Daredj, donde la tradición enseña que Sansón dejó las puertas de

Gaza; aquellas rocas que se ven más lejos, fueron asiento de Ascalón, y aquí partieron las expediciones fenicias a buscar el Atlántico y a dar vuel al Africa según la opinión de sabios geógrafos; y bogaron por estas ol ¡cuántas veces! las naves de los cruzados generosos y poéticos de la conqu ta del Santo Sepulcro, la epopeya más hermosa de los siglos.

. . . .

El colmo de la desventura que arroja el último rayo de luz sobre la tri tísima realidad de la maldición divina que aquí existe, es el penoso estado que se encuentran las calles de Jerusalén. No cabe mayor miseria. ¡Ni siquie se permite sacar los escombros y reedificar los techos que se derrumba sin una orden expresa del Sultán de Constantinopla!

Todos los Viernes acuden los judíos a llorar al pie de unos fragment de murallas que quedan del antiguo templo de Salomón. He ahí el retra de su condición, que no puede ser más triste, y he aquí su himno:

Rabino.—Por el palacio regio desvastado.

Pueblo.—Lloramos aquí en la soledad.

Rabino.—Por el templo destruído.

Pueblo.—Lloramos, etc.

Rabino.—Por las murallas derribadas; por nuestra majestad que pasó; por nuestros grandes hombres que perecieron; por nuestra piedr preciosas quemadas; por nuestros sacerdotes caídos; por nuestros rey despreciados... y contesta el pueblo ¡lloramos aquí en la soledad!

No hay, ni ha habido en el mundo pueblo alguno que haya entonad salmodia semejante.

Y para concluir, ¿qué valle o montaña de estas comarcas no puede d testimonio de cuán terribles son los juicios de Dios que las ha condenad El Mar Muerto cubre con sus aguas salobres los cinco pueblos nefand donde no se hallaban diez justos; los habitantes de Jafa y de las costas Fenici se acabaron, cien veces pasados a cuchillo, conforme a las amenazas de l profetas; Heliópolis, Menfis, etc., vieron destruídas sus almenas y llevad cautivos sus hijos a tierras lejanas; los Cananeos, por orden expresa de Dio se sepultaron entre los escombros de sus ciudades arrasadas, a la maner de Jericó, donde mataron los israelitas a todo lo que había en ella «desde hombre hasta la mujer; desde el niño hasta el anciano; y a los bueyes tam bién, y ovejas y asnos pasaron a filo de espada»—Josué, capítulo VI, 21.

El castigo del diluvio no ha muerto y existirá en distintas formas mien tras haya pecados.



Sobre el terremoto de Valparaiso

(Fragmento de un sermón)

(Ramón A. Jara, chileno)

... Paréceme que a la vista de tantos edificios derribados y de tantas nas amontonadas se fuera sacudiendo y derrumbando en mi propio co- ón esa otra ciudad de mis recuerdos y de mis afectos, sostenida hasta sobre fundamentos sagrados.

Y ahora, al contemplar este cuadro, único tal vez en la historia de mi ria, de un pueblo entero que para orar por sus muertos queridos necesita mparse bajo el techo del firmamento; al ver que la noble y gentil Val- aíso, para hospedar al Hombre-Dios, en el Altar del Sacrificio, no tiene pabellón que el follaje de los árboles, y que, para dar asiento de honor Jefe Supremo de la Nación, se ve precisada a levantar una tienda de npaña; al pasear mis miradas y observar que los magistrados y los sacer-

dotes se hallan agotados por el cansancio de incomparable labor,; al desc brir en las madres, esposas y doncellas las huellas de intensísimo dolor, en el abrazo de mis viejos amigos, la expresión de indecibles sufrimient me siento débil como un niño, se anuda la voz en mi garganta y apenas pu do exclamar como el profeta Jeremías: «¿Quién dará agua a mi cabeza fuente de lágrimas a mis ojos para llorar día y noche las desgracias y l muertos de esta ciudad, que es la hija querida de mi patria?»

A la verdad, señores, yo creía que sobre el sepulcro de mis padres había agotado ya el manantial de mis lágrimas; parecíame que las amarguras la vida, como el simoún ardiente del desierto, habían secado ya mi corazó pero hoy, a la vista de esta ciudad destruída y de este cúmulo de tribul ciones que la agobian, siento que el corazón resucita para sufrir y que ot fuente de llanto se desborda de mis ojos. Mejor que nunca comprendo aho el dolor del Salvador Divino cuando, pensando en las ruinas de Jerusalé *flevit super illam*, con abundancia de lágrimas «lloró sobre ella».

Proclama al Ejército Nacional

(Gabriel García Moreno, ecuatoriano)

¡Soldados! Grandes han sido hasta hoy vuestros sacrificios, pero gra de también ha sido vuestra gloria.....................................

Carecíamos de tropas regulares, de armas y recursos suficientes; y p recía temeridad insensata el aceptar el combate sin los necesarios eleme tos de resistencia. Pero pusimos nuestra esperanza en la protección d cielo, y fuertes, invencibles con su auxilio, asegurásteis la libertad de l provincias interiores, marchando siempre victoriosos.

¡Soldados! Miro la indignación pintada en vuestro semblante; ya er puñáis vuestras armas vencedores; y el grito de guerra que lanzáis ena cidos, se extiende como el ruido del trueno desde los valles del Chimbora hasta las márgenes del Guayas. ¡Guerra, pues, a los traidores y a los banc dos; guerra a los bárbaros opresores de las desgraciadas provincias litor les; guerra, guerra, sin tregua a los enemigos de la patria!

¡Compañeros de armas! El éxito de la campaña no puede ser dudos Defendéis la más pura, la más santa de las causas. la causa de la indepe dencia nacional, la causa de la libertad del pueblo, la causa de la civiliz ción y de la justicia, habéis triplicado vuestro número, tenéis a vuest frente un General esclarecido y a jefes y oficiales inteligentes y valerosos, contáis como antes con la visible protección de la Providencia.



En la catástrofe del Lusitania

(Adolfo Agorio, uruguayo)

... «el español se arrojó al agua y nadó todavía alrededor del barco n la esperanza de salvar más náufragos».—¿Quién es esa sombra ignorada ıe pierde su silueta en el verde obscuro de los mares de Irlanda, que se svanece en un escenario de la tragedia antigua? El diario británico no dice nombre; poco le importa cómo se llama ese personaje de romance. Es un pañol y eso basta. Para los ingleses todos los españoles son iguales en gerosidad, en heroísmo y en sacrificio. De ahí que hayan encontrado la sanón gloriosa con sólo escribir una palabra. Pero no pasaron muchos meses ı que el héroe se sintiese bañar por la luz de la admiración universal. Vinte Egaña es de origen vasco, nacido en Bilbao, en plena región industrial, í donde el esfuerzo se modela sobre el acero. En la catástrofe del «Lusinia» perdió toda su fortuna, pero salvó el honor de su raza.



Convento y campo de batalla de San Loren

DISERTACIONES SOBRE LA PATRIA Y EL HOGAR

El verdadero patriotismo

(Cecilio Báez, paraguayo)

El patriotismo, el verdadero patriotismo, consiste en el amor a nuest pueblo y al suelo en que radica, en el amor a sus instituciones y en el am a la libertad. La gloria, la verdadera gloria de la patria, consiste en todo aqu llo que ha dado lustre a la nación, a saber: las glorias de la ciencia y del ar los progresos de las artes de la paz, e igualmente la gloria de las armas co quistada en defensa de la libertad.

A propósito de la guerra del Paraguay, que Solano López provocó c una agresión injusta al Brasil y la Argentina, he observado alguna vez q ciertos jóvenes compatriotas, en ocasión de las efemérides de las grand batallas , acostumbran a herir a los que ayer nos combatieron.

Tengo para mí que el patriotismo no puede aconsejar semejante condu ta. El amor de la patria no se inspira en el odio de los otros pueblos, sino el ideal de engrandecerla por la cultura intelectual y la riqueza material.

Las glorias de la Francia, por ejemplo, no consisten precisamente sus ruidosas batallas, sino en haber elaborado su brillante civilización beneficio propio y en el del mundo entero.

Las naciones no existen para combatirse, sino para colaborar juntas en la obra de la civilización universal. El amor es la ley de la vida; las guerras son males que accidentalmente surgen, para quedar demostrado que la humanidad es imperfecta, y que en la lucha por el progreso, es inevitable el choque de los pueblos.

Enhorabuena que el patriotismo se retemple en el recuerdo de los hechos gloriosos, y se honre la memoria de los héroes nacionales; que el bardo inspirado cante sus hazañas y virtudes, y que pueblo agradecido les erija estatuas para la enseñanza de la juventud y eterna veneración de la posteridad; pero no es propio envenenar los corazones con sentimientos de odio, ni conquistarse la enemistad de otros pueblos con palabras ofensivas.

El Paraguay tiene ligada su suerte a la de los países del Plata, y el interés de la civilización le exige mantener la más perfecta armonía con todas las naciones.

El deber de la juventud es inspirarse en los nobles ideales y procurar, de una manera efectiva, realzar la obra anhelada de la reconstrucción de la patria. Ella es su esperanza; en ella funda ésta su salvación; y esta salvación no se conseguirá procurándola enemigos en el exterior, sino haciéndola amable de las otras naciones.

Amor a la Patria

(Casimiro Olañeta. boliviano)

Adicto al ministerio u opositor a las administraciones de mi país en los puntos que se ventilan bajo las formas del sistema representativo; considerado, despreciado o perseguido por sus gobiernos; sea que la algazara de los partidos pretenda envolver mi nombre con la hiel de sus pasiones, o sea por último cada una de estas partes o el conjunto, no amortiguarán en mi alma los sentimientos del amor a la patria, superior a todas las persecuciones del poder y a los halagos de la ambición. Magistrado, hombre público, en la vida privada o en cualesquiera otras situaciones, inclusa la proscripción, el primer deber, la obligación más sagrada del ciudadano, es la defensa del honor nacional con el sacrificio de la vida por su independencia y con el olvido de todos los compromisos por la seguridad de la patria amenazada del extranjero.



Los Reyes católicos

América a España

(Peroración de un discurso)

(J. Zorrilla de S. Martín, uruguayo)

Pero además de ese mensaje-aclamación de todos y cada uno de l pueblos libres americanos al pueblo que los precedió en la gloria de la ra: y los evocó a la vida, queda el otro, señores, el más grande, el más solemn es el coro litúrgico que, como enorme nube de incienso iluminada por sol, alza toda el alma española de ambos mundos al grande espíritu hispánic del pasado, del presente, del porvenir, al arcángel tutelar de nuestra raz que flota bajo este cielo; al Dios omnipotente, sobre todo, al Dios que v ve en ese cielo y más allá de ese cielo; al que enciende el fuego sacro del g nio en la mente humana, bien sea en la de Colón el navegante del mar, bie sea en Pasteur, el navegante de una gota de agua: ambos descubren mundo al que, según el libro de Job, el profeta enorme del desierto, pesa la fuer:

e los vientos, y mide las aguas del abismo, da leyes a la lluvia y marca a las mpestades su camino; al que envía el rayo y el rayo va y vuelve para derle ¡aquí estoy!; al que da inteligencia a los meteoros del cielo; al que envolvió en tinieblas la tierra recién nacida, como se envuelve un niño en sus añales. . .

Señores, ese es el único grito digno de la raza hispánica en ese momento erdurable; el solo digno del momento, el solo digno de la gran raza cristiana: Gloria a Dios!!

IBERO-AMÉRICA

(José Enrique Rodó, uruguayo)

Por las virtualidades de su situación geográfica y de sus fundamentos stóricos, el Uruguay parece destinado a sellar la unidad ideal y la armonía olítica de esta América del Sur, escenario reservado, en el espacio y en el empo, para la plenitud del genio de una grande y única raza.

No necesitamos los sud-americanos, cuando se trate de abonar esta nidad de raza, hablar de una América latina; no necesitamos llamarnos tino-americanos para levantarnos a un nombre general que nos comprenda todos, porque podemos llamarnos algo que signifique una unidad mucho ás íntima y concreta: podemos llamarnos «ibero-americanos», nietos de heroica y civilizadora raza que sólo políticamente se ha fragmentado en os naciones europeas; y aun podríamos ir más allá y decir que el mismo ombre de hispano-americanos conviene también a los nativos del Brasil; yo lo confirmo con la autoridad de Almeida Garret: porque, siendo el ombre de España, en su sentido original y propio, un nombre geográfico, n nombre de región, y no un nombre político o de nacionalidad, el Portugal e hoy, tiene, en rigor, tan cumplido derecho a participar de ese nombre eográfico de España como las partes de la Península que constituyen la ctual nacionalidad española; por lo cual Almeida Garret, el poeta por xcelencia del sentimiento nacional lusitano, afirmaba que los portugueses odían, sin menoscabo de su ser independiente, llamarse también, y con ntera propiedad, españoles.

La política

(*Artículo humorístico*)

(Jotabeche, chileno)

¿Por qué llamarían política a los asuntos de gobierno? En mi entend esto es una ironía muy picante, una burla que se ha querido hacer de la ir titución más seria fundada por los hombres, un sarcasmo al fundamen de las sociedades. Desde que leí el Catón Cristiano, me hicieron entender p política todo lo respectivo a una buena crianza, finos modales, gracias cab llerescas, cortesía, etc. Cuando veía a un hombre que, por dar la acera cuantos encontraba se metía en los barriales; cuando otro saludaba fc mando un arco con su cuerpo, y describiendo semicírculo con el sombrer tomado con el pulgar y el índice de la mano derecha; cuando me hací notar a un señorito que, al hablar quería lamer tanto sus palabras que ll gaba a silbar con mucha gracia; cuando solía sufrir mi mano los apreton y sacudimientos afectuosos de un nuevo amigo que me presentaban, siemp oí decir: este caballero es muy político; ¡qué político es este caballero!; (gusto tratar con un hombre tan político como éste, etc. Pero en los gobiern el político, es todo lo contrario. ¡Yo no sé qué clase de crianza han recibi los hombres de estado! En primer lugar, se llama hombre de mucha políti el que mantiene dos o tres periodistas pagados con fondos nacionales, pa que digan desde una hasta ciento a cuantos tienen el descomedimiento (no agradar a su señoría. La política gubernativa permite, pues, que los hor bres se cubran de desvergüenzas, no sólo en medio de la calle, sino en med de la nación y del mundo entero.

Desde que leí el Catón Cristiano, me hicieron entender por políti una buena crianza, y puedo jurar que no hay cosa más mal criada que u ministro, y sobre todo si es de tesorería fiscal. Cuando veía un hombre qu a todos quería ceder su asiento y que gustaba de no incomodar a nadi «este caballero es muy político», me decían; pero ahora veo que se llama buenos políticos, el que con intrigas y humillaciones defiende su puesto todo trance, el que con las mismas armas desaloja a otro para reemplazar en la vacante, el que sólo espera ver vacía una silla para abrirse paso hast ella a bofetadas y gritar: «Yo me siento ahora».

—Pase Ud.
—No, señor.
—Vamos; a Ud. le toca...
—No puede ser.
—Hágame Ud. el favor...

Dos hombres de los que me decían antes que eran muy políticos se dis-
taban así la preferencia de pasar por un barrial, o por cederse uno al otro
acera; pero cuando se encuentran dos empleados políticos en la senda de
ascensos, sucede lo contrario.

—A mí me toca pasar adelante, porque soy más antiguo.
—No, señor; me toca a mí, porque soy honrado.
—Yo también lo soy, Ud. es un godo.
—Ud. es un bestia.
—Ud. ha sido un alcahuete.
—Ud. es un ladrón.
—¡El pipiolo indecente!
—¡¡Godo infame!!

Y se agarran y se estropean; y a veces ninguno de los dos pasa primero,
que, mientras se revuelcan ambos en el barro, viene otro político y pasa
encima de ellos. Este suele llamarse refinado político, quizá porque es
lemente descomedido.





Los hogares de antaño

(*Artículo de costumbres*)

(Delia Castellanos de Echepare, uruguaya)

¡Qué lejos estamos, señor, de aquellos buenos tiempos en que el hog era el lazo de unión que reunía a todos los miembros de la familia en horas consagradas al descanso de la diaria tarea! ¡Cómo ha ido desapareci do poco a poco la hermosa y tradicional costumbre de reunir en torno de mesa, a la hora del té, a abuelos, padres, hijos y nietos y hasta algunos ai gos íntimos que acudían a la alegre tertulia para saborear junto con las losinas, la sabrosa charla de los de la casa! Entonces no estaban de mo como ahora, los tés en las confiterías o tiendas, y eran muchas veces las n mas niñas de la casa, con sus coquetos delantales, las que se encargaban preparar el aromoso brevaje, y hasta de confeccionar con sus hábiles ma (no tan cuidadas tal vez como las de ahora) los deliciosos bizcochitos que

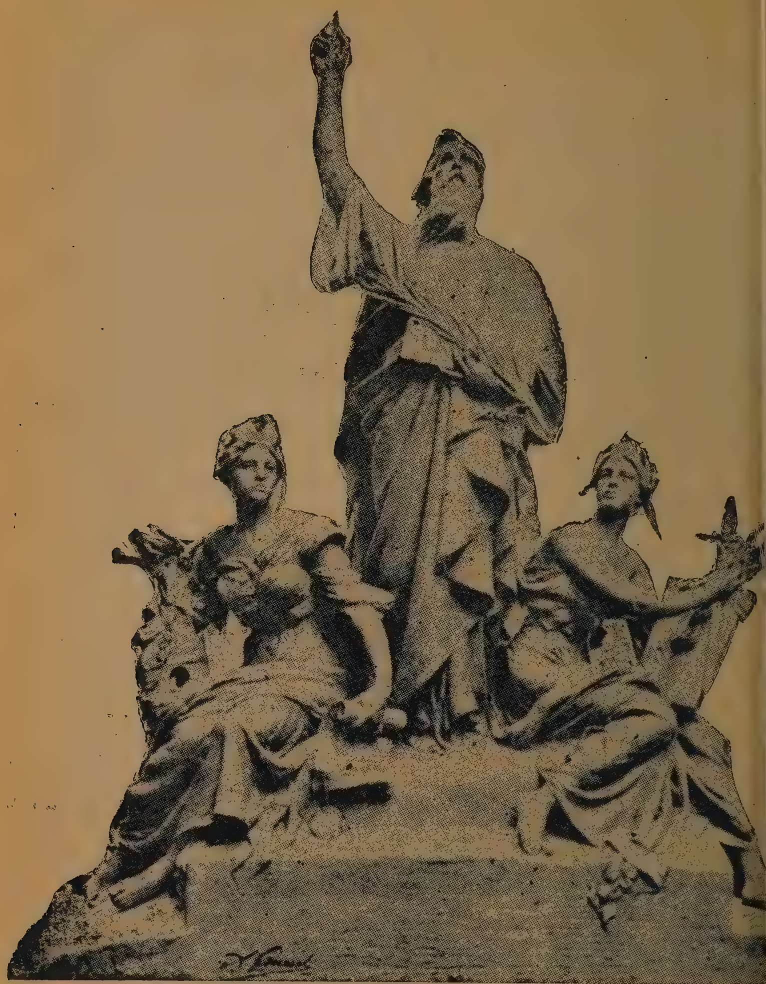
ompañaban. La sobremesa de la cena era una verdadera reunión, donde comentaban agradablemente los sucesos del día, se hacían proyectos para s siguientes, y no faltaban los juegos de salón que daban la nota ueña, o la buena música, que encontraba siempre excelentes intérpretes y entes entendidos.

¡Qué encanto irresistible tenían las veladas invernales del hogar, y mo se las recuerda siempre con infinita ternura!

Junto a la chimenea donde el fuego chisporroteaba, estaba el sillón de vieja abuela que dormitaba mientras desgranaba lentamente las cuentas de rosario, en tanto que el abuelo complaciente contaba a los nietos peque-s las ingeniosas historias infantiles, y, mientras los mayores reían o jugaban, padre y la madre contemplaban embelesados el delicioso cuadro.— Todo o es ahora para muchos historia antigua, y... hasta ridícula. Ahora, los uelos se quedarán solos junto al fuego, porque los nietos prefieren a sus genuas historias las escenas espeluznantes del cine, donde concurren tam-én las hermanas para encontrarse allí con sus pretendientes, y, como la adre debe acompañarlas también, el padre se irá al café o al teatro, como los ros hijos y... ¡a eso quedan reducidas las veladas en muchos hogares!...

Desgraciadamente, el mal avanza y ataca a todas las clases sociales n más o menos intensidad, y todos buscan el medio de huir del hogar en sca de diversiones. Me consuela el pensar que, pese a los «adelantos» mo-rnos que han traído el abandono del hogar, hay todavía familias patriar-es y hogares donde se brinda a todos la dulce y verdadera paz. Sirvan os de ejemplo en nuestra patria.





TEMAS FILOSOFICOS Y RELIGIOSOS

DIOS BELLEZA SUMA

(Fray Luis de Granada)

Cuando yo busco a mi Dios, no busco forma de cuerpo, ni hermosura tiempo, ni blancura de luz, ni melodía de canto, ni aroma de flores, ni güentos aromáticos, ni miel, ni maná deleitable al gusto, ni otra cosa que ıeda ser tocada y abrazada con las manos; nada de esto busco, cuando bus- a mi Dios; mas con todo eso, busco una luz sobre toda luz, que no ven los os; y una voz sobre toda voz, que no perciben los oídos; y un olor sobre to- olor, que no siente el olfato; y una dulzura sobre toda dulzura, que no co- ce el gusto; y un abrazo sobre todo abrazo, que no siente el tacto; porque a luz resplandece donde no hay lugar; y esta voz suena donde el aire no lleva; y este olor se siente donde el viento no lo derrama; y este sabor de- ta donde no hay paladar que guste; y este abrazo se recibe donde nunca nás se aparta.





Judit (P. Alc

LA BIBLIA

(Donoso Cortés)

¿Y qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la s presión de la Biblia quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas en sombra de muerte? Porque en la Biblia están escritos los anales del cie de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, contiene lo que fué, lo que es, y lo que será; en su primera página se cuen el principio de los tiempos y el de las cosas; y en su última página, el fin las cosas y de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio; y acal con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bel como la primera brisa que refrescó a los mundos; como la primera auro que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; c mo el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan triste como la última palpitación de la naturaleza; como el último rayo luz, como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúneb y aquel idilio, vénse pasar unas en pos de otras a la vista de Dios todas l generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos: las tribus van con su patriarcas; las repúblicas, con sus magistrados; las monarquías, con sus rey y los imperios, con sus emperadores: Babilonia pasa con su abominació Níneve con su pompa; Menfis, con su sacerdocio; Jerusalén, con sus prof tas y su templo; Atenas, con sus artes y con sus héroes; Roma, con su di dema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios; todo lo d más pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ol



MARAVILLOSA PREDICACIÓN DE LOS APÓSTOLES: TRIUNFO Y VICTORIA DE LA IGLESIA POR MEDIO DE LAS PERSECUCIONES

(Fray Luis de León)

....Aqueste hecho, por donde quiera que le miremos, es hecho maravilloso: aravilloso en el poco aparato con que se principió; maravilloso en la preseza con que vino a crecimiento; y más maravilloso en el grandísimo creciiento a que vino; y sobre todo, maravilloso en la forma y manera como ino. Porque si sucediera así, que algunos persuadidos al principio por los póstoles, y por aquellos persuadiéndose otros, y todos juntos, y hechos n cuerpo, y con las armas en la mano se hicieran señores de una ciudad, y e allí peleando sujetaran a sí la comarca, y poco a poco cobrando más fueras ocuparan un reino; y como a Roma le aconteció, que hecha señora de talia, movió guerra a toda la tierra, así ellos poderosos y guerreando venieran al mundo, y le mudaran sus leyes; si así fuera, menos fuera de maravi-

llar. Así subió Roma a su imperio: así también la ciudad de Cartago vino alcanzar grande poder: muchos poderosos reinos crecieron de semejant principios: la secta de Mahoma falsísima por este camino ha cundido: y potencia del turco, de quien ahora tiembla la tierra, principio tuvo de oc siones más flacas: y finalmente de esta manera se esfuerzan, y crecen y sobr pujan los hombres unos a otros. Mas nuestro hecho, porque era hecho ve daderamente de Dios, fué por diferente camino. Nunca se juntaron los Apó toles y los que creyeron a los Apóstoles para acometer, sino para padecer sufrir. Sus armas no fueron hierro, sino paciencia jamás oída. Morían, muriendo vencían. Cuando caían en el suelo degollados nuestros maestro se levantaban nuevos discípulos. Y la tierra, cobrando virtud de su sangr producía nuevos frutos de fe. Y el temor y la muerte, que espanta natura mente y aparta, atraía y acodiciaba a las gentes a la Fe de la Iglesia.



Catedral de Sev



Catedral de México

La catedral cristiana

(Donoso Cortés)

¿Quién vence en ciencia a Santo Tomás, en genio a San Agustín, en ajestad a Bossuet, en fuerza a San Pablo? ¿Quién como Rafael puso jamás el lienzo inspiración y vida? Poned a las gentes a la vista de las Pirámides Egipto, y os dirán: por aquí ha pasado una civilización grandiosa y bárra: ponedlas a la vista de las estatuas griegas y de los templos griegos, y dirán: por aquí ha pasado una civilización graciosa, brillante y efímera; nedlas a la vista de un monumento romano, y os dirán: por aquí ha pado un gran pueblo. Ponedlas a la vista de una catedral, y al ver tanta ajestad unida a tanta belleza, tanta grandeza unida a tanto gusto, tanta acia junta con una hermosura tan peregrina, tan severa unidad en una tan a variedad, tanta mesura junto con tanto atrevimiento, tanta morbidez las piedras y tanta suavidad en los contornos y tan pasmosa armonía tre el silencio y la luz, la sombra y los colores, os dirán: por aquí ha pasado pueblo más grande de la historia y la más portentosa de las civilizaciones manas; ese pueblo ha debido tener del egipcio lo grandioso, del griego lo brinte, del romano lo fuerte, y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grandioso, algo que le más que lo grandioso, lo fuerte y lo brillante: lo inmortal y lo perfecto.

El alma

(Santa Teresa)

Estando hoy suplicando a nuestro Señor hablase por mí, porque yo n atinaba cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia; se m ofreció lo que ahora diré, para comenzar con algún fundamento; que e considerar nuestra alma, como un castillo todo de un diamante o muy cla cristal, a donde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay much moradas. Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma d justo, sino un paraíso, adonde dice El tiene sus deleites. ¿Pues qué tal o parece que será el aposento donde un rey tan poderoso, tan sabio, tan lin pio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo casa con qué comp rar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y verdaderament apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a com prenderla; así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues El mismo dic que nos crió a su imagen y semejanza.

Tolerancia

(Mariano Baptista, boliviano)

La paz reclama en todo el país, con mayor fuerza en Bolivia, los ho locaustos de la paciencia, la fuerza de la resignación, el valor de la tol rancia y hasta la cesión del derecho con esta limitación; la de no compr meter la dignidad de la conciencia y los fueros primordiales de la just cia; la de no renunciar cobardemente a las condiciones esenciales del o den político que se ha adoptado. Cuando el título fundamental se altera la usurpación ocupa su lugar, desaparece la autoridad y sólo queda la in posición de la fuerza.

LA LIBERTAD

(Fragmento oratorio)

(Ramón Nocedal)

«¡Libertad! ¡libertad!» ¿Decís que la procuráis? ¿Decís que la amáis? Ilusión engañosa! Yo amo la libertad, vosotros no la amáis, vosotros la desruís. Vosotros confundís la libertad del pueblo con la libertad de vuesras opiniones, y al abrir camino a la libertad de vuestros antoos, arrancáis de cuajo las raíces y destrozáis las ramas y los frutos de a libertad. ¿De qué sirve que establezcais en vuestras Constituciones la ibertad de imprenta, la libertad de discusión, la libertad de conciencia, la ibertad de cultos y todas las libertades de perdición que consstituyen el deecho nuevo? Con eso, ¿cómo he de negarlo? con eso, complacéis a tales o uales escritores nacionales y extranjeros, a muchos sistemas, a muchas esuelas, a todos los sectarios, a todos los enemigos de la santa verdad, que fué iempre el fundamento de la unidad de España y de la libertad de los espaioles. Pero al pobre pueblo, a los pobres pueblos, ¿qué libertad les dais con emejantes libertades? ¿Por dónde puede llamarse libertad la desventura del ueblo que vivía feliz y tranquilo en su cristiana fe, y de repente se encuentra olicitado por innumerables y encontradas predicaciones de que no sabe uzgar, agobiado por hombres astutos y bien apercibidos que le sorprenden on teorías que no está en disposición de discutir, que le deslumbran, que le narean, le confunden, le arrojan desprevenido e indefenso a todo viento de loctrina, y ayer le convirtieron en carne de cañón con que el tercer estado lerribó los poderes antiguos y se encaramó a lo más alto del presupuesto, y oy tratan de convertirlo en carne de cañón con que el cuarto estado os lerribe y se empine sobre vosotros, como vosotros hicisteis con los poderes ntiguos...? ¿Y es esto libertad? ¿Con esto creéis haber hecho libre al pueblo spañol? Yo no conozco en la historia del mundo tiranía semejante.

SENTENCIAS

(P. Juan Eusebio Nieremberg S. J.)

Usa de la razón, como el león, de sus uñas; el ciervo, de sus pies; l garza, de sus alas, para defensa de su vida. A cada animal dió la naturalez su dote y gracia; al hombre, con darle sólo la razón, le dió más que a todos Un león sin manos, ¿cómo vivirá? Un jabalí sin colmillos, ¿cómo se de fenderá? Tú, si no te guías por la razón, ¿cómo podrás pasar? Bien dijo Pitágoras que la prudencia era para el hombre fortaleza, armas y muros.

Las honras se han de merecer, no solicitar; pues es mayor gloria merecer las sin tenerlas, que tenerlas sin merecerlas. Y si se buscan sin merecimiento desvergüenza es: si por medios no honrosos, infamia. Y más cae que sub quien por bajezas se ensalza.

LAS REVOLUCIONES

(Adolfo Ballivián, boliviano)

(Fragmento oratorio)

Yo protesto, señores, contra las revoluciones, a que jamás he pertenecido. Yo protesto, señores, contra el hecho. Mi protesta, siempre constante, siempre consecuente contra el hecho, es la que me ha despojado del uniforme del soldado, es la que me ha sentado en el banco de los diputados, es la que me ha enrolado en las filas del pueblo. En diversas situaciones políticas a que he sido arrastrado desde una edad temprana; no he podido ofrecer para el bien público, otro contingente que el de mis sentimientos, templados al calor de ese fuego sagrado del amor a la Patria, que no pudo apagarse al soplo de una brisa, que sepultó los mejores años de mi vida en las arenas de una playa extranjera Yo protesto, señores, contra el hecho sin que esto importe que me halle intimidado para el cumplimiento de mis sagrados deberes.

Yo protesto también cumplir esos deberes, por numerosos y terribles que fuesen los compromisos y peligros a que ese cumplimiento pudiese sujetarme. Yo protesto, señores, cumplir esos deberes, abordando de frente con valor, con lealtad y franqueza, todas las graves cuestiones en cuya discusión se halle solemnemente interesada la conciencia pública. Lo haré así, porque he venido a sentarme en los bancos de la Representación Nacional con la conciencia pura y el corazón tranquilo.



(Hoffmann)

DE LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS

(P. Pedro de Ribadeneira, S. J.)

Para reformar las vidas y enmendar las costumbres no hay ningún edio, ni más fácil ni más eficaz que criar los niños cen el temor santo de ios, y enseñarlos a ser cristianos desde su tierna edad, para que mamando on la leche la virtud, crezcan con ella, y siendo ya hombres y grandes, ejer-ten lo que siendo niños y pequeños aprendieron.

Esto es lo que todos los que trataron y escribieron leyes para el buen obierno de las repúblicas, en todas las naciones, y en todos los siglos ense-aron. Porque para que aprenda y eche raíces el árbol que se planta, ha de r tierno. Y un sabio, aunque gentil, dijo: «tanto va en el acostumbrarse a na cosa desde niño». Y otro, que el vaso sabe a la pega, y toma siempre sabor del primer licor que se echó en él. Y Aristóteles dijo: «no va poco sino ucho en acostumbrarse de una manera o de otra, desde la mocedad». Pero ucho mejor lo dijo el Espíritu Santo por Salomón en aquellas palabras: Que es proverbio ya, y común dicho de todos, que el mozo acostumbrado andar por un camino, aunque se haga viejo no le dejará». Y antes de Sa-món, dijo Job: «Sus huesos se henchirán de los vicios de su mocedad».

Por esto dijo Platón que él no sabía ninguna cosa en que los hombres hubi sen de poner mayor estudio y cuidado que en hacer buenos a sus hijos des(niños. Y San Agustín dice que más cuidado han de poner los padres en cri bien a los hijos que tienen, que no en desearlos ni en tenerlos. Y el misn Platón en los libros que escribe de la república, y en los de las leyes, ningu cosa encarece más que la crianza y buena instrucción de los niños, y la ton por base y fundamento de todo lo que enseña. Porque dice que de ella depe de el bien de la república, y que más caso se ha de hacer en que haya buen gobernadores en las ciudades, que no buenas leyes, Y da la razón: porq la ley buena, si no hay buen gobernador que la ejecute, es ley muerta; m el buen gobernador, aunque no tenga la ley escrita, él mismo se es ley viv Y añade, que no podrá haber buenos gobernadores si no hay buenos ciud danos, de los cuales se han de tomar los que han de gobernar; y que pa que los ciudadanos sean los que deben ser, también es necesario que lo sea los niños y los mozos, que después de haber crecido han de venir a ser ciud danos y a gobernar la república; y comúnmente serán tales cuales fuer en su mocedad; y así concluye que si no se echa este cimiento, todo lo q sin él se edificare caerá...



Universidad Católica (Santiago)



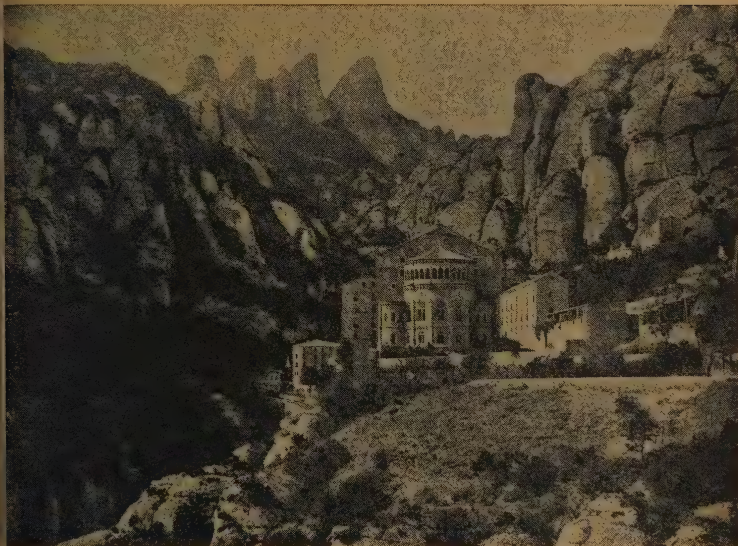
LAS PASIONES EN LA NIÑEZ

(P. Alfonso Rodríguez, S. J.)

Si cuando la pasión comienza a brotar, y la mala inclinación aún no ene fuerza, por estar en sus principios, no os atrevéis a resistirla por la ificultad que sentís en ello, ¿cómo la resistiréis y venceréis después, uando esté muy arraigada, y haya cobrado fuerzas con la costumbre, que s será a par de muerte mudarla?

Declaraba esto San Doroteo con un ejemplo que traía de uno de aquell
Padres antiguos. Estaba con sus discípulos en un campo lleno de cipres
de todas suertes, unos grandes, otros pequeños, otros medianos; y mandó
uno de sus discípulos que arrancase uno de aquellos cipreses. Tiró, y arra
cóle luego; que era pequeño. Dícele: «Arranca aquél». Era un poco mayor
arrancóle; pero con más fuerza y trabajo, y con ambas manos. Para ot
hubo menester compañero; otro, todos ellos juntos no le pudieron arranca
Entonces díceles el viejo: «Así son las pasiones: al principio, cuando aún r
están arraigadas, es fácil el sujetarlas: poca fuerza que hagáis, basta pa
eso; pero después que con la costumbre han echado hondas raíces, será mu
dificultoso; mucha fuerza habréis menester poner, y no sé si lo acabaréis





La iglesia y el arte en España

(Juan Vázquez de Mella)

Todas las literaturas peninsulares nacen cantando himnos ante el altar la Virgen, con el *Desconort* de Raimundo Lulio en Cataluña, las *Cántigas* Alfonso el Sabio en Galicia, la vida de Santa María Egipcíaca y los ro-ances anónimos en Castilla.

Todos nuestros grandes poetas, que no hay necesidad de citar, respon-n de tal manera al sentimiento católico, que desde el liviano Arcipreste de ta, que también pone flores ante la imagen de toda pureza, hasta las *ujeres del Evangelio* de Larmig y los *Idilios místicos* de Verdaguer, apenas y un poeta español, aun los escépticos y los impíos, que en algún momento haya dejado, como un ex-voto y temblando por la inspiración religiosa, lira sobre el altar de la Virgen sin mancilla.

Nosotros creamos el teatro popular y teológico de los *Autos Sacramenta-*

les, y el teatro caballeresco en que el *honor*, aunque exagerado, era al f como el caballero que lo albergaba, una creación de la Iglesia, que ignc el mundo antiguo, y que va ignorando el moderno en la misma proporci en que se aparta de la Iglesia.

Con la antorcha de su fe ha iluminado España todas las regiones (arte representando la Religión al reproducirse a sí misma. Y en todas : formas artísticas, en las plásticas y literarias, brillan aquellos dos caracte: que sin la influencia religiosa no estarían siempre asociados cuando las te dencias de otros pueblos tan frecuentemente los disgregan: el *realisn* fuerte de trozos vigorosos, que huye de personificar tipos abstractos, y *idealismo*, que suaviza su rigidez con una luz que penetra las almas y se tra: parenta en las figuras. Puede decirse que los místicos dan forma real a s éxtasis y transportes, vaciando los más altos conceptos en una prosa que hace visibles y palpables; y que hasta de los cuadros naturalistas de la no la picaresca, templando su exageración o su crudeza, sale, servido de la sáti un ideal que está en el alma del autor y de sus obras. Y esos caracteres t misteriosamente enlazados se manifiestan, con inusitado esplendor, en escultura y en la pintura, que revelan el alma de España con todo el ar de una fe que es la clave de esa armonía.

. . . .

Hasta las piedras reflejan el sentimiento católico. ¡Sí, la Iglesia las ha es ritualizado! En la misma arquitectura, la más material de las Bellas Art veréis ese espíritu brillar en los primitivos templos románicos, que toda no han podido levantar la bóveda circular sobre sus muros, que tienen pob techumbres y aquella ornamentación lineal y rígida como las espadas de guerrilleros de la Reconquista, pero que irán multiplicando y enriquecien la arquivolta ajedrezada sobre las columnas que se agrupan en sus portad embelleciéndolas con tímpanos, hasta convertirlas en arcos triunfales arte, como el *Pórtico de la Gloria*, que parece levantado por la fe para reci al arte ojival, que llega con las magníficas catedrales, que son como la n teria idealizada y arrodillada ante la Cruz tendida en el pavimento de : naves, y cubierta por la mística rosa que ha dejado en la nervadura de bóvedas la señal de sus hojas, inmensas custodias de granito que hacen (dar al ánimo absorto si las atraviesa el sol para concentrar en ellas todos : rayos y besar humillado el altar del que es el foco de la eterna luz, o si e: foco mismo del amor el que irradia luces para inflamar al mundo al tra de las vidrieras de colores, rojas como su sangre y verdes como la esperan



TEMAS CIENTIFICOS

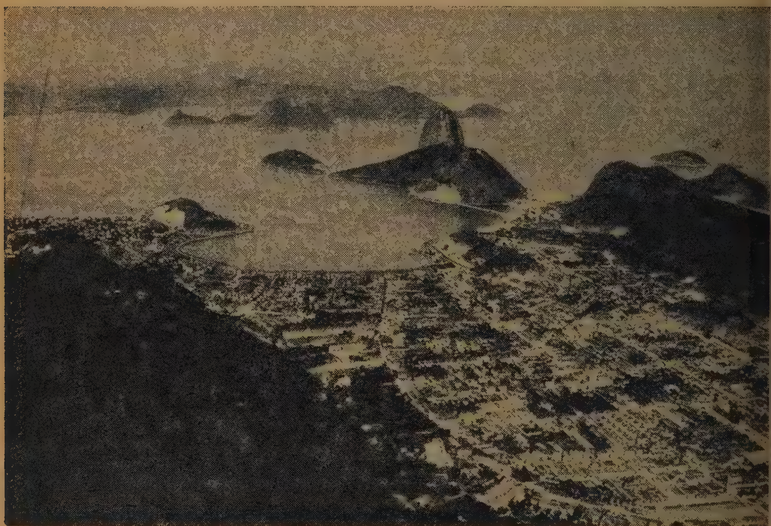
El sol imagen de Dios

(Fray Luis de Granada)

Entre las criaturas corporales, la que más representa la hermosura y omnipotencia del Criador en muchas cosas es el sol. El sol alumbra este mundo, y de su Criador dice San Juan que alumbra todo el hombre que nace en este mundo. El sol es la criatura de cuantas hay más visible, y la que menos se puede ver por la grandeza de su resplandor, y flaqueza de nuestra vista; y Dios es la cosa más inteligible de cuantas hay en el mundo, y la que menos se entiende por la alteza de su sér, y bajeza de nuestro entendimiento. El sol es entre las criaturas corporales la más comunicativa de su luz, y de su calor, tanto que, si le cerráis la puerta para defenderos de él, él se os entra por los resquicios de ella a comunicaros el beneficio de su luz. Pues ¿qué cosa más semejante a aquella infinita bondad que tan copiosamente comunica sus riquezas a todas las criaturas, haciéndolas, como dice San Dionisio, cuanto sufre su naturaleza, semejantes a sí, y buscando muchas veces a los que huyen de él? De la claridad grande del sol reciben claridad y virtud para obrar todas las estrellas, y de la plenitud y abundancia de la gracia de Cristo nuestro Salvador, reciben luz y virtud para hacer buenas obras todos los justos. El sol produce cuantas cosas corporales hay en este mundo; y aquél

soberano gobernador, así como todo lo hinche, así todo lo obra en los cielos y en la tierra, y así concurre con todas las causas, desde la mayor hasta la menor, como primera causa, en todas sus operaciones. Finalmente la presencia del sol es causa de la luz, y la ausencia es causa de las tinieblas; y la presencia de Cristo en las ánimas las alumbra, y enseña y muestra el camino del cielo, y descubre los barrancos de que se han de apartar; mas estando él ausente de ellas, quedan en muy oscuras y espesas tinieblas, y así tropiezan y caen en mil despeñaderos de pecados, sin saber lo que hacen, ni a quién ofenden, y en cuán gran peligro de su salvación viven los que así viven.

En todas estas cosas nos representa esta noble criatura las excelencias de su Criador. Y allende de esto, ¿qué figura más alegre y hermosa se puede ofrecer a nuestros ojos, que la del sol cuando sale por la mañana? El cual con la claridad de su resplandor hace huir las tinieblas, y da su color y figura a todas las cosas, y con ella alegra los cielos, y la tierra, y la mar, y los ojos de todos los animales.



Bahía de Río Jane



UTILIDADES DE LOS VIENTOS

(Fray Luis de Granada)

Otro beneficio de la divina Providencia son los vientos. El cual beneficio no calló el profeta cuando dijo que el Señor producía y sacaba los vientos de sus tesoros. Entendiendo por tesoros, las riquezas de su providencia; la cual ordenó que hubiese vientos para el uso y provisión de la vida humana. Porque primeramente los vientos llevan las nubes, y las aguas que están en ellas, como se escribe en Job, adonde el gobernador del mundo las quiere enviar. Y así vemos que en España llueve con el viento ábrego, el cual pasando por la mar, trae consigo las nubes a esta región. Mas por el contrario, en Africa llueve con el cierzo que sopla de la banda del norte, y pasando también por el mismo mar, lleva las nubes (que son como aguaderas de Dios) a aquella tierra.

Pues ya, ¿qué sería de la navegación y comercio con las islas, y con las



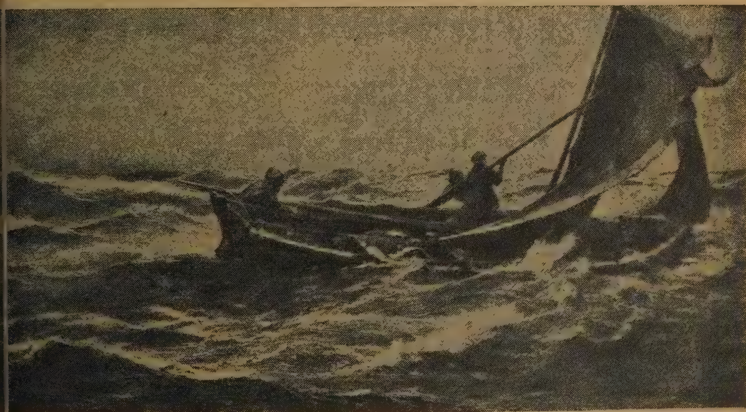
otras gentes, si faltasen los vientos y el aire estuviese siempre encalmado? Pues con este socorro tan deseado de los navegantes, corremos en breve espacio hasta los fines de la tierra, llevando las mercaderías que en una parte sobran y en otra faltan, y trayendo de ellas lo que a nosotros falta, y a ellos sobra; y de esta manera se hacen todas las cosas comunes, y todas las tierras abastadas; y finalmente, de todo el mundo hacemos una común plaza, y una ciudad que sirve a todos.

Y lo que más es, por medio de los vientos ha corrido la fe, y el conocimiento del Criador a las partes de Oriente y Occidente, y a todas las otras regiones, que es la mejor mercadería que de unas partes a otras se puede llevar. Y no menos resplandece la divina Providencia en el curso de los vientos; porque sabemos, que en las Indias Orientales en cierto tiempo del año cursan unos vientos, que sirven para navegar con ellos a ciertas partes, y en otro cursan otros, que son para volver de ellas; y esto tan ordinario, que nunca faltan éstas que llaman monciones para estos caminos, las cuales la

vina Providencia ordenó para el servicio y uso de los hombres, haciendo e los vientos, como criados de ellos, los lleven y traigan, como en los hom-os, a los lugares deseados. Y con ser esto así, ¡cuán pocos hay que reco-zcan este beneficio, y le den gracias por él!

Sirven otrosí los vientos (como dice Séneca) para purificar el aire, y cudir de él cualquier corrupción, o mala cualidad que se le haya pegado. por esto dice el mismo autor, que quiso la divina Providencia, que de todas ; partes del mundo se levantasen vientos, para que en todas ellas tuviese aire quien le purificase y ejercitase: tan necesario es el ejercicio y trabajo ra todas las cosas.

Sirven también los vientos, para que el labrador pueda aventar la parva, impiar el grano de polvo y de paja; y no menos en la fuerza del estío, cuan- abahamos con el calor grande, hace el Criador que se levante un aire sco con que se refrigeran las entrañas, y templa la fuerza del calor. Con lo al los que saben referir todas las cosas a Dios, y de todas sacan materia de ificación, consideran cuál será aquel tormento de los fuegos eternos: donde án los malaventurados abrasándose en aquellas llamas, y no esperan nás este linaje de alivio y refrigerio...



Noche serena

(P. Luis Rodés, S. J.)

Noches hay en que después del ocaso, queda como suspendido sobre horizonte un lucero de extraordinario brillo y hermosura; a las veces muestra envuelto aún entre la pálida luz del crepúsculo; otras precede t sólo unas horas a los primeros fulgores del alba; es *Venus*, otro mundo m semejante a la tierra en volumen, y nuestro vecino en el firmamento; con continuamente da vueltas en torno del sol, es natural que al girar nosotr le veamos en ocasiones detrás, *lucero vespertino*, y en ocasiones delant *lucero matutino*. Este privilegio de andar aparentemente *peregrinando* p las regiones del cielo, de constelación en constelación, le ha valido el nomb de *planeta*, que le distingue de las *estrellas*, las cuales por estar inmens mente más lejos y fuera de nuestro sistema, por mucho que se muevan ell a través del espacio o nos movamos nosotros alrededor del sol, las vemos c da noche *fijas* en el mismo lugar y conservando las mismas posiciones rel tivas entre sí. Por poca constancia que tengamos en observar el cielo, disti guiremos así otros planetas como *Mercurio*, tan cercano al sol, que casi sien pre anda sumergido entre sus deslumbrantes rayos; *Marte*, conspicuo por s encendido fulgor y símbolo de la guerra sanguinaria; *Júpiter*, a las veces más potente de todos los faros del firmamento; *Saturno*, de nívea blancu y reposada carrera, y otros cuya existencia nos revelará el telescopio, al e plorar con él las regiones del espacio que nos cercan; todos lucen con bril apacible y quieto, reflejándonos los mismos rayos que les llegan del sol.

A lo mejor nos sorprenderá una estrella que abandona repentinamen su puesto y dejando en pos de sí larga estela de fuego, cruza el espacio en ur gran extensión y se pierde de nuevo en sus insondables abismos: es ur *estrella fugaz*, que parece huye de las otras y se esconde en el vacío; el fen meno tiene lugar en las alturas de nuestra propia atmósfera, y es debido algún pequeño fragmento de mundos desintegrados o todavía por form que, en su camino alrededor del sol, se cruza con la Tierra y, al penetrar e el seno del aire que la envuelve, es tal el calor del rozamiento que con su gra velocidad desarrolla, que llega a ponerse incandescente y da la sensació de un gigantesco cohete disparado desde el cielo. A algunos la experiencia c haber pasado tan cerca de nuestro planeta les ha costado la vida y han p recido inflamados y pulverizados por la explosión; otros, algo mayores, ha



sobrevivido al calor, pero han sido capturados por la fuerza de la atracción terrestre y llevados prisioneros a nuestros museos, donde figuran como *aerolitos* o piedras del aire; también los hay animados de tal velocidad y a tan grandes alturas, que han escapado incólumes del encuentro y siguen libres sus órbitas entre otros mil y mil que revolotean en torno del sol. Por conspicua que parezca una estrella fugaz, es en sí misma tan pequeña que, dentro del grandioso proceso en que se desenvuelve el universo astronómico, no pasa de ser una mera chispa desprendida de un gran incendio.

En casos excepcionales y muy de tarde en tarde visitan nuestro cielo unos astros extraños que, por lo inusitado de sus formas y lo repentino de su aparición, no dejan de causar cierto pavor en el ánimo del que por vez primera los contempla: son los *cometas*, que se presentan con un núcleo brillante de contornos indefinidos y del que arranca, a manera de cabellera desplegada al viento, una columna luminosa que a las veces se extiende sobre una gran parte del firmamento, siempre dirigida hacia el lado opuesto del sol, como si éste la repeliera con sus nutridos rayos. El cometa Halley nos visita cada 75 años, y el lector recordará, sin duda, su última sublime aparición del año 1910, en que fué objeto de tan infundados temores por parte del vulgo ignorante; su órbita cruzóse con la de nuestro planeta, al que tal vez envolvió momentáneamente con las últimas tenuísimas derivaciones de su larguísima cola, y siguió luego su rumbo internándose czda vez más en las profundidades del espacio hasta hacerse del todo invisible a nuestros ojos; inútil ya buscarlo entre los astros del firmamento, su distancia le pone al abrigo de todas nuestras pesquisas.



VOCABULARIO

bahar, exhalar vaho o aliento húmedo.
bra, abertura ancha entre dos montañas.
brego, viento del sudoeste.
brevadero, sitio donde se abreva o bebe el ganado.
jedrezado, que forma cuadros de dos colores.
jorca, argolla para adornar las muñecas o los brazos.
amar, presilla y botón de adorno.
berca, estanque con muros de contención.
lbión, Inglaterra.
cahuete, persona que ayuda a encubrir un crimen.
cázar, fortaleza, palacio.
cor, colina.
eve, traidor.
guacil, ministro inferior de justicia.
ipotente, NEOL. de alas poderosas.
nainar, MAR. aflojar el viento, recoger las velas.
earse, desmontar de un caballo o carruaje.
polo, el sol.
ozarse, AMER. detenerse el agua formando poza.
uelarre, conciliábulo de brujas.
dido, valiente.
iete, máquina militar para abatir murallas.
pegio, MUS. sucesión acelerada de los sonidos de un acorde.
arquivolta, ARQ. moldura que decora un arco.
arreador o **arriador,** látigo para arriar.
arrear o **arriar,** estimular las bestias.
arzón, fuste de la montura.
atiborrar, atracar.
atramojado, AMER. atraillado, atado con traílla o cuerda.
augurar, presagiar.
autóctono, originario del país en que vive.
ayuso, abajo.

bagual, AMER. indómito.
bajera, AMER. manta pequeña de la montura gaucha.
balaustre, especie de columna pequeña.
baluarte, obra de fortificación en forma de triángulo.
baqueano o **baquiano,** AMER. práctico de caminos y atajos.
barbecho, tierra de labranza que se deja sin laborear.
barboquejo, cinta que sujeta el sombrero por debajo de la barba.
bardo, poeta de los celtas.
barlovento, parte de donde viene el viento.
basca, ansia por vomitar.
bastión, baluarte.
batahola, FAM. bulla.
bauprés, MAR. palo de la proa.

bejuco, árboles de madera flexible.
bermejo, rojizo.
bisoño, recluta de poco tiempo.
biznaga, planta umbelífera de flores blancas.
blondo, rubio.
boliche, AMER. tienda de baratijas.
bordona, cuerda gruesa de guitarra.
bordoneo, acto de tocar la guitarra.
boyero, AMER. pájaro.
bozo, vello que apunta sobre el labio antes de salir la barba.
brazalete, adorno del brazo.
brevaje, GAL. bebida.
brezal, sitio abundante en brezas (arbusto).
brillazón, AMER. espejismo.
brocal, antepecho que rodea la boca de los pozos.
broquel, escudo pequeño.
bruno, de color oscuro.
búcaro, vasija de arcilla.
butihá, AMER. palmera.

caballista, el que entiende de caballos.
cabe, lance del juego de argolla.
cabos, piezas sueltas.
cabrahigo, higuera silvestre.
cachetero, el que remata el toro con un cachete o puñal.
cabuya, planta, fibra y cuerda de la pita.
cachaña, AMER. burla.
cacho, pedazo.
cajón, AMER. barranca profunda.
camoatí o **camuatí,** AMER. panal de avispa.
canalla, gente baja.
carapachayo, AMER. habitante de islas.
canero, salvado grueso.
carate, AMER. enfermedad cután de los negros.
cárdeno, amoratado.
carnaza, cebo de carne para pes o cazar.
carnear, AMER. matar las reses
carrascal, terreno con carrascas pinos tortuosos.
carrizal, terreno con carrizos (pecie de caña).
carrejo, pasillo.
carroña, carne corrompida.
casamata, batería abovedada ocul
catalejo, anteojo de larga vista
cauda, cola de capa.
cayado, palo de pastor.
cazoleta, pieza de la llave en armas de fuego.
cazurro, de pocas palabras.
ceba, AMER. cebo de escopeta.
ceiba o ceibo, AMER. árbol de flo rojas.
cenagoso, lleno de cieno o bar
cendal, tela fina transparente
cerviguillo, cerviz abultada.
cierzo, viento norte.
címbalo, instrumento músico p recido a los platillos.
ciscar, AMER. avergonzarse.
City, ANGL. parte central de Londr
coatí, especie de oso pequeño América.
cocaví, AMER. víveres.
codillo, coyuntura del brazo con pecho.

ofa, MAR. plataforma de un mástil.
oleta, trenza de los toreros.
ondotiero, soldado mercenario.
ontera, pieza de metal del extremo de un bastón o vaina.
orchete, alguacil.
oscoja, AMER. pieza del freno a modo de cuentas.
oto, terreno acotado o de caza reservada.
oturno, calzado alto de los comediantes griegos.

risol, vaso para fundir metales.
rucífero, que lleva la cruz.
ucarda, escarapela
uchilla, AMER. loma o colina de suave pendiente.
uencas, cavidades de los ojos.
uja, bolsa de cuero asida a la montura para sostener la lanza.
uzco, AMER. gozque o perrillo.
hafar, aplastar.
halana, embarcación menor de poco calado.
hamba, chiripa.
haranga, música militar.
harque o **charqui,** tasajo o cecina, carne salada.
hichonear, AMER. FAM. burlarse.
hingana, AMER. centro de diversión popular.
hisgo, donaire.
hivateo, AMER. pago al contado.
hoclo, AMER. mazorca de maíz.
hulo, gracioso, pícaro.
hunga, burla festiva.
hupa, especie de bata.
chuse, AMER. alfombra en quichua.

deambular, ANT. pasearse.
debutar, estrenarse ante el público.
decano, el más antiguo de una corporación.
délfico, de Delfos, templo de Apolo.
derrengado o **desrengado, rengo,** medio cojo o dislocado de caderas.
derrote, cornada de toro.
desalado, ansioso.
desgarro, AMER. esputo.
desjarretar, cortar las piernas por el jarrete o corva.
desvencijar, desconcertar las partes.
devanar, arrollar hilo en ovillo o carrete.
deudo, pariente.
dije, joya.
disforme, desproporcionado.
diván, especie de sofá o canapé.

ejido, campo común de los vecinos de un pueblo.
égloga, poema pastoral.
elixir, licor maravilloso.
embozalar, poner bozal.
ende, de donde.
enarcar, arquear.
engastar, encajar una cosa en otra.
enjaezar, poner los jaeces o arreos al caballo.
enjalma, albarda ligera.
entrebolado NEOL. mezclado con trébol.
escaño, banco para varias personas

escarcela, parte de la armadura desde la cintura al muslo.
escorar, apuntalar con escoras o palos un barco varado o en construcción.
espectro, fantasma.
espingarda, fusil largo que usan los moros.
esquirla, fragmento de hueso desprendido por fractura o enfermedad.
ex-voto, ofrenda de gratitud que se cuelga en los muros de un templo.

fablar, ANT. hablar
febrisciente, con fiebre.
fechicero ant., hechicero.
filtro, embrujo, bebida que produce encantamiento.
fincar, ANT. hincar.
flemático, lento en la acción.
flete, alquiler; AMER. caballo de paseo.
foque, vela triangular de proa.
fronda, espesura de un bosque.

galeote, forzado que remaba en las antiguas galeras.
gallardete, banderola terminada en punta.
gañán, mozo de labranza.
garniel o **guarniel,** bolsa de cuero de los arrieros.
garrón, calcañar o talón del pie.
gazapo, conejo nuevo.
gobernalle, timón.
gozquejo o **gozque,** perro pequeño.
gola, pieza de la armadura que c bre la garganta.
gramal, terreno con grama.
gualdo, HERALD. amarillo.
guajiro, AMER. campesino.
guasca, AMER. ramal o soga pa látigo.
guaso o **huaso,** campesino chiler
guayacán, AMER. árbol de flo blancas.

hacinar, amontonar.
hálito, aliento.
hado, destino.
halo, corona de luz solar o lun
hampa, vida de rufián.
heraldo, el que anuncia.
hierático, sagrado entre pagan
hircano, de Hircania, región de As
histérico, enfermo de histerismo, e fermedad nerviosa.
hombrera, pieza de la armadura sob los hombros.
homérida, descendiente o imitad de Homero.
horcón, palo con dos puntas q apuntala una rama.
hosanna, exclamación de júbilo la liturgia.
huasca, v. guasca.
huaso, v. guaso.
huso, instrumento que sirve pa hilar.

iconoclasta, destructor de imágen
ilota, esclavo de los Espartanos.
impune, sin castigo.
inextricable, difícil de desenred

infracto, no quebrado.
inhollado, no hollado.
izar, enarbolar con una cuerda.

jacarandoso, que tiene donaire.
jarrete, corva de la rodilla.
jeroglífico, frase expresada con figuras o símbolos.
jigua, árbol americano.
juglar, antiguo cantor o recitador ambulante.
juncia, hierba medicinal.

laja, piedra plana.
lanzadera, instrumento para tejer.
lastrar, poner lastre o peso en el fondo de una embarcación.
laúd, instrumento músico de cuerda.
ledo, alegre.
lentejuela, planchita redonda para bordar.
lentisco, mata de flores amarillas.
lezna, instrumento para agujerear zapatos.
linfa, poét. agua, luz.
liza, campo de lidia o torneo.
luma, AMER. árbol de madera fuerte.
lustro, espacio de cinco años.

llares, cadena que sostiene una caldera sobre el fuego.

macana, AMER. maza, mango de arreador, tontería.
madeja, envoltorio de hilo.
majeza, ostentación de majo.
malacara, AMER. piel colorada con una mancha blanca en la frente.
mancarrón, AMER. caballo.
mancera, esteva, parte del arado.
manear, poner maneas o atar las patas de una bestia.
mango AMER. fruto tropical.
manolo, mozo del pueblo bajo de Madrid.
Marco Tulio, Cicerón.
maraña, enredo.
matrerear, AMER. llevar vida de matrero, que no se sujeta a las leyes ni autoridades.
matungo, flacucho.
mazmorra, prisión subterránea.
menino, niño compañero de los príncipes.
mito, ficción en materia religiosa.
moharra, punto de la lanza.
monago, niño de coro.
monciones o **monzones,** vientos del mar de las Indias.
mondar, quitar la piel a la fruta.
montera, especie de gorra.
montero, el que busca y persigue la caza.
montonero, AMER. guerrillero.
morajú, AMER. pájaro.
morbidez, calidad de mórbido, suave o blando.
morrillo, parte superior del cuello en las reses.
motear, salpicar de motas o pelillos.
muladí, cristiano renegado, pasado al mahometismo.
murice, POET. púrpura.
muleta, capa de torear cuadrada.
mustio, melancólico.

nacarino, de nácar.

neivano, de Neiva.
nimbo, aureola.
níveo, de nieve.

obenque, MAR. cordaje que sostiene a ambos lados un mástil.
occídico, occiduo u occidental.
ofidio, reptil sin extremidades.
ojeador, el que OJEA o espanta la caza.
ole, grito de animación, baile andaluz.
ombú, árbol corpulento y frondoso de las regiones del Plata.
oquedad, espacio vacío de un cuerpo sólido.
orejano, res que no tiene marca.
oriflama, estandarte de los reyes de Francia.
ormesí, tela de seda.
otear, escudriñar.
otrosí, ANT. también.

pago, AMERC. el propio terruño.
pajarilla, enfermedad del maíz.
panacea, medicina para varias enfermedades.
paraíso, AMER. árbol de América.
parsimonioso, moderado.
parlotero, hablador.
pancutra, AMER. masa alimenticia para sopa.
pazguato, hombre simple.
pasamanos, galón.
pebete, pebetero, perfumador.
peina, peineta.
péndola, cruz del toro.
peletero, el que trabaja en pieles finas.
pellón, pieza de piel de la montura gaucha.
Pestalozzi, educador italiano.
pialar, AMER. echar un PIAL o lazo a las patas de un animal.
pipiolo AMER. tradicionalista.
planchón, helero, mancha de nieve.
puelche, AMER. tribu araucana, viento de la cordillera.
pértigo, lanza del carro.
piafar, golpear el caballo el suelo.
picada, AMER. camino a través de una selva.
pilcha, tira de cuero.
piltrafa, residuos menudos de carne.
piño, AMER. manada.
pirca, AMER. pared de piedra en seco.
plúmula, brote del tallo.
protopena NEOL. primera pena.
puesto, AMER. habitación aislada de una estancia o fundo.
pujar, hacer fuerza.

quiltro, AMER. gozque, perro pequeño.
quiromántico, adivinatorio.

rabicano, animal con cerdas blancas en la cola.
rapsoda, cantor heroico ambulante de Grecia.
razzia, incursión desoladora.
rebenque, AMER. látigo de jinete.
reclutar, alistar reclutas.

ejo, aguijón.
ecado, AMER. montura gaucha.
egato, charco.
equisa, embargo de objetos.
escoldo, brasa bajo la ceniza.
esurtir, alzarse.
íspido, áspero.
odela, escudo redondo.
ozones, guadañas para rozar o limpiar las tierras.
úa, calle, camino.
ıfianesco, perteneciente a rufianes o gente malvada.
ımbear, AMER. tomar la dirección.

ıbueso, perro podenco de olfato muy fino.
ıeta, copla religiosa popular que se canta en las procesiones.
ılero, FAM. donaire.
rrallo, lugar en que los mahomenos tienen a sus mujeres.
llamado, medio quemado en la llama.

ıcuarita, pajarillo americano.
ıeguilla, calzón de los toreros.
ıisayo, pájaro de Cuba.
ıjador, el que tarja o señala lo que se saca fiado.
ıudo., ANT. tenido, obligado.
ıra, mitra alta del Sumo Pontífice.
ıbal, tambor de forma semi-esférica.
ıpano ARQ. frontón triangular.
ıi, tela de seda entretejida con hilo de oro o plata.
ına, espada.

torso, ESC. tronco o cuerpo de una estatua.
traílla, cuerda de atar perros.
tranquero, piedra labrada que forma el marco de una puerta o ventana.
trashumar, trasladar el ganado.
trepa, astucia.
tunduco, o tunduque. AME. roedor americano.
trasunto, copia.
tremar ANT. temblar.
tritón, MIT. dios marino.
troje, silo o granero.
tuna, higuera de Indias, chumba o nopal.
turíbulo, LAT. incensario.
trinquetilla, MAR. vela triangular de proa.

ulmén, AMER.
utopía, ideal irrealizable.

valona, cuello grande y vuelto.
vellón, piel de oveja.
ventear, sentir en el viento.
ventisquero, borrasca de viento y nieve.
vestiglo, monstruo fantástico.
vilo (TENER EN) en suspenso.
Villadiego, (TOMAR LAS DE) ausentarse inpensadamente.
virazón, viento que viene del mar.
virolas, AMER. rodaja de plata del arreo del caballo.

yacaré, AMER. caimán.
yarumo, AMER. árbol.

Yemen, región de Arabia.
yermo, inculto.
Yi, río del Uruguay.
yuyo, AMER. hierba inútil.
zaino, traidor.
zamarra, piel de carnero.
zote, ignorante y torpe.
zurco.

APENDICE I

RESUMEN DOCTRINAL

De todos los fragmentos literarios de este libro se deduce que Literatura es expresión de algo bello—*es el arte bello que se vale de la palabra.*

Lo bello debe manifestarse siempre, al menos en la expresión o lenguaje, para que la obra sea realmente literaria o artística.

La materia de que se trata no siempre es bella:

en la Historia los hechos que se *narran*,

en la Oratoria lo que se pretende *convencer y persuadir*,

en la Didáctica lo que se trata de *enseñar*.

Muchas veces esas materias son en sí mismas desagradables o al menos indiferentes en cuanto a la belleza.

Unicamente en la Poesía, no sólo la forma o expresión, sino sobre todo la materia o fondo ha de ser en cierto modo bello; si nó, no habría verdadera Poesía (v. t. I p. 41).

Ya distinguimos en las narraciones las que eran poéticas y las que eran históricas. Una gran parte de las descripciones, especialmente las que son de objetos no existentes en la realidad, sino imaginados, son también poéticas, porque en ellas sólo se pretende *promover el deleite artístico de la contemplación de la Belleza*, que es *el fin propio de la Poesía*.

La belleza del lenguaje o estilo artístico, recuérdese que debe reunir algunas cualidades indispensables, *oportunidad*, *precisión*, *fuerza*, *originalidad* (v. pp. 8, 9).

Según el género, el asunto, el fin del autor etc., ese lenguaje artístico o estilo será más o menos adornado, lo que suele expresarse en Literatura con los apelativos de *llano*, *medio*, *elevado*;—*lacónico*, *árido*;—*elegante*, *florido*;—*magnífico*, *vehemente*, *patético*;—*serio*, *familiar*, *festivo*, *humorístico* etc. etc.

Figuras es el nombre que se da a esos *adornos o formas más llamativas que la ordinaria*, y pueden referirse *a la misma expresión* (*figuras de palabra*) v. g. repetición, retruécano, sinonimia, derivación etc.; o *a la propia idea* (*figuras de pensamiento*) v. g. sentencia, amplificación, gradación, definición, descripción, exclamación, interrogación, etc.; *o al significado mismo*, que

cambia expresando una cosa con el nombre de otra, porque uno se imagina cierta relación entre los dos objetos (*figuras de significación* o *tropos*) v. g. el llamar a un niño ángel, diablo, ardilla, polvorín. Cuando esta relación, como en este caso, es de *semejanza* el tropo se llama *metáfora* si consta sólo de una palabra o expresión, *alegoría* cuando todo el pensamiento es metafórico. Si en vez de semejanza se dice una cosa por otra que está incluída en ella el tropo se llama *sinécdoque*, v. g. *mi techo, mi hogar* en vez de *mi casa*. Si la razón del cambio consiste en que *la una supone la otra*, dependen la una de la otra o se suceden, el tropo se llama *metonimia* v. g. *leo a Cervantes* en vez de *un libro escrito por Cervantes*. (V. tomo I, pág. 50).

La Poesía está a menudo escrita en prosa, sobre todo en el sub-género novelesco (novela, cuento, leyenda); pero la forma que le es más común y propia es *el verso*. (V. el capítulo sobre *versificacion* pág. 18 y 19).

Como ejemplos de las diferentes combinaciones métricas pueden verse con sus respectivas explicaciones:

pareados I, 47, 55, 141, 150, 216, 275; II, 316.
cuartetos I, 245.
serventesios I, 63, 79, 114, 164, 180, 224, 227, 256, 260, 265, 298; II, 44, 55
redondillas I, 41, 237, 238, 240; II, 196.
cuartetas II, 198.
quintetos II, 171, 194.
quintillas I, 228; II, 88, 104.
sextillas, II, 320, 323.
liras II, 113.
sextinas II, 116.
décimas I, 174, 205, 234, 323; II, 135, 231.
octava real I, 140; II, 97, 101, 132, 283, 305.
octava aguda I, 133.
Octavilla aguda I, 133, 193.
soneto I, 46, 47, 59, 60, 66, 78, 138, 179, 180, 181, 199, 206, 207, 218, 220, 221, 223, 236, 239, 261, 266, 276, 292, 297, 298, 299-304, 57; II, 127-131, 306-308.
silva I, 64, 82, 222, 292; II, 121, 255, 265, 315.
romancillo I, 72, 244.

romance menor I, 170, 264; II, 156, 173, 175, 273-277, 309.
romance decasílabo II, 52.
romance heroico I, 232,; II, 61, 278.
polímetro I, 42, 52, 141, 172, 197, 201, 254, 255, 267, 279; II, 39, 75, 311.
verso suelto I, 69,; II, 46, 93.

El género poético se subdivide en *lírico, épico y dramático.* Poesía lírica es aquella en que el autor *exprese sus propios sentimientos*; llámase así porque los griegos la entonaban al són de la lira; la variedad de lírica más elevada y apasionada es la *oda* (en griego significa canto), la cual, según la materia de que trate, puede ser *sagrada o religiosa, heroica o patriótica, moral* si celebra la virtud y la dicha, *festiva o anacreóntica,* los ligeros placeres honestos, y *elegía* u *oda elegíaca,* si canta el dolor o la tristeza. Hay otras muchas variedades de poesía lírica, como el *epigrama,* poesía corta, aguda y graciosa, *madrigal* poemita delicado y afectuo)o, etc. (V. tomo I, pág. 79, 82, 179, 180, 200, 223, 260, 300, tomo II, pág. 113, 116).

En la poesía épica o *narrativa,* la variedad o especie principal es la *epopeya,* extenso poema sobre un asunto grandioso y transcendental. Tales son la Ilíada y la Odisea de Homero en Grecia, la Eneida de Virgilio en Roma.

En el *poema histórico,* como la Araucana de Ercilla, la forma puede ser tan grandiosa como la epopeya, pero el asunto no es inventado por el autor, sino que sigue el curso de los acontecimientos.

La novela es una extensa narración en prosa de un conflicto de la vida humana que encierra a menudo un minucioso cuadro de costumbres; *cuento* es una narración sencilla y popular; *leyenda* la de asunto tradicional generalmente fantástico. (V. tomo II, páginas 170-323).

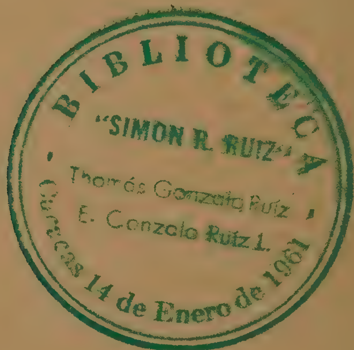
Véanse en las nociones preliminares (t. II, pág. 7, 8, 12 y 13), las cualidades (*unidad, verosimilitud, interés, integridad*) y las partes integrales (*exposición, nudo y desenlace*) que debe tener toda narración bien tramada.

La Poesía dramática se escribe para *representar al vivo en un escenario escenas de la vida humana.* Las cualidades de la acción son semejantes a las del poema narrativo. Las especies o variedades principales del sub-género

dramático son: *la tragedia* en que se representa una acción grande y patétic (apasionada); la *comedia* una acción festiva para poner en ridículo los de fectos humanos; el *drama*, que es una especie intermedia entre las dos. L representación se llama *ópera* cuando la música o el canto acompañan tod el tiempo al diálogo o conversación de los personajes; *opereta* y *zarzuel* cuando sólo hay fragmentos musicales.

Respecto al *género histórico* véase pp. 7, 8, 12, 13 y 324.

Respecto a los *géneros didáctico y oratorio* v. pág. 345 y además todo l referente a la disertación, tomo II, pp. 18-21. La oratoria, según la materia el fin y aun el sitio en que se habla, se divide en *sagrada* o *religiosa*, *parla mentaria* o *política*, *forense* o *judicial*, *militar* y *académica*. Esta es la que tien lugar en los centros de cultura sobre asuntos científicos, literarios y sociales y muchas veces, más que a la oratoria, pertenece al género didáctico, y s reduce a una disertación leída en público.



APENDICE II

CUADRO DE LA LITERATURA CASTELLANA. — AUTORES CITADOS

Nuestra lengua española o castellana (de *Castilla*) proviene de la latina (del *Lacio*) que hablaban los romanos que conquistaron a España.

Los escritos literarios más antiguos datan del *siglo XII* (*El Poema del Cid*) y del *XIII*, como las grandes obras de *Alfonso X el Sabio* (*Historia de España, Las Siete Partidas*, etc.). Desde entonces se escribieron constantemente gran número de *romances* o poemas cortos de ese metro. (V. tomo II, 270). *Los Siglos XVI y XVII* constituyen el *Siglo de Oro* de nuestra literatura por la perfección y extraordinario número de grandes escritores que en ellos florecieron. Tales fueron: *Miguel de Cervantes Saavedra*, autor del *Quijote*, notable por la incomparable riqueza del lenguaje (tomo I, pp. 76, 145, 251, 304; II, 187, 189).

Fray Luis de León, agustino, el primer poeta lírico español (odas), y uno de los más perfectos prosadores de nuestra lengua (*Los nombres de Cristo*) (t. I, pp. 26, t. II, 345, 391).

Fray Luis de Granada, dominico, autor de obras religiosas (*Guía de pecadores*), cuyo lenguaje es de lo más dulce y armonioso que se ha escrito en castellano, (t. I, pp. 21, 36, 182; t. II, 347, 389, 403, 405).

El Padre Pedro de Rivadeneira, jesuíta, en sus múltiples obras de historia y controversia se distingue por la lógica, claridad y corrección del estilo (*Flos sanctorum*), (t. II, págs 334, 397).

Santa Teresa de Jesús, reformadora de los carmelitas, admirable por la gracia, unción y lo castizo del lenguaje (*Las fundaciones*) (t. II, pág. 394).

Entre los otros autores de esta época, véanse los fragmentos de los historiadores *Padre Juan de Mariana S. J.*, (*Historia de España*) (t. I, págs. 113, 294; II, 324), *Antonio de Solís* (*Conquista de Méjico*) (I. 305); y los historiadores de Indias, *Francisco López de Gomara* (t. II, pág. 332), y el *P. José de Acosta S. J.* (t. I, pág. 203); los didáctivos *Francisco de Quevedo*, famoso por su humorismo (*El Buscón*, novela picaresca) (t. I, 253, 296); *Saavedra Fajardo* (*La educación del príncipe*) t. I pág. 321); el *P. Eusebio Nieremberg*, (*Vida divina*) (t. II, pág. 396); y el *P. Alonso Rodríguez* (*Ejercicio de perfección*) (t. II, pág. 399).

Además de los autores citados, florecieron como grandes y fecundísimos

genios los poetas dramáticos *Lope de Vega*, (*La estrella de Sevilla*); *Calderón de la Barca* (*La vida es sueño*); *Tirso de Molina* (*El burlador de Sevilla*); el americano *Juan Ruiz de Alarcón* (*La verdad sospechosa*) y otros muchos que figuran entre los primeros del mundo. Grandes poetas épicos fueron el mismo Lope de Vega, autor de *La Jerusalén Conquistada*, *Fray Diego de Hojeda* dominico (*La Cristiada*), *Bernardo de Balbuena* (*El Bernardo*) y *Cristóbal de Virués* (*Montserrat*) (v. t. I, pág. 140); y sobre todo *Alonso de Ercilla* autor de *La Araucana* (t. II, pág. 275-288).

Inspirados poetas líricos *Garcilaso de la Vega* (Eglogas), *Fernando de Herrera* (*A la batalla de Lepanto*), *Rodrigo Caro* (*A las ruinas de Itálica*), *Francisco de Rioja* (*A la rosa*), *San Juan de la Cruz* (poesías místicas), etc.

En el siglo XVIII dominó en la literatura un *Clasicismo* falso por la imitación exagerada de los autores franceses. En el siglo XIX se produjo una gran reacción llamada *Romanticismo*, que renovó el espíritu tradicional y cristiano y se distingue por la imaginación y el sentimentalismo. Sus principales representantes en España son:

El Duque de Rivas (*El Moro expósito, Romances históricos*) (t. II, pág. 280).

José Zorrilla, el rey de las leyendas españolas (*Leyenda del Cid, Granada, Cantos del trovador*) (t. I, pág, 71; t. II, pág. 291).

José Espronceda (*Canción del pirata, El Diablo Mundo*) y los grandes dramáticos *Francisco Martínez de la Rosa*, (*La conjuración de Venecia*), *Antonio García Gutiérrez* (*El trovador*) y *Juan Eugenio Hartzenbusch* (*Los amantes de Teruel*). Lírico clásico de alto vuelo fué *Manuel José Quintana* (t. I, pág. 326).

En la segunda mitad del siglo sobresalieron en el teatro *Mamuel Tamayo y Baus* (*Un drama nuevo*), *Abelardo López de Ayala* (*Un hombre de estado*), el americano *Ventura de la Vega* (*La muerte de César*), el autor cómico *Manuel Bretón de los Herreros* (*Muérete y verás*); y el romántico retardado *José de Echegaray* (*El gran galeoto*). En nuetros días *Jacinto Benavente* (*Los intereses creados*); *Eduardo Marquina* (*En Flandes se ha puesto el sol*), (t. II, pág. 210); *Gregorio Martínez Sierra* (t. I, pág. 114) (*Canción de cuna*); y en la comedia los hermanos *Alvarez Quintero* (*El genio alegre*) (t. I, pág. 201); *Vital Aza* (II, 198); y *Pedro Muñoz Seca* (t. II pág. 40).

Grandes líricos fueron *Gaspar Núñez de Arce*, *Ramón de Campoamor*, *Gustavo A. Bécquer* y *José Selgas*, (t. I, págs. 72 y 244); a fines del siglo *José María Gabriel y Galán* (t. I, págs. 254,; II, 88, 116); y *Miguel Costa y Llovera* (t. I, pág. 41) y entre los modernos *Salvador Rueda* (t. I, pág. 228); *J. A. Fernández Grilo* (t. I, págs. 141; II, pág. 78); *Amós Escalante* (t. I, 237);

Francisco Villaespesa (t. I, pág. 69); *Juan Ramón Jiménez* (t. I, pág. 209), los hermanos *Antonio y Manuel Machado* (II, 93; *José M. Pemán* (II, 78).

La novela y el cuento adquirieron gran desarrollo en el siglo XIX. En la novela histórica han sobresalido:

Francisco Navarro Villoslada (*Amaya*) (t. II, pág. 289).

Ricardo León (*El amor de los amores*), (t. I, pág. 50; II, 357).

En la novela de costumbres: *Pedro Antonio de Alarcón*, (*El escándalo*), *Antonio de Trueba* (*Cuentos*), *José María de Pereda* (*El sabor de la tierruca*) (t. I, pág. 84, 157; II, 78, 244). *El P. Luis Coloma* (*Pequeñeces*) (t. II, pág. 200). *Juan Valera* (*Pepita Jiménez*) (t. II, pág. 214). *Armando Palacio Valdés* (*La Fe*) (t. II, pág. 359). las escritoras *Fernán Caballero* (*La gaviota*) (t. II pág. 91, 199). *Emilia Pardo Bazán* (*Los Pazos de Ulloa*) y *Concha Espina de Serna* (*La rosa de los vientos*) y los propagandistas de ideas avanzadas *Benito Pérez Galdós* (*Episodios Nacionales*), *Vicente Blasco Ibáñez* (*Sangre y Arena*) y *Ramón Pérez de Ayala* (*Prometeo*).

Entre los muchos y grandes oradores del último siglo figuraron *Emilio Castelar*,

Juan Donoso Cortés (t. II, págs. 390, 393).

Cándido y Ramón Nocedal (t. II, pág. 395).

Antonio Maura, (II, 358).

Juan Vázquez de Mella (t. II, pág. 401), etc.

Entre los críticos *Mariano de Larra*, *Marcelino Menéndez y Pelayo*, (*Heterodoxos españoles*, *Ciencia española*) (t. II, pág. 364) *Ramón Menéndez Pidal*, *F. Rodríguez Marín*, *A. Bonilla San Martín*, *J. Martínez Ruiz* (*Azorín*) (t. II, pág. 359); entre los filósofos *Jaime Balmes* (*El Criterio*) (t. II, 363); entre los didácticos científicos *José de Echegaray*, *Luis Rodés S. J.* (t. II, pág. 408).; entre los historiadores *Modesto de la Fuente* (*Historia de España*); *Severo Catalina* (*Roma*) (t. II, pág. 66); *Rafael Altamira* (*Historia de España y de la Civilización Española*) y el *P. Antonio Astrain S. J.* (*Historia de la Compañía de Jesús*), (t. I, pág. 268).

En la América Española la Literatura durante la Colonia no tuvo ocasión de adquirir gran desarrollo fuera de las grandes obras de los misioneros y religiosos sobre geografía, historia, lenguas, razas, zoología y botánica del entonces Nuevo Mundo. Tales fueron en Chile los PP. Alonso Ovalle, Rosales, Molina, Lacunza. En América se escribieron los grandes poemas clásicos de España, la *Araucana*, la *Cristiada* y el *Bernardo*, y americanos de Méjico fueron el gran dramaturgo *Juan Ruiz de Alarcón* y la inspirada poetisa *Sor Inés de la Cruz*.

Desde la época de la Independencia la Literatura se ha desenvuelt paralelamente a la de España. En la primera mitad del siglo, participaro de la escuela clásica y de la romántica el insigne venezolano *Andrés Bell* la primera figura literaria de América, y los grandes poetas líricos *José M. de Heredia* (cubano) (*Oda al Niágara*) y *José Joaquín de Olmedo* (ecuato riano) (*A la victoria de Junín*).

Enumeraremos por nacionalidades los autores citados en el texto.

Méjico

José Joaquín Pesado I, 78; II, 104.
Ignacio Altamirano I, 67, 257.
Vicente Riva Palacio II, 39.
Alfonso Reyes I, 108.
Juan de Dios Peza I, 240; II 55.
Jenaro Estrada I, 161.
Rafael López I, 299.
Díaz Mirón II, 113.

Cuba

José M.ª de Heredia I, 82.
Gertrudis Gómez de Avellaneda I, 42.
José Martí I, 306; II, 355.
Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido) II, 302.
Enrique Varona II, 335.
Domingo Estrada I, 315.
Ramón Vélez Herrera II, 156.

Centro-América

Rubén Darío I, 220, 302, 323.
Pedro Henríquez Ureña II, 363.
J. Batres Montúfar II, 97.
Arturo Ambrogi I, 60, 69, 207.
Rogelio Sotela II, 194.
Enrique Gómez Carrillo I, 70.

Venezuela

Colombia

Ecuador

Perú

Bolivia

Casimiro Olañeta II, 381.
Mariano Baptista II, 394.
Adolfo Ballivián II, 396.

Argentina

Juan M.ª Gutiérrez I, 307; II, 340.
Domingo Faustino Sarmiento I, 100, 249, 290, 312; II, 36, 59.
Luis Domínguez I, 133, 193.
Miguel Cané II, 220.
Ricardo Rojas I, 97.
Pablo Groussac I, 109, 128.
Eduardo Wilde I, 73.
Lucio Mansilla I, 261.
Santiago Estrada I, 177.
Carlos Octavio Bunge I, 241.
Félix Frías I, 48.
Belisario Roldán II, 348.
Ricardo Gutiérrez I, 64, 159, 170.
Rafael Obligado II, 318.
José Hernández II, 320, 322.
Calixto Oyuela I, 69.
Leopoldo Lugones I, 63, 239; II, 316.
Lucio Lapalma II, 173.
Luis Palma I, 298.
Alfonso Durán II, 227.
Alberto Ghiraldo I, 292.
Ernesto Barreda I, 298.
Evaristo Carriego II, 57.
Francisco López Merino I, 245.
Arturo Capdevila I, 163.
Susana Calandrelli I, 218.
César Duayen II, 110.
Hugo Wast I, 213; II, 147, 164, 232, 261.
Manuel Gálvez I, 264.

URUGUAY

Paraguay

Chile

Poetas:

Novelistas:

DIDÁCTICA E HISTORIA:

INDICE DEL TOMO II

Escenas religiosas, campestres y populares

Fiestas religiosas

Fiestas y cuadros populares

Escenas campestres

Narraciones poéticas

Asuntos religiosos

Asuntos morales y populares

DISERTACIONES

TEMAS SOBRE ENSEÑANZAS DE LA HISTORIA

DISERTACIONES SOBRE LA PATRIA Y EL HOGAR

TEMAS FILOSÓFICOS Y RELIGIOSOS

TEMAS CIENTÍFICOS